

A HATE STORY

# BEAST

THE BEGINNING

M.D

MARY  
CATHERINE  
GEBHARD

M.D

Mary  
Catherine  
Gebhard

Hate Story I  
**Beast**  
The Beginning

M.D

Mary  
Catherine  
Gebhard

Está traducción fue realizada sin fines de lucro por lo cual no tiene costo alguno. Es una traducción hecha por fans y para fans.

Si el libro logra llegar a tu país, te animamos a adquirirlo.

No olvides que también puedes apoyar a la autora siguiéndola en sus redes sociales, recomendándola a tus amigos, promocionando sus libros e incluso haciendo una reseña en tu blog o foro.

Hate Story I  
**Beast**  
The Beginning

M.D

Mary  
Catherine  
Gebhard

# Índice

Prólogo	Capítulo 14
Capítulo 1	Capítulo 15
Capítulo 2	Capítulo 16
Capítulo 3	Capítulo 17
Capítulo 4	Capítulo 18
Capítulo 5	Capítulo 19
Capítulo 6	Capítulo 20
Capítulo 7	Capítulo 21
Capítulo 8	Capítulo 22
Capítulo 9	Capítulo 23
Capítulo 10	Capítulo 24
Capítulo 11	Capítulo 25
Capítulo 12	Epílogo
Capítulo 13	Sobre la Autora

M.D

Mary  
Catherine  
Gebhard

# Sinopsis

Érase una vez, pensé que el amor era un cuento de hadas.

Pensé que venderme a un jefe de la mafia era noble. ¿Y qué si lo llamaban Bestia? Crecí en harapos, y él me llevaría a la riqueza. Todo lo que tenía que hacer era darle mi alma.

Él era castigador. Insaciable. Cautivador. Nada como esperaba que fuera. Cada día mi realidad se volvía borrosa, dejándome preguntándome si era esclava o princesa.

Cuanto más tiempo me quedaba, más me perdía ante él. Incluso después de cada crueldad que Bestia me infringía, anhelaba su contacto. Incluso después de cada palabra salvaje que hablaba, le rogaba por sus labios. Pensé que lo peor que él podía tomar era mi cuerpo. Yo era demasiado ingenua para proteger mi corazón.

Érase una vez, pensé que el amor era un cuento de hadas.

Ahora no soy tan tonta para hablar de felices para siempre.

*Bestia* es el primer libro del dúo *Hate Story*. Acerca de lo que significa enamorarse de la persona que te ha destruido por completo, contiene situaciones perturbadoras y gráficas que pueden ser un desencadenante para algunos.

Hate Story I  
**Beast**  
The Beginning

M.D

Mary  
Catherine  
Gebhard

*Tengo que saber que tu corazón late rápido y*

*tengo que saber que soy el único para ti.*

*¿En qué me he convertido?*

*Soy un jodido monstruo.*

*Cuando todo lo que quiero es algo hermoso.*

*Meg Myers, Monster.*

Hate Story I  
**Beast**  
The Beginning

# Prólogo

—Tómame —dijo ella con voz inquebrantable.

—¿Y qué vas a ofrecer? —Su voz era baja y grave. Era cruel.

—Mi vida por sus deudas. —Su voz era constante aunque las piscinas de cristal de sus ojos ondulaban. Estaba asustada. Bien.

La Bestia, como él era llamado, iba a matar a su padre. Había acumulado una serie de deudas irreconciliables. Mientras que algunas eran a los bancos, la mayoría era a los tipos de mala fama como la Bestia. La deuda de su padre estaba más allá del pago, antecedentes de rótulas rotas y amenazas. No había manera de que pudiera pagarla, y si no podía pagarla, bueno... ya no tenía sentido su existencia.

Como una abeja que no podía hacer miel.

Ese fue el acuerdo tácito hecho meses atrás cuando Antonio Notte pidió dinero prestado a la Familia Pavoni. Cuando tomas el dinero de la familia criminal más grande del mundo, y dejas de producir miel, te aplastan como un insecto bajo los pies.

Bestia caminó alrededor de la pequeña casa de Nueva Jersey tocando cosas mientras pasaba. Normalmente, no hacía recolección rutinaria; había pasado sus días aplastando cráneos y ahora llevaba trajes, ya no sangraba sus nudillos. Sin embargo, ese mismo día, cuando Bestia miraba por las ventanas de su penthouse de Tribeca, no se sentía de lujo, se sentía como un pájaro enjaulado. Por lo tanto, había llamado a su siguiente en la fila y le preguntó qué estaba sucediendo en las calles.

De repente se encontró en Nueva Jersey, un hombre encogido a sus pies, mientras que a su izquierda estaba la hija del hombre, quien se negaba a encogerse.

Bestia levantó su dedo de la encimera cubierta de linóleo. Nada en la casa era nuevo. El linóleo se estaba descarapelando. La falsa madera en los gabinetes se estaba cayendo como papel. Olía ligeramente a tierra vieja.

Claramente Notte no había usado el dinero para redecorar.

Bestia había venido esperando lloriqueos, sangre y salpicaduras. En su lugar, consiguió una chica con el cabello largo, rizado, color chocolate y piedra en los

ojos. Su clavícula sobresalía suavemente de la dulce piel, sobresaliendo desafiantemente retando al emparejar sus brazos cruzados. Parándose alrededor del cuerpo postrado de Notte en el suelo, Bestia caminó cerca de ella y colocó un solo dedo en el hueso sobresaliente. Ella tragó mientras él corría un dedo, sintiendo la suavidad contra su áspera piel. Una risa áspera estalló detrás de él, sus hombres disfrutando del espectáculo. Bestia levantó una mano que rápidamente los calló.

Ella tragó de nuevo y de un golpe le alejó la mano. Bestia sonrió, pero solo un tonto pensaría que era algo menos que escalofriante. La sonrisa era perezosa y torcida, sus dientes blancos y nacarados. Algo en esa sonrisa traicionaba su maldad pura, una maldad con la que nació y no engendrada.

»Mi vida por la suya —repitió ella.

—¡Frankie! —protestó Notte, pero era blando, de la forma en que levantó su cabeza del suelo, pero no pudo arreglárselas para regresar a estar de pie. El viejo hombre dijo su suplica, mientras seguía como estaba desde que llegó la Bestia a través de la puerta: sobre sus rodillas.

—¿Frankie? —murmuró Bestia su nombre, como si estuviera intentando saborearlo sobre su lengua. Era decididamente masculino, y ella era bastante femenina. Notte cogió impotente el brazo de Frankie. Tal vez el tonto sin dinero se dio cuenta de que si no hacía nada excepto sentarse en el suelo mientras su hija cambiaba su vida así podía vivir, no podría dormir por la noche.

»Se acabó. —Bestia le agarró el brazo y la arrastró por la puerta—. Vamos, *Frankie*.

Ella le pertenecía.

# Capítulo 1

Nueva York nunca perdió su magia, al menos no para mí. Debería, considerando que había vivido en Jersey toda mi vida, a solo un viaje en tren. Aun así, los edificios altos, las luces; eran como viajar en un cuento de hadas. Ahora era diciembre, el momento más maravilloso para estar en la ciudad. Las calles estarían decoradas con luces, la nieve habría cubierto todas las partes feas, los grandes almacenes habrían puesto sus decoraciones...

Al menos tenía eso para ilusionarme.

El automóvil se detuvo bruscamente y miré con hambre las ventanas, tratando de ver más allá del tinte oscuro. Fue solo unos minutos después de que nos hubiéramos marchado. Marchado de casa. Dejado a papá. Dejé todo lo que conocía. Tragué, reprimiendo los pensamientos por el momento. Estaba centrada en la supervivencia, un pie delante del otro y todo eso, y estaba bastante preocupada por mi ubicación, porque no había manera de que hubiéramos llegado a Nueva York, que era donde había dicho que íbamos. No me lo había dicho a *mí*, por supuesto, sino al conductor.

Todo sucedió tan rápidamente después de que me cambié a mí misma.

No llegué a empacar nada.

Ni siquiera conseguí decir adiós.

Él había dicho:

—Vamos, Frankie. —Entonces me agarró del brazo y me arrastró por los escalones de cemento que se abrían desde mi casa hasta la calle, donde un elegante auto negro aparcado y esperando. No estoy segura si me empujaron, me senté suavemente, o me deslice dentro del auto. Todo se confundía, mi piel se entumecía, y mi cerebro apagaba las luces. Lo oí decirle al conductor a dónde ir, como alguien gritando a través de una habitación oscura y vacía. Yo había levantado la vista para ver al conductor, pero todo lo que había atrapado era un destello de cabello rubio rizado antes de que la partición se cerrara.

No fue hasta ahora, cuando el auto se detuvo bruscamente, que desperté a mi situación. Podía sentir mis manos otra vez. Los olores volvieron, un auto nuevo, cuero caro y algo más, algo rico y picante.

Sacudí la cabeza; la colonia no era importante. Lo importante *era* que Nueva York estaba cerca, pero eso no estaba *tan* cerca. Era al menos una hora y media en auto y eso era sin tráfico. Puse mi muñeca en la ventana y froté la tela de mi camisa contra el vidrio empañado, tratando de ver más claramente. Apreté el rostro y entrecerré los ojos. Un montón de asfalto. Carritos con equipaje. ¿Y... aviones?

—No lo entiendo —dije con la cabeza alejada de la ventana, frunciendo el ceño—. ¿Por qué estamos en el aeropuerto? —La pregunta simplemente salió. Todavía no me había acostumbrado a mi situación. Mi dedo todavía estaba probando las aguas, sin darme cuenta de que ya me había arrojado bajo hielo congelado. Por primera vez desde que salí de casa, miré al hombre.

Mi captor.

Había habido cuatro, o tal vez cinco, otros hombres; sinceramente no podía recordar. Había estado tan concentrada en él, con él que estaba ahora. Había reconocido brevemente a uno de los hombres como alguien que había tenido relaciones con papá antes, un tiburón de alcantarilla, un hombre que tomaba el dinero de las personas que no podían pagar. Este tipo, sin embargo, era el siguiente nivel. Rezumaba poder, muerte y miedo. Todos los tiburones en la habitación esperaban sangre de él.

Y yo estaba completamente a solas con él. Incluso él que había venido a buscar a papá se había ido. Ahora éramos solo este hombre y yo. Había algo en él que me hizo querer intentar subir al asiento y entrar en el hueco detrás, pero también fue lo mismo que hizo que mi vientre se volteara. Algo en él era tan cautivador. Apoyé mi palma debajo de mi ombligo, tratando de calmar el extraño dolor allí.

Estaba leyendo un periódico, oscureciendo completamente su rostro. Una pierna estaba cruzada sobre la otra, un zapato negro brillante descansando sobre su rodilla. Llevaba un traje gris oscuro, la pierna cruzada del pantalón se levantó ligeramente para revelar un calcetín gris ligeramente más oscuro. Manos largas y bronceadas agarraron el delgado periódico. Parecía tan refinado.

—Los aviones nos llevan a lugares —respondió. Fue una respuesta corta y ni siquiera estaba segura de que fuera sarcástico. El modo bajo en que hablaba, la absoluta ausencia en su voz... no entregaba nada, salvo inquietud. La resonancia sonora de su voz sangraba inquietud.

Dobló el periódico que había estado leyendo justo cuando se abría la puerta, dando paso a una luz blanca brillante y nevada. Casi me cegó. Parpadeé, frotándome los ojos mientras se humedecían. Era el atardecer, lo que significa que el sol seguiría siendo bastante brillante. Porque era invierno, sin embargo, tendría

una muerte ágil y rápida en la noche. Para cuando me había ajustado a la nueva luz, mi captor había dejado el auto y en su lugar estaba el periódico bien doblado.

Estaba helado afuera; diciembre nunca fue muy indulgente en la costa este. Un ligero polvo de nieve empezó a caer, y mi captor se apoyó contra el costado del auto, muy probablemente esperando que saliera y me uniera a él. Giré mi cabeza desde el avión en la pista de regreso al hombre a quien le había dado mi vida a cambio. Desde mi posición en el auto, solo podía ver su cintura y cómo cruzaba los brazos contra su pecho. Aunque se apoyaba en el lado del auto, su estructura ósea empequeñecía la mitad de la puerta del auto. Músculos abultados en su traje a medida y me recordaba de nuevo lo enorme que era. La sofisticación que había estado estudiando en el auto era empequeñecida por su tamaño y animalismo.

—No entiendo. Pensé que íbamos a Nueva York. —*Nadie* volaba de Nueva Jersey a Nueva York. Ni siquiera pensé que las aerolíneas vendían vuelos entre las dos ciudades.

—No. —No se molestó en mirarme cuando respondió.

—Pero... —Me detuve, corriendo al borde del asiento de cuero para tratar de ver a su alrededor. Era amenazador en su altura y en su figura abarcadora. Empequeñecía la puerta—. ¿Por qué no tomamos un tren? ¿O el auto? —Con la lentitud de un accidente automovilístico vi lo que estaba sucediendo, pero seguí tratando de rebobinar hasta el momento anterior, vi a mi captor inclinarse y encontrarme cara a cara. Durante todo el viaje en automóvil, su rostro había quedado oculto y yo había pensado; esperaba incluso que iba a hacer de eso una tradición. No era que no supiera cómo era su aspecto, lo había visto en mi casa cuando me había vendido a él. De hecho, fue precisamente por esa razón que esperaba que mantuviera su rostro oculto.

Sus rasgos eran demasiado. Hizo que el miedo en mi vientre golpeara, transformándose en un dolor que goteaba más y más profundo. Yo palpitaba de un modo extraño, aterrador y asombroso. Mi corazón latía acelerado y tanto como quería desviar la mirada, quería mirarlo más. Solo... no podía pensar en lo que eso significaba.

Agarré el asiento de cuero como para enfatizar, o quizás por seguridad. Tal vez si lo sostenía lo suficiente, no podía sacarme del auto. Cerré los ojos, decidiendo que solo porque iba a mirarme, eso no significaba que tuviera que mirarlo.

—Abre los ojos —dijo uniformemente. Apreté el cuero. El tacto fresco de su piel en mi barbilla era suave y firme. Abrí lentamente los párpados. Su mirada se clavó en mí y miré hacia abajo, concentrándome en su agarre en mi barbilla.

»Vamos —dijo.

—No —respondí. Mis ojos se volvieron hacia él para ver cómo reaccionaría. Un rápido destello pasó por ellos, y apreté mi agarre. Por un momento pensé que podría golpearme. Estaba tan refinado, todo lo que le rodeaba era una elegancia sangrienta, desde el auto, el traje hasta el periódico doblado en el asiento, pero en ese instante, vi mi barbilla sangrando y la sangre en sus manos.

En vez de eso, el hombre me agarró del brazo y me obligó a salir del auto. Yo era consciente de que me vendí a mí misma, pero este era un excelente ejemplo de algo que es mucho más fácil decirlo qué hacerlo. Era mucho más fácil decir: “tómame” cuando mi padre estaba a punto de ser asesinado, y mucho más difícil dejar ir el asiento de cuero cuando llegó el momento de hacerlo.

*¿Qué hiciste, Frankie?* Pensé mientras silenciosamente me arrastraba por el asfalto. A medida que el auto negro se alejaba, cada vez más pequeño hasta que desapareció, tuve esa indefensa sensación de que había saltado al fondo con un ancla atada a mi cuello, pero ahogarme era una misericordia que no llegaría a experimentar.

\*\*\*

Volví la cabeza, vencida por el fuerte ruido, ¿qué era eso de todos modos? Solo había ido a un aeropuerto una vez, para dar a mi mejor amiga de la preparatoria un adiós antes de que se trasladara a través del país. Esa amistad no terminó siendo duradera.

Ninguna de ellas lo hizo, pero la de Jenny fue la más larga. Era difícil para las personas llegar a conocerme. Era la chica enferma, la chica que apenas iba a la escuela porque estaba demasiado cansada, pero que parecía perfectamente sana. En la secundaria, me diagnosticaron una enfermedad bastante oscura, Síndrome de Taquicardia Postural Ortostática, y apenas podía salir de la cama. Me sentía horrible, pero me veía bien. Recordé que fue justo antes de la obra de la escuela. Había estado tan emocionada, había estado practicando el canto para intentar conseguir el protagónico.

Eso como que se jodió.

En vez de conseguir el protagónico, me convertí en un fantasma. Papá tenía sus propios demonios, así que no me ayudó mucho. Tuve suerte de haber impresionado al profesor de historia, el señor Darkwood. Él notó mis ausencias y consiguió que la escuela se implicara. Sin embargo, no podían hacer demasiado. Al final, terminé aprendiendo sola la mayoría de mis clases. Me sentía mejor en la preparatoria y podía ir a la escuela otra vez, pero todavía perdía grandes pedazos de tiempo hasta el último año.

Para entonces ya era demasiado tarde.

Para la mayoría de los chicos, yo no estaba en su radar o simplemente era extraña. Bueno, eso no es del todo cierto. Había un rumor de que tenía SIDA, así que tenía esto yendo para mí.

¿Por qué incluso pensaba en eso? Eso no era importante ahora. Lo que era importante era el avión muy real, muy grande al que nos estábamos acercando. Tiré del asidero de mi codo, luchando contra mi captor, pequeños pedazos de asfalto resbalaban bajo mis pies. Él era imperturbable, arrastrándome hasta llegar a los escalones del avión. Un hombre vestido con el uniforme de un piloto estaba de pie junto a las escaleras, sin reconocerme o a mi pelea. Asintió respetuosamente al hombre que me mantenía como rehén.

—Jefe —dijo el piloto. Sin decir una palabra, mi captor pasó al piloto y me jaló por las escaleras. Mantuvo su agarre apretado, doloroso en mí todo el tiempo. Al subir los escalones del avión, la gravedad de la situación cayó sobre mí. Cuando crucé el último escalón y entré en el avión, tuve el impulso de arrancarme el brazo y huir.

Un avión.

Nunca había estado en un avión antes. Lo más lejos que había viajado era a Maine, pero ¿realmente contaba si eras demasiado joven para recordar? Siempre había pensado que cuando viajara en un avión por primera vez me iba a llevar a algún lugar maravilloso. Tenía fotos en mi habitación de todos los lugares que quería ir y vivir. Estaba París, por supuesto, pero también el Tíbet y Shanghái. Quería ir a Reikiavik también, y Sidney. Alaska. Río de Janeiro. Auckland. Tokio. Londres. Gales. Escocia. Quería ver el borde del mundo, y luego quería encontrar dónde guardaba su corazón.

Tenía tantas fotos que llenaban toda mi pared como papel tapiz.

Un avión podría llevarme a cualquier parte... definitivamente podría llevarme a algún lugar más allá de la ciudad de Nueva York. Podría ser dejada en el medio del Sáhara, o arrojada al océano y perderme como Amelia Earhart. Mi aliento se quedó atrapado en la garganta mientras miraba el horrible día, mirando por encima del pequeño aeropuerto. Me preguntaba a dónde irían los demás aviones. Me preguntaba si uno de ellos iba a París. El sol estaba cayendo ahora, pintando la nieve en naranjas y amarillos. Solo tardarían unos minutos hasta que la luna se robara el sol por completo. Este había sido oficialmente el día largamente más corto de mi vida.

Mi captor me dio un duro tirón en el codo, apartándome de la puerta. Me empujó en un asiento y caminó hacia el otro lado del avión. Aún atónita, era todo lo que podía hacer para agarrar los lados del asiento. Este se sentía suave. Miré

hacia abajo, observando mis dedos correr a través de la costura como si estuviera en trance.

Tal vez me echará en Tokio. Si yo moría allí, era algo de contarse.

—Abróchate el cinturón —dijo el hombre que me había tomado perezosamente, apartándome de mis pensamientos. En realidad, no era la pereza de su voz, era... aburrimiento, como si lo que había hecho ese día no fuera más interesante que sacar la basura.

Miré alrededor, tomando todo. Las luces iluminaban el techo, pero no sabía de dónde; parecía que solo brillaban desde dentro. Era misterioso, hermoso. Nos sentamos en asientos acolchados de cuero blanco y los pisos estaban estampados. ¿Eran de mármol o madera? Extendí una mano para tocarla, pero el avión despegó y me sacudió.

—Te dije que te abrocharas el cinturón —dijo. Mis ojos brillaron a donde él se sentaba serenamente. Él no estaba abrochado, noté amargamente. Estaba sentado en una mesa, mirando un ordenador portátil. *¿Tienen Internet por aquí?*

Agarré el apoyabrazos, tratando de ocultar mi ansiedad. No necesariamente tenía miedo de volar, pero era mi primera vez. No sabía qué esperar más allá de películas y libros. Parecía como si estuviéramos yendo por el asfalto para siempre, y luego de repente despegamos. Miré por la ventana justo cuando el avión se levantó y luego rápidamente miré hacia otro lado con una gran exhalación.

Estaba *volando*.

—Damas y caballeros, este es su capitán quien habla —dijo una voz sobre los altavoces—. Me gustaría darles la bienvenida a bordo. Podemos esperar un vuelo bastante tranquilo esta noche. —Me incliné hacia atrás para escuchar al capitán cuando—: ¿Champán? —Fue preguntado directamente en mi oído.

Salté a la voz muy femenina. Claramente no estaba aturdida por mi estallido, una mujer con una falda apretada y una blusa demasiado ajustada se inclinaba sobre mí, una botella de vidrio verde en la mano y una sonrisa en su rostro. ¿De dónde diablos había venido? Mi propio rostro se contorsionó en una amalgama de indignación y desconcierto, y ella mantuvo su postura durante otro minuto antes de retirar la botella, una sonrisa nunca vacilante.

A decir verdad, nunca había bebido champán antes. Si nos estamos poniendo muy honestos aquí, nunca había bebido mucho. Parte de mí realmente quería tomar el champán, disfrutar y entregarme a la fantasía de que el hombre al que me había entregado era del tipo que me abriría al mundo. Quería creer que él era el tipo de hombre que iba a traer mis fotos a la vida, no darme moretones.

Pero eso era solo fantasía.

—Tratas bien a tus prisioneros —reflexioné, observando con incredulidad y asombro mientras ella caminaba hacia el lado opuesto del avión y le ofrecía un trago a mi captor.

—No eres una prisionera —dijo el hombre. Tomó una copa, con los ojos todavía puestos en su computadora. Por un breve y fugaz segundo tuve esperanza. Luego dijo—: No eres nada. —Y ese globo estalló tan rápido como se infló. Prácticamente podía oír el chirrido agudo que estaba haciendo mientras volaba por mi mente antes de aterrizar todo gomoso, muerto y desinflado.

—Oh, caramba, gracias. —Me volví hacia la ventana, colocando un dedo en el cristal. La noche había caído rápida y sigilosamente. Mi dedo derretía la condensación, pintando líneas de negro donde revelaba la oscuridad—. No me dejaste decir adiós. —Lo dije como un susurro, solo para ser escuchado por mí. Dibujando otra línea por la ventana, separé la condensación con el calor de mi dedo.

—Tal vez deberías haberlo pensado antes de negociar tu vida —replicó él. Me burlé, quitando la mano de la ventana—. Deberías saber que te estoy dando hasta Nueva York, Frankie —dijo. Me estremecí ante su voz. No había nada abiertamente terrible, nada como cuando papá gritó después de beber demasiado. Era algo escondido en la calma, como un monstruo bajo aguas tranquilas, que me perturbaba—. Como una cortesía.

Mis ojos se dirigieron brevemente hacia los suyos.

—¿Qué diablos significa eso? —Dejó de teclear, con los dedos enroscándose en un apriete. Rodé mis labios, apretándolos contra mi rostro como si pudiera callarme, pero sabía que era una causa perdida. Desde que me enfermé, había desarrollado un mecanismo de defensa: el sarcasmo. No podía controlar las agujas y las frecuentes visitas al hospital. No podía controlar el hecho de que no tenía amigos y tenía que pasar todo el día, todos los días en mi habitación sintiéndome como muerta, pero podía controlar mi perspectiva. Así que mi perspectiva se convirtió en una cosa torcida, cruel, aburrida y oscura. Me convertí en el tipo de persona que hacía bromas en un funeral.

• Realmente me ayudó a hacer amigos.

• —No sé si entiendes la magnitud de lo que has hecho —dijo. Lentamente sus dedos se desenroscaron y continuó escribiendo—. Pero pronto, así que aprovecha este momento para llorar tu vida anterior, porque cuando lleguemos, Frankie Notte está muerta. Negociaste tu vida, y pronto tomaré lo que queda.

—Francesca —murmuré, cruzándome de brazos. *Cállate idiota. Por el amor de Dios, deja de molestarlo.*

—No he entendido eso. —Tomó un sorbo de champán, sin apartar los ojos de cualquier trabajo que fuera tan importante en su computadora. Amargamente, me preguntaba qué tipo de mafioso tiene tanto trabajo en una computadora. ¿No todo era romper la rótula y pequeños libros negros?

—Francesca —repetí, alzando la voz. *Oh, Dios,* pensé. *Voy a morir.* Si no lo estaba antes, ciertamente lo estaba ahora. Miró hacia arriba, captando mi mirada por primera vez desde que nos habíamos retirado. Traté de mantener la calma, intenté igualar su mirada dura. Tragué saliva, sintiendo que su mirada me estaba poniendo presión física. Esa cosa en mi vientre sucedió, esa cosa de hormigueo. Apreté mis muslos. Era incómodo, pero una parte de mí...

*Lo deseaba.*

Rápidamente añadí:

—Solo... —Tragué—. Solamente mis amigos me llaman Frankie. —Realmente, no había tenido muchos amigos desde que dejé la preparatoria. Era difícil hacerlos, estando enferma y con papá... bueno, papá era un trabajo a tiempo completo. Después de la preparatoria, esperaba que unos cuantos chicos quisieran ser amigos, pero resultó que solo querían sexo.

Probablemente solo querían follar a la chica extraña.

Técnicamente mi madre fue la que me llamó Frankie, y el apodo se había pegado. Una de las pocas veces que papá hablaba de ella, dijo que ella creía que yo tenía demasiado valor para ser llamada Francesca.

Apretó la mandíbula.

—Escúchame, Frankie.

—Francesca —repetí. Prácticamente podía oír mi voz interior suspirando en derrota. Las personas podrán pensar que estaba loca, hablando con un hombre como él de esa manera. La cosa es, justo entonces estarías presenciando la canción de cisne de mi viejo yo antes de caer en la oscuridad.

—*Frankie* —dijo con brusquedad. Rodó mi nombre por su lengua como si la estuviera lamiendo. Me estremecí y crucé los brazos. Cerrando su computadora portátil, continuó—: Cuando este avión aterrice, todo lo que tú fuiste desaparece. Tus emociones desaparecen. Tu nombre se convierte en nada más que un sonido que pasa por mis labios. *Te conviertes en nada.*

Mi aliento se enganchó en mi garganta.

—Debería saltar del avión entonces...

—Podrías hacerlo, pero si mueres antes de que acabe contigo, mataré a tu padre. Además, casi hemos terminado con nuestro descenso, así que probablemente te romperías un tobillo.

—Bueno, ¿cómo puedo llamarte entonces? —pregunté, sarcasmo amargo en mi lengua—. ¿Príncipe de todo? *Rey Asshat, tal vez.*

—Puedes llamarme Bestia.

Me burlé.

—Eso no es un nombre.

—Me has preguntado cómo llamarme, no mi nombre. —Alejó la mirada, señalando que había terminado de hablar conmigo, lo cual era bueno, porque al instante mis ojos volvieron a su respuesta. Tenía este sentimiento en mi intestino, no el cosquilleo que me negaba a reconocer, sino una amarga, terrible sensación. Se curvaba en mis órganos y supe que era un presagio. Yo no iba a sobrevivir si seguía rodando mis ojos y criticaba. Cuanto más expresaba mi desprecio, más apretaba el lazo.

Pero ¿cómo te desconectas? ¿Cómo dejas de ser quién eres? Racionalmente supe que un hombre como él, que exuda peligro y se llamaba *Bestia*, no respondería amablemente al sarcasmo. El sarcasmo era cómo había sobrevivido al mundo hasta ahora, sin embargo. Era así como respondía a las amenazas.

Y él era la amenaza número uno.

Con un suspiro, miré por la ventana del avión. Estábamos casi en el suelo. Podía ver el aeropuerto cada vez más cerca. Cuando el avión aterrizó, todavía estaba nevando afuera. Por lo general vivía para noches como estas; la brillante nieve blanca contra el cielo frío iluminado por la luna me hipnotizaba. Ahora solo me tristecía, porque las palabras de Bestia resonaron dentro de mí. ¿Qué pasaría con las noches cuando me convertía en nada? ¿Me seguirían deslumbrando?

Registré brevemente el sonido del capitán, de la azafata y de Bestia. Sonidos de apagado, encendido y urgencia, pero me quedé atrapada por un momento en mi funeral, mirando hacia fuera en la nieve.

—¿Eres tonta? —Bestia me agarró por el cuello, obligándome a alejarme de la ventana—. No negocie esa deuda para conseguir un caballo cojo. —Me miró a los ojos como buscando la respuesta.

Lo empujé.

—No soy tonta, idiota. Estar en silencio no significa ser estúpida. —Tuve medio segundo para arrepentirme de haberlo llamado idiota antes de que me sacara del cuello y me arrancara del asiento.

—No es tu naturaleza tácita lo que me preocupa. *Ahora* ven.

Lo seguí, casi tropezando por los resbaladizos peldaños mojados de nieve. Cuando llegué al fondo, aspiré mi respiración y me preparé, cerrando los ojos por un momento.

No podía enfrentar mi muerte.

Ni siquiera había pensado en ello antes de ese día, no en serio. Siempre era tan lejano, un concepto que ni siquiera podía comprender. Con los ojos apretados y la nieve sacudiéndome el cabello, esperé. Y esperé. Y *esperé*. Entonces abrí un ojo. Nadie estaba a mí alrededor.

Bestia estaba a unos cuantos metros de distancia esperando por un automóvil negro, la molestia manchando su apático rostro. Lentamente caminé hacia él, como si el asfalto estuviera plagado de minas y fuera a pisar una, explotar y los ángeles me saludaran con un ¡Ja! ¡Te tengo! Pensaste que ibas a vivir *clásico!*

Cuando finalmente llegué al auto de lujo, sin haber muerto por minas terrestres, miré de Bestia, al auto y de nuevo a Bestia.

—¿Pensé que estaría muerta al final del vuelo? —pregunté, confundida. No era que yo *quisiera* morir, pero quería saber si nos dirigiríamos a mi ejecución. ¿Cuánto tiempo más iba a tener que vivir en el limbo? Un ligero sonido se escuchó ¿fue un *gruñido*?, y luego me empujó dentro. Y en el camino me golpeé la cabeza.

»Ay, mierda. —Me froté el cráneo. El dolor significaba que no estaba muerta, por lo menos. Mi dolor fue olvidado tan pronto un grito sonó. Era una voz de completa desesperanza, del tipo de miedo y mendicidad que inmediatamente te da escalofríos que trepan por tu columna. Era el tipo de emoción que un actor solo podía esperar para retratar la décima parte de la película. Era también una voz que reconocía, la azafata.

—¡Espere, espere! —rogó ella. Saqué de nuevo mi cabeza hacia el asfalto para ver a la azafata, sonrisa rota, lágrimas brotando de sus ojos. Estaba corriendo

directo hacia el auto. El piloto salió del avión y fue tras ella. Bestia estaba actuando como si no pudiera verla o escucharla. Se metió en su asiento y sacó su teléfono.

»Lo siento, jle serviré champán primero la próxima vez! —gritó ella—. Por favor, Jefe, no lo haré de nuevo. Lo siento... —Brazos azules marinos se envolvieron alrededor de su cuerpo y fue jalada hacia atrás, sus brazos estirándose hacia adelante. Los tacones marcaron líneas en la nieve justo cuando mi puerta fue cerrada de un portazo. Puse la palma de mi mano en la ventana mientras el auto salía del aeropuerto.

¿Acabo de ser testigo de las últimas palabras de una mujer? ¿Por qué? ¿Por el hecho de que me habría servido el champán primero? Lentamente atraje la palma de mi mano a mi regazo. Si él pudiera matar a alguien por eso, ¿qué me esperaba a mí? Me enfoqué en él, esperando que su expresión diera algún indicio, pero fue un fracaso miserable. Nada en su comportamiento decía que había ordenado la muerte de alguien. Miraba su teléfono con la misma expresión aburrida.

Me senté de nuevo, sintiéndome hueca. Enferma. Sus gritos se imprimieron en mis tímpanos. Podía ver sus lágrimas en sus ojos dentro de mi mente, un fantasma atorado en un circuito, su mirada de un miedo abyecto mientras trataba de correr detrás de nosotros, pero fue alejada. Volví la mirada, concentrándome en el exterior. Mis ojos viajaban por todas partes, las tiendas estaban decoradas con luces de colores brillantes, centellando como estrellas. Casi podía olvidar la razón por la que estaba allí.

Hasta que el auto se detuvo.

\*\*\*

—¿De verdad no vas a matarme? —pregunté, inspeccionando la habitación.

—¿Dónde está la diversión en eso? —No exactamente tranquilizante, pero al menos no era la muerte.

Después aprendería que debí haber deseado la muerte.

Con los brazos cruzados, presionó un pie detrás de él contra la pared blanca cremosa, observándome inspeccionar la habitación. Él no estaba mirando fijamente, pero tampoco estaba sonriendo, su expresión de alguna manera haciendo *ambas*, a la vez amenazador y presumido. Estaba más allá de una belleza hermosa y peligrosa. Si lo hubiera visto en las calles, habría sido demasiado cobarde para mirarlo, en lugar de rezar para que me mirara. Ahora rezaba para que mirara hacia otro lado, su intensa mirada succionadora de almas mientras yo inspeccionaba mi cárcel.

Cárcel, correcto.

La habitación tenía ventanas de piso a techo y daba a un balcón. Un jodido balcón. Las paredes eran blancas con líneas amplias y magníficas molduras, las ventanas todas francesas. Había una lujosa cama tamaño king que prácticamente me suplicaba que me acurrucara. Fui tragada brevemente por la casa mientras caminaba dentro y esta habitación era muy diferente, decididamente cálida y femenina. Era el dormitorio de mis sueños, honestamente, completo con flores y elegante decoración antigua.

Miré hacia Bestia, esperando a que él dejara caer el otro zapato.

Había ido de dormir en un armario convertido en dormitorio en Nueva Jersey como el jodido *Harry Potter*, viviendo con un padre que legítimamente pensaba que poniendo aromatizante en la pila de basura resolvía el problema, y lo que asumí como una certeza de muerte, a esto, a un penthouse en Tribeca con un psicópata.

No tenía queja.

Él sonrió engreídamente, una sonrisa cruel que me hizo querer esconderme en el armario con un bate de béisbol y dijo:

—Tengo otros planes para ti, Frankie. —Cuando dijo mi nombre mi corazón latió más fuerte y esa cosa en mi vientre giró y dolío. Nunca había deseado oír algo mientras al mismo tiempo lo odiaba cuando Bestia decía mi nombre.

Se fue momentos después, sin decir nada más. Miré la puerta que acababa de cerrar, preguntándome si me sentiría aliviada. ¿Podría pasar la noche libre de Bestia? Parecía como una posibilidad, pero minutos más tarde hubo un golpe en la puerta. Esperé, con el aliento atrapado en mi cuerpo, para que Bestia reapareciera. En su lugar una cabeza de cabello rubio gris se asomó. Cuando el cuerpo entero apareció, supe inmediatamente quién era.

Quiero decir, no lo sabía, pero sabía qué tipo de persona era: un médico. Cuando estás enfermo durante la mayor parte de tu vida, simplemente logras distinguir el aura de un médico. Tenía esa sonrisa, esa sonrisa de doctor que intentaba desarmar, pero en vez de eso era condescendiente.

- No tenía ni idea de por qué Bestia me mandaría un doctor.
- ¿Sabía que estaba enferma? ¿Estaba preocupado de que fuera una mercancía dañada?

—Hola, Frankie —dijo el doctor con esa sonrisa en su rostro—. Soy el doctor Wyatt. —Lotería. No estaba sorprendida de que supiera mi nombre aunque yo no

lo conociera. Esperé a que me dijera que se le ofrecía; cuando no lo dijo, a regañadientes lo saludé—. ¿Puedo sentarme en la cama? —preguntó señalando la cama.

Todavía de pie, me moví.

—Adelante. —Abrió el maletín y vi lo que parecía ser la versión más elegante de una bata de hospital. Mi estómago se desplomó, pero luego me acerqué. No consigues ser examinada como paciente durante años sin adormecerte a ti mismo. Tiré del cuello de mi camiseta.

—¿Me dirás un poco sobre ti, Frankie? —preguntó él.

Viendo la tela doblada en su maletín, dije:

—No hay mucho que decir.

—No creo eso —respondió con voz empalagosa—. Eres joven. Eres muy hermosa. —Me encogí de hombros, todavía viendo la bata. No estaba exactamente de humor para hablar. El doctor Wyatt siguió la línea de mi mirada, y luego con un ligero fruncido de cejas, cerró el maletín. Parpadeé, mirando a él de regreso.

—¿Cuántos años tienes? —preguntó. El doctor Wyatt ahora era el estereotipo que imaginaba de como envejecería un jugador de polo. Tenía los rasgos clásicos de todos los americanos, solo arrugado y un poco subido de peso. Era bastante guapo, y no había hecho nada que me hiciera confiar en él, además de su evidente conexión con Bestia. Percibí mi incomodidad por la bata, pero no pude evitar pensar que eso tenía menos que ver con mis sentimientos y más con el hecho de que yo no estaba hablando. Su sonrisa también era demasiado dulce, como la bruja de Hansel y Gretel.

Estaba segura de que me estaba atrayendo hacia algo, pero *a qué* no lo sabía. Sacudí el pensamiento y a regañadientes, dije:

—Veinte. —Me froté el brazo, a pesar del calor de la habitación.

—¿Me puedes decir cuántos compañeros sexuales has tenido? —La pregunta parecía inocua, pero estalló mi piel de gallina en cuanto preguntó. Sin embargo, su sonrisa era inquebrantable, haciéndome sentir que *yo* era la extraña por no querer dar información tan íntima a un completo extraño.

—Yo... —divagué. Su sonrisa se sentía viscosa contra mi piel. No le decía a nadie ese tipo de cosas. Lo más que un médico había preguntado siempre era si era activa sexualmente y podía fácilmente apresurarme a decir que no—. No veo por qué necesita saberlo —dije finalmente.

Se encogió de hombros.

—No *tienes* que decirme. —No sonaba como reafirmación, sino como una amenaza. La implicación era clara: no podrías decirme, pero iba a averiguar de una manera u otra. Había una nitidez en sus ojos que me recordaba el borde de una navaja.

—Um... —Nuevamente me froté el brazo—. Ninguno. —Hubo una pausa, una larga cosa estancada en la que el peso de su mirada era como minúsculas agujas en mi piel. Tal vez pensaría que estaba mintiendo, deseaba que hubiera recuerdo de muchachos pasados que pudiera llevarme justo entonces, pero no había nadie. Nunca me habían amado. Solo había besado una vez, en la secundaria, justo antes de enfermarme. Fue inexperto y rápido.

—¿Le importa si valido sus afirmaciones? —preguntó. Su tono era todavía tan dulce y meloso. Lo odiaba. Vi más allá del azúcar a la diabetes.

—¿Mis *afirmaciones*? —pregunté—. ¿Tengo elección?

—Sí —respondió.

—¿Cómo validará eso? —Mi voz sonaba pequeña, tan diferente de mí.

Se puso de pie, sonriendo.

—Veo que estás incómoda con la bata. Quítate tus pantalones y metete debajo de las sábanas y te haré un rápido examen de virginidad. —Este era el momento en que debería haber gritado, porque este era el momento exacto de no retorno, cuando todo se hizo real.

Pero en lugar de gritar, dije:

—No puedes revisar eso. No es algo que puedas revisar. —Mi voz salió apurada y rápida. *¿Qué tipo de doctor eres?* Quería agregar—. No hay ninguna cosa como prueba de virginidad —continué como si pudiera salvarme señalándoselo. Hubo un segundo que un flechazo pasó por su rostro, brutal y violento como un rayo golpeando un árbol. Casi jadeé. Su sonrisa desapareció y esa dulzura que había estado irradiando se volvió amarga y podrida.

—Quizá no —dijo sonriendo—. Pero es lo mejor que tenemos, lo mejor que *tienes*. —Mis ojos se ensancharon. —¿Qué quiso decir con eso? Me moví, mis zapatillas deportivas haciendo hendiduras en la lujosa alfombra. Era una especie de cosa de aspecto de piel blanca y mis zapatos estaban ensuciando todo.

Miré hacia el doctor Wyatt que seguía mirándome, su sonrisa dulce y enfermiza en su rostro.

Sabía que no tenía elección.

\*\*\*

Todavía estaba en la cama cuando Bestia regresó. El médico acababa de irse y yo estaba desnuda bajo las sábanas. Había sido rápido; al menos el doctor Wyatt no había mentido sobre eso. Eso no significaba que no me sintiera violada. Los médicos me habían examinado en el pasado, pero nunca me había sentido tan... mal. Al menos en el hospital, la esterilidad y la rutina habían proporcionado una especie de amortiguador; era deshumanizante, hasta cierto punto. Aquí estaba expuesta. Tuve que sentirlo todo. Llevé las mantas hasta mi barbilla mientras Bestia me observaba, rezando para que no levantara la manta.

—La cena es en una hora, vístete apropiadamente. —Con eso, se apartó de la pared y se marchó. Estaba sola en el extravagante dormitorio. ¿Vestir apropiadamente? Me había ido sin decir adiós, y mucho menos llevar ropa de noche.

Esperé unos instantes antes de levantarme de la cama y rápidamente tiré de las sábanas y volví a ponerme mis jeans. Me froté los dedos, mirando a la habitación. Me sentí desagradable. Solo minutos antes había estado desnuda, penetrada.

Ahora tenía que *vestirse apropiadamente*.

Dejé escapar un suspiro y caminé hacia la ventana. La vista era preciosa, al menos. Los árboles de navidad ya alineaban las franjas. Me encantaba caminar en Nueva York durante la navidad. Todas las tiendas brillaban intensamente con luces y las franjas eran festivas con árboles. Me imaginaría a las personas extravagantes que vivían en los edificios, comiendo pavo y sonriendo con sus familias.

Ahora lo sabía. Eran personas como Bestia las que vivían en esos edificios.

Con una última mirada a la alegre vista, me di la vuelta. *Vistete apropiadamente*, dijo. En una corazonada, me acerqué a las puertas francesas de vidrio esmerilado. Si no encontraba algo adecuado, al menos podría escupir en una de sus corbatas.

Jalé las puertas para abrir y...

*Santa madre puta mierda.*

Estaba prácticamente lleno hasta el borde con magníficos vestidos de noche. Cada uno probablemente costaba más del doble de nuestra renta en Jersey. Caminé a través del armario, mis pies disfrutando de la alfombra de felpa Tempur-Pedic.

Acaricié la tela de los vestidos, cada uno diferente, pero aún suave. Los solté, viéndolos caer lejos de las puntas de mis dedos como agua, colores brillando como una cascada.

Me di la vuelta con asombro. *¿El había hecho todo esto en las pocas horas antes de mi llegada? O... mi mente tartamudeaba por el horrible pensamiento, ¿y si esta habitación perteneciera a alguien?* Miré el guardarropa, pensando en una chica como yo que vivía en esta habitación, usando esa ropa. Estaba perfectamente equipada para una mujer, pero no había mujer. El vestido que estaba manoseando cayó de mi alcance. Sabía que iba a morir. Lo sabía, pero Dios, no necesitaba un recordatorio de esqueleto de *Versace*.

Entré más profundo en el armario, abriendo cada uno de los cajones. Algunos estaban llenos de blusas, la tela suave y sedosa. Otros estaban llenos de calcetines, algunos con pantalones cortos.

Unos cuantos cajones estaban llenos de lencería y los cerré inmediatamente. Me di cuenta de que el cajón de la ropa interior estaba etiquetado como *para ir a dormir*, pero rápidamente lo empujé a la parte posterior de mi cerebro, en lugar de buscar más etiquetas. Por encima de los vestidos había una pequeña etiqueta *para la tarde*, y cuando eché un vistazo al cajón de blusas, encontré una etiqueta *para la mañana*. Esto debía de ser lo que quería decir cuando dijo *vestir apropiadamente*. Me moví más haya en el armario y...

*Dios.* Las paredes estaban apiladas de arriba abajo con zapatos que solo podía soñar con poseer. Los saqué uno a la vez: *Louboutin, Jimmy Choo, Chanel, Badgley Mischka, Manolo Blahnik*. Dejé de leer a los diseñadores, y observé los zapatos que me rodeaban en un círculo multicolor de satén, cuero y cristales en el suelo.

En serio, ¿qué mierda estaba pasando? ¿Había caído en el infierno o en el cielo?

Me puse de pie en un aturdimiento, pero aun así recogí todos y cada par de zapatos (porque en serio, incluso secuestrada, los zapatos necesitan ser atendidos). Bestia dijo que tenía una hora antes de la cena y que me vistiera apropiadamente; ahora eso no era tan extraño. De hecho, el problema más difícil sería decidir *qué* usar.

Corriendo los dedos a lo largo de la tela, aterricé en un precioso modelo de gasa de *Dior*. Lo saqué y lo sujeté a mi cuerpo en el espejo. Caía hasta las espinillas y era de un color amarillo pálido con cuentas de cristal en el busto que disminuía en la gasa. *Oh, mí, ¿es esto vintage?* Lo era. Era vintage. Mis ojos se abrieron de par en par ante el descubrimiento. *Vintage Dior? En serio?*

Cuando me lo puse, me sentía como una princesa. Incluso podría girar en ella. Me hizo sentir menos sucia y menos como una mujer esperando la horca. Volví a la plataforma de maravillas AKA en el estante de zapatos y elegí un par de raso de oro *Badgley Mischka*. Cuando me marchaba, mis ojos atraparon el reflejo de otro cajón semioculto. Le hice clic y salió de la pared. Pensé que había tenido todas las sorpresas que podía soportar por una noche, pero santa mierda.

Diamantes. Rubíes. Y zafiros; al menos eso era lo que suponía. Nunca había estado en las joyerías, fuera de una película de *Indiana Jones*.

Los toqué como si fueran fuego, suavemente, como si pudieran quemarme el dedo. Bestia dijo que me preparara, me vistiera apropiadamente; no había dicho que *jugar a vestirme como una niña pequeña*. Aun así, había un hermoso colgante de diamantes que me llamó la atención. El diamante estaba tallado impecablemente y en forma de una rosa. Comparado con todas las otras piezas que se sentaban en el terciopelo azul, era prácticamente insignificante. Era pequeño y no había nada espectacular, apenas un solo colgante en forma de rosa atado a un pequeño hilo de oro.

Pero me llamó.

Lo tomé, lo amarré al cuello y cerré el cajón. Miré el reloj de la pared, tratando de averiguar cuánto tiempo me quedaba. Era analógico y no había números. Las manecillas del reloj eran ramas y había una rama larga con un pájaro sentado en ella. En la pared a la izquierda del reloj, otro pájaro estaba clavado. Miré el reloj, tratando de imaginar a un hombre como Bestia comprando y sujetando el pajarito a la pared. Me di por vencida. No calculé, como tratar de hacer dos más dos iguales a cinco.

Suspirando, miré desde el reloj hasta mi puerta. Dijo que la cena era en una hora, y eran cinco minutos más allá de la hora. Nunca me dijo que esperara, pero nunca me había dicho expresamente que no debía marcharme tampoco. Cuando me había intercambiado primero a mí misma por el hombre, no había dudas en mi mente de que él era malo, fríamente malo, el tipo de frío que necesita un tesoro para encontrar una descripción más profunda, más adecuada, pero todavía terminan subiendo en seco porque el tipo de maldad, de malicia, de duro giro de terror que se siente al alrededor de él es más que solo, un sentimiento.

Pero ahora, no estaba segura. Yendo con él, solo, había desplegado otros sentimientos dentro de mí y ahora estaba en este vestido, en esta habitación, en un penthouse. El médico había sido inexplicable, pero ¿qué clase de persona me daría todo esto si sus intenciones fueran malas? Curvó mi mano alrededor del pomo de la puerta.

Más tarde... más tarde culparía a un aneurisma por esa audaz y loca decisión.

Se sentía como si estuviera intentando un escape. Sin embargo, en ese momento en el tiempo, ni siquiera estaba totalmente segura de que quería ir a casa. Estaba en un penthouse, vestida y deslumbrada. La vida me había dicho que era lo que se suponía que quería, y ahora lo tenía. Un pensamiento lejano flotó en mi mente al girar la perilla: era como salir del Edén. Si me fuera, me enfrentaría a todos los males del mundo. Una parte de mí estaba preocupada de que si no salía de la habitación, sin embargo, me convertiría en una calabaza.

Tenía a *vintage* de Dior, zapatos de *Badgley Mischka* y *diamantes*.

Solo quería explorar. Tenía un bonito vestido y quería caminar en él. Parte de mí empezaba a pensar que Bestia no sería tan malo. Otra parte, sin embargo, pensó en el momento en que abriera la puerta, los hombres con armas de fuego llegarían como tormenta y me obligarían a regresar a la habitación.

No lo hicieron. Abrí la puerta y fui recibida por el largo corredor blanco que había caminado cuando llegamos. No había prestado mucha atención entonces porque estaba muy nerviosa. Ahora, me daba cuenta del espeluznante arte abstracto salpicando las paredes. Rojo cortado con negro salpicado contra lienzos blancos a lo largo de las paredes del pasillo, casi como si las pinturas individuales fueran una instalación grande. Era el tipo de arte que, aunque no parecía exactamente nada, todavía te recordaba la sangre y el sexo.

Colgando del marco de la puerta, miré por el pasillo. Podría correr por mi vida, salir del apartamento, y gritar. Quizás los policías vendrían. Podría contarles mi historia, y tal vez si por casualidad encontrara a un policía que no estuviera en la nómina de Bestia, Bestia sería arrestado. Incluso podría ser capaz de mantener el *vintage* de *Dior*. Eso no detendría el asesinato de papá... o el mío. Era surrealista ser una prisionera en medio de una bulliciosa metrópoli.

Tragué, salí al pasillo. El espacio estaba impecable con paredes blancas y pisos de madera color arena. Las ventanas del piso al techo eran el tema del penthouse. Cuando salí del pasillo, llegué a una habitación donde más ventanas se extendían aún más a medida que el techo de la habitación subía. Las ventanas me recordaban a las que veía en las revistas. La madera blanca recortaba el látex y algunos incluso tenían luces de navidad. Hice una pausa, mirando alrededor. Era tan agradable, tan... hogareño. Olfateé. ¿Era eso... *pan de jengibre*?

Hubiera sido mucho más fácil sí en el momento en que saliera de la habitación todo fuera oscuro, feo y maloliente.

La forma en que debe ser la guarida de una bestia.

Llegué a una sala de estar con un piano e incliné mi cabeza hacia atrás. El lugar debe haber sido de tres pisos de alto. Me preguntaba si poseía otros pisos que los que pude ver. Mi mirada se desplazó hacia el piano. ¿Bestia tocaba el piano? ¿Quién era este hombre que me llevó cautiva, sin embargo, me dio ropa bonita y un lugar agradable para dormir? Tal vez Bestia no era tan malo.

Debería haber leído más cuentos de hadas.

Mientras caminaba por otra ventana, me detuve y presioné los dedos contra el cristal frío, mirando hacia la acera. ¿Cuántas personas eran prisioneras como yo?

Probablemente no muchos estaban muy bien vestidos. Apoyé toda mi palma en el cristal. Había leído miles de historias sobre héroes y sus heroínas. Así que muchos de los hombres fueron torturados en el interior, sus emociones un accidente de tren, y la heroína no podía ver la belleza de su alma al principio. Tal vez Bestia fue torturado. Tal vez por eso le llamaban Bestia. Los hombres malos no daban a sus prisioneros ropa agradable, diamantes y una cama cómoda.

—¿Cierto?

Apreté la frente contra el cristal.

Tal vez había esperanza.

Era como si en ese momento el destino me oyera y no quisiera que tuviera ideas graciosas. A los pocos segundos de que me pregunté si podía haber esperanza, una voz fría e inconfundible se apoderó de mi espina dorsal.

—¿Qué haces fuera de tu habitación?

\*\*\*

Me di la vuelta. Bestia estaba apoyada contra una columna de ladrillo expuesta y encalada. Exhalé ligeramente porque a primera vista, parecía tranquilo y en calma, lo que mejoró mis miedos. Entonces vi su rostro y el estómago se llenó de hielo. Su anterior impasibilidad cruel había sido reemplazada por una ira sin sol.

Aunque todavía estaba a unos pocos metros de mí, no era suficiente. Intenté retroceder, pero ya estaba contra la ventana. Mi talón chocó dolorosamente contra la pared.

—Respóndeme —dijo en voz baja. Ojalá hubiera gritado; su áspero susurro era como una niebla tóxica. Sentía su ira más que oírla, y era mucho más poderosa, más amenazadora, más peligrosa.

—¿Cena? —Levanté ligeramente el vestido. Era todo lo que podía hacer, la única herramienta en mi cinturón. Era como un ciervo atrapado en los faros mientras cerraba la distancia entre nosotros. Él robaba las sombras mientras avanzaba, creciendo y creciendo hasta que estaba tan cerca que sentía que iba a morir de asfixia.

—Dije que podías salir? —me susurró al oído. Cerré los ojos como una niña frente a una película de miedo, esperando en marcharse. Más temprano ese día, cuando susurró mi nombre, había visto mi vida, mis esperanzas y mis sueños desaparecer.

Ahora, cuando me susurró, esta vez estaba segura de que nunca volvería a verlos.

—No, pero... —Me callé cuando Bestia presionó su enorme mano contra mi pecho, empujándome contra la ventana. Todo mi cuerpo presionado contra el cristal y el terror llenó mis venas como nitrógeno líquido. Me preguntaba si explotaría, como una rosa congelada y luego rota, destrozada en mil millones de piezas. Me preguntaba si alguien debajo de mí podía verme.

—Yo... —Mi voz salió patéticamente alta—. ¿Gracias? —Las palabras salieron como una pregunta. ¿Seríamente le estaba *agradeciendo* ahora mismo? Lo que quería decir era *pensé que teníamos un acuerdo, pensé que las cosas agradables significaban que eras agradable, pensé que la ropa, la habitación y el pequeño reloj de pajarito significaban algo*, pero las palabras se metieron en mi cerebro mientras presionaba y me forzaba contra la ventana.

Lo curioso es que cuando el miedo se apodera, los pensamientos a veces no salen como deberían. Lo que estás tratando de decir y lo que dices realmente comienza a ahogarse en el terror helado que llena tu cerebro. Las imágenes y las ideas pasaron a través de mí solo para hundirse bajo el agua helada.

Cogió el colgante de mi cuello y lo rodó entre el pulgar y el índice.

—Bonito collar.

La esperanza brilló dentro de mí.

Entonces murió para siempre cuando lo arrancó de mi cuello y levantó mi vestido de gasa amarillo.

—Vas donde yo te diga que vayas —gruñó en mi oído—, *Frankie*. —Mis ojos se agrandaron por la forma en que había gruñido mi nombre. Por un breve instante traté de hacer contacto visual. Había algo en la forma en que había dicho mi nombre, algo que desmintió su intención y me hizo esperar que yo pudiera hacer

contacto visual, podría detener esta locura. Oí en su voz, brevemente, fugazmente, no la ira de mí, sino de sí mismo, una especie de desesperación miserable, y quería agarrarme a eso; luego me dio la vuelta y levantó mi cabello castaño mordiéndome el cuello.

Grité y eso lo hizo empujarme más fuerte en el cristal. Puede que estuviera llorando, pero no estaba segura. El terror me había vuelto a entumecer. Mis pensamientos estaban casi completamente ahogados.

Más tarde el momento se reproduciría en un bucle, una y otra y otra vez, como un cuerpo reblandecido hinchado. Por ahora, sin embargo, fue enterrado bajo una tonelada de miedo helado.

—No eres nada —gruñó—, excepto por lo que te doy.

Las lágrimas oscurecieron el cristal. Definitivamente estaba llorando, pero el sonido estaba apagado. Me estaba adormeciendo. Estaba entumida de todo a mí alrededor. Podía sentir sus ásperas y callosas manos en mis muslos, sintiendo la carne privada.

Grité, aunque sabía que nadie me oía. No podía concentrarme en ser fuerte. No podía concentrarme en nada. Mi peor pesadilla estaba sucediendo. Esa cosa que había visto en la televisión mientras pensaba *Oh, eso no va a pasarme* estaba sucediendo. Siempre dije que iba a luchar, que patearía el culo de alguien que intentara hacerme daño, pero no pude. No pude resistir. Me quedé tumbada contra la ventana mientras se desabrochaba los pantalones detrás de mí.

Cuando me di cuenta de que mis gritos no estaban haciendo nada para disuadirlo, si es que lo empujaban con más fuerza... me congelé. Me resigné a mi destino. Me concentré en la forma en que mis lágrimas viajaban por el cristal y la forma en que mi respiración caliente y húmeda empañaba la imagen debajo. Entonces sucedió algo terriblemente asombroso.

Se detuvo, pero no se alejó. Hubo una horrible quietud entre nosotros.

Miedo a moverse.

Miedo a respirar.

Miedo a parpadear.

Lo sentí detrás de mí, con su pecho levantándose y cayendo pesadamente, arriba y abajo contra mi espalda. Podía ver la vena palpitar de su antebrazo justo al lado de mi cabeza mientras su mano se extendía por la ventana, una promesa de lo que vendría.

—Aléjate —susurré—. Por favor. —Mi voz desapareció en el terrible silencio que nos envolvía. Era tan agudamente consciente de lo aterrorizada que estaba, lo tranquilo que él estaba, y solo tenía que escuchar mi latido del corazón más rápido y más rápido en mis oídos. Pensé que iba a estallar de mi pecho.

Luego sus labios llegaron a mi cuello, lentos y tan miserablemente suaves. Me besó en el lugar donde me había mordido salvajemente, lamiendo la piel, chupándola. Antes, pensé que no podía soportarlo; el salvajismo, el silencio, pero no tenía ni idea de lo mucho peor que podía llegar a ser. Traté de luchar contra la ola de sentimientos que me invadieron, la ola de *calor* que me consumía.

No estaba en la punta de mi lengua, un susurro apenas listo para pasar de mis labios, cuando su apretón en mi cadera me cernió, su otra mano que tejía a su manera en mi cabello. Hizo un nudo con los mechones, tirando de mi cabeza hacia un lado para poder tener un mejor ángulo en mi cuello. El *No* se transformó en un suspiro.

Me estaba empezando a gustar.

Me empujé de nuevo hacia él. Me dije que era para sacarlo del sistema y huir, pero sabía que solo estaba tratando de conseguir más de sus labios en mí. Si me negaba a decirlo con palabras, entonces mi cuerpo lo haría por mí. Continuó besando el mismo lugar, de alguna manera me condujo a la locura con un solo beso en un solo punto de mi carne. Mis labios se separaron, esta vez no en un grito, no en un suspiro, sino en un gemido.

Su mano se movió de mi cadera a entre mis muslos y mi aliento salió con dificultad. En alguna parte en mi mente pensé que debía luchar contra ella o gritar, pero sus labios me embriagaron. Todavía no había movido la boca de aquel punto y era la frustración más maravillosa. Luego presionó su palma entre mis muslos contra mí y la tela de mi ropa interior era demasiada separación entre nosotros.

El talón de su palma se movió en un ritmo fuerte y delirante. Apreté más fuerte el rostro contra la ventana hasta sentir dolor, hasta que estaba segura de que la piel quedaría pálida, porque algo terrible estaba sucediendo. De mi cuerpo salían gemidos sin mi mandato. Mis miembros se movían contra él aunque no les había dado permiso para hacerlo.

Mi cuerpo se había convertido en un traidor.

Él hizo un leve sonido en su garganta y me hizo girar justo cuando arrancaba el cordón de mi ropa interior; la única cosa que todavía llevaba de casa, y el aire fresco me lamió los labios.

M.D

Mary  
Catherine  
Gebhard

—No —repetí mientras las lágrimas corrían por mi rostro, derramándose por él. Estaba llorando incontrolablemente ahora que me metió la lengua en mi boca. Tantas emociones estaban volando a través de mí. Había dejado de palmarme y me estaba acariciando. Dios, nunca antes había sentido algo parecido. Nunca. Era magnífico y horrible, y tan, tan agobiante.

Pero no quería que mi primera vez fuera con *él*.

Quería champaña y pétalos de rosas; o el infierno, incluso un incómodo baile de graduación como escenario, cualquier cosa menos *esto*. Sin embargo, mis dedos se enroscaron en su cabello. Un brazo empujándolo hacia mí, uñas clavándolas en su cuello. La otra mano se extendía detrás de mi espalda, las uñas arañando la superficie de la ventana. Era como si hubiera dos Frankies, una gritando sin parar y otra que lo tiraba más cerca.

Entró en mí y fue duro, brutal y hermoso. Grité, aunque era posible que ya estuviera llorando demasiado. Exquisito y cruel, fue una agonía que nunca supe que existía la forma en que retorcía el placer dentro de mí. No lo desearía al más profundo de los enemigos. Fue el arte la forma en que él transformó mi dolor en lujuria.

Cuando terminó, me soltó. Me desplomé al suelo, desordenada y llorando.

Violada.

Satisfecha. Tan, tan satisfecha.

Antes me habría preguntado si estaba en el cielo o en el infierno.

Qué pregunta tan estúpida era esa.

# Capítulo 2

Ella estaba usando el dije Pavoni.

Bestia tendría que matar a la persona que lo puso allí. Había dicho que se metieran algunas joyas extra, mierda, que había tenido por allí, cosas que eran o demasiado de moda para vender o demasiado inútiles.

No el maldito dije Pavoni.

El sol se estaba levantando sobre la ciudad ahora, indicando que Bestia no había dormido desde el momento en que había tomado a la chica. Se lanzó a su oficina en casa mientras tocaba el diamante, la luz refractándose en ondas en su escritorio de palisandro brasileño. No lo había visto en años, no desde que Lucio se lo confió. Lo había guardado en el almacén y lo había olvidado. Las reglas que Lucio hacía eran claras: era mantenerlo seguro.

No venderlo.

No darlo a su esposa, como es costumbre para el patriarca.

Un golpe sonó y Bestia cerró la palma de la mano, aplastando el dije. Las crestas del diamante elegantemente cortaron su piel.

—Entre —dijo Bestia levantando la vista de la palma de su mano y dirigiéndola a la puerta. Un joven que no parecía tener más de dieciocho años, con un lío de cabello rizado y dorado, asomó la cabeza con cautela. Nikolai, era un poco como un asistente personal, corría la mayor parte de los mandados de Bestia y organizaba la mayor parte de su horario, pero los paralelismos de trabajo caían del plano cuando se trataba de negociar las llamadas con un traficante sexual.

—¿Puedo hacer los arreglos para la entrega de Francesca Notte? —preguntó Nikolai.

*Solo mis amigos me llaman Frankie.*

Francesca era un nombre hermoso para hacer juego con una mujer hermosa. Con un delicioso cabello color chocolate que caía junto a sus ojos cristalinos, ella era lo más raro que había visto. Bestia no había planeado llamarla Frankie—no había pensado mucho sobre llamarla nadie—entonces ella le había incitado a

ordenarle que la llamara Francesca. Él había aceptado el desafío y un bono había estado viendo lo mucho que la molestaba. Sus mejillas se habían enrojecido de ira, su piel de miel se volvió un hermoso tono rosa.

En ese momento recordó haber pensado en cuan decidido iba a llamarla Frankie, solo para ver su piel volverse de ese color.

—No. —Bestia apretó la mano—. No será necesario. —Nikolai inclinó la cabeza y casi salió por la puerta cuando Bestia agregó—: Haz que otro conductor esté preparado. Tienes que quedarte aquí con Frankie. —Hubo un leve y casi imperceptible ensanchamiento de los ojos de Nikolai, pero lo único que hizo fue asentir. Una cicatriz recortada corría bajo el ojo verde claro del chico, sirviéndole como un recordatorio de que había una cantidad finita de paciencia que Bestia tenía. Volviendo a inclinarse, Nikolai salió de la oficina.

Bestia observó la puerta cerrarse con un silencioso *chasquido*, bloqueando de nuevo en su lugar. La forma de pagar la considerable deuda que Notte logró acumular—y era *considerable*—habría sido vender a Frankie al Instituto. Una belleza como ella los habría roto a ellos incluso y luego a algunos. El doctor Wyatt había confirmado sus sospechas: era virgen—o al menos, *había* sido virgen.

*Mierda.*

Bestia pasó una mano por las gruesas ondas negras de su cabello. La noche anterior había sido una anomalía en todos los sentidos de la palabra. Desde el momento en que la había visto con Notte, sabía que ella iba a ser algo diferente. Tenía una naturaleza ardiente. No era solo la forma en que se encontró con su mirada fija en sus ojos, ella exigía su propio espacio en la habitación. Incluso lo llamó un imbécil, por el amor de la mierda. Tenía un alma de acero, algo que solo había encontrado entre los luchadores, los crecidos envueltos en sangre en lugar de mantas. No era su trabajo romperla, sin embargo, había aquellos en El Instituto para eso. Había planeado obtener la confirmación del Dr. Wyatt y enviarla.

En lugar de eso...

*Mierda.*

No solo su rara belleza habría traído un alto precio, pero las vírgenes valía millones. En el momento en que se había metido en el vehículo de lujo, El Instituto tenía un contrato listo para ir por ella. Estaban masticando el pedacito, compradores múltiples listos para hacer una oferta. Ella habría sido vendida, fuera de su vida, y viviendo con cualquier psicópata que pagara la cantidad más alta.

Entonces, ¿por qué lo había jodido tan mal?

La aparentemente inofensiva pregunta de Nikolai sonaba como una campana que no podía ser apagada en el cráneo de Bestia. Mientras desdoblaba la palma de su mano y miraba fijamente la cara de la rosa de diamantes ahora ensangrentada, Bestia no podía ignorar el hecho de que ella estaba en su dormitorio, y no en su camino a ser vendida. Como debería ser.

\*\*\*

Después de que Nikolai preparó al otro conductor, Bestia se vistió con el mismo traje que había usado la noche anterior. Cuando él la había tomado. Ahora, en la sala de estar de la casa de Lucio Pavoni en el Upper East Side, estaba arrugado, desaliñado, y masticando a Frankie en su mente como un perro con un hueso.

Fue un error, tomarla como lo hizo.

Nunca debería haberla traído a su casa en primer lugar.

Mientras Frankie se estaba preparando, él casi había recuperado los sentidos. Se había dado cuenta de la terrible idea que era la cena. Incluso ahora, no podía comprender lo que le sucedió para sugerirlo. Había vendido muchas mujeres al Instituto. Ninguna de esas transacciones implicaba su jodida casa. Nunca había devaluado un activo, nunca había jodido un trato tan mal.

Nunca.

Era como si verla contra el silencioso telón de fondo de las luces de la ciudad lo hubiera lanzado a un estado de caos. El hecho de que no fuera más que mercancía desapareció. Ella había sido virgen; tomarla, en serio jodió su valor. Antes de la cena, El Instituto tenía compradores alineados para ella, a condición de su virginidad.

Eso ya estaba jodido.

El Instituto no renegociaba contratos. Podía venderla a otra persona, pero el dinero ya estaba perdido. Nada de eso había importado en el momento. Su mente había entrado en tumulto. Había querido simplemente arrancarle el collar del cuello y devolverla a su habitación, pero cuando su dedo tocó su sedosa clavícula... las cosas se le salieron de las manos.

Antes de que la tuviera, había sido solo una cosa, un objeto, una hermosa e intrigante cosa, pero solo eso, una cosa. Ahora, después de tomarla, después de sentirla caliente y húmeda, después de sumergirse en su interior y sentir que se apretaba alrededor de él...

Sacudió la cabeza, poniendo su rostro entre sus palmas.

No fue nada.

*Ella* no era nada.

Nunca había sido uno para tomar a una mujer poco dispuesta. No era una cosa inusual en su mundo tomar a las mujeres de mala gana, de hecho, *él* era el inusual. Simplemente prefería que sus mujeres vinieran a él. Había algo en Frankie que le retorcía las entrañas, que llamaba a cosas como la lujuria y la rabia como si fuera una encantadora de serpientes. Había estado en el precipicio anoche, tan cerca de tomarla sin su deseo.

¿Qué fue lo que lo había transformado? ¿Y por qué le importaba? Ahora era su esclava. Ella no importaba más que lo que recogía en el fondo de su zapato.

Tal vez era solo que era Bestia, así que eso era lo que hizo. Violaba a mujeres y saqueaba casas. Uno no subía a las filas y ascendía al papel de patriarca sanguinario cuando uno estaba en sangre sin empaparse en ella. El pequeño niño huérfano que Lucio había encontrado años atrás también podía estar muerto.

—Él está decaído. —Bestia levantó la cabeza para ver a una mujer con el cabello castaño frotándose el cuello. Cuando habló después, su voz se perdió en un susurro—. Sería mejor que usted volviera mañana... —Se calló, obviamente incómoda. Era la enfermera de Lucio y se suponía que debía ofrecer consejo e instrucciones sobre cómo cuidar a Lucio, pero eso era un poco difícil cuando a los hombres para los que trabajaba no les gustaba que les dijeran qué hacer, cuando respondían al desafío de la sangre.

—Lo veré ahora. —Bestia se levantó de un antiguo sofá de madera de cerezo y pasó junto a ella. El penthouse entero era opulento, decorado en rica madera, dorada y roja. Era todo lo que uno esperaría de la cabeza de la mayor familia del crimen en el mundo.

No obstante, no esperarías fluidos intravenosos frente a las ricas cortinas, ni tampoco un pitido de maquinas encima de las alfombras de Aubusson. Tampoco esperaría que el edredón de satén grueso se acercase a la barbilla de un hombre, que antes era temible, para evitar el frío, a pesar de que el termostato estaba puesto en ebullición.

Hace meses, cuando Bestia entró por primera vez en la habitación de Lucio y estaba rodeada de instrumentos enfermizos, medicación y olores de muerte, se había hecho una promesa: morir antes de que la muerte llegara. Salir cuando las personas lo vean, salir antes de *esto*, antes de que sus infames y oscuros mechones se

vuelvan grises, antes de que sus profundos ojos azules se ahoguen en sus propias profundidades.

El guardia de Lucio estaba de pie junto a su cama y Bestia le dijo al hombre que lo vería solo. Los ojos del guardia se abrieron, sin saber qué decir. Él no debía dejar a Lucio solo, pero la reputación de Bestia lo reemplazaba.

—¿Por qué me molestaría cuando la muerte ya ha hecho el trabajo por mí? —preguntó Bestia. Con surco arrugado y aspecto incómodo, el guardia se arrastró como si quisiera irse, pero se quedó. Aumentando su impaciencia, Bestia contratacó la mirada en los ojos del guardia con una de los suyos. Le recordó al guardia con una mirada fría que Lucio se estaba muriendo, pero todavía estaba vivo, el guardia podría estar muerto esa noche. Fácilmente.

El guardia salió rápidamente de la habitación.

Cuando Bestia se sentó, tomando la frágil mano de Lucio, no pudo evitar preguntarse si Lucio deseaba lo mismo. El hombre que Lucio había sido no era muy diferente de Bestia. Era frío, calculador, y la razón por la cual los Pavoni eran conocidos en todo el mundo.

—¿Alessio? —Lucio se volvió, llamando a Bestia con el nombre de su difunto hijo. Aunque hablaba con claridad, sus ojos estaban empañados y distantes—. Alessio, esta guerra ha durado demasiado tiempo. —La mayor parte de los días, la mente de Lucio estaba atascada años atrás en el pasado, durante la guerra que había terminado esencialmente con toda la familia, una guerra que Lucio había iniciado.

—He tomado a una mujer —respondió Bestia, hablando como si Lucio estuviera presente y coherente—. No estoy seguro de por qué. —Desde que Lucio se enfermó, Bestia se encontró hablando con el hombre con más franqueza, usándolo como una oreja que él nunca podría haber sido en salud. Los ojos azules claro de Lucio registraron el rostro de Bestia, viendo algo que no estaba allí. Algunos dijeron que la enfermedad de Lucio comenzó temprano, incluso años atrás, cuando encontró a Bestia por primera vez y lo puso en la Familia. Si Bestia tuviera sentimientos, podrían haberle lastimado ante esa insinuación.

Eventualmente Lucio asintió.

—Es la hora. Deja de tontear alrededor de la mujer De Luca. Sabes que tu hermano Emilio tenía sentimientos por ella. No es bueno, Alessio, solo traerá problemas. —Bestia golpeteó la mano del hombre. Lucio siempre lo vio cómo su fallecido hijo Alessio. Bestia era consciente de que con la aparición de la demencia, Lucio mezclaba a las personas, pero Lucio siempre estaba trasfigurado en Alessio.

Probablemente era la historia más infame en el mundo Pavoni. Los hermanos gemelos Alessio y Emilio Pavoni se enamoraron de la infame, promiscua y notablemente tentadora, Sofía De Luca, esposa de Dario De Luca. Los hermanos eventualmente se mataron entre sí. Como recompensa, Sofía De Luca fue asesinada y su recién nacido fue nombrado Emilio Alessio en recuerdo.

—Se está poniendo peor. —Bestia dejó caer la mano de Lucio y se giró para ver a nadie más que a Emilio Alessio De Luca apoyado contra la puerta.

—Puedo ver eso —dijo Bestia, levantándose—. La mayoría de los días ni siquiera puede reconocer su reflejo.

Emilio se apartó del marco de la puerta con la goma de sus zapatos.

—Rhys está esperando por ti abajo en el muelle. —Un rastrojo de color de la leña cubría una mandíbula de piel dorada que era afilada como sus helados ojos azules. Sus gruesos y oscuros mechones se curvaban incluso en la corta longitud que mantenía. Lo único que Emilio compartía con su hermana y padre de ojos marrones y cabello rubio era su apellido, por lo que la mayoría optaba por llamarlo bastardo.

Simplemente que no en su cara.

—¿Qué has escuchado de Sicilia? —preguntó Bestia. Aunque la familia Pavoni se originó en Sicilia, casi todos habían inmigrado hacía años. Todo el mundo vivía en América, todos los importantes, excepto Lucia Pavoni, la hermana mayor de Lucio. Técnicamente, Lucia era *Donna*, la matriarca. Realmente, había sido retirada del negocio durante los años, dejada atrás durante la gran migración, casi olvidada. Aun así, Bestia sabía, que con la salud menguante de Lucio y sin herederos, la Familia se estaba inquietando. Aquellos que habían sido despedidos comenzaron a verla como su última esperanza, los únicos que podían salvarlos de él, un forastero.

—Lo único que sale de Sicilia son rumores sobre una princesa —contestó Emilio con una risa.

—¿Francesca? —jadeó Lucio—. ¿Francesca eres tú?

—¿Qué dijiste? —Bestia se giró.

—Ignóralo. Él ha perdido la mente —murmuró Emilio—. Todo ahí está sin relacionar. Estaba hablando de Lucia como si ella fuera su esposa el otro día. —Emilio se rio.

Bestia entrecerró los ojos. No encontró lo gracioso. Desde la Guerra de Sangre que casi diezmó a la familia Pavoni completa, siempre había habido rumores sobre la princesa Pavoni. Como Lucio no tenía herederos, la princesa vendría a salvar a la Familia de la ruina.

Era un cuento de hadas y seguido se mezclaba o renacía de la manera en que los cuentos de hadas lo hacían. Para los soldados, era la figura de la Cenicienta. La princesa Pavoni se enamoraría de ellos, se casarían y se convertiría en jefe. En la versión más tradicional, la princesa Pavoni era una mujer que fue enviada lejos al nacer y no sabía que era una Pavoni. Regresaría y engendraría a muchos herederos, salvando así a la Familia de la extinción.

Últimamente, sin embargo, la princesa Pavoni había tomado un papel muy diferente. Ella era una guerrera y una persona capaz de destruir el *estraneo*<sup>1</sup>, o el foráneo. El cuento de hadas de la princesa nunca mencionó al *estraneo* antes, pero no tomaba mucho deducir por qué estaba cambiando y de quién estaban hablando.

No era un secreto para Bestia que dentro de la familia Pavoni había quienes deseaban verlo como forastero, lo cual era por qué él tendría que cementar su poder. Frotándose la mano sobre la frente, Bestia suspiró y volteo hacia Emilio. Él estaba vistiendo una playera con el nombre de una banda local, y jeans desgastados, y zapatillas deportivas.

—¿Hemos hablamos de esto? —Bestia hizo un ademán hacia la vestimenta de Emilio—. No puedes seguir vistiéndote así.

—Relájate. Cuando comencemos a hacer cosas en realidad, me veré realmente bien. Vestiré trajes y mierda.

Con un respiro profundo, Bestia sacudió su saco de lana. Cuando su saco era de un negro mate y bonito, sacó su brazo izquierdo hacia adelante, agarrando a Emilio por el cuello de su camisa medio comida por la polilla.

—Estamos haciendo *cosas* —siseó. Bestia liberó a Emilio y él se tambaleó hacia atrás, lanzando los brazos y los hombros hacia adelante en un intento de recuperar la compostura.

—¿No es todo esto el punto de lo que estamos pagando al gobernador? —dijo Emilio, dándole a Bestia una mirada de dolor—. ¿Por qué no puedo vestirme como quiero?

Bestia miró su reloj.

<sup>1</sup> *Estraneo*: es forastero en italiano.

—No tengo tiempo para pasar por esto *nuevamente*. Encuéntrame en los muelles y lleva uno de los trajes que Nikolai te mando hacer.

Emilio se frotó la oreja.

—Es mucho sucediendo realmente rápido. Padre está preguntando qué he estado haciendo y he tenido que mentir y no sé si estoy dispuesto a ello. —Emilio Alessio de Luca era el hijo del concejal Pavoni. Ese hecho por sí solo debería haberle proporcionado un alto rango en la Familia y él *debería* haber sido capaz de hacer y usar cualquier cosa que quisiera. Solo había una cosa pequeña: su madre. Las consecuencias de su nacimiento eran feas y su nombre era un constante testamento.

Emilio Alessio era un mal agüero. Después de que terminó la Guerra de Sangre debería haber habido dos hombres Pavoni llenos de sangre y viriles dispuestos a continuar la línea de sangre, pero en su lugar tuvieron un bebé De Luca.

Nadie quería trabajar con Emilio. Había pasado toda una vida en el crimen organizado observando desde el banquillo.

Hasta Bestia.

—Entonces *vete* —respondió Bestia uniformemente—. Te reemplazaré. —Con un suspiro decepcionado, Bestia salió de la habitación. Significaría encontrar a alguien para matar a Emilio, y eso sería difícil. Matar a alguien de la Familia tenía que hacerse en silencio y sin dejar firma. Emilio sabía demasiado sobre los tratos de Bestia, pero tenía que morir. Al menos tenía tiempo de encontrar a alguien para reemplazarlo.

Bestia estaba fuera de la casa, caminando por los escalones de piedra fría, cuando la voz de Emilio lo detuvo.

—¡Espera! —Bestia se volvió para ver al joven que corría por los escalones para alcanzarlo—. Nos vemos en los muelles. Me pondré un traje.

\*\*\*

Afuera del almacén, a lo largo del congelado río Hudson, Bestia se encontró con Rhys y con Emilio. Era a donde había estado viniendo desde que era solamente un soldado, el lugar que se había vuelto su punto de operaciones cuando subía en la lista. También era donde sostuvo extravagantes fiestas clandestinas. A diferencia de El Consejo, quienes preferían los altos rascacielos del Distrito Financiero para hacer negocios, a Bestia le gustaba el almacén.

Emilio cambió su ropa, al menos. En un traje de rayas azules a medida con corbata roja, estaba comenzando a notarse la parte en que Bestia estaba moldeándolo para jugar.

—África es casi intocable —dijo Rhys con un acento británico—. No hay vulnerabilidades para ser explotadas, nadie está dispuesto a hacer negocios. —Con una cabeza afeitada que lo hacía aún más intimidante y una barba de chivo que perfilaba los firmes labios sobre la piel como carbón quemado, Rhys Potter era el tipo de hombre que no querías encontrarte en un callejón oscuro a solas. En papel, Rhys era abogado, académico y empresario. Tenía una posición superior en el Fondo Monetario Internacional, y cuando Bestia lo encontró por primera vez, él esperaba que se encogiera como lo hacían los demás. En su lugar, cuando Bestia se acercó a él. Había sacado su arma, sorprendiendo a Bestia con su coraje.

Sin embargo, Bestia lo desarmó y lo acorraló, listo para apretar el gatillo de la pistola de Potter, cuando le había ofrecido un último trato: dejaría a Rhys vivir si empezaba a informarle sobre el FMI. Bestia había dado el mismo trato al hombre antes de Rhys, y al hombre antes de él y al hombre antes de eso.

—Preferiría morir como hombre que vivir como cobarde —le contestó Potter, y luego se adelantó para presionar el arma contra su cabeza. Bestia le devolvió el arma a Rhys y le ofreció otro trabajo. Bestia había estado buscando al hombre adecuado para ayudar a llevar a cabo sus planes a buen término, planes que había estado esbozando desde que era solamente un soldado, y Potter se ajustó a la factura. Demasiadas personas en el trabajo de Bestia crecieron en la vida. Necesitaba a alguien para conectar la brecha entre los mundos.

Potter había declinado de inmediato, pero le había llevado solamente una semana cambiar de opinión. Rhys había regresado al FMI, pero era como ir de blanco y negro a color. Había visto a los hombres que habían tomado el trato de Bestia. Había visto la corrupción. Había visto que su trabajo no era diferente a lo que Bestia ofrecía.

Solo que en el trabajo de Bestia, podía hacer un montón de más dinero.

—Así que, es lo que has estado diciendo durante los últimos cinco meses —dijo Bestia secamente—. Gracias por la emocionante actualización, pero esto no vale mi tiempo. —Bestia se movió para volver a su auto, empujando a Emilio fuera del camino y haciendo que tropezara.

—Hay una forma —dijo Rhys, apartando los ojos de Bestia. Rhys colocó una mano en el techo, su reloj *Patek Philippe* brillaba bajo la invernal luz gris y se inclinó hacia adentro. Con la mandíbula apretada, Bestia lo esperaba. Tragando, Rhys agarró la capota del auto.

—Jodidamente escúpelo —dijo Bestia.

—Oí que tienes a una chica en tu poder —respondió Rhys.

—¿Y?

—Y Ekwensi está dispuesto a vendernos tierras ricas en petróleo si comerciamos. La idea de una esposa americana le atrae.

—Inaceptable. —Las palabras salieron de su boca antes de que él lo supiera. *¿Inaceptable?* No, era una idea perfectamente aceptable. De hecho, resolvería el problema en el que él y Rhys habían estado trabajando durante los últimos cinco malditos meses. Era una gran idea.

Tosiendo, Bestia bajó la vista hacia el asfalto, y luego miró a Rhys justo a tiempo para verlo curvar una ceja. Rápidamente agregó:

—Lo que quiero decir es llama al Instituto. Obtén una de sus mujeres y comercia con él sobre si una estadounidense es todo lo que quiere. La mujer en mi posesión ya ha sido vendida. —La mentira vino rápidamente y con propósito. Frankie no había sido vendida; de hecho, debido a que Bestia la había depredado, no valía nada. Había desperdiciado su valor y los había lanzado a una deuda. Sin embargo, no se molestó en pensar en lo que significaba mentir. Agitó una mano ligeramente, señalando que la conversación había terminado.

Rhys todavía no se había movido. Su mano agarró el capote del auto.

—¿Qué? —La molestia cantó en la lengua de Bestia como pimientos picantes, o tal vez fue el fuego que empezó dentro de él.

—Quiere alguien de la realeza —explicó Rhys.

—¿Le informaste que Estados Unidos no tiene ninguna jodida realeza? Tal vez debería señalar en la dirección de su patria. —Él casi nunca hablaba con Rhys, ni con nadie, de esta manera. Su voz era aguda e impulsiva. Había muchas cosas de las que Bestia era conocido: su crueldad, una insensibilidad tan severa que limitaba en el mal, pero todas esas cosas fueron engendradas por la apatía y falta de pasión. Apenas reconocía la agitación en su estómago y mucho menos sabía qué hacer con ella.

—Alguien importante —continuó Rhys, entrecerrando un poco los ojos—. Una concubina de la familia podría funcionar. Incluso entonces, es una remota posibilidad. Tendríamos una mejor oportunidad de enviar a una verdadera mujer Pavoni. —El tono de Rhys era uniforme, serena y Bestia se preguntó por qué su propia voz no coincidía. Siempre estaba tranquilo y sereno, siempre fresco.

—Pensaré en ello —dijo Bestia. Luego miró de Rhys hacia Emilio, señalando que su reunión había terminado. No solía terminar las reuniones temprano; él trabajaba hasta dormir. Sin embargo, había algo que sucedía dentro de él, algo que le hacía joder negocios por encima de un esclavo. Tenía que averiguar qué era y destruirlo. Un líder fracturado no es líder en absoluto.

Rhys alzó las manos, dejando caer el tema y retrocedió. Emilio se levantó de un salto, de repente interesado.

—Espera, ¿te vas? —Emilio chisporroteó—. ¿Y el gobernador? ¿Y los Lobos? —Ante la pregunta, el largo cabello castaño ondulado y los ojos azules cristalinos brillaron en la mente de Bestia. Con la misma rapidez, la imagen desapareció y Bestia volvió a mirar el almacén, mirando la desgastada madera al frente. Exhaló.

*Mierda.*

Debía reunirse con sus Lobos esa noche. Miró de nuevo al almacén, pensando en los hombres que esperaban dentro por él. El auto seguía en marcha, el escape del auto emitía bocanadas de humo caliente en el aire frío.

Al final, Bestia dijo:

—Ambos pueden esperar un día.

—Pero... —Emilio, comenzó, pero Bestia cerró de golpe la puerta. Emilio saltó hacia atrás, con una mirada atónita en su rostro. Bestia le ofrecía a Emilio ciertos lujos que no hacía con los demás, como sondar preguntas molestas. Necesitaba a Emilio feliz y complaciente hasta que estuviera en su lugar, pero había límites.

El auto se alejó de los muelles y el agua se redujo en la distancia. El sol se ponía en un profundo color mandarina, el único color que había estado todo el día contra el día de invierno encalado. Encendió una raya de fuego naranja sobre el azul hierro del Hudson.

Bestia se sentó contra el cuero del auto, tratando de anular las palabras de Rhys. Los Pavoni podían tratar a sus mujeres como una mierda, pero tenían un código: solo podían romper la cerámica. No se trataba tanto de la caballerosidad como de la propiedad, un hecho fácilmente atestiguado por las contusiones que oscurecían bajo un velo maquillaje en la piel de todas las mujeres de la Familia. Bestia ciertamente no podía tomar una de las esposas o hijas de los otros hombres y aun así esperaba permanecer a cargo. Ya había quienes lo veían como un usurpador.

La venta de Frankie era la mejor idea, Bestia lo sabía. Mejoraría mucho sus ganancias y en realidad podría permitirle pisar los cráneos de los pendejos

mordisqueando en sus talones. Esta fue la segunda vez que le dieron la oportunidad de venderla y la segunda vez que lo había jodido.

\*\*\*

Cuando Bestia llegó a casa, Nikolai se paró en el pasillo, con los ojos fijos. En las manos del muchacho estaba la cena nocturna de Bestia: un café negro y una manzana, con un cuchillo para cortar en rodajas. Bestia se despojó de su abrigo.

—Le di su desayuno —comenzó Nikolai con un informe austero como un soldado, como si no vio nada en el campo de batalla, ni en un dormitorio. Nikolai tomó el abrigo de Bestia y cambió el artículo por su cena—. Y el almuerzo como se le indicó, Jefe, pero uh... —Mientras Bestia se alejaba, el tono de Nikolai lo hizo detenerse. Se volvió para ver qué podía ahogar a Nikolai.

—¿Pero? —preguntó.

—Terminó en el suelo —respondió Nikolai rápidamente.

—¿Lo hizo? —preguntó, pero la pregunta era retórica—. Tal vez ahí es donde deberías poner la comida de ahora en adelante.

—Sí, jefe.

En su camino de vuelta a la oficina, Bestia pasó por la habitación de Frankie. Anteriormente un dormitorio de invitados, fue redecorado en las horas que había tomado para adquirir a Frankie. Había tenido algunas opciones de dónde alojarla antes de enviarla al Instituto y mientras hacían el viaje de Nueva Jersey a Nueva York, los había considerado todos. Lo más obvio era colocarla con todas las demás mujeres esperando en las cajas de almacenamiento junto al río, pero eso no había funcionado bien por alguna razón que él no deseaba investigar.

Había contemplado ponerla en un hotel, e incluso había reservado unos pocos, pero aun así, se encontró contratando a un decorador y consiguiendo que la habitación se hiciera de nuevo rápida y eficientemente.

Hizo una pausa, mirando la puerta de madera blanca. Debería haberla enviado al río, haberla encerrado en una caja y luego estaría en el Instituto, fuera de sus cabellos y no complicaría su puta vida. Parpadeó y siguió bajando hasta que pasó por su propia puerta. Estaba casi subiendo las escaleras y en su despacho, cuando redobló hacia atrás. Esta vez se encontró mirando a su propia puerta, porque justo más allá de unos centímetros de madera pintada, Frankie dormía en su cama.

—Francesca —murmuró ella, cruzando los brazos. Sin embargo, no lo miró. Miró a cualquier parte menos él. Sus profundos ojos de flor de centeno examinaban las costuras de la piel, el hielo en el bar del avión, todo menos él.

—No entendí eso.

—Francesca —repitió, alzando la voz. Ella alzó la mirada, captando su mirada por primera vez desde que habían salido de Nueva Jersey—. Solo mis amigos me llaman Frankie. —Él apretó la mandíbula. Pronto ella aprendería.

Bestia abrió la puerta y entró. Frankie se sentó en la cama, cubierta hasta la barbilla, jadeando cuando lo vio. Se detuvo un momento, observando cómo se veía debajo de sus cobijas, la forma en que sus pequeños dedos agarraban sus sábanas, la forma en que sus brillantes ojos lo miraban. Se preguntó si habría permanecido en su cama todo el día. Si las sábanas ahora olían a ese aroma ligero, pero algo embriagador que él había conseguido saborear anoche.

Nunca había traído a una mujer a su dormitorio, ni siquiera a su penthouse. Por razones de seguridad, utilizaba hoteles.

Pero ella era solo una esclava.

Sacudiendo la cabeza, se acercó a la cama y se sentó en el borde sin decir una palabra. Lentamente se quitó un zapato negro de su pie, desatando los cordones con una cuidadosa consideración. Luego se volvió hacia el otro pie, haciendo lo mismo con la misma cantidad de consideración. Se quitó luego los calcetines y los dobló cuidadosamente.

Luego desabotonó su camisa de seda negra.

Cuando todo estaba dicho y hecho, todavía estaba en el borde de la cama, usando solamente sus pantalones. La sombra de su perfil en el brillo de la manzana le llamó la atención. Tomó el cuchillo y cortó la piel roja. El cuchillo cortó debajo de la piel cerosa hasta que el jugo se deslizó por su pulgar.

Se volvió hacia Frankie, ofreciéndole una rebanada. Ella levantó las mantas hasta la nariz.

—No has comido. —La Bestia se volvió, colocando la rebanada en su propia boca. Cortó otra rebanada, repitiendo el mismo movimiento con ella. Cada vez que se negaba. La ofreció hasta que la manzana estaba en su centro, entonces se puso de pie y le extendió el corazón de manzana hacia ella.

Cuando ella se negó, dijo:

M.D

Mary  
Catherine  
Gebhard

—Con el tiempo desearás haberme quitado esto de mi mano.

Hate Story I  
**Beast**  
The Beginning

# Capítulo 3

Al principio no sabía por qué lo llamaban Bestia—era hermoso. Con cabello negro que caía en ondas por su nuca y a través de sus calculadores ojos azules verdosos, no se veía monstruoso; se veía refinado, como alguien salido de una pintura al óleo. Su dura, mandíbula cuadrada estaba sombreada por rastrojo, pero incluso con eso se veía educado. La única cosa bestial en él era su altura; debía estar cerca de los dos metros diez de alto y todo lleno de músculos.

Pero entonces me tomó contra la ventana, y lentamente—no rápidamente, como en todos los libros y películas, me sentí desaparecer. Dentro, todas las cosas que me hacían Frankie, todas las cosas que me diferenciaban de los demás en el mundo, se había ido. Ya no importaba que me gustara *Gilmore Girls* y *Firefly*. No importaba que pudiera leer un libro en dos horas. Mi sabor favorito de helado era sin sabor.

Porque todavía podía sentirlo a él dentro de mí.

Que era la única cosa que importaba.

Dios, cuando había dicho que iba a llorar por mi vida en el avión, cuando había dicho que me preparara, ¿cómo podría hacerlo? ¿Qué tipo de cosa podía preparar a una persona para eso?

No me había movido ni un centímetro desde que me había dejado sin ceremonias en la cama después. Algún tiempo pasó. Había visto la luna elevarse en lo alto del cielo y caer bajo el sol. No era la misma habitación que me había enseñado cuando llegamos. Era la antítesis de la primera habitación. Donde esa habitación era blanca y femenina, esta era oscura y completamente masculina, todo hecho en tonos grises y negros con solamente un toque de oro.

Recordé pensar en lo grande que era la primera habitación—tenía un impresionante balcón, un vestidor y un baño continuo—pero esta habitación era enorme. El tamaño de alguna manera la hacía mucho más presagiosa. Las ventanas eran masivas, estirándose más alto en las sombras. Podía ver más allá de una zona de estar y estaba segura de que había un cuarto de baño que no podía ver.

Toda la habitación se sentía como la encarnación viviente del claroscuro. Las sombras se aferraban a las esquinas y al suelo. Luz refractada de las ventanas, con líneas sombrías. El estado de ánimo era oscuro y peligroso, y estaba atrapada en

medio de todo. Me acosté en la cama, con las sábanas hasta la barbilla, ya que él había llevado mi cuerpo flácido y sin lucha allí después de tomarme contra la ventana.

Después del hecho, me sorprendió, totalmente desesperada e incapaz de comprender nada. Ahora estaba aún sorprendida, todavía angustiada, pero podía comprender. Ahora sabía en qué me había metido, y no iba a entregarme a la degradación tan fácilmente.

Me alegraba de que no fuera la misma habitación que me había enseñado cuando llegué. Odiaba esa habitación. Odiaba el vestidor con ropa bonita. Odiaba la alfombra afelpada y los hermosos accesorios. Odié eso por un momento, había tenido esperanza. Tal vez él sería algo más que una bestia. En los rincones más oscuros de mí misma, donde el odio se transforma en auto-odio, pensé que tal vez lo había pedido. Porque mientras me tendía en la cama, la piel de gallina susurraba contra la carne de mi alma que amé cada minuto.

Pero ahora había terminado.

Aquella esperanza había sido borrada.

El idiota había arruinado el vintage de *Dior*, también; hay un lugar especial en el infierno para las personas que hacen eso. El vestido estaba arrugando debajo de las mantas, envuelto alrededor de mis piernas y enredado en las sábanas manchadas de lágrimas, y probablemente con la sangre de mis muslos.

Pero no estaba pensando en eso.

Estaba tratando de no pensar en nada. Estaba abrazando el cálido entumecimiento que mimaba mi cerebro como una manta mortal. Él dijo que no me mataría, pero quizás si no salía de la cama de nuevo, desaparecería. ¿Quién sabía que la muerte sería mi salvación? En las sábanas de un millar de hilos en un penthouse en Tribeca, sería como matando a una princesa.

Hubo un ligero golpe y tiré las sábanas hasta la barbilla, los ojos corriendo hacia la puerta. Solamente se había marchado hace un momento. No podía creer que ya estaba de vuelta. Necesitaba más tiempo para prepararme... más tiempo para desaparecer.

La puerta se abrió ligeramente, pero no se oyó ningún crujido. Archivé ese conocimiento en mi cerebro. *Por supuesto* la puerta no crujía. Las tablas en el suelo probablemente no chirriaban mucho tampoco. El penthouse entero era brillante y nuevo. Estaba tan acostumbrada a una casa que tenía gemidos y suspiros, pero este era silencio. Mortal.

—¿Perdón, señora? —Un joven de cabello amarillo y dorado se asomó por la puerta—. Le he traído el desayuno —dijo y se acercó el resto del camino, presentando una bandeja de madera cubierta de comida, una taza de una especie de bebida e incluso un jarrón con una rosa negra. Casi me reí, ¡era una maldita broma? ¿Qué tipo de contrahecho de cama y desayuno solía hacer Bestia? Miré al hombre que no podía tener más de dieciocho años. Habría sido hermoso, e inclusive magnífico, si no fuera por la cicatriz dentada que corría por su frente hasta su barbilla. Tuve la mitad del pensamiento para decirle dónde empujar sus huevos, pero se desinfló.

Cuando no dije nada, el joven puso los huevos y las tostadas en la mesa de noche a mi izquierda y salió. Los miré por un momento y luego extendí la mano, sintiendo una sublime satisfacción cuando se estrellaron en el suelo con el golpe.

\*\*\*

El joven hombre regresó y con él el almuerzo. Notando los huevos y las tostadas en el suelo, llegó al suelo y limpió tácitamente. Sacando un pequeño trapo de su bolsillo trasero, limpió el líquido naranja que había derramado de la copa flauta de cristal rota. Me pregunté si me sentiría mal mientras apilaba los pequeños pedazos de los platos de porcelana en la bandeja.

Cuando se marchó, volví a derribar la bandeja del almuerzo, esperando que él entendiera mi punto. Regresó una hora más tarde y pasó por los mismos movimientos. Entonces me sentí un poco mal, haciéndolo limpiar después de mí, pero ese pensamiento se agrió rápidamente.

Él era el enemigo.

Entonces esperé, observando como las sombras se movían a través de las paredes y del suelo con la hora del día. Pronto toda la habitación estaba envuelta en ellas cuando el sol se ocultó. Mi mirada se clavó en la puerta, esperando a que aparecieran rizos dorados.

Las seis de la tarde se convirtió en las siete y luego las siete en las ocho, y no puede evitar sentir una pequeña victoria. Tal vez el chico con cicatrices, había tomado la pista y dejaría de traerme comidas, pero esa victoria pronto se rompió. La puerta se abrió lentamente. Me senté un poco, reuniendo el coraje para *decirle* al chico de cabello rizado ¡Métetelo!

La puerta se abrió completamente y me quedé helada. Aunque todo en mi cerebro gritaba que desapareciese debajo de las sábanas, no pude. Estaba atrapada, no podía respirar, mi cuerpo petrificado como madera. Mi voz desapareció por mi garganta en un inestable trago.

Apoyándose casualmente en la puerta como la serpiente de la Biblia estaba Bestia. Tenía una manzana roja en la mano, observándome. Un pequeño cuchillo en su otra mano atrapó la luz.

Me descongelé, mis sentidos volviendo a una velocidad máxima. Todo ocurrió en menos de un segundo. Mi corazón latía contra mi pecho, mi respiración rebotando contra mi caja torácica. El control del motor regresó y mis extremidades estaban hormigueando y picando, como cuando olvidé un abrigo durante una ventisca y tuve que calentarme junto al fuego.

Me tambaleé de vuelta debajo de las sábanas, tirando de ellas más alto. Pensé que sería más fuerte *¿sabes?* Había pasado todo el día echando humo, pensando sobre su violación, pensando en cuan *jodidamente idiota* era él.

Pero entonces estaba ahí de pie.

Casualmente.

Sosteniendo una manzana mientras oscuros mechones de cabello caían descuidadamente sobre unos profundos ojos turquesa. Mis dedos enredados en la manta, el único escudo que tenía. Quería gritarle, lanzarle insultos que se transformarían en maldiciones que podría matarlo. En lugar de eso observé, esperé, y morí un poco más por dentro.

Noté cada ligero movimiento, la forma en que se alejó del marco de la puerta y la forma en que su traje cambiaba con el movimiento, como si estuviera cautiva por sus músculos justo tanto como mis ojos lo estaban. Perdí la respiración en algún lugar dentro de mí y no sabía si alguna vez iba a encontrarla. Cuando se sentó en la cama, solamente a milímetros de mis pies, pensé que tal vez realmente me había sofocado.

Él comenzó a desvestirse.

*Oh, allí estaba mi respiración.*

Rápida. Agitada. Viniendo como un tren a punto de descarrilarse. Tan rápido que me mareé. Dobló su saco con cuidado, tan cuidadosamente y lo odié aún más por ello. *¿Dónde estaba esa consideración conmigo?* Estaba tan concentrada en esa estúpida y doblada tela oscura, que cuando se volvió hacia mí, no estaba preparada.

De nuevo.

Estaba sin camisa, solamente con los pantalones negros de su traje, un resplandor salvaje fijado a mí.

Empujé la tela más allá de mis labios.

—No has comido —dijo. Sus labios se movieron, de color rojo oscuro y llenos, como la manzana que me estaba ofreciendo. Lo fulminé con la mirada. Miré fijamente las llanuras desnudas del pecho. Nunca pensé que volvería a pedirlo—sexo con él. No después de anoche. Nunca imaginé que sería un pensamiento en mi cabeza, mucho menos una súplica.

Pero esta anticipación era tortura.

La forma en que ofrecía sus trozos.

La forma en que lamía el cuchillo cuando me negaba.

El teatro, el baile... lo quería.

Un *poco* más.

Cada vez que me ofrecía una rebanada, agarraba el edredón de felpa sintiéndose como terciopelo más apretado, tan apretado que mis uñas podrían romperse. Cortó rodajas tras rodaja hasta que finalmente había quedado solo una rebanada para ser ofrecida. Se inclinó sobre la cama y me la tendió, esperando.

Cerré los ojos.

De repente el peso de la cama cedió. Abrí los ojos y él estaba de pie, sosteniendo el corazón de manzana hacia mí. Agarré la manta, conteniendo la respiración.

Me fulminó con la mirada y dijo:

—Con el tiempo desearás haber tomado esto de mi mano. —Luego salió por la puerta, cerrándola de golpe detrás de él.

Me quité las mantas de encima, me senté, y exhalé hasta que mi pecho se sintió como si pudiera cavar dentro. Miré fijamente a la puerta. Mi piel se sentía caliente y fría, como si estuviera resfriada. Reconocía la sensación como seguridad, alivio. Él se había ido, tal vez por la noche.

Podía dormir, sola. Esta habitación estaba oscura y presintiendo, pero al menos estaba *sola*. No tenía que entretenerte con él, o lo que es más importante, lo que me hacía. Me acomodé de nuevo en la cama, mis miembros disfrutando del calor y mis músculos finalmente liberando la tensión que había sido envuelta alrededor de ellos como una boa constrictora todo el día.

Entonces la puerta se abrió.

Al oír el crujido de la puerta rebotando contra la pared, salté de la cama. No miré para ver quién era; era instinto. Los pensamientos no eran coherentes. Solo sabía que tenía que esconderme. Bajé al suelo y debajo de la cama. Lágrimas cayeron de mis párpados, pero no estaba llorando. Para llorar tendría que reconocer lo que estaba sucediendo, y el pensamiento consciente había dejado el edificio.

Ni siquiera estaba debajo de la cama cuando una mano agarró mi tobillo.

—¡No, por favor! —Palmeé la alfombra frenéticamente, las fibras suaves se sentían ásperas y crueles contra mi piel cuando me sacaron de debajo de la cama, la luz del otro lado desapareció.

\*\*\*

Me arrojó al suelo y segundos más tarde oí la puerta cerrarse de golpe. Apartándome el cabello del rostro, miré la nueva habitación. Traté de encontrar rasgos distintivos, pero no había ninguno. Era pequeña, no más grande que un armario—también lo sabría, considerando que había dormido en uno durante la mayor parte de mi vida.

El lugar era estéril. No había muebles, lo que significa que no había cama, ni lámpara, ni sillas—solo en caso de que no atrapes la imagen *sin muebles*. El piso de madera brillaba incluso en la oscuridad.

Había solamente un artículo en el espacio pequeño: un corazón de manzana.

Un corazón de manzana que él obviamente había dejado atrás.

Mi mirada se dirigió hacia la puerta por la que había sido arrojada, con los ojos fijos en el pomo de la puerta. Parecía lujoso, algún tipo de porcelana turquesa con una cabeza de bronce.

Parpadeé, mirando a otro lado. No necesitaba una cama. Podría dormir en el suelo. Dormiría en el desván en el áspero aislamiento si significaba que podría alejarme de Bestia. Solo había una cosa que esto mantenía de ser mi cielo, una pequeña cosa: una ventana. Una pequeña ventana abierta al exterior me exponía al frío invierno de la ciudad de Nueva York.

Caminé directamente a ella y por supuesto traté de cerrarla. Tiré y tiré pero fue pintado o pegado o mantenida abierta solo para que Thor la cerrara. Con un suspiro, fui al lado opuesto de la habitación y me senté en una esquina, doblando mis rodillas hasta mi pecho.

Abrí el vestido Dior y lo levanté para poder meter los brazos dentro de la tela, como solía hacer con suéteres cuando era niña y papá se olvidaba de pagar la cuenta del gas. Las mangas del suéter colgaban a mis costados y me mantendría caliente poniendo piel sobre piel. El vestido no tenía mangas, así que tiré de la falda alrededor de mi cuello.

La nieve comenzaba a caer afuera y el viento la llevaba dentro de la habitación. Caía en el suelo, espolvoreando la madera dura con cenizas blancas. Temblando, metí la cabeza dentro del vestido. Pensé que no me dejaría aquí por mucho tiempo. Eso fue lo que pensé al principio.

Al principio, el frío era incómodo.

Mi hambre aumentó.

Mi sed también.

Mi piel entumecida.

Después de lo que parecían dos horas, levanté la cabeza; el piso estaba enteramente cubierto de nieve. Miré hacia la puerta y fue como si el pomo de la puerta creciera ante mis ojos.

Me puse de pie. Sosteniendo el vestido en mi cuerpo, me acerqué y acurruqué mis dedos alrededor de la perilla. Giro y tendría que abrirse, pero me golpeó la mano como si el pomo estuviera electrificado. Recuerdos de lo que pasó la última vez que fui a través de una puerta desbloqueada se estrellaron contra mí y me tambaleé hacia atrás, todavía mirando el pomo de porcelana.

Lentamente, regresé a mi esquina. Sentada, miré fijamente el pomo turquesa y clavé las manos dentro de mi vestido otra vez. El vestido era un recordatorio de la lección que había aprendido sobre puertas desbloqueadas: el otro lado era indudablemente peor. Estaba helada, pero no puse la cabeza en el vestido.

En el suelo, cenizas blancas de nieve enmascaraban la madera oscura. No podía mirar a la puerta, pero estaba caliente en mi cuello, al igual que el corazón de manzana. Estaba sola en la habitación, pero era como si estuviera atrapada dentro con otras dos entidades sin cuerpo y malévolas.

Traté de concentrar mi mente en la forma en que la nieve se deslizaba por el suelo. Se deslizaba y resbalaba, como si estuviera flotando. Al final de lo que parecían tres horas, me rendí. Me puse de pie y, sosteniendo el vestido para que no cayera, caminé hacia la ventana, mis costillas sintiéndose como si fueran de papel. Todo el tiempo el pomo en la puerta y el corazón de manzana estaban a mi espalda.

Cuando llegué a la ventana me golpeó una ráfaga de aire frío.

Era de noche, pero la ciudad que nunca dormía ganaba su nombre. Las luces estaban encendidas por todas partes, brillando en tintos, amarillos, blancos. Los autos tocaban la bocina en una sinfonía cacofónica. Puse una mano en el alféizar y miré hacia la calle. Las personas se movían, pero parecían diminutas. Sería un largo camino para caer, pero sería instantáneo.

Si pudiera caber.

Poco a poco curvé la mano en el aire fresco y luego miré hacia el pomo de la puerta, hasta el corazón cubierto de nieve. Esas opciones parecían más suicidio que congelación. La congelación era libertad. Atravesar la puerta era la aniquilación.

Volví a mi esquina y dejé caer el vestido al suelo, dejándome desnuda. Cuando me senté, el suelo estaba frío y la nieve se derretía donde mi piel la tocaba, haciéndome mojar. La humedad amplificó la congelación. Con determinación, tomé el vestido y lo puse debajo de la cabeza, haciendo una especie de almohada. Luego me acosté.

Mientras me estremecía, dientes que chocaban violentamente contra mi mandíbula, traté de mantener la calma. Había un tirón dentro de mi tripa, una advertencia primordial que quería tomar el control de mis brazos y que me pusiera el vestido de nuevo. Pero, si lo hiciera, todavía moriría, pero no tan obviamente. Al menos así habría un cuerpo.

Cerré los ojos, tratando de no enfocarme en la amarga quemadura contra mi piel. No sabía en cuánto tiempo me iba a llevar a la congelación hasta la muerte—leería historias sobre personas que murieron congeladas en tan poco como diez minutos o tan largas como horas—pero finalmente no sentiría el frío. Eventualmente incluso, me sentiría caliente.

Volví a mirar el corazón de manzana, arrugado en el suelo de madera, espolvoreado con un poco de nieve. Sabía que él podía haberlo limpiado. Todo estaba impecable en el ático. Lo había recogido de la otra habitación y lo había traído con él por una razón. Lo había arrojado al suelo por una razón, también.

Para burlarse de mí.

Para servir de recordatorio para mí.

La mayoría de las personas recuerdan el infierno de Dante como ardiente y lleno de lava, pero el centro final, el lugar más oscuro, más horrible, el lugar donde Satanás quiere pasar el rato, es frío. Satanás está congelado, y sus vientos fríos se sienten en todos los niveles del infierno.

El infierno no es un lugar hirviente. El infierno es un lugar helado. Me reí del pensamiento y luego gemí mientras mis dientes castañeaban ferozmente. ¡Qué perfecta descripción de Bestia: un hermoso ángel caído, el más bello y malvado de todos!

Tuve un último pensamiento antes de que me durmiera: al menos mi estancia en el infierno había sido rápida.

\*\*\*

Cuando desperté, llamas retorciéndose y crepitando llenaron mi visión. Vi más de lo que sentí al principio. Vi el resplandor naranja, los estallidos crepitantes. Vi la forma en que los grandes zarcillos amarillo-naranja proyectaban sombras. Estaba desorientada. Lo último que recordé fue quedarme dormida en la habitación, segura de que iba a morir, pensando en el infierno.

—Maldita sea —dije, con los dientes castañeteando. *Voy a tener que caminar de regreso a través de cada nivel individual del infierno.* Sin embargo, mientras parpadeaba, mi visión se volvió más clara y más sentidos regresaron. Vi dónde estaba en realidad: en un área de descanso, en una especie de sillón, sentada frente a un fuego, con una manta envuelta en mi cuerpo.

Bestia estaba allí también, inclinándose casualmente contra el manto de mármol de la chimenea, sosteniendo otra jodida manzana. La cortó, observándome con una expresión distante.

—¿Aún con hambre? —preguntó, dando un mordisco. Al verlo, no estaba completamente convencida de que no había aterrizado en el infierno después de todo. Mordió la carne roja y los jugos le cayeron por la barbilla, a través de su afilada y angulosa mandíbula, goteando por su cuello. Tuve el peor pensamiento instantáneo en mi cabeza: *Quiero lamer eso.* Sacudí la cabeza, despejando los pensamientos.

Sabía lo que quería el imbécil. Cuando estuve de pie, un escalofrío tan violento me sacudió que la manta cayó casi de mis hombros, pero la cogí apresuradamente. Mis miembros se sentían pesados y doloridos. Sosteniendo la manta con un brazo, me aseguré de mantener la tela agarrada firmemente así no me exponía. Traté de no pensar en el hecho de que para ponerme la manta, ya lo habría visto todo. Con un profundo, obstinado aliento, caminé hacia él, extendiendo la mano libre.

—No, tú comerás eso. —Levantó la barbilla, la mirada se deslizó de mis ojos a detrás de mi hombro. Con temor, me volví lentamente, siguiendo su mirada hacia una mesa junto a la silla. Cuando me di cuenta de lo que estaba hablando, estaba simultáneamente furiosa y revuelta. Asentado perfectamente sobre la mesa estaba el puto corazón de manzana. Me di la vuelta, mirándolo. Me tragué cada poco de

orgullo que tenía para caminar hasta él y ¿él quería que yo comiera el puto corazón de manzana? ¿Enfrenté de él?

• ¿Qué tal si se va a la mierda en su lugar? Volvería a mi plan original de morir.

Retiré mi mano y tiré de la manta a mí alrededor, esperando que me echara de vuelta a la habitación. En cambio, comió un trozo de su manzana y dijo:

—Cuando termines de comer, puedes unirte a mí en la sala de estar. Te quedarás aquí hasta que decidas.

Con partes iguales de indignación aturdida y furia muda, lo vi salir de la habitación. Me quedé mirando la mancha oscura de la puerta por la que había atravesado, mis ojos parpadeando hacia el corazón seco de la mesa. Cuando estaba segura de que no iba a volver, lo recogí y luego caminé hacia el fuego. Me tomó alrededor de dos segundos para tomar mi decisión.

Habían pasado al menos dos días desde que había comido algo, ya que Bestia por la mañana vino a buscarme. Si hubiera sabido lo que iba a suceder, habría comido un desayuno enorme, pero no lo había hecho, así que todo lo que había comido ese día era un plátano. Mi instinto sentía que estaba creciendo en un hogar para el Minotauro, pero no le dejaría tomar todo de mí.

Tiré el corazón al fuego, esperé hasta que las llamas lo lamieran y lo convirtieran en cenizas, y luego salí. Bestia estaba reclinado en la sala en la que había entrado el día anterior, leyendo el periódico. Todo en él gritaba casual, contento, y lo más irritante, guapo. Su cabello le caía al cuello en ondas negras y sueltas. Llevaba un Henley verde bosque que no solo se pegaba a sus músculos, sino que de alguna manera resaltaba *ambos* colores en sus ojos.

Me miré a mí misma: cubierta de lágrimas y sangre, el cabello un desastre.

Bien.

Tal vez me dejaría malditamente sola.

Giró una página.

—Bienvenida de nuevo.

—Sí, bueno... —Me encogí de hombros en la manta, tratando de retratar la confianza—. No hay nada que puedas hacerme que no hayas hecho ya.

Se rio entre dientes, pero no dijo una palabra.

# Capítulo 4

Abriendo la palma de la mano, Bestia bajó la vista hacia la elegante superficie negra del mando a distancia, pensando en lo que controlaba. Era solo la mañana después de haber castigado a Frankie, desde que había apagado el calefactor y la había arrojado al armario vacío con la ventana abierta. Ella había durado casi cuatro horas allí.

Girando el control remoto con la mano, pensó en su resolución. Su fuerza lo había sorprendido. La noche anterior, la había observado a través de sus cámaras, observando lo que ella haría. Había dejado la puerta abierta para ella, pero se negó a pasar por ella, demostrando que era un aprendiz rápido. Durante cuatro horas, había mirado fijamente su monitor. Tenía trabajo que hacer, mierda por terminar, pero no pudo evitar mirar a la chica.

En su mayoría, ella se sentó en la esquina, con la cabeza en el regazo, conservando el calor. Él no estaba preocupado por el frío. El cuerpo humano es robusto y tomaría mucho más que una ventana para que ella muriera. Sobre todo, sería incómodo. Pero luego se había quitado el vestido y se había acostado, y él se había enderezado en su silla. Por una hora, había estado inmóvil como una piedra. Otra hora había pasado, y él había observado cómo la nieve se posaba sobre su piel desnuda.

Entonces tuvo que interceder, que era un patrón creciente con ella. Bestia formularía un plan y de alguna manera u otra, ella lo arruinaría. Necesitaba sacarla de su vida, pero por primera vez, no estaba seguro de estar en control de esa decisión. Era como si estuviese viendo su mano recoger una pelota cuando su mente decía que recogiera un bate.

Con una exhalación, Bestia cerró su puño sobre el control remoto y lo colocó en su escritorio. Miró hacia la habitación; la oficina lucía muy diferente de la primera vez que había estado ahí.

Pero no siempre había sido su oficina, al igual que Bestia no siempre había sido una bestia, o al menos, no siempre había sido tan obvio.

Una vez fue Anteros Drago, un huérfano que dormía en las calles de Venecia. Fue una coincidencia, o tal vez el destino, lo que lo llevó a los pies del infame Lucio Pavoni. Lucio había inmigrado desde hacía tiempo a los Estados Unidos y estaba operando el negocio desde allí cuando sus caminos chocaron.

Lucio Pavoni era un nombre de leyenda en Italia. Anteros creció escuchando demasiado las historias que Lucio era un mito, y los mitos nunca aparecían en la realidad. Además, en todas las historias, Lucio se quedó en la bota de Italia, en Sicilia. Él nunca visitaría Venecia, decían todos.

Entonces, un amarillo y nebuloso día, Anteros escogió el bolsillo equivocado. Anteros no tenía miedo de escoger los bolsillos de la élite; de hecho, eran sus blancos favoritos. Mientras que otros erizos iban por los obvios—turistas con sus mapas y las cabezas enterradas, Anteros lanzaba su línea para el pez más grande.

Ese día fatídico, Lucio Pavoni llevaba un traje de tres piezas y zapatos que se reflejaban más brillante que el sol, pero era la forma en que se sostenían lo que le atraía a Anteros. Irradiaba poder. Reflejaba reverencia. Ese día, Anteros quería recoger algo más que dinero.

Anteros lo siguió por las calles, manteniéndose a distancia, esperando el momento adecuado. Era apenas un muchacho entonces, y su juventud y la capacidad de evitar cualquier consecuencia verdadera le habían hecho temerario. Cuando agarró la cartera de Lucio, todo eso cambió.

Había pasado más de dos décadas desde que Anteros picó el bolsillo de Lucio. Ahora el hombre estaba muriendo y Anteros estaba a solo unas semanas de apostar una reivindicación irrevocable de poder. Anteros giró en su silla y miró hacia el agua azul hierro del río Hudson. Podía estar seguro de que este no era el futuro que Lucio había planeado cuando tomó a Anteros con él ese día—él acostado enfermo y muriendo en una cama mientras Anteros estaba sentado en su almacén moviendo alrededor las piezas de ajedrez para mantener su tenue agarre del poder.

Aquellos de la Familia solían preguntarse por qué Lucio rescataría a un huérfano, y la conclusión era que Anteros era el sustituto de mala calidad de los dos hijos que Lucio había perdido. Anteros sabía la verdad. Lucio siempre había tratado a Anteros con menos dignidad que los demás soldados. A medida que crecía, otros soldados—peores soldados—eran promovidos por delante de él. Lo más que Lucio vio en Anteros fue un fantasma de lo que pudo haber sido y eso lo hizo ser amargado.

Mirando hacia fuera de la ventana del último piso a los muelles en el río, Anteros recordó de nuevo cuando Lucio realmente manejaba las cosas, no solo en nombre. La ventana era un testamento de ese tiempo, el vidrio viejo y borroso, no había sido reemplazado durante las renovaciones.

Anteros había hablado con Lucio en la misma habitación en la que se encontraba ahora, aunque entonces solo había sido un almacén abandonado. No había muebles, las luces eran solo bombillas balanceándose desde cadenas. La

habitación había estado tranquila, fría porque no había calefactor, el único sonido era un crujido débil mientras el viento se abría camino a través de la madera.

Había esperado obtener aprobación, esperaba ser promovido. Anteros había sido un soldado mucho más tiempo que los otros y empezaba a preguntarse cuándo avanzaría—si es que avanzaba.

—Escúchame, muchacho. —Había gruñido Lucio—. He estado trabajando en esto más tiempo de lo que has estado vivo. Podría chasquear los dedos. —Lo hizo—, y tenerte muerto. No eres más que lo que te hago. —Anteros asintió deferentemente y se marchó.

Ese día Anteros dejó de confiar en nadie más que en sí mismo. Lucio le había dado el pasaje a América, pero eso era todo lo que le daría. Lucio predicaba acerca de la hermandad y elevarse lejos en la Familia, pero como la mayoría de los predicadores, su lengua estaba simplemente recubierta de miel. Unos meses más tarde, un trabajo reuniría a Anteros y a los Lobos, consolidando su conclusión: si quería poder, tendría que tomarlo.

Anteros se volvió del vidrio viejo a su despacho. Colocando las manos encima de su escritorio, las curvó en puños. Dentro de una palma podía sentir una protuberancia: el control remoto que había traído consigo. A pesar de su intervención temprana con Frankie, el castigo había tenido el efecto deseado: esa mañana Frankie obedeció sus órdenes. Sin embargo, vio la desobediencia en sus ojos. De vez en cuando se deslizaba, su lengua traicionaba sus pensamientos y revelaba el alma de hierro debajo, el alma de hierro que se sentía obligado a doblar.

Pensó en ella en su casa. La habría puesto de nuevo en su cama después de castigarla, necesitando tenerla en sus sábanas. Debería molestarlo, debería estar preguntándose por qué lo estaba haciendo, pero todo lo que podía pensar era en ella en su cama.

Esperando algo que ella no sabía que iba a venir.

Justo cuando su dedo presionaba el mando a distancia, llamaron a la puerta. Cerró la palma de la mano, empujando el mando a su regazo y gritó:

—Entre.

\*\*\*

Rhys entró en la oficina, Emilio arrastrándose con interés aburrido detrás de él. Deteniéndose ante Anteros, Rhys puso sus brazos a su espalda, siempre el respetuoso subordinado, y rápidamente se lanzó en lo que Anteros se perdió la noche anterior en la reunión con los Lobos.

—He hablado con el senador Hatch —declaró Rhys—. A mitad de camino del ciclo, se irá. —Emilio se sentó cómodamente en el sofá. Al menos se había vestido correctamente, Anteros notó que Emilio cruzaba una pierna vestida de traje a la medida.

—Supongo que no tiene otra opción —dijo Anteros, apartando la mirada del zapato reluciente de Emilio y regresando a Rhys. Rhys asintió suavemente—. ¿Y si se filtra nuestra conexión? —preguntó Anteros.

—No estamos preocupados —dijo Rhys. Sacando sus brazos detrás de la espalda, Rhys los cruzó con autoridad—. La persona que contratamos para girar a Emilio podría hacer que la violación suene como un día en el parque —continuó.

Emilio soltó una carcajada.

—Lástima que el senador no la contrató. —Mientras Rhys y Emilio hablaban, la mirada de Anteros se deslizó hacia el mando a distancia en su palma. Más temprano esa mañana antes de que la hubiera dejado, Frankie desayunó en su cama. No había pensado mucho en por qué la había vuelto a meter en su habitación. No era como si necesitara el espacio, pasó la noche trabajando en su oficina en casa.

Por la mañana, cuando había abierto la puerta, la había encontrado tragando huevos en su cama, con una expresión de disgusto en su rostro. No se había quejado, sin embargo. Esas horas en el congelado cuarto de almacenamiento habían reprimido su deseo de lloriquear por la comida, pero cuando él la llamó a su lado, ella se había quedado y dijo:

—No te pertenezco. —Fue en voz baja y bajo su respiración, pero él lo había oído de todas maneras.

Había pasado mucho tiempo desde que a Anteros lo habían cuestionado. Frankie no solo era ardiente; el calor dentro de ella era como fuego descontrolado en el polen, encendiendo algo dentro de él. Se había detenido, mirando la forma en que miraba sus huevos, observando la guerra dentro de ella. Parecía tan inocente, tan dulce, pero vio más allá eso, a la oscuridad interior.

Había profundidades dentro y se preguntó si incluso ella era consciente de eso.  
• Estaba más allá de hipnotizante; era seductor.

• —Cuando no esté en casa —había dicho él, pasando a su propio propósito—. Tendrás puesto esto, así no te olvidas de quién eres. —Levantó un brillante tapón negro con una base plana y un centro más redondo que se estrechaba en una punta ligeramente puntiaguda—. Tengo el control remoto. Vibra.

—Podrías haber llenado la habitación con abejas —habló más alto esta vez, apuñalando sus huevos—. Tendría el mismo efecto. —El labio de Anteros se alzó casi imperceptiblemente por sus palabras.

—Ven aquí, Frankie. —Se dio cuenta de cómo su cuerpo se tensó como si estuviera a punto de pelear. Esperó, observando cómo los músculos de sus brazos se relajaron y su pecho cedió con una exhalación. Rodando los ojos, Frankie bajó su plato con un fuerte *ruido metálico*. Empujando la bandeja a su lado, se levantó y se acercó lentamente. Cuando finalmente se detuvo, Frankie estaba a unos pocos centímetros de él, con los brazos cruzados y los ojos en el suelo.

Su mirada la recorrió. Después de traerla del cuarto de almacenamiento, le había dicho que se vistiera apropiadamente para la cama. Había elegido un traje de encaje de pervinca que resaltaba el azul cristalino de sus ojos. También tenía el beneficio añadido de mostrar sus pechos pequeños, pero de alguna manera irritantemente atractivos. Era como si la curva delicada fuera como el resto de ella—tratando de esconderse.

La ropa interior que había escogido no era tan expuesta como los otros artículos que Anteros había comprado para ella. Era un poco más flojo, un poco más opaco. Le había dicho a su comprador que comprara las mejores marcas, pero tendría que ser un poco más claro sobre los otros requisitos en el futuro. A pesar de que la parte superior de encaje pervinca se aferraba a ella, también caía por su delgado abdomen solo hasta el hoyuelo en su ombligo. Sus ojos se dirigieron hacia su culo donde el encaje azul brillante cubría por lo menos la mitad de las alegres mejillas.

—Quítate la ropa interior, Frankie. —Sus ojos brillaron hacia él, rebelión en las pupilas estrechadas—. O podría hacerlo por ti —sugirió. El desafío se derritió en miedo en sus delicados rasgos y se inclinó, agarrando los costados de encaje. Permaneció inclinada e inmóvil durante al menos un minuto, con los dedos entrelazados en el delgado cordón cosido a mano. Notó que sus dedos temblaban.

Caminó hacia ella, se inclinó y puso las manos sobre las suyas. Con las manos sobre las suyas, las guio hacia abajo, así que ella tiró su ropa interior al suelo, y se sacudió todo el camino. Cuando el encaje golpeó el suelo, levantó una de sus piernas y agarró la ropa interior para sí mismo. Los metió en el bolsillo de sus pantalones y se enderezó.

Cuando se levantó, vio que los brazos de Frankie seguían doblados y que ahora había cruzado las piernas—como si pudiera ocultarse de él. Aunque ya la había tomado, era la primera vez que la veía. Antes de que ella estuviera escondida en la tela. La había sentido suave y cálida, húmeda y enloquecedora... ¿pero el verla? Había cruzado las piernas—sus largas piernas de miel que irradiaban luz—tan

fuertemente que pensó que podría caerse. Estaban tan apretadas que era como si tuviera una pierna, tan apretada que escondía su hendidura, pero no lo suficientemente apretadas como para ocultar de alguna manera su "V" perfectamente desnuda.

Anteros dio un último paso hacia ella, cerrando la última distancia entre ellos. Deslizó sus dedos alrededor de la curva de su cintura, uniéndolos.

—Creo que te gustará esto —dijo.

—Creo que tú y yo tenemos puntos de vista muy diferentes sobre lo que me gusta. —Probablemente estaba destinado a ser audaz, pero salió en un susurro. Él ajustó el agarre en su cintura, asegurándose de que estuviera cerca. Luego deslizó su mano entre sus muslos. Ella mantuvo las piernas cruzadas, pero eso solo sirvió para hacer su mano apretada.

El apretado ajuste de su mano serpenteó contra la húmeda mancha de su carne desnuda y susurró contra el lóbulo de su oreja.

—No, creo que los dos somos claros en eso.

Entonces ella le escupió. La saliva le golpeó la mejilla, pero no se molestó en limpiarla. Ni siquiera se estremeció. En vez de eso, apretó el brazo y hundió un dedo de la mano que la había estado molestando dentro de ella. La forma en que agarró su dedo era suficiente castigo para ella.

—Tu coño está mojado para mí.

—Eso es biología, idiota —siseó—. No es una invitación. —Su otra mano, la que sostenía el tapón, palmó su culo desnudo mientras trabajaba su dedo en ella. Ella cerró los ojos, mordiéndose el labio, el cuerpo rígido, pero podía sentir la forma en que su coño tenía espasmos contra sus dedos.

Tomando el tapón, utilizó la punta para separar sus mejillas, presionándolo contra su culo. En la invasión, sus ojos se abrieron y ella lo miró furiosamente, la pregunta escrita en su rostro.

—Siempre estaré dentro de ti, Frankie. —Apenas presionó la punta en ella, como para enfatizar—. Incluso cuando no esté aquí, estaré dentro de ti. —Su significado se apoderó de ella, y su expresión se endureció.

—No importa lo que pones en mi cuerpo —dijo ella—. No importa lo que me hagas, *nunca* estarás dentro de mí. —Cerró la boca, los ojos como granito. Anteros la miró por un momento, sorprendido por sus palabras, luego metió el tapón en su culo, satisfecho cuando ella gritó.

—¿Jefe? —La voz de Emilio lo sacó del recuerdo. Anteros levantó la vista, cerrando el puño sobre el mando. Se había perdido por un momento, pero no tenían necesidad de saberlo. Si había aprendido algo con los años, era que el silencio hacía que las personas se sintieran incómodas.

Rhys y Emilio movieron los pies.

Unos cuantos momentos más pasaron hasta que Rhys empezó.

—Con respeto, Sr. Drago, estábamos preguntando qué hacer con El Consejo. —Esa noche había una reunión del Consejo. Con Lucio fuera de servicio, nadie había sido nombrado *oficialmente* Jefe. Técnicamente, Anteros era el Jefe. Todos los que le importaban lo llamaban Jefe, los negocios con los que trataban lo llamaban Jefe, y él tenía todo el poder del Jefe—excepto por una pequeña cosa: El Consejo no lo nombraría Jefe. Oficialmente, todavía estaba bajo Lucio.

Anteros era el elefante en la mafia. Todo el mundo sabía respetarle o ser pisoteado sin piedad, pero a menos que estuvieras hablando a su cara, no lo reconocían como Jefe. Anteros enrolló su puño al pensarlo, pero asintió con la cabeza, señalando a Rhys que continuara.

Rhys miró a Emilio antes de hablar.

—Emilio estaba diciendo que recibió la noticia de que Lucia se ha acercado al Consejo.

—Ella sabe que Lucio está enfermo, Jefe —dijo Emilio—. No está contenta contigo. Quiere un Pavoni a cargo.

—Todos los Pavoni están muertos, enfermos o son mujeres —respondió Anteros. También era culpa suya. Los Pavoni eran una vez una línea de la familia poderosa, pero debido a las luchas internas, terminaron en un anciano lisiado y una anciana. No quería que nadie lo dijera en voz alta, pero los Pavoni estaban casi extinguidos.

—El Consejo va a votar sobre quién toma el poder si Lucio muere —dijo Emilio.

—¿Me pregunto a quién van a nombrar? —Anteros rio con acidez—. No podía ser uno de ellos. —Era un secreto poco conocido que los De Luca estaban esperando su tiempo hasta que los últimos dos Pavoni murieran.

—Sabes que no importa a quién voten —dijo Rhys—. Será lo mismo que es ahora. Todavía estarás donde estás. Todavía tendrás el poder.

—Solo no el título —dijo Anteros amargamente.

—Podrías tomarlo por la fuerza —sugirió Emilio. Anteros se levantó y tomó su abrigo del estante sin respuesta. Durante el año pasado, él y El Consejo habían tenido una tregua de rencor. Lo que Emilio sugería era otra guerra de sangre. Normalmente, Anteros iría todo por ello, pero por alguna razón, no tenía ningún interés.

Anteros exhaló y miró el mando a distancia en su mano, frotando su pulgar con el brillante botón negro. Sabía que debía reunirse con El Consejo esa noche o declarar una guerra, terminarla de una vez por todas. Frotó el pulgar sobre el botón de nuevo, empujando contra él hasta que la presión dio paso y lo encendió.

Imaginó a Frankie de nuevo en su cama, vibrando, perdiendo el control.

Corriéndose.

Cuando estaba con él actuaba estoica. Una guerrera. Si estaba sola, quizás estaba gritando.

Rogando.

Suplicando.

Tal vez estaba poniendo las sábanas mojadas.

Anteros levantó la vista y dijo:

—Emilio se reunirá con El Consejo en mi nombre.

Emilio sonrió.

—Ellos me prefieren de todos modos porque yo soy un De Luca. Toda la sangre y la mierda. —Fue dicho como una broma, pero hacia hervir la sangre de Bestia—su sangre manchada, indigna.

—Puedo enviarte esta noche realmente ensangrentado, ver lo mucho que te prefieren —gruñó. La amenaza subyacente voló por encima de la cabeza de Emilio y él se echó a reír. Rhys se frotó la almohadilla de la palma de la mano en la frente y se volvió hacia Emilio, diciéndole que se callara cuando Anteros abrió la puerta y se deslizó en su abrigo de lana.

—¿Voy a tomar su lugar con los Lobos de nuevo? —le preguntó Rhys a su espalda. No parecía demasiado emocionado con la perspectiva, pero para su crédito, no se quejó. Los Lobos no recibían su nombre por ser mimoso, y mientras

Rhys se había mezclado bien en la mayoría de los aspectos de la vida de la mafia, su intestino nunca se había endurecido. Primero era un hombre de negocios.

—No —respondió Anteros—. Estaré a tiempo. —Aun cuando dijo las palabras sin embargo, no estaba seguro.

\*\*\*

—¿Cómo has estado, Frankie? —preguntó Anteros, cerrando la puerta detrás de él fuertemente. Ella saltó, pero rápidamente trató de recuperar la compostura.

—Jodidamente fantástica —escupió, lanzando una mirada en su dirección. Estaba sentada en un sillón en la esquina de su dormitorio, con una manta en el cuerpo. Un hombro desnudo asomándose y notó que probablemente estaba usando lo que él había dejado en su interior o no le había dejado. Había cerrado la puerta después de que él se había marchado aquella mañana, de modo que no había podido cambiarse a cualquier cosa. Su palma se deslizó en su bolsillo, sintiendo las bragas de encaje que le había quitado.

—¿Hay algo interesante que ocurriera hoy? —preguntó, acechando hacia ella. Con cuidado, se quitó el abrigo de lana y luego la chaqueta de su traje, colocándolos en su cama.

—Fue como ayer —dijo bruscamente—. Aburrido, lleno de desesperanza, rodeada de tu mierda sobredimensionada y el olor a huevos cocidos. —Lentamente llegó al lado de la silla. Lo miró cautelosamente mientras deslizaba un dedo por su hombro desnudo. Con un movimiento violento de la mano, tiró la manta al suelo. Ella jadeó y tiró de sus piernas hacia su pecho.

Él se dejó caer de rodillas, alisando una mano a lo largo de su muslo, dentro de su rodilla. Su agarre se apretó y tiró, abriendo sus piernas a pesar de la resistencia que ella dio.

—¿Cómo todos los otros días? —preguntó. Deslizó suavemente su mano hacia abajo, rodeando la curva de su suave carne y bajando hasta llegar a su culo. Rodeó con el dedo alrededor de la entrada inferior y ella se estremeció. Podía sentir que había quitado el tapón, pero su sensibilidad le hizo saber que había estado dentro al menos parte de la vibración. Presionó contra su culo y era como si ella fuera a ceder, pero luego lo empujó lejos y luchó fuera de la silla.

Ella se apartó el sudoroso cabello del rostro y por un momento, sus ojos se cerraron con los suyos. Vio la lucha dentro de ella, la sentía él mismo, el tirón y el esfuerzo. Vio el metal dentro de ella también, frío, pero abrasador al mismo tiempo, como hierro puesto al fuego. Quería llegar al interior y tocarlo, sin importar la quemadura. Sus labios se separaron y ella apartó la mirada.

Aún de rodillas, Anteros dijo:

—Pronto no podrás ocultarte de mí, Frankie.

Ella respiró hondo, cruzando los brazos otra vez. Silenciosamente retrocedió, cayendo en la pared detrás de ella. Miró por encima de su hombro hacia Anteros, como si estuviera evaluando dónde correr.

—Conoceré cada centímetro de ti —dijo, levantándose lentamente—. Del arco bajo tu rodilla a la curva en tu entrepierna. —Se acercó a ella—. A los pliegues intrincados de tu coño. —Se acercó, cerrando el espacio entre ellos—. A las crestas dentro de tu cerebro. —Se empujó contra ella así que tropezó plana contra la pared—. Los conoceré y los veré cuando cierre los ojos. Te conoceré mejor que tú misma.

Anteros cogió un dedo, arrastrándolo por la mejilla. Los ojos de Frankie se clavaron en los de él y el miedo le acarició el rostro, pero también había algo más, algo que no podía discernir. Sus mejillas se crisparon y ella trató de empujar más allá de él, pero la mantuvo firme.

Sucedió tan rápido que no tuvo tiempo de reaccionar. Ella vomitó completamente en su frente abotonado, el olor de los huevos y vómito envolviendo la habitación en un apretado abrazo. Anteros retrocedió de inmediato, con los brazos en alto. Frankie parecía casi tan aturdida como él.

Agarrándola por el hombro, se apartó de la pared y la empujó hacia la puerta.

—Limpiate —ladró, con los brazos levantados para evitar el vómito en su camisa—. Y prepárate para partir en treinta minutos. Vistete para ir a una velada. Puedes escoger el vestido, pero usa la ropa interior que elegí para ti. —Mientras la empujaba hacia el pasillo, añadió sombríamente—: Si vas a ir a otro lado que tu dormitorio, lo sabré.

Ella tragó saliva y corrió en dirección a su habitación.

\*\*\*

Anteros miró a Frankie mientras la conducía a través del almacén y hasta su oficina. Había pasado un poco menos de una hora desde que ella le había expulsado la comida, pero solo mirarla borró el repugnante recuerdo.

Llevaba un tipo de apretado y reluciente spandex que destacaba sus pequeñas curvas. Parecía tan jodidamente caliente que casi lamentaba traerla, pero sabía que tenía que hacerlo. No la había vendido al Instituto, y tarde o temprano las personas iban a enterarse de ella. Era mejor sacar eso del camino.

De todos modos, no tenía nada que ocultar.

Era solo una esclava.

Frankie hizo una pausa, mirando el almacén. Era el mismo almacén de hace apenas unas horas y el día anterior, pero parecía completamente diferente. Un famoso DJ tocaba ritmos fuertes y sensuales. Los camareros tejían su camino a través de la multitud congestionada. Luces de color estroboscópicas, destacando la multitud pulsante.

Ellos estaban lanzando una de sus infames fiestas subterráneas.

La boca de Frankie cayó un poco mientras sus ojos daban vueltas por la habitación. Anteros tiró de su antebrazo bruscamente, arrastrándola por los escalones.

—¿Qué es este lugar? —preguntó ella, su voz con matiz de temor reverencial mientras subía los escalones. Los labios de él se curvaron ante la forma en que suspiró, la forma en que sus ojos se abrieron ante las luces brillantes y coloridas. Rápidamente juntó los dientes y la arrastró con más fuerza.

La escena de la fiesta subterránea era enorme en Nueva York, y Anteros se aseguró de que tenía una mano en cada parte de ella. Desde los DJs a las drogas, incluso las empresas de productos pagaban miles para ser colocadas cuidadosamente, la razón era Anteros. Creaba la sensación de libertad y se le pagaba por ello. Él era la razón por la que ellos sentían que estaban por encima de los clubes de la calle principal, los clubes de yuppie, los lugares donde el resto del mundo iba a perder sus almas.

Pero Anteros también tenía una mano en esos clubes.

Frankie tiró de su labio entre los dientes, observando cuando los acróbatas aéreos descendían del techo. Anteros hizo una pausa con ella un momento, viendo cómo sus ojos se abrieron, las luces del club se derretían en su rostro. No, no había nada especial en ella. Ella era su esclava, y ellos lo verían. La atrajo hacia la esquina.

Arlo Moretti y Tino “Tough Tino” Palermo estaban esperando fuera de la oficina, vigilando la puerta. Cuando Anteros subió a su papel actual, había aceptado asumir más seguridad. Había rechazado la idea al principio—era debilidad tener otros hombres luchando por ti—pero finalmente se desplomó.

Aparte de las amenazas habituales, había personas dentro de la familia Pavoni que no querían verlo tan alto. Por lo tanto, con el impulso de sus Lobos, Anteros acordó llevar a Arlo y Tough Tino como seguridad—bajo una condición: Arlo y

Tough Tino iban solo donde les decía. A diferencia de Lucio, que tenía un hombre con él en todo momento, Arlo y Tough Tino irían a donde él les decía. Sin ningún reconocimiento, Anteros caminó entre los dos y entró en su oficina. Era más oscura, las luces se atenuaron para no llamar la atención de la fiesta. Hacía más frío también, ya que la calefacción estaba apagada. Durante una fiesta, el calor de los cuerpos era suficiente.

Anteros caminó hacia su escritorio, pasando junto a sus Lobos mientras avanzaba. Los Lobos eran los hombres más cercanos en su empleo, y lo más cercano que él podría tener a amigos. Si hubieran nacido en otra vida, podrían haber sido amigos. Por ahora, se conformaban con una cercanía similar a los soldados en armas, aunque estaba manchada y corrompida por la oscuridad engendrada por su mundo criminal. ¿Qué vale la lealtad en un mundo de deshonor, confianza en un mundo de mentirosos?

A diferencia de los Pavoni, a Anteros le importaba una mierda las líneas de sangre. El Consejo retrocedería ante los Lobos: su linaje era basura. Su sangre podría ser séptica, pero su crueldad y astucia eran incomparables.

Cuando Anteros se sentó detrás de su escritorio, ellos se quedaron callados, esperando que él comenzara la reunión. Anteros miró a Frankie, que seguía parada en la puerta, jugueteando con el dobladillo de su vestido.

—Desnúdate.

\*\*\*

—Dije desnúdate —repitió Anteros. Mirando fijamente a las piscinas oscuras de sus ojos, Frankie agarró la cremallera con fuerza en respuesta. Sus ojos brillaron, desafiándola a desobedecer. La suya se estrechó ligeramente, pero tiró de la cremallera en el lateral de su ajustada prenda de spandex. Se deshizo fácilmente, cayendo a sus pies.

A propósito su cadera se salió, por la forma en que sus ojos embotados, y por la forma en que ella exhaló con fuerza, podía decir que a pesar de que su cuerpo obedeció la orden, su mente no. Usaba la nueva lencería que había ordenado al asistente de compras y combinaba con el color pálido del vestido que había usado. Distantemente, se preguntó si esa era la razón por la que había elegido el vestido.

—Gira —dijo. Cuando no lo hizo de inmediato, sus ojos volvieron a brillar. Cerrando sus manos en un puño, finalmente, ella giró, dándole la vista que él exigía. Su culo estaba básicamente desnudo. Cristales de Swarovski colgaban de las caderas como una cascada sobre una delgada cadena de cristales que desaparecían en el fondo de su trasero.

»Ahora vuélvete —dijo fríamente. Lentamente, se dio la vuelta. Se mordió el labio, tirando de la parte inferior entre sus dientes. Pequeños cristales de Swarovski punteaban su busto, empujando sus pequeños pechos hacia arriba. Su piel era perfecta, desde la línea de la clavícula hasta la línea de la abertura que asomaba por el material transparente. Era perfecta. La única arruga en su rostro era su línea de ceño fruncido, que él arreglaría.

Con el tiempo.

Tendría su mente, a tiempo.

—¿Juguete nuevo? —preguntó una voz, rompiendo la concentración que tenía sobre ella. Pertenecía a Pequeño O, uno de sus Lobos. Ottavio “Pequeño O” Li Fonti era todo menos pequeño, empequeñeciendo a su gemelo por dos cabezas. Anteros miró brevemente hacia donde Pequeño O estaba sentado en el borde del sofá de cuero. Aunque Pequeño O se inclinaba hacia delante, su enorme cuerpo hacía que dos de los otros Lobos, Chico Bonito y Grande O, se sentaran incómodamente cerca en el sofá.

Había una vez cuando solo habían sido niños, solo soldados para el ejército de Pavoni, el sofá les quedaba cómodamente. A medida que ganaron altura y músculo, se volvió un poco más ajustado.

—Algo así —murmuró Anteros, devolviendo su atención a Frankie. Él apretó su mandíbula cuando Frankie cruzó los brazos, pareciendo enojada. Cada vez que sus ojos brillaban, era como si ella le abofeteara en la mejilla.

»Quítatelo todo —dijo Anteros. La mandíbula de Frankie se apretó ante sus palabras, pero obedeció. Con un solo movimiento, Frankie se arrancó el delgado corsé que contenía su pequeño busto y los cristales de Swarovski volaron en todas direcciones, con un cristal golpeándole en el rostro. Anteros tocó el lugar donde el cristal golpeó su mejilla y vio a Frankie encogerse de hombros.

Ella se paró frente a ellos con medias blancas, tacones y nada más, pero miró a Anteros, negándose a rendirse. Era como si ella dijera que él podría tomar su ropa, podría tomar su cuerpo, incluso podría tomar su voz, pero nunca *la* tomaría.

Ese sentimiento dentro de Anteros se agitó de nuevo. Era como un fuerte tirón, como si dos lados de sí mismo se separaran. Un lado—el lado normal—decía que se sentara e hiciera caso omiso de ella, pero del otro lado, el costado que parecía que se estaba quemando, quería meter la mano dentro y encontrar la parte de ella encendiéndola. Necesitaba el combustible. Puso ambas manos sobre el escritorio de madera pulida, como si fuera a pararse, cuando Pequeño O volvió a hablar.

—No conseguirás algo mucho mejor que eso —murmuró Pequeño O—. Mira esos labios, ese culo —continuó. Pequeño O se levantó y extendió la mano para tocarla. Ella se tambaleó hacia atrás, tropezando sobre sus talones y cayendo sobre su espalda. Pequeño O avanzó hacia ella y se tambaleó hacia atrás, resbalando y tropezando en el suelo hasta que su espalda tocó la pared. Su pecho subía y bajaba en grandes respiraciones mientras Pequeño O se alzaba sobre ella, sus cicatrices se magnificaban en las sombras.

—¿Es la chica Notte? —preguntó Gran O detrás de Pequeño O. Ahora que Pequeño O se había levantado, Gran O se tendió en el sofá, poniendo espacio entre él y Chico Bonito. Frankie estiró su cuello, mirando a Pequeño O y atrapando la mirada de Anteros. Anteros sintió que sus ojos se estrechaban ante su mirada; ¿para qué lo estaba mirando? ¿Lo veía como una especie de salvador?

Ella no se había sentido así temprano ese día, cuando vomitó por toda su camisa.

Anteros giró su cabeza y miró hacia a Gran O.

—Sí —respondió. Orlando “Gran O” Li Fonti era el gemelo más pequeño de los Li Fonti. Se rumoreaba que Pequeño O había ocupado toda la habitación en el útero, dejando a Gran O sin espacio para crecer o comer.

—¿La virgen? —preguntó Chico Bonito—. Tienes la fuerza de voluntad de hierro manteniéndola, hombre. ¿Cuándo irá al Instituto? —Anteros sabía que esta pregunta se acercaba, era por eso que había traído a Frankie en primer lugar.

—Su contrato ha terminado porque ya no es virgen —respondió con firmeza. El aire se aquietó cuando la comprensión cayó sobre ellos. Anteros se había llevado a una mujer prometida al Instituto. No solo tendría que pagar el costo de su contrato, sino que tendría que pagar el costo de lo que *podría* haber valido, es decir, el mejor postor potencial. Además, para calmar al Instituto y evitar que se enfadaran porque había cancelado un contrato, tendría que pagar el dinero del silencio. Lo que hubiera sido una ganancia de un millón de dólares para ellos se había convertido en una pérdida de más de cien millones de dólares.

El silencio se asentó, incómodo, espeso y nervioso, hasta que Gran O sonrió y se frotó las manos.

—¿Tenemos que mantener nuestras propias pequeñas esclavas ahora? Increíble.

—Sabes que no me importa lo que hagas en tu tiempo libre, siempre y cuando no afecte el negocio. Toma a todas las mujeres de Nueva York, pero si me llega... —Anteros se detuvo, su atención se disipó. Volvió a mirar a Frankie, viendo como

Pequeño O se paraba sobre ella y extendiendo su mano. Frankie presionó su cuerpo contra la pared, tratando desesperadamente de alejarse de su dedo que tanteaba.

»Ella es mía —gruñó Anteros, sorprendido por las palabras que salieron—. Retrocede, Pequeño O.

—¿Al menos vas a mostrarnos cómo funciona? —preguntó Gran O, pero la pregunta le pareció distante. Su enfoque estaba completamente en Frankie. Sabía que Pequeño O no ignoraría sus órdenes, pero Frankie no lo sabía. Se había pintado contra la pared, el miedo era evidente en sus facciones, y en ese miedo, había encontrado una escapatoria: él.

—Tal vez —respondió Anteros, recostándose contra su silla, echó los brazos por encima de su cabeza—. Depende de lo que tengas para mostrarme.

Pequeño O le dio a Frankie una última mirada calculadora y se volvió para caminar hacia el sofá. Se volvió a sentar, acercándose lo mejor que pudo. Chico Bonito y Gran O soltaron un gruñido colectivo mientras todos se apretujaban juntos.

—Es jodidamente estúpido que Loco A siempre consiga la silla —dijo Gran O, señalando a un hombre delgado envuelto en las sombras en una esquina. Anteros prestó poca atención mientras discutían, porque Frankie había puesto sus rodillas contra su pecho, viéndolos hablar desde la esquina, sin duda esperando que olvidaran que estaba allí.

Solo una mosca en la pared.

—Las ventas de Belleza son geniales. —Chico Bonito se puso de pie, atrayendo la atención de Anteros con el estado de su nueva droga sintética. Sin embargo, hubo vacilación en su voz. Se puso de pie y caminó hacia el escritorio, colocando las manos sobre la madera e inclinándose—. Estoy preocupado por Emilio. Este plan... —Chico Bonito se apagó y luego continuó—: Mira, lo entiendo, hombre, lo hago, pero ¿no crees que deberías...? —Anteros extendió la mano, agarrando a Chico Bonito por el cuello. Ninguno de los otros hombres alzó una ceja cuando los dedos de Anteros se enroscaron en la garganta del hombre hermoso y su rostro se volvió violeta.

Un jadeo sonó desde la esquina.  
—Debo estar equivocado. —Anteros apretó más fuerte—. Porque sonaba como si tú estuvieras a punto de decirme lo que yo debo hacer.

—¡Detente! —gritó Frankie. Anteros miró a Frankie con curiosidad y soltó a Chico Bonito, arqueando una ceja.

—Tienes una admiradora, Chico Bonito —dijo Anteros con humor negro. Chico Bonito volvió a sentarse, frotándose el cuello en silencio. A diferencia de Pequeño O y Gran O, el nombre de Chico Bonito no era irónico. Nico “Chico Bonito” Genovese era hermoso y Anteros no se sorprendió de que Frankie se llevara con él. Lástima que Chico Bonito fuera uno de los más crueles y oscuros—aparte de Loco A. Frankie bloqueó la mirada con la de Anteros, presumiblemente esperando su castigo.

Anteros se puso de pie y caminó alrededor de su escritorio. Ella se agazapó en las sombras, como si pudiera esconderse de él. La agarró del brazo, tiró de ella y la arrastró hasta el escritorio. La arrojó sobre la madera y sus ojos se encontraron con los suyos, ardientes de desafío. Pasó un dedo por su cuerpo ofrecido, disfrutando de la forma en que se estremeció a pesar de que volvió la cabeza. Tomando su codo, la abrazó con fuerza.

Frankie se tensó en su agarre y luego se relajó.

Derrotada.

Pero solo por un momento. Le pateó la espinilla, tomándolo por sorpresa, luego le escupió el rostro.

—Eres el diablo. —El cabello le caía sobre el rostro con la fuerza de su ira.

—Tal vez —respondió él, tirándola por la muñeca—. Pero estás en mi infierno, y en el infierno, el diablo está entre amigos. —Hizo un gesto a sus Lobos para enfatizar y luego la colocó sobre su escritorio. Trató de corregir por la superficie, pero la agarró por el tobillo y tirándola sobre la espalda. Le dio la vuelta y luego le separó las piernas, poniéndose entre ellas.

Tenía que castigarla ahora; los Lobos lo estarían esperando y había ciertas cosas que incluso un Jefe no podía negar. Aunque esta no era la primera vez que había visto un castigo, extrañamente se encontró colocando su cuerpo para que nadie pudiera ver el cuerpo de ella. Sus partes desnudas estaban en su mayoría protegidas por él. Aun así, Frankie se sentiría expuesta. Ella no sabría que él la escondía.

—¿Qué dicen, muchachos? —Anteros arrastró sus dedos por su coño, partiéndola de par en par—. ¿Quieren oírla gritar?

—¿Una pequeña cosa como esa? —se burló Pequeño O detrás de él—. Dudo de que tenga mucha voz.

—Oh, te sorprenderías —dijo Anteros. Mientras acariciaba con un dedo los labios de su coño, trató de quedarse quieta, tratando de no dejar que él la afectara.

Incluso entonces, intentó congelarse. Él levantó un poco la ceja, sorprendido de lo húmeda que estaba. Prácticamente se estaba filtrando en su dedo. Ese tirón dentro de él amplificado, creciendo a un latido. En su vida, lo habían cortado, disparado, apuñalado, solo por nombrar algunos. Tenía cicatrices, a lo largo del abdomen y brazos, de cuchillos y balas. En ese momento, al sentir cómo su cuerpo la traicionaba, era como si pudiera sentir una herida sangrante dentro de él.

Era como si algo faltara.

La miró, distamente preguntándose si había algo en ella que combinara lo que faltaba en él.

*Mierda.* Sacudió la cabeza. ¿Qué demonios le estaba pasando? Eso sonaba como una especie de un puto maricón. Anteros la inmovilizó con más fuerza, sacudiendo la cabeza con más fuerza.

—Por favor —declaró Frankie, pero Anteros pudo ver que la súplica no era para él. Él siguió su mirada hasta que encontró a Chico Bonito. *Ah.* La belleza la había engañado, la había hecho pensar que tenía un aliado. Chico Bonito verificó con Anteros para asegurarse de que estaba bien, y Anteros asintió. Se levantó del sofá y Chico Bonito se acercó al escritorio, poniéndose de rodillas para estar al mismo nivel que Frankie.

—Shhh. —Chico Bonito le levantó el mentón hacia él—. Está bien. —Anteros la sintió aflojarse, sintió que la tensión se desprendía de sus miembros, alivio evidente en cada músculo y tendón. Suavemente, Chico Bonito puso un mechón de cabello detrás de su oreja. Anteros enroscó sus manos en puños ante el gesto, pero exhaló. Le había dado permiso a Chico Bonito porque no había nadie mejor que Chico Bonito para enseñarle esta lección.

Chico Bonito puso sus labios en su oreja.

—¿Qué tan fuerte gritarás por nosotros?

—¿Q-qué? —tartamudeó Frankie. Sus ojos se abrieron, su cuerpo se tensó. Solo así, sus vísceras se enrollaron nuevamente.

—Dije, ¿qué tan fuerte gritarás por nosotros? —Le dio una bofetada a Frankie en el rostro y se levantó, caminando hacia el sofá.

Anteros la agarró por el cuello, girando la cabeza de Frankie para que ella lo mirara directamente a los ojos.

—Recuerda sus rostros. Yo soy lo *único* que te salva de ellos.

# Capítulo 5

Había estado en clubes antes. Tenía veinte años y soy de Nueva Jersey, es como un derecho de pasar allí. Como un bar mitzvah o Rumspringa, en Nueva Jersey ibas a un club. Aun así, la escena del club nunca me llamó la atención. Tal vez fue porque en aquel entonces estaba demasiado enferma para apreciarlo o tal vez porque estaba enferma y nunca hice los amigos adecuados para los clubes. De cualquier manera, preferí los libros.

Incluso preferí leer sobre clubes para ir a ellos. Nunca lo había dicho en voz alta, pero la realidad nunca se comparaba con lo que había entre las páginas. En mis libros, todo fue más mágico. Más hermoso. La realidad tenía una forma de acabar siempre cubierta de smog y grasa. En mis libros, el agua brillaba a la luz de la luna. Cuando el héroe y la heroína se encontraron en un club, el aliento de él no olía a cerveza rancia.

Pero cuando Bestia tiró de mi antebrazo, arrastrándome por los escalones de algún almacén, me pregunté si algunos lugares coincidirían con los libros.

La música vibró.

Las luces bailaron.

Esto no fue solo *algún* almacén.

—¿Qué es este lugar? —pregunté, pateándome mentalmente por el matiz de temor reverencial en mi voz. Mirando la magia a mí alrededor, no pude evitarlo. Era como un lugar de uno de mis libros cobrando vida: el brillo, las luces, el baile. Por un momento, me olvidé con quién estaba.

Luego me miró e inmediatamente me lo recordó. Aunque me había dejado sola la mayor parte del día, se había asegurado de que sintiera su ausencia. Era peor que tenerlo allí. Había estado en la cama, ocupándose de mi maldito asunto, cuando el tapón que había metido dentro de mí había comenzado a vibrar. Ya estaba incómodo dentro de mi culo sin que vibrara.

• Cuando me lo puso por primera vez, pensé en sacarlo, pero no estaba segura de poder recuperarlo por mi cuenta, y *además* no tenía idea de cuándo volvería. Si regresaba y estaba fuera, sabía que obtendría algún tipo de castigo terrible. Así que

me tragué el orgullo y lo convertí en amargo desprecio por Bestia. En el momento en que comenzó a vibrar, sin embargo, lamenté seriamente mi decisión.

Apreté la mandíbula y agarré las sábanas, rezando para que todo terminara pronto. No fue así. La vibración continuó, pero en lugar de dolor, se extendió un calor familiar en mi abdomen. Me mordí el labio para no gemir cuando una vibración me atormentó con intensas ondas de placer. En el mismo instante, el miedo se apoderó de mí, temí correrme sobre *sus* sábanas, en *su* cama.

Liberé mi agarre sobre las sábanas y salí de la cama. La vibración aumentó en intensidad y me doblé, agarrándome el abdomen mientras otra onda de choque intensa me recorría. Jadeé, conteniendo el orgasmo como alguien clavando tablas de madera contra una gran tormenta. Terror y determinación se acumularon dentro de mí cuando me di cuenta de que tenía una de dos opciones: correrme o sacar la cosa.

Alcancé detrás de mí y saqué la jodida cosa de mi culo. Se deslizó fácilmente y esta vez no pude contener el gemido, agradecida de que al menos estuviera sola por esa vergüenza. Vibró como una avispa en mi palma cuando caminé hacia las ventanas y abrí una.

—Feliz Navidad, Nueva York —dije, tirándolo por la ventana. Me dejé caer en la silla junto a la ventana y permanecí allí durante horas, solo moviéndome para cubrirme con una manta. No había tenido un orgasmo, pero sentía la vergüenza de todos modos. Esa vergüenza era como un ancla alrededor de mi cuello. Era difícil respirar, incluso pestañear.

Si estamos siendo honestos aquí, estaba acostumbrada a la vergüenza. Al crecer enferma, no fui más que una carga.

Era una carga para mi padre.

Era una carga para el distrito escolar.

Era una carga para mis amigos (antes de que se marchitaran). Todo lo que alguna vez fui en la vida fue una carga, siempre necesitaba ayuda con las tareas más sencillas. Cosas que otros podrían hacer fácilmente, como levantarse de la cama o subir las escaleras—with las que necesitaba ayuda.

Lo que estoy tratando de decir es que conocía la vergüenza. Yo era un profesional de la vergüenza. Al menos, pensé que me había avergonzado, pensé que la vergüenza ya no podía sorprenderme, pero entonces Bestia pasó y revigorizó la vergüenza para mí.

Miré a la habitación, pensando en lo mucho que lo había disfrutado. Mi mente reflexionó sobre lo que acababa de pasar. Hubo un pensamiento molesto en mi cabeza, como una termita excavando en la madera. Si fuera a sacarlo de todos modos y me castigarán, ¿por qué no lo había sacado al principio? Todo palpita, así que mientras luchaba conmigo misma, también combatí con la necesidad de tocarme, lo que añadió otra capa de carne a mi sándwich de vergüenza.

Cuando Bestia regresó, no me había movido de la silla. Se arrodilló frente a mí, me tocó, me extendió las piernas, y todo el tiempo fue una batalla de cuánto podía soportar y qué tan malo sería su castigo. Luego, mientras continuaba, mientras su mano se movía sobre mi carne privada, se transformó en *Si no tomo esto, todo habrá sido en vano, como el tapón.*

Pero fallé nuevamente.

Cuando sus dedos presionaron contra mi entrada, una puñalada de calor golpeó mi abdomen. Me acarició y ese calor se convirtió en un rayo de placer, así que me escapé. No había planeado vomitar sobre Bestia, pero sus palabras se asentaron como carne podrida en mis entrañas. Fue un reflejo.

Cuando sucedió, esperaba que me golpeara o algo así, algún tipo de castigo. Estaba obviamente disgustado y tal vez aturdido, pero no había enojo, lo que me confundió más. ¿Por qué había estado tan enojado ese primer día cuando simplemente había salido de la habitación, pero ni siquiera había mostrado irritación cuando lo había vomitado? No pude evitar sentir que me estaba perdiendo algo. Seguí esperando que cayera el otro zapato, pero él simplemente me dijo que limpiara y me vistiera.

Nunca imaginé que vendríamos a un lugar como este. Era como un cuento de hadas cobrando vida. Mujeres desnudas colgaban del techo, girando en seda como brillantes arañas bailando en el aire. Alrededor de mí, cientos de personas bailaban al compás, sus cuerpos sincronizados con el rebote. Justo cuando una sonrisa se deslizó a mis labios, Bestia me trajo de vuelta con otra mirada.

Las luces que bailaban en su rostro, la música que latía a nuestro alrededor, no era nada comparado con sus ojos. Una ola de calor corrió por mi cuerpo, seguido de inmediato por la vergüenza. Aparté la vista y apretó su agarre en mi brazo, arrastrándome el resto del camino por los escalones y doblando una esquina.

Observé con avidez las últimas gotas de mi cuento de hadas desaparecer, las luces brillantes se desvanecieron hasta que me dejaron en un oscuro y húmedo pasillo. Había dos hombres grandes de pie afuera de una puerta, y los reconocí desde el primer día. Habían estado presentes para mi comercio de carne, tan estoicos ahora como lo estaban entonces. Era como si fueran estatuas, excepto por

una cosa: el hombre a la izquierda de la puerta me miraba con oscuros y pequeños, redondos y brillantes ojos.

Tragué saliva, apartando la vista de los dos hombres cuando Bestia cruzó la puerta, arrastrándose. Cuando entramos, me detuve.

Bestia se sentó detrás de un grueso escritorio de madera. La música de afuera estaba amortiguada, el tintineo de un zumbido del rebote sonaba como un animal enojado tratando de romper las paredes. Alrededor de la habitación vi a otros cuatro hombres además de Bestia, todos mirándome.

Era tan diferente del penthouse en el que estaba atrapada. Carteles de papel de mujeres semidesnudas deformadas por el tiempo y la humedad estaban pegados a la pared. Un póster de *Michael Jordan* sumergiéndose debajo de un pequeño aro de baloncesto estaba atascado detrás del enorme escritorio de Bestia. Una patineta rota se sentaba en un estante.

Por un momento me pregunté si había tropezado con la habitación de un adolescente, no con la guarida de una bestia de la mafia.

Pero luego estaban los cuchillos. Y pistolas. Oh, y los tres hombres de aspecto aterrador sentados en el sofá casi destartalado y el que está sentado en la silla. El que estaba en la silla era de alguna manera más aterradora que el resto, las sombras se aferraban a él como pintura húmeda. Esas cosas no tenían el encanto nostálgico del resto de los artículos.

—Desnúdate —dijo Bestia, y de inmediato volví a la realidad. En la oscuridad, sus ojos azules verdosos eran incoloros. Todo lo que vi fue un vacío.

Tiré de mi reluciente vestido de *Hervé Léger*, reacia a perder el escudo. Miré hacia la puerta, imaginando el baile y la hermosa música, y luego miré a Bestia, que estaba esperando que me desnudara frente a un grupo de extraños.

Una vez más, me recordé por qué me apegaba a los libros.

\*\*\*

Miré, tratando de enfocarme en una mancha oscura en la pared. Al menos la habitación estaba oscura. Al menos mi humillación no estaba bajo los focos. Cuando estuve sobre el escritorio, estaba segura de que me iba a tomar otra vez. A medida que la dureza en sus pantalones me golpeaba, pensé que iba a ser una repetición de la ventana. Podía sentir mi cuerpo traicionándose a sí mismo, el calor líquido corría por mi cuerpo. Apreté los puños, tratando de protegerme, pero el revoloteo en el estómago y la gelatina en las piernas me dijeron la verdad: estaba más allá de los límites.

Quiero decir, ¿qué estaba *mal* conmigo que me gustaba eso?

*Recuerda sus rostros. Soy lo único que te salva de ellos.* Su susurro había sido duro como el humo, y creo que solo yo lo escuché. Cuando se levantó, me dijo que me quedara en la esquina, fuerte para que todos lo oyieran. Luego me arrojó al piso.

Como basura.

Sus palabras ahora eran un eco en mi cabeza mientras yacía en el suelo desnuda y fría. Ahora hablaban de negocios como si yo solo fuera un fondo de pantalla. Despellada. Para ser ignorada.

Pero eso era mejor que ser visto. Los observé, sin embargo. Hablaban de mí como si yo no estuviera allí. Fue horrible y liberador al mismo tiempo. Me hizo sentir como si nada, pero aprendí mucho.

*Su contrato ha sido cancelado ya que ella ya no es virgen.* Cuando dijo las palabras, se sintió como si alguien hubiera llevado uno de esos mazos gigantes a mi estómago. *Ya no es virgen.* Se lo dijo a un grupo de desconocidos como si fuera de conocimiento público, como si mi vergüenza más profunda, más horrible y que destroza el alma fuera a compartirlo como una botella de vino. Mi vergüenza casi me había cegado a la parte más importante de la frase: había dicho mi *contrato*. La forma en que hablaron dejó en claro que no estaban hablando de un simple acuerdo comercial.

No.

¡Él había planeado malditamente *venderme!* Aparentemente ahora, sin embargo, estaba atrapada con Bestia. No estaba segura de qué era peor. Las personas dicen que es mejor con el demonio que conoces, pero el demonio que conocía era horrible.

¿Cuán mucho peor realmente podría volverse?

Con una mano, froté mi brazo de arriba abajo, mirando a los otros, los que estaban completamente impávidos para hablar de esclavas. Al principio, acepté llamarlos Idiotas #1, #2, #3 y #4 en mi cabeza, pero luego aprendí sus nombres: Chico Bonito, Gran O, Pequeño O, y Loco A. No fue como si ellos se hubieran presentado ellos mismos o algo, pero deduje mucho. La única arma que tenía era el conocimiento, y mi arma actualmente era bastante aburrida. Iba a hacer lo que sea que pudiera para afilarla.

Ellos tenían apodos, el de Chico Bonito era obvio. Pequeño O y Gran O sabía que eran irónicos, pero eso era todo lo que sus nombres daban. Ambos parecían tener aproximadamente la edad de Bestia, quizás un poco mayores, pero no fue el

tiempo lo que los había envejecido, fue la vida. Monstruos era la palabra que usaría para describirlos. En otra vida, podrían haber sido atractivos. Objetivamente, podía ver los hermosos rasgos, pero las partes malvadas robaban la belleza. Usaban su ira, odio y crueldad orgullosamente, y eso retorcía sus rostros grotescamente.

Todos los imbéciles estaban vestidos de trajes, pero no podías ocultar la calle en sus rostros. Cada uno tenía cicatrices que enfatizaban las duras líneas en su piel. El que había comenzado con todo esto, él que me había hecho encogerme de miedo contra la pared, Pequeño O, tenía más cicatrices. Las tenía sobre todo su rostro y brazos, como si alguien hubiera intentado acuchillarlo para Día de Acción de Gracias. Definitivamente, tampoco era pequeño. Era enorme, incluso más grande que Bestia. Tenía que inclinarse para que su cabeza no tocara el techo. Las personas que eran grandes debían ser estúpidas. Así es como debía ser, como los libros y películas me habían enseñado. Cuando más grande eres, más grandes crecen tus músculos, y más pequeño se vuelve tu cerebro.

Pero la mirada que Pequeño O me dio antes de que Bestia lo llamara, fue como si estuviera estudiándome. Temblé ante el pensamiento, o quizás era el aire acondicionado. La habitación estaba *tan* fría. No me había movido desde que Bestia me había puesto en el suelo, ni siquiera intenté cubrirme a mí misma. Estaba tan asustada de llamar la atención. Sin embargo, otra ráfaga de aire helado se extendió, así que crucé las piernas. Fue estúpido, un reflejo. Casi suspiré, pensando que me había salido con la mía en ello, pero luego la cruel voz de Chico Bonito vagó hacia mí.

—Abre tus piernas. —Miré fijamente a Chico Bonito, mis emociones una sopa de furia y traición. Traté de evitar que él fuera estrangulado. Traté de *ayudarlo*. No sé por qué lo hice. Era como si Bestia lo hubiera arruinado. Con cabello ondulado marrón, tan brillante que casi era rubio, ojos atlánticos, y piel suave, él era *hermoso*.

Estaba avergonzada de admitir que encontraba guapo a Bestia—no, era más que eso, lo encontraba completamente fascinante. Con líneas esculpidas y mandíbula dura, Bestia era precioso. Sin embargo, era una belleza oscura y peligrosa, como imaginaba que luciría un dios del pecado. De cualquier forma, Chico Bonito era divino. Era un ángel y Bestia lo había *arruinado*. En ese momento en el tiempo, era tan ingenua. Pensaba que no lo era, pensaba que, porque había vivido varios días en el infierno, había aprendido.

Pero no lo hice.

Cuando vi a Chico Bonito entre un grupo de sucios y feos imbéciles, asumí que él no pertenecía allí. Me sentí empática, porque yo tampoco pertenecía allí. Eso fue incorrecto. Lo que debí haber sentido fue terror.

—Abre tus piernas —repitió Chico Bonito. Mi mirada se disparó a Bestia, rogando, pero era como la tierra rogando piedad del fuego. Bestia tenía su naturaleza, y su naturaleza era terminarme.

—P... por favor... —Mis labios temblaron. Tampoco quería llorar. No quería rogar. Dios, solo quería ser como Xena, ponerlos sobre sus culos y hacerlos pagar, pero una persona solo puede soportar hasta cierto punto; incluso los diamantes se rompen. Sin embargo, ni siquiera había pasado una semana desde que me había negociado a mí misma y tanto había pasado. Perdí mi virginidad, fui lanzada dentro de un congelador, había sido taponada, casi me corrí, quitado el tapón, burlada, vomité...

Colgué la cabeza, las piernas cayendo abiertas. Apenas las extendí, esperando que las sombras entre mis muslos me protegieran.

Chico Bonito rio.

—Podría ser una estúpida, pero tiene un bonito coño. Puedo ver por qué la tomaste. —Los otros lo siguieron, diciendo varias cosas sobre mi cuerpo, excepto por uno, el de la esquina. Loco A. Él permaneció en silencio, pero su silencio no era menos perturbador, porque estaba mirando fija y directamente hacia mí. Los otros estaban viendo entre mis piernas, pero él estaba mirando a mi rostro.

De alguna manera, eso era peor.

Tragué y fui al sitio dentro de mi mente que estaba comenzando a reconocer como mi único refugio. Me metí más y más profundo en mi propio interior, solo para ser arrastrada afuera por los tobillos por la baja reverberación que reconocí como la voz de Bestia.

—Creo que terminamos aquí —dijo él.

Mis ojos se abrieron. ¿Qué acababa de decir?

—¿Qué? —Pequeño O se sentó más derecho, sus cejas fruncidas.

—No lo hicimos. —Gran O miró hacia los otros idiotas, como si ellos fueran a explicar qué estaba sucediendo.

—No hemos llegado a Lucia —insistió Chico Bonito.

—Esas son viejas noticias —interrumpió Bestia—. Ya fui informado sobre ella.

Chico Bonito se relajó ante eso.

—Así que, sabes que ella está conspirando con El Consejo contra ti. Bien. — Una emoción destelló a través de los ojos de Bestia, pero desapareció tan rápido que no pude descifrarla.

Él se paró, con los puños plantados firmemente sobre su escritorio, y dijo:

—Váyanse. —Cautivada, miré mientras todos los cuatro demonios se movían hacia la puerta, algunos de ellos sacudiendo sus cabezas. El silencioso, Loco A, caminó sin quejas, pero me miró fijamente todo el tiempo, su rostro una inquietante media sonrisa interrogativa.

Estaba asustada de respirar. Asustada de que mi sangre bombeara. Asustada de pensar. Asustada de que cualquier parte de mi cuerpo se moviera, incluso subconscientemente. Bestia se movió de atrás de su escritorio y se inclinó hasta que estuvo a mi nivel. Alejé la mirada.

—Abre tus piernas.

Apreté los dientes ante sus palabras, tratando de impedir las lágrimas obstruyéndome la garganta. No podía permitirle ver mi debilidad, no podía dejarle saber que me tenía, pero no tenía opciones aquí. Mis ojos se dispararon hacia la puerta. Los hombres estaban allí, sus cuerpos ocultos en la oscuridad. Ellos estaban al borde de irse y, de alguna manera, eso lo hacía peor. Era como si supieran que podían irse, pero decidieran quedarse.

Para mi humillación.

Lentamente, extendí las piernas, pero me enfoqué en la arruga sobre mi codo. Enfocándome en cualquier otra cosa. El bajo acento irlandés de Bestia se arrastró hacia mi oído.

—Tu coño está húmedo, Frankie. ¿Te gusta tenerlo en exhibición? —Sacudí mi cabeza furiosamente ante su pregunta. Se inclinó hacia adelante, por lo que sus siguientes palabras fueron un aliento caliente contra mi oído—. ¿Te gusta enseñárselo a otros hombres? —Mi visión se nubló con la profundidad de su voz y la forma en que su respiración hizo cosquillas en mi oído. Traté de no pensar acerca de la pregunta, sobre la forma en que la inmoralidad de toda la situación estaba gritando dentro de mi cuerpo. En lugar de eso, me enfoqué en la forma en que mi garganta se sentía cuando tragaba, la contracción y expansión.

Sus largos dedos se curvaron firmemente alrededor de la parte superior de mis muslos, empujándome las piernas separadas hasta que mis labios se separaron por su cuenta. El frío aire se precipitó. La sensación tenía a mi boca separándose en un gemido, así que presioné la barbilla contra el pecho, esperando mantener la

mandíbula cerrada con alambre. Él continuó abriéndome las piernas, empujándolas más y más abiertas, más duro, hasta que mis músculos jalaron.

—Estás muy húmeda —murmuró él. Su barba rasguñaba contra mi piel mientras hablaba. La aguda línea de su mentón contra mi mejilla era como un cuchillo en un durazno. Quitando una mano de mi muslo, usó el dedo para separar mis labios, la yema de su índice deslizándose lentamente a través de mi hendidura. Contra todas las protestas en mi mente, me estremecí.

Lentamente se deslizó hacia atrás contra mi mejilla, hasta que estuvo sobre el tercio anterior de sus pies, mirándome. Me enfoqué en el suelo, así no tendría que mirarlo, pero me tomó de la barbilla y jaló mis ojos hacia él. Cuando la mirada estaba en cualquier otro sitio, era casi como una pesadilla, algo que podría menospreciar como falso en mi mente. Ahora era dolorosa y sangrientamente real. Nuestros ojos se conectaron como una cámara centrándose en un auto a alta velocidad. Sus profundidades turquesas exigían algo de mí que aún no podía responder. Mi mente me gritaba que cerrara los ojos, que detuviera lo que estaba pasando antes de que fuera demasiado tarde.

Una voz más oscura me susurró que los mantuviera abiertos.

Su dedo se deslizó de mí y luego lo sostuvo arriba. Estaba brillante y pegajoso.

—Mira cuán húmeda estás. ¿Qué es eso, Frankie? —La respiración se atascó en la garganta, un susurro oscuro dentro de mí volviéndose más fuerte y amenazando con superar el grito racional en mi mente.

Miré con furia, cambiando de enfoque.

—¿Otro ejemplo de tu fallida educación sexual? Húmeda no significa cachonda, idiota. —Me sonrió, y mientras mantenía mi barbilla bloqueada entre sus dedos, bajó su otro dedo fuera de la vista. Con un movimiento rudo, jaló mi barbilla así estaba mirando hacia abajo, incapaz de ver algo más que mi propia mortificación.

Sus dedos se deslizaron de mi barbilla y rápidamente alejé la mirada. Casi de inmediato, su brusca voz estaba en mi oído.

—Mírate. —Rodé mis ojos ante su orden—. Si no te miras —dijo imparcialmente—, te abriré hasta que tus jugos caigan hasta tu culo y luego invitaré a uno de mis hombres para que lo lama.

La respiración atrapada en la garganta desapareció, y de repente estaba sofocándome. Mis ojos se dispararon a la puerta. No podía ver más allá de la enorme figura de Bestia. ¿Todos ellos realmente aún estaban allí? Insegura, el

miedo rebotó dentro de mí; pero también algo más, algo que se combinaba con la voz oscura. Se enroscó con una fiebre en mi cuerpo, hasta que me sentí sudada y necesitada. Bajé la mirada, su amenaza haciendo el trabajo.

—¿Satisfecho? —siseé.

—Más tiempo —respondió, su voz baja y casi reconfortante. Mis orificios nasales aletearon, pero miré de todas formas. Usando ambas yemas de sus pulgares, presionó gentilmente mis labios y me separó más y más amplio. Nunca me había visto de esta forma a mí misma. Era... llamativo, pero mi corazón tamborileó en mi pecho y podía sentir el sudor sobre mi frente. Un fuego ardía de manera tan intensa dentro de mí, pero no sabía qué lo humedecería.

Mis labios estaban separados tanto que podía ver los interiores húmedos y rosas. Los pliegues exteriores estaban completamente hechos a un lado. Miraba para calmarlo al principio, pero ahora estaba mirando porque, simplemente, no podía alejar la mirada. Luego, miré con horror mientras uno de sus dedos me acariciaba. Era como mirar una casa arder hasta las cenizas. Continué esperando que se detuviera, que retrocediera, que volviera a la forma en que había sido antes del gran incendio. Cuanto más me acariciaba él, sabía que más daño sería hecho y habría menos posibilidades de que los bomberos vinieran a salvarme. Todo el tiempo, no pude evitar pensar en más que yo lo causaba. Me sentía tan caliente. Tan necesitada. Tan adolorida. Incluso en la fría habitación, estaba sudando. Cada golpe, cada ligera caricia de su dedo, era fuego puro, y tratar de mantener mi boca cerrada y evitar moverme—al menos, evitar que *viera* cómo me afectaba—llevaba más alto la llamarada dentro de mí. Estaba ardiendo.

Me quedé allí sentada mirándolo acariciarme, sintiéndome como un espectador indefenso, pensando en todas las imágenes que perdería porque no las había respaldado. Él no era exactamente gentil, pero estaba calculando. Sabía exactamente qué botones presionar para hacer que me mordiera el labio lo suficiente como para sangrar. La fiebre en el interior quemaba, pero prefería probar el cobre y tragarse la sangre antes que darle la satisfacción de mis gemidos. Cuando su pulgar se movió más alto, acariciando mi clítoris, casi lo pierdo.

Se sentía demasiado *bien*.

Pude apretar lo suficiente como para hacer que mis nudillos blanqueen. Mi mente se ahogó en las sensaciones. Era como si pudiera sentir el punto de no retorno, el momento en que dejaba de pelear y mi cuerpo se apoderaba de mí, cuando me hundí bajo el océano de placer y las oleadas de odio hacia mí misma. Mis ojos se alejaron de la vista, ya no se preocupaban por su amenaza, y vagaban por todas partes—en cualquier parte—excepto por mi carne y su dedo.

Error.

Mis ojos se encontraron con los de él—sus profundidades hambrientas y codiciosas de color verde azulado. Cerré los míos rápidamente, pero podía sentirlo perforándome, haciéndome hacer y ser cosas que no era. Nunca me sentí tan completamente desnuda en toda mi vida. No podía hacer otra cosa que alejar la cabeza, pero él también me quitó eso.

—Mírame. —Bestia me agarró la barbilla, girándome el rostro hacia él. Sus dedos presionaron mi carne, seguro dejaría hematomas. Él era mucho más fuerte que yo. ¿Por qué Bestia no podía ser un nombre irónico, como Pequeño O? Él en serio era una bestia. Me sentí como una niña. Podría aplastarme si lo decidiera, pero eso sería una misericordia.

*No me correré por él*, pensé, apretando la mandíbula.

—Sí, lo harás —dijo, frunciendo el ceño y entrecerrando los ojos con humor negro. Mis ojos se abrieron de par en par. ¿Qué era él, un lector de la mente? No, *no* lo haría. No me correría por él, especialmente no mientras las sombras de sus hombres se aferraran a la puerta. Traté de acercar mi cuello alrededor de su cabeza para ver si estaban allí, pero justo cuando me movía, él empujó dentro de mí.

Solté mi labio con un grito. Palpitaba donde lo había mantenido cautivo, donde lo había estado masticando y mordiéndolo para tratar de mantener el control. Probablemente parecía que acababa de perder un combate de boxeo. Su dedo se hundió más profundamente en mi carne, sus ojos me penetraron. Estaba desapareciendo, ahogándome en él y en lo que me estaba haciendo.

Como si mi voz fuera un salvavidas, susurré:

—¿Por qué te llaman Bestia? —Mi voz ni siquiera sonaba como yo. Era tranquila, gutural, sin aliento. Ni siquiera estoy segura de por qué pregunté; tal vez esperaba que me diera un poco de sí mismo para que coincidiera con lo que acababa de entregar. Con suerte, fue lo suficientemente silencioso como para que sus estúpidos amigos no pudieran oír si todavía estaban allí. Sus ojos se suavizaron por un momento ante mi pregunta. A mi pesar, recé para que respondiera. Tan pronto como sus ojos se suavizaron, se iluminaron con fuerza, volviendo a rendijas inquebrantables y crueles.

—Porque no tengo piedad. —En la última palabra, curvó su dedo dentro de mí. Grité de nuevo y empujé la cabeza contra la pared detrás de mí para no caerme sobre su pecho.

No tuve el orgasmo; al menos me aferré a esa parte de mí un poco más, pero mi alivio fue de corta duración. Cuando las manos de Bestia se alejaron de mí y su

macizo cuerpo se aclaró en mi línea de visión, me dejó ver la puerta donde habían estado sus hombres, vacía. ¿Cuánto tiempo estuvo vacío? ¿Había imaginado sus sombras en primer lugar?

¿O acaso cuatro hombres me vieron en mi punto más vulnerable y se fueron inmediatamente después, como si no fuera nada especial para ellos?

\*\*\*

Pellizque la piel de mi pulgar mientras la limosina se alejaba del animado almacén. Esperaba que nos llevara de vuelta al penthouse; solo imaginando que podría haber algo *más* reservado para mí esa noche... pellizque y pellizque hasta que realmente había piel para quitar. Seguí pensando en lo que había sentido minutos antes. Estar abierta. Expuesta. Juré que me estaban mirando.

Pero esa no fue la peor parte.

La peor parte fue que me sentí cambiando, convirtiéndome en otra cosa, alguien más. Alguien que disfrutaba eso.

*Pellizco. Pellizco. Pellizco.* Levanté la carne aún viva de mi pulgar y miré furtivamente a Bestia, con las cejas arqueadas. Su abrigo me estaba calentando, tal como lo había hecho en su oficina cuando se había encogido de hombros por primera vez. Me levantó del piso y colocó la tela sobre mis hombros. Había abrochado cuidadosamente cada botón mientras deslizaba mis brazos a través de las mangas sedosas, aturdida.

Descendí la mirada al piso donde el *Hervé Léger* que elegí usar yacía arrugado, para dejarlo atrás. Bestia había dicho que podía elegir qué ponerme y, como no había nada parecido a un hábito en "mi" armario, cerré los ojos e intenté pretender que iba a salir por la noche con algún tipo de príncipe Azul. Cuando los abrí, estaba en uno de mis libros. Como era un cuento de hadas, elegí el tipo de vestido que me gustaría usar para eso: un vestido pegado de *Hervé Léger* que brillaba bajo las luces.

Por supuesto, terminó arrugado y olvidado.

Cuando salimos de la oficina, los imbéciles se habían ido y también los secuaces. Al caminar por el almacén, me preocupaba cómo las personas me miraban, preguntándose por qué solo llevaba un abrigo. Recordé que pensaron que lo *sabían*, pero nadie me miró, y sinceramente, llevaba más ropa que muchos de ellos.

Examiné a Bestia con la cabeza gacha, su perfil esculpido exhibido por la luz y la sombra. En la oscuridad del vehículo de lujo, solo las luces que pasaban en la ciudad lo iluminaban, aunque no lo ablandaban en lo más mínimo. Le agregaban

profundidad a sus mejillas ya cinceladas, intensidad a su ya aguda mandíbula. Lo examiné más, dándome el visto bueno de mirarlo, y *realmente* lo miré, por primera vez. Tenía una pequeña cicatriz en su barbilla, sutil.

Me preguntaba si tenía cicatrices en otras partes, como Pequeño O. Había estado sin camisa a mí alrededor, pero nunca había mirado realmente. Hice todo lo posible para cortar el vínculo entre mi visión y mi cerebro cada vez que estábamos juntos.

Cada vez era más difícil hacerlo.

Las luces parpadearon, borrosas, puntos brillantes deslizándose a lo largo del interior cuando pasamos por la ciudad. Los recuerdos salieron a la superficie, pensando en cómo me acababa de tocar. Lentamente, volvió la cabeza y su mirada atrapó la mía, como si *supiera*. Rápidamente miré hacia mi regazo.

—Te lo dije, Frankie. —Cuando habló, traté de concentrarme en mis dedos doblados sobre el abrigo oscuro. Era un tamaño más grande que el que llevaba, caía justo por encima de las rodillas. Su voz baja y pareja era cautivadora y fascinante. Me encontré mirándolo, atrapada en su mirada—. Conoceré cada centímetro de ti, trazado como si fuera el cartógrafo que lo dibujó.

Respiré, mirando a otro lado. *¿Había dicho mis pensamientos en voz alta?*

—Pero eso solo para mí saberlo. —Estiré la cabeza ligeramente para verlo sonreír—. Aun así, puedo ser misericordioso a veces. Vi cómo te gustaba que te miraran. *¿Quién soy yo para negar eso?* —Aunque nunca vi a los imbéciles, no pude confirmar que no me hubieran visto. Era un bulto en mi intestino, retorcido y rizado, pero lo hizo sonar como si yo lo quería.

*Porque me gustó*, una voz en mi cabeza susurró.

—No me gustó —le contesté con los dientes apretados. Las imágenes de las sombras que me miraban destellaron en mi cabeza y mi vientre se agitó, mis muslos se apretaron. La voz oscura en mi cabeza comenzó a susurrar, pero negué con la cabeza. No me gustó. Arranqué por completo el trozo de piel con el que estaba jugando.

Pellizqué la carne viva del pulgar entre las uñas, aferrándome al dolor para poder mantener el coraje mientras susurraba la pregunta:

—*¿Entonces no vieron nada?* —El bajo estruendo del auto llenó el espacio como niebla suelta en la noche. La falta de sonido era empalagosa e inquietante. Incluso los bocinazos y los gritos—la melodía de la vida en el centro de la ciudad—se sofocaban dentro del automóvil.

Aspirando un suspiro de fortaleza, me volví para mirar directamente a Bestia. Su mirada azul verde era toda sombra, dura, implacable. A pesar del miedo que se arrastraba en el vientre, seguí mirando fijamente, esperando que me diera algo, una pequeña grieta en la piedra que era su rostro. Más luces pasaron por la ventana, ondulando a través de su rostro duro. Aun así, su semblante no cambió.

Suspiré y me alejé.

\*\*\*

Él estaba dormido a mi lado.

Por un momento, había esperado que me dejara en paz, porque cuando regresamos al penthouse me dejó en la habitación blanca y se fue, cerrando la puerta detrás de él. Me deslicé de su abrigo y cambié a la mayor cobertura que pude encontrar, que no era mucho. Lo compensé subiéndome a la cálida y esponjosa cama blanca. Cerré los ojos, esperando poder dormir sola, y luego la puerta se abrió de golpe.

Bestia estaba de pie en la entrada, con el pecho desnudo y con una especie de pantalones de seda para dormir. Arreglé mis entrañas para prepararme para su próxima ronda de juegos tortuosos.

Pero él se había quedado dormido.

Al ver cómo su aliento subía y bajaba, decidí que nunca antes había sentido un odio tan puro por alguien. El odio me estaba corrompiendo. Me estaba haciendo pensar cosas que no creía posibles. Lo odiaba por hacerme hacer cosas que no quería hacer. Le *odiaba* por hacerme preguntar si los quería. De hecho, imaginé verter agua hirviendo en su rostro y me gustó. No fue un intercambio justo; por él mi alma estaba hirviendo.

No pensé que fuera capaz de tal odio. En el pasado, cuando las personas escupían odio, me sentía mal por ellos. Ahora lo entendía, y lo entendí por Bestia.

Mi papá se estaba convirtiendo en un recuerdo lejano para mí ahora, mi amor por él, como las luces de la ciudad, desapareciendo a la distancia en el vehículo de lujo. Podía verlo débilmente, apenas recordar *por qué* había aceptado esta tortura, pero se estaba desvaneciendo rápidamente, reemplazada por la oscuridad.

• Sería tan fácil matarlo ahora, también. Podría terminar todo esto. Su pecho desnudo se levantó y cayó, y todo lo que tenía que hacer era tomar un cuchillo y apuñalarlo allí. Vi, también, que sí tenía cicatrices; bastantes de ellas. Eran de alguna manera elegantes. Mientras que la mayoría de las cicatrices eran duras y fruncidas, su aspecto era cursivo.

Arrugué mi puño.

Eso era tan jodidamente injusto. Deseé que una sola cosa de él fuera fea.

*¿Por qué no tomo un cuchillo y lo apuñalo en su corazón psicótico? ¿Por qué no?*

*Lo haré.*

Antes de que pudiera cuestionarme a mí misma, cuidadosamente me deslicé fuera de las sábanas. Él se revolvió un poco, lo que me provocó palpitaciones leves del corazón. Me congelé en el lugar, mi mano sobre la cama pero mi cuerpo listo para marcharse, hasta que estuve segura de que estaba profundamente dormido. Cuando su respiración se stabilizó, abrí las puertas y caminé por el pasillo hacia la cocina. Empecé a correr tan pronto como estuve fuera del alcance del oído, haciendo caso omiso de las pinturas aterradoras y saltando por completo la habitación donde había perdido un pedazo de mí misma.

*¿Por qué esta casa era tan grande? Era como el laberinto de Pan.*

Llegué a la cocina, pero una habitación más allá llamó mi atención. Un débil amarillo entró a la casa, casi palpitando de calor. Tomando un respiro, miré por encima de mi hombro. No podía pasar mucho tiempo antes de que Bestia se despertara, pero me encontré con que mis pies me llevaban hacia la sala de los misterios.

Mi aliento me dejó en una exhalación larga y sorprendida. Era una *biblioteca*, una real y verdadera biblioteca. Desde el piso hasta el techo, los libros se alineaban en los estantes. Había más libros de los que había visto en mi vida, incluso más que la biblioteca comunitaria.

Eché un vistazo detrás de mí a la cocina inmaculada, con las encimeras blancas brillando inquietantemente desde la luz de la noche. Di otro paso dentro de la biblioteca. El lujoso terciopelo rojo, maderas oscuras y brillantes y alfombras gruesas decoraban la habitación. Estaba muy en desacuerdo con el resto de la casa.

La habitación parecía un refugio. Si pudiera robar uno o dos libros, podría transportarme lejos de mi infierno. Caminé de puntillas más adentro, pasando los dedos por los libros. La mayoría era de bolsillo o cubiertos de plástico, pero algunos estaban encuadrados en cuero. La habitación incluso tenía una escalera de caracol. Una maldita escalera de caracol. Miré hacia el techo con asombro.

¿Qué tipo de monstruo leía tanto? Un segundo después, la respuesta vino a mí: uno peligroso.

Tragué saliva, arrastrando los dedos. Hice una pausa, descansando la mano sobre cuero mantecoso. El lomo no tenía nombre. Lo saqué, arriesgando una mirada sobre mi hombro en la puerta. Todavía no hay señales de Bestia. Rápidamente abrí el libro.

*Este diario pertenece a Sofía De Luca.*

¿Un diario? Volteé las páginas rígidas y amarillentas hasta que encontré las palabras.

*Me siento muy, muy sola. Mi nuevo esposo, Dario, es indiferente y mezquino. A la manera de todos los hombres De Luca, él ha tomado mi apellido para que el nombre De Luca no desaparezca. Creo que se resiente conmigo, y los moretones en mi cuerpo son un testamento. Mamá dice que ya no puedo ver a Alessio. Ella me regaña por haber empezado eso en primer lugar, diciendo que si él no lo sabe, entonces debo hacerlo. Las mujeres tienen que ser más inteligentes, dice ella. Los riesgos son demasiado grandes si alguna vez nos atrapan.*

*Ella me dio este diario para escribir. Dijo que su madre le dio uno cuando estaba casada y que me mantendrá cuerda. No tengo nada que perder de todos modos. Estaba planeando suicidarme. De cualquier forma, podría suicidarme, pero ya veremos.*

Dejé de leer, hojeando rápidamente las páginas. Algunas fueron arrancadas y el diario estaba medio lleno. Me volví hacia atrás, y en la solapa del diario estaba garabateado *Reglas*. Mis ojos se abrieron y leí.

### *El código Pavoni*

*Los Pavoni tienen un código estricto que todos debemos seguir. A cada niño se le enseña tan pronto como puedan hablar. Tiene cinco puntas para simbolizar al original Don y Donna y sus cuatro hijos. Sin embargo, a todos se les enseña el código de manera diferente. Algunos se les enseña como una religión, mientras que otros, como yo, se les enseña por lo que realmente es: un libro de reglas.*

*La primera punta es Familia. Aquellos a quienes se les enseñó que el código simboliza una cosa sagrada, piensan que la primera punta significa que una vez que estás en la Familia, siempre vas a tener una familia, y alguien siempre te va a cuidar la espalda sin importar nada. Mamá dice que la verdad es que técnicamente cualquier italiano puede unirse, nunca vas a encontrar a nadie más que a un De Luca a cargo o un Pavoni en la cima. Por eso a los hombres no les importa renunciar a sus nombres cuando se casan con nosotros.*

*La segunda punta es Sangre. Aquellos a quienes se les enseñó que el código simboliza una cosa sagrada, piensan que la segunda punta significa que la sangre en nuestras venas es sagrada, por lo tanto, los miembros de la familia no pueden matarse entre sí. En realidad, los miembros de la Familia se han estado matando entre sí desde la Noche de las Coronas*

Sangrantes, por lo general solo preguntan al Consejo primero. Si no preguntan al Consejo, lo más probable es que mueran también, pero he oido que los hombres se han salido con la suya.

La tercera punta es **Regalo**. Aquellos a los que se les enseñó que el código simboliza una cosa sagrada, piensan que la tercera punta significa porque somos una familia, porque la sangre es sagrada, es correcto y bueno dar el diezmo de sus ganancias al Jefe, como un sacrificio a un dios o algo así. Las personas que creen que usualmente permanecen soldados toda su vida. Creen que si son leales con sus regalos, el Jefe les regresara el regalo a cambio, pero aquellos que enseñaron el código como a mí saben que el Jefe nunca da regalos.

La cuarta punta es **Honor**. La versión sagrada declara que la Familia está sujeta a un código moral más elevado que el resto del mundo. Cada vez que escucho a un soldado, o al raro hombre de alto rango que cree que el código dice eso, tengo que reprimir mi risa. Quiero decir, son criminales, no monjes. Todo honor significa que los miembros deben mantenerlo en sus pantalones con las esposas de otros miembros o terminarán sin nada en el pantalón.

El quinto y última punta es **Hermandad**. Aquellos a los que se les enseñó que el código simboliza una cosa sagrada, piensan que la punta final no puede definirse. Es la sensación que se tiene cuando están a punto de fallar y su hermano los levanta. Es el momento en que están a punto de morir y su hermano los salva.

Eso son todas idioteces.

La Hermandad es en realidad la regla De Luca. Sí, tenemos nuestra propia regla. Si tuviera un centavo por cada vez que escuché "a pesar de que los De Luca son los mejores aliados de los Pavoni, los Pavoni y los De Luca nunca pueden casarse ya que no puede haber dudas sobre quién es el legítimo heredero" sería más rica que don Lucio. Aunque en la noche de las Coronas Sangrantes, el abuelo Massimo voluntariamente se hizo a un lado para darle el poder a don Lucio, don Lucio vivió con miedo. Entonces él escribió una regla bajo la apariencia de hermandad.

Una vez que conoces el verdadero Código de Pavoni, sin embargo, ninguna otra regla importa. El verdadero código para los hombres es: "No permitir que el Jefe se entere", y el verdadero código para las mujeres es: "No permita que tu marido se entere".

Cerré el libro, mirándolo con una nueva apreciación. Quiero decir, mierda. En menos de cinco minutos, el librito me había dado más información que toda mi estancia con Bestia. Puede que acabara de encontrar el arma más aguda en la casa, pero ¿cómo volver a la habitación? ¿Y dónde ponerlo?

Eché un vistazo alrededor de la habitación y volví a mirar lo que llevaba puesto. No había exactamente ningún bolsillo o bolsillos ocultos en los que pudiera meterlo. Esa noche opté por una babydoll violeta porque al menos me cubría el estómago, pero el material era puro. Con renuencia, volví a colocar el libro en su lugar, prometiendo volver más tarde.

Volviendo a caminar de puntillas, casi había regresado al pasillo cuando me detuvo un destello en el rabillo del ojo. Retrocedí un poco hasta que estuve en la cocina otra vez. Había tantos cuchillos, todos brillando con el mismo brillo que las encimeras. Caminé detrás de la isla y toqué uno. Con mi dedo tocando ligeramente la hoja, miré hacia el pasillo. No estaba segura de cuánto tiempo me había ido, ¿tal vez quince minutos?

¿Cuánto tiempo me queda? El odio ardiente que me había sacado de la cama se había apagado a fuego lento. No estaba segura de poder *matarlo*. Obviamente nunca antes había asesinado a nadie. Nunca golpearía a alguien. Había leído muchos libros con heroínas ardientes y tenaces que abofeteaban a los hombres. Había leído libros sobre mujeres cuya naturaleza era tranquila y dócil pero que se veían obligadas a pelear.

Mi vida realmente no permitía tales oportunidades. No me había dado *ninguna* oportunidad. En casa, era como una plántula debajo del suelo, sin crecer ni morir.

Con los ojos todavía fijos en el pasillo, saqué el cuchillo. Cuando estaba segura de que no iba a retroceder, admiré el arma en mi mano. Esto era más obvio que el de la biblioteca. Era casi sexy, con sus bordes duros y el color afilado de acero.

Lo giré en la mano, el pulso elevándose. Podría matar a Bestia. Podía meter esto en su estómago, la sangre corriendo por los bordes hasta que coloreaba mi mano. Rehusé el nuevo impulso en mí, pero no aparté el cuchillo. La almohadilla de mi dedo trazó el borde ligeramente de arriba abajo. ¿Por qué molestarse en leer un libro cuando podía caminar y terminar mi problema tan rápido? Nunca pensé que mataría a alguien. Pensé que iría toda mi vida sin tener que tomar esta decisión.

La vida de él no importaría.

Quiero decir, el mundo no lloraría la pérdida. Tal vez sería mejor sin él, incluso. Es como matar a *Hitler*—aunque las personas argumentan que si *Hitler* hubiera sido asesinado, habría allanado el camino para males incluso peores. Entonces, si matara a Bestia, ¿surgiría algo *peor*?

¿Qué es peor que Bestia?

Me estremecí, giré el cuchillo ligeramente para que la punta se pinchara en el centro de mi palma. Cuando el cuchillo giró, mi reflejo se reflejó en el acero, pero también había algo más: una sombra detrás de mí mucho más grande que mi cuerpo.

Me di la vuelta con un grito ahogado, dejando caer el cuchillo en el suelo con un repugnante sonido metálico.

—¿Admirando mis cubiertos? —preguntó Bestia, agarrándome la cintura. Lo empujé, pero hizo poco para mover su cuerpo de roble. Se rio cuando lo empujé de nuevo. Luché por salir de su cuerpo masivo. Cualquier calidez que hubiera surgido con su risa rápidamente se volvió fría. Bestia me empujó sobre mis rodillas y mi jadeo se convirtió en un gemido cuando mis rodillas tocaron el suelo, la carne y el hueso rozaron contra las baldosas duras.

Su erección era una tienda masiva en sus pantalones de dormir. Exigiendo. Prácticamente podía verlo debajo del material delgado y sedoso. Era casi una amenaza por la forma en que sobresalía.

El nudo en mis entrañas, el hematoma de mis rodillas... todo me dijo cuál era esa amenaza.

Lo que significaría si él seguiría adelante.

Luché contra la mano en mi hombro, tratando de ponerme de pie, pero todo lo que hice fue hematizarme las rodillas aún más. Esperé, sintiendo una sensación de absoluta desesperanza. Iba a obligarme a hacer esto, quisiera o no.

Esperé a que hiciera un movimiento.

Y esperé.

—¡Solo hazlo! —grité. Fue como con la manzana. No quería que lo hiciera, pero esta amenaza persistente era como ver el cielo negro antes de un tornado y nunca sentir la tormenta. Solo estaba mirando la oscuridad.

Sintiendo el miedo.

Esperando.

Pasaron los minutos y no sucedió nada, excepto la ocasional caricia de su pulgar en mi hombro. Esperaba que él lo sacará y me obligara, pero no hizo nada. Incluso estaba preparada para eso. Una idea me golpeó cuando entré en lo que pareció el quinto minuto de un silencio desgarrador. Con los ojos cerrados, dije:

—Si me lo pones en la boca, lo morderé. —Estaba segura de que habría un castigo por lo que dije, pero tenía que decirlo.

Al menos tenía que intentarlo.

Escuché movimiento y luego de repente mi labio inferior estaba siendo jalado. Abrí los ojos, sorprendida de ver a Bestia sobre sus rodillas, tirando de mi labio.

—Te creo —murmuró. Mis hombros cayeron y solté una exhalación que debería haber mantenido dentro. Debería haberme quedado enroscada, debería haberme fortalecido, pero pensé que me estaba liberando de mi castigo. Pensé que no iba a hacer nada más y me sentí muy aliviada.

Entonces, tan pronto como el aliento dejó mi cuerpo, Bestia me levantó. Me lanzó en el mostrador de la cocina. Agarré el frío granito, abriendo mucho los ojos mientras colocaba sus brazos a cada lado de mi cuerpo, encerrandome.

Se movió más cerca, su erección presionando contra mi hendidura. La tela que nos separaba era tan delgada, como alas de mariposa. Podría romperse sin esfuerzo y sería fácil para él entrar en mí. Su erección era dura como el acero contra mí. Mis ojos estaban bloqueados con los suyos, mirando por cualquier parpadeo de emoción. Estaba esperando que el tornado estallara o que la noche finalmente se despejara.

Sus ojos parpadearon, pero antes de que pudiera descifrar la emoción, los pensamientos volaron por la ventana. Su polla apartó la tela de mis bragas y solo el satén de sus pantalones nos separaba.

Era tan diferente a la última vez.

Fue una tortura, pero de un tipo diferente.

Agarré la encimera de mármol y eché la cabeza hacia atrás. Esta vez, Bestia no me obligó a mirarlo. Pude sentir que apretaba mientras me provocaba. Frotándose contra mí, separándome un poco, pero nunca entrando en mí, ni siquiera dejándome sentirlo. Sabía que era a propósito que se quedó vestido. Iba tan lento. Era cruel. *Él* era cruel, pero no por las razones obvias, las razones que me habían robado el sueño todas las noches previas. Todo en lo que podía pensar era en su punta burlándose de mí.

Y eso no era suficiente.

Que necesitaba sentir *más*.

Sentir *piel*.

En ese momento único, un momento tan pequeño que apenas podías medirlo, todo cambio. El agua había estado goteando, pero como estaba tan ocupada tratando de condenar la inundación, no me preocupé por la fuga. No había notado el goteo de la emoción. De la pasión. De electricidad. Golpeando e impactando mi núcleo y cuerpo con placer. Cuando me di cuenta, era como una rana en el agua que se deja hervir.

Me odiaba a mí misma mucho. Un odio que eventualmente me ahogaría.

—Te odio —le susurré, alzándome para poder ver sus ojos, pero todo lo que vi fue mi propia mirada mirándome.

—Eso no es lo que dice tu coño. —Bestia se rio. Grité, pero no estaba segura de si era por lo que estaba sucediendo o porque no había entrado en mí.

—Mi coño y yo... —jadeé—. No estamos hablando términos. —Pasé las uñas por su mejilla, dibujando tres líneas finas de sangre. Sus ojos se oscurecieron en charcos de negro líquido y temí las consecuencias de lo que había hecho con todo mi ser—hasta que sonrió. Era una sonrisa cruel y perversa, pero también divertida. Cualquiera que fuera mi castigo, al menos sería juguetón.

Empujó un poco más dentro de mí, no lo suficiente como para *estar* realmente dentro de mí, lo suficiente como para separarme y torturarme con la sensación *casi* y *apenas allí* sintiendo la tela cubriendo su carne. Era como si ya no tuviera el control de mi cuerpo. Mis brazos se extendieron, pero no buscaron dañarlo o alejarlo. Observé como si a través de una ventana mientras me aferraba a sus hombros, agarrando los músculos apretados. Al mismo tiempo, lo agarré, él se retiró.

En lugar de regocijarme por el vacío, lo lloré. Me dejó jadeando, enojada y... abatida. Se alejó con un andar tan fácil, como si lo que acababa de pasar no fuera nada para él. Lo vi desaparecer por el pasillo, sintiendo un grito atrapado en mi pecho. No pude obligarme a salir de la encimera. Mi mirada parpadeó hacia el cuchillo en el suelo, y me imaginé apuñalándolo en mi propio corazón.

Estaba perdida. Si este hombre terrible pudiera hacerme perderme tan completamente, ¿qué significaba eso? La única razón por la que no había desaparecido del todo fue porque él se había ido. Sin embargo, si hubiera continuado, no sé qué hubiera pasado. Si él hubiera seguido adelante, no solo iba a correrme, iba a desvanecerme.

# Capítulo 6

Anteros se levantó de la cama, frente a la fresca mañana de Nueva York. Frankie suspiraba soñolienta detrás de él, rodando hacia el lugar que acababa de dejar. Cruzando los brazos, pensó en la noche anterior. Le había tomado a Frankie casi una hora regresar a la habitación. Aun así, no se había preocupado. Después de que terminó con ella, sabía que no volvería a coger el cuchillo, y después de una vida en la mafia, él dormía con un ojo abierto. En el momento en que ella había dejado la cama, había sentido el movimiento.

En lugar de recuperarla de inmediato, fue a su habitación y la vio en el monitor de video de repuesto. Anteros no estaba sorprendido de que se hubiera dirigido a la cocina, agarrando armas, era lo que él hubiera hecho. Sin embargo, se sorprendió cuando se dirigió a la biblioteca. Cuando estaba claro que no iba a volver por sí misma, él había ido por ella.

Anteros entrecerró los ojos ante el recuerdo. Afuera, el cielo estaba blanco y helado, pero no nevaba. Su reflejo era un fantasma en el cristal. En los pocos días que Frankie había estado con él, había causado estragos en su vida. Había algo en ella que arrojaba su control perfecto al caos. Incluso su propia mente era impredecible. Podía planear hacer o decir algo, pero si Frankie era un factor, todas las apuestas estaban apagadas.

Estaba claro lo que tenía que hacer: romperla. Hazla la esclava que hubiera sido si hubiera ido al Instituto. Ahora entendía, sin embargo, que Frankie no era alguien que pudieras romper con la fuerza. Ella era única. Para hacer que se rompa, primero tenía que entrar, para entender qué la hacía funcionar. Para hacer que se sometiera, tenía que hacerlo desde adentro. Como las aceras agrietadas por el hielo, se deslizaba dentro, convirtiéndola en lo que solía ser.

Se giró, mirando el reloj en su mesita de noche.

Tarde.

Honestamente, no le importó si llegaba tarde a reunirse con El Consejo. Los negocios reales eran una cosa, pero El Consejo podía esperar durante horas. Cada vez era más y más difícil bailar para ellos, especialmente con todo lo que Anteros había planeado. Con un gruñido, dio media vuelta y contempló la gélida ciudad. Frankie demostraba ser algo más que una distracción; era un peligro. Estaba tan

cerca de la meta por la que había estado trabajando durante casi una década, y la chica que dormía en su cama estaba empañando su parabrisas.

Pasándose una mano por el cabello, se dio cuenta de la solución simple: eliminar a Frankie de su vida. Podría dársela a uno de los Lobos...

—¿Puedo preguntarte algo? —La voz de Frankie lo sobresaltó en más de una forma. Había estado seguro de que estaba dormida. Se giró para ver que se había puesto el edredón acolchado hasta la barbilla. El suave blanco hizo que su piel dorada brillara mucho más.

Anteros levantó una ceja y dijo:

—Sí.

—¿Puedo ir a la biblioteca? —Sus ojos de agua clara eran grandes y brillantes, pero sus gruesas pestañas eran una sombra constante. No la pública —agregó apresuradamente—. La que está en tu casa. —Se inclinó y ella se revolvió contra la cabecera como si pudiera escapar de él. Se instaló justo encima de ella, la nariz a escasos centímetros de la suya, inspeccionándola más. No había absolutamente ninguna imperfección en su piel, ni siquiera pecas. Con los dedos agarrando firmemente el algodón blanco, sosteniéndolo hasta la nariz, parecía infantil. Ella parpadeó, pesadas pestañas cayendo sobre sus mejillas.

—¿Qué quieres de allí? —preguntó finalmente. Puso los ojos en blanco, pero él la tomó de la barbilla. Ella miró hacia un lado, con la mandíbula apretada casi imperceptiblemente. Fue otro momento antes de que le respondiera.

—Solo quise decir que quiero un libro. —Su mirada se volvió hacia él—. ¿No es obvio?

Anteros soltó su barbilla.

—Te gusta leer. —No era una pregunta. Tomó la información, procesándola. Asumió que no le gustaba leer. Era tan hermosa, que no podía imaginar qué propósito tenían los libros para ella. Ella podría vivir solo con miradas.

La noche anterior, cuando la había visto en su biblioteca, había sacado un libro y solo lo había leído por unos momentos antes de volverlo a poner en el estante. Pensó que había visto sus suposiciones verificadas entonces.

Ella lo miró, con los ojos muy abiertos.

—Mucho. —Se apartó de la cama y volvió a mirar hacia la ventana, mirando la fría ciudad.

—Se me ocurre, Frankie —dijo—, que tengo algo que deseas.

Ella se burló.

—Tienes todo lo que quiero. Comida, agua, refugio...

—No, necesitas esas cosas. Tú *deseas* esto.

Suspiró, exasperada.

—¡Dios, bien! ¿Qué deseas a cambio?

Sonrió cuando la nieve comenzó a caer, lento y ceñido, y le devolvió la pregunta.

—¿No es obvio?

\*\*\*

—¿Ajedrez? —preguntó Frankie. Levantó a la reina negra y la hizo rodar entre sus dedos—. ¿Quieres jugar *ajedrez*? —Anteros sonrió ante la incredulidad en sus rasgos. Jugaba al ajedrez tan a menudo que tenía una mesa en su habitación. Estaba a pocos pasos de la habitación de ella hacia la de él, y ahora los dos se sentaron contra su ventana. A pesar de que la habitación estaba climatizada, el frío del exterior congeló el vidrio y enfriaba el lugar.

La mesa estaba elegantemente hecha, así que parecía un mueble. A menos que lo estuvieras buscando, no notarías que era una mesa de ajedrez. El diseño estaba grabado en el cristal y cada una de las piezas fue tallada a mano. Eran modernos, los peones perfectos círculos de metal, el rey y la reina puntiagudos triángulos, las torres bloques duros.

—¿Qué pensaste que quería decir? —replicó Anteros, una leve burla en su voz. Frankie dejó la brillante y puntiaguda pieza de ónix sobre la mesa y se deslizó hacia adelante en la silla, luciendo incómoda. Anteros realmente no podía culparla. Cuando le preguntó qué quería a cambio, probablemente no tenía idea de que esto era lo que tenía en mente. En verdad, él tampoco lo hizo realmente. Había planeado dejarla e ir a la reunión del Consejo. Echó un vistazo al reloj, notando cómo cuanto más se permitía la extraña y apremiante necesidad dentro de él, más de una tormenta de mierda que él creaba.

El Consejo no estaba exactamente en lo alto de su lista de personas a las que les importaba una mierda. Nunca dejaron que Anteros olvidara de dónde venía. En su mente, él era huérfano y Lucio le había dado una segunda vida. Sin Lucio, sin ellos,

no sería nada, sería sucio. Cuando Lucio se enfermó, él era el segundo al mando, técnicamente *su jefe*, pero nunca los escucharía admitirlo.

Esperaban que lamiera la tierra de sus zapatos.

Como si le hubieran dado algo.

Lo habían llevado a Estados Unidos y eso fue todo. El pequeño y sucio secreto que ninguno de ellos quería admitir era que nunca esperaban que se levantara tan alto. Lucio encontró un huérfano y esperaba que se mantuviera esclavo, pero se elevó a lo alto.

Todavía estaban rascándose la cabeza.

Mientras peleaban entre ellos, mientras follaban putas y fingían que sus reglas importaban, él se hizo amigo de las personas que estaban abajo. Se deslizó a través de cada grieta en el sistema hasta que repentinamente estuvo a su lado y era demasiado tarde para reconocerlo porque hacerlo significaría señalar los agujeros, significaría decir que tal vez todo no era tan perfecto como pretendían.

Entonces se quedó.

Y ellos apretaban los dientes porque la arrogancia era más cómoda que la humildad. Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos, y Anteros se dio cuenta de que Nikolai había venido a buscarlo para la reunión. El chico no era consciente de que algo había cambiado.

—Adelante —dijo Anteros. Un segundo más tarde, el cabello amarillo dorado de Nikolai entró por la puerta. Cuando vio que Anteros no se había vestido y estaba en la mesa de ajedrez con Frankie, la confusión le retorció la cicatriz en el rostro.

—Señor... —Nikolai se apagó.

—Te encontraré. —Anteros despidió a Nikolai y el chico rápidamente salió sin decir una palabra más. Cuando la puerta se cerró con un suave *chasquido*, Anteros se volvió hacia Frankie. Sus ojos todavía estaban en la puerta.

—¿Es un esclavo como yo? —preguntó Frankie después de un momento, mirando lentamente hacia él.

Anteros lo pensó y luego dijo:

—Lo salvé. —Las cejas de Frankie se arrastraron hacia adentro y sus labios se abrieron como si quisiera seguir presionando. En cambio, parpadeó y se volvió hacia la mesa, levantando la pieza negra en espiral que denotaba el alfil.

—¿Vamos a jugar? —preguntó ella—. Supongo que querrás ir primero. —Asintió ella con la cabeza hacia las piezas blancas del costado de él. Como las piezas estaban talladas en metal, el “blanco” no era blanco, sino bronce. Anteros reorganizó las piezas y negó con la cabeza. Siempre jugaba con las piezas negras.

Le gustó el desafío.

Anteros observó el rostro de Frankie, observó sus dedos, para ver qué movimiento haría primero. Su dedo índice y pulgar se posaron sobre el peón frente a su reina y ella lo movió dos espacios.

Un movimiento bastante típico.

En respuesta, él sacó el peón de su rey uno espacio. Inmediatamente, Frankie sacó su caballero al juego. Anteros levantó una ceja. Ni siquiera se había tomado el tiempo para pensar en ello, o al menos parecía que no. Ella no lo estaba mirando; su cabeza estaba baja y sus rasgos atrapaban las sombras. Él puso un peón en juego y en respuesta ella trajo a otro caballero al juego.

Ella llevaba puesto lo que había usado para dormir. Era delgado, transparente y de encaje, el color era de un púrpura pálido que brillaba contra su piel. Todo sobre ella estaba expuesto. Tenía los brazos desnudos y podía ver cómo se erizaban los vellos del brazo contra la ventana y se formaba la piel de gallina. Cuando se movieron de la cama a su habitación, no le había dado la oportunidad de cambiarse.

—¿Tienes frío? —preguntó.

Los ojos de ella brevemente destellaron a los suyos antes de hacer su movimiento.

—Nop.

La miró intensamente. Por eso quería jugar al ajedrez. El ajedrez no solo exponía las estrategias de su oponente, sino cómo pensaban y la forma en que manejaban los obstáculos. Frankie era completamente estoica mientras movía sus piezas. Ella ni siquiera hacia esa cosa cuando se frotó el brazo cuando se ponía nerviosa.

Anteros miró su movimiento: un alfil justo debajo de su caballero. Con tranquilidad, se movió de modo que si ella intentaba tomar su caballero, él la tendría desde dos lados.

Ella mordió el anzuelo de todos modos.

Anteros tomó su alfil al instante. El siguiente movimiento de ella la puso en línea para ser tomada por su peón. Fue muy fácil. Al principio, Frankie había hecho algunas buenas movidas, pero ahora mostraba su falta de habilidad. Intercambiaron algunos movimientos más y cuando ella trajo a su reina, Anteros podría decir que ella se estaba agitando. La reina no tenía adónde ir. Todos los caminos significaban extinción.

Frankie movió a su reina hacia adelante y tomó un peón, pero había llevado a su reina a la destrucción. La miró, pero ella no dio nada. Todavía no lo miraba, brillantes ojos azules dirigidos hacia abajo y sombreados bajo sus gruesas pestañas. Había sacrificado a su reina por un miserable peón. Con un encogimiento de hombros, él movió a su rey y tomó a la reina de ella. Fue un movimiento rápido y eficiente y él solo movería al rey en el siguiente turno.

Frankie movió su caballero.

Con el ceño fruncido, Anteros se dio cuenta de que no había estado prestando atención a esa pieza.

Ahora él estaba en la mira.

No tenía otra opción más que mover a su rey hacia adelante. El sonido de su rey deslizándose por el tablero fue el único ruido en la habitación. La frustración por su propia incompetencia llenó sus entrañas. Miró a Frankie de nuevo, preguntándose si ella le daría algo. Acababa de obtener una pequeña victoria y se preguntó si vería una sonrisa, un toque en la mandíbula, cualquier cosa. Aun así ella no levantó la vista.

Frankie movió a su otro caballero, poniéndolo a prueba de nuevo. Anteros se movió en su asiento, deslizando al rey en diagonal ahora para salir de control. Con rápida y áspera precisión, Frankie movió hacia arriba un peón y lo volvió a poner bajo control. Anteros se vio obligado a mover al rey incluso más lejos en el tablero de ajedrez y lejos de su defensa.

Se pasó una mano por el cabello y miró a Frankie. ¿Cómo diablos no había visto esto suceder?

Ella había estado estableciendo esto desde el principio. No tenía muchas opciones ahora, solo podía mover a su rey más adelante. Vio lo que estaba haciendo muy claramente; lo estaba forzando a convertirse en jaque mate.

Él hizo su movimiento y luego enroscó su puño, mirando de ella al tablero, esperando que ella hiciera lo que sabía que venía.

Él vio su destrucción a solo unas pocas curvas de distancia.

Él también podía arrojar la bandera ahora, pero tenía que moverse.

Empujó a su rey hasta la última fila, evitando jaque mate por solo un turno más. Cuando ella movió a su rey, una fila más, exponiendo a su otra torre, todo había terminado.

—Jaque mate —dijo ella. Ahora levantó la vista, y él pudo ver la sonrisa pequeña, casi imperceptible en su rostro. Anteros la miró como si la viera por primera vez. Ella había sacrificado a su reina, pero en el proceso había sacado a su rey, hasta el otro lado del tablero, hasta la muerte.

La miró un momento más, luego su teléfono vibró. Negando con la cabeza, miró el teléfono.

Chico Bonito: *¿Llegarás hoy?*

Anteros se pasó otra mano temblorosa por el cabello. Él siempre se reunía con ellos después de una reunión del Consejo. A diferencia del Consejo, Anteros disfrutaba de sus Lobos, al menos, tanto como podía disfrutar a las personas. En lo que respecta a los Lobos, le permitían lo más cerca que estaba de soltarse. Por primera vez, sin embargo, también quería omitir esa reunión. No podía dejar de mirar a Frankie. Hipnotizado. Nadie lo había vencido en el ajedrez.

Ni siquiera Lucio.

Y la forma en que lo derrotó fue magistral.

Audaz.

—Debo irme —dijo Anteros, poniéndose de pie.

—¿Miedo a una revancha? —Ella lo miró. Desde ese ángulo, sus ojos eran aún más grandes, incluso más azules, como mirar un lago de cristal. Había una fiereza en su rostro, también, como si alguien encendiera el lago en llamas. Fue una burla que no quería nada más que domesticar. Ella agarró a su rey como si lo molestara.

Se inclinó y, envolviendo sus dedos alrededor de su cuello, la atrajo hacia él. La mantuvo cerca, pero sin tocarse. Su aroma, dulce pero picante, como el chile y el chocolate, flotaba en su nariz y se enroscaba alrededor de su cerebro. Podía sentir su constante aliento temblar contra sus labios.

—Habrá una revancha —dijo, y luego la dejó ir.

\*\*\*

—¿Vas a dejarnos saber... —Chico Bonito extendió las manos en un gesto amplio y burlón—... por qué te perdiste la reunión? —Chico Bonito continuó extendiendo las manos tan ampliamente que eventualmente cubrió el rostro de Pequeño O, quien rápidamente lo sacó del camino.

Detrás de su escritorio, Anteros pensó en Frankie, a quien había dejado sola en su habitación.

—Surgió algo.

—¿Todo está bien? —preguntó Pequeño O, apretando un desgastado peluche de baloncesto con las manos.

—Mil dólares que dice que es Emilio —dijo Chico Bonito—. Sabía que el idiota no podía manejar esto. No me importa si lo necesitamos. Dejémoslo fuera. Podemos conseguir otro títere para poner en el gobierno.

—Oh. —Pequeño O se sentó hacia delante, sonando emocionado. Intercalado entre Chico Bonito y su gemelo, Gran O, en el sofá, obviamente había tomado la peor parte ese día—. Mientras estamos en eso, ¿podemos simplemente matar al Consejo? Ni siquiera necesitamos su dinero. Lo estamos haciendo bien.

—Más que bien —agregó con vehemencia Chico Bonito.

—Suena como un plan...

—Todo está bien —interrumpió Anteros con una mano antes de que pudieran perderse por completo en su tangente—. Simplemente me quede atrapado con la esclava. —Cambiando rápidamente de tema, Anteros preguntó—: Entonces, ¿dónde estamos con Emilio?

—¿Atrapado con la esclava? —Chico Bonito levantó una ceja, haciendo caso omiso de su pregunta.

—Ya sabes cómo es —dijo Anteros—. A veces no es suficiente follarlas. Tienes que dejarlas sangrando. —La mentira llegó fácilmente y sin pensarla. Anteros tomó un pisapapeles de su escritorio, pensando en la partida de ajedrez. No había forma de que pudiera explicar eso a sus Lobos. Sangre y malicia, sin embargo, ese era un idioma que hablaban.

—Él es jodidamente coño azotado —dijo Gran O, disparando la pelota de baloncesto en el pequeño aro que colgaba en la pared detrás del escritorio de Anteros. El almacén estaba abandonado, un lugar que Lucio guardaba únicamente reservado para almacenamiento. Entre las cajas de drogas y armas, él y sus Lobos

habían encontrado su camaradería. A lo largo de los años habían crecido fuera de sus *Michael Jordan*, pero nunca habían destruido el lugar donde nació su alianza.

En ese momento, sin embargo, Anteros lo contempló. Cuando Gran O disparó la pelota de baloncesto por poco pierde su cabeza, se preguntó si ya era hora de jodidamente redecorar.

—Un coño *Virgen* te tiene a sus pies —agregó Pequeño O.

—¿Es eso cierto? —preguntó Chico Bonito—. ¿De verdad te has rendido por una *esclava*?

—Tengo planes para ella —gruñó Anteros.

Chico Bonito asintió como si estuviera considerando la respuesta de Anteros. Él enarcó las cejas como si realmente estuviera pensando en ello, y luego preguntó:

—¿Estos planes involucran a tu polla? —Pequeño O y Gran O se rieron. Todavía riendo, Gran O lanzó otro tiro con la pelota baloncesto de juguete. Deteniéndolo en el aire, Anteros agarró la pelota de baloncesto, aplastándola en su mano. Luego la lanzó de regreso, apuntando hacia el rostro de Gran O. Gran O se agachó y, sonriendo tímidamente, recogió la pelota del suelo y la colocó en su regazo.

—Creo que deberíamos escuchar todos los argumentos para el marica siendo azotado —continuó Chico Bonito—, y todos los argumentos en contra del marica siendo azotado. —Anteros entrecerró los ojos. Si cualquiera le hablaba como lo hizo Chico Bonito, estarían muertos, pero Chico Bonito no era cualquiera. Los Lobos no eran cualquiera.

Loco A, Gran O, Pequeño O, y Chico Bonito habían sido como Anteros, esclavos con el rango de un soldado. Todo eso cambió el día en que Anteros mintió sobre un concejal De Luca. Hubiera significado la muerte de Anteros, pero ellos le debían a Anteros y se los cobró ese día. Los cuatro respaldaron la mentira de Anteros.

Si hubiera sido solo la historia de Anteros, o si solo uno de ellos lo hubiera respaldado, no hubiera importado, pero como eran cinco contra uno, el concejal De Luca fue enviado a la muerte. Eso afirmó el camino para que Anteros siguiera avanzando.

Él les dio una opción ese día: se les borraba la deuda y se quedaban como esclavos, o lo seguían y se mantenían avanzando. Ellos siguieron. La forma en que los cuatro respaldaron constantemente a Anteros no tenía precedentes. En la

Familia, eso siempre había sido un hombre para él mismo, pero juntos se volvieron más poderosos de lo que nadie hubiera podido prever.

—Creo que debería patearte el culo. —Anteros exhaló, bajando el pisapapeles—. ¿Tienes alguna información nueva para mí o han estado demasiado ocupados folladose uno al otro?

—Hmm... —dijo Chico Bonito, llevando la mano a la barbilla—. Tu desafío definitivamente es un argumento para eso. ¿Argumento adicional? Pequeño O, comienza tú.

—No nos dejó verle su coño —señaló Pequeño O.

—Habría sido lo más *educado* de hacer —agregó Gran O.

Chico Bonito asintió, frotándose la barbilla.

—Mmmhmm, sí, todos son buenos puntos. Bestia, ¿qué dices en tu defensa?

—Digo que esta relación ha seguido su curso. —Anteros se reclinó en su silla, entrelazando los dedos sobre la cabeza en una posición de descanso—. Ha sido divertido. Hemos tenido buenos momentos, pero todos ustedes son demasiado malditamente fastidiosos. —Anteros miró a Loco A, que no se había sumado a la conversación. No era inusual que Loco A guardara silencio cuando se trataba de bromas o burlas, pero por lo general tenía algo que decir acerca de los negocios. Ese día él se sentó silenciosamente en la esquina, observando.

—¡Ja! —Pequeño O rio, atrayendo la atención de Anteros de regreso—. No te desharás de nosotros.

—Nadie más puede soportar tu gusto en la música —dijo Gran O, con una expresión de disgusto en su rostro—. No nos matarías.

—Exactamente. —Pequeño O se volvió hacia Gran O—. ¿Te imaginas si se corrió la voz de que a gran y malo Bestia le gustaban *los Backstreet Boys*? —Pequeño O se recostó en el sofá, riendo. Anteros desentrelazó sus dedos, alcanzando detrás de él para tratar de agarrar el estéreo. Cuando eso no funcionó, giró y comenzó el jugueteo.

—No elegí esta canción —dijo—. Vino al azar. Este es el estéreo de Gran O de todos modos.

—Claro que sí —dijo Pequeño O, mirando a Gran O.

Gran O lanzó hacia arriba sus manos.

—No me culpes por tu fetiche de *Nick Carter*.

—Así lo declararé —dijo Chico Bonito, poniéndose de pie, con el dedo levantado en el aire—, Bestia está rendido a un coño.

Cuando el estéreo no se apagó, Anteros lo derribó y se puso de pie.

—Imbéciles —dijo. Pequeño O, Gran O y Chico Bonito se echaron a reír. Anteros caminó hacia la puerta, pasando por encima de Gran O, que se había deslizado del sofá en su ataque de risa. Justo cuando llegaba a la puerta, Loco A lo tomó del brazo y lo detuvo.

—Emilio debería estar listo para navidad, según lo previsto —dijo Loco A—. Pero... —El rostro estrecho de Loco A se contrajo de una manera que Anteros sabía que significaba algo serio, algo malo, lo estaba molestando.

—¿Pero? —preguntó Anteros, sintiendo que su propio rostro se contraía.

—Solo están bromeando sobre ella. —La mirada de Loco A se desplazó hacia donde los tres se doblaban. La mano de Chico Bonito estaba en la espalda de Gran O, buscando apoyo mientras la risa lo atravesaba. Lentamente su mirada regresó a Anteros y se miraron a los ojos—. Pero tienes que manejar esto entre tú y ella, ¿me entiendes?

—No sabes de lo que estás hablando —respondió rígidamente Anteros.

—Creo que lo sé mejor que nadie —respondió Loco A, con una mirada intensa—. Y lo sabes. —Soltó su agarre al instante. Anteros sacudió los hombros y continuó su camino.

—Espera, espera, espera —gritó Pequeño O detrás de él.

Anteros se dio vuelta.

—¿Qué?

—Estamos conectados a tu cuenta —dijo Pequeño O—. La música no parará de reproducirse.

Anteros se giró con una mirada y siguió caminando.

—¡No nos dejes aquí sin desconectarte! —gritó Gran O—. ¡No puedes torturarnos de esta manera!

Anteros negó con la cabeza. Bajó las escaleras cuando escuchó a Pequeño O gritar:

—¡Es inhumano! —Un fantasma de sonrisa apareció en sus labios, pero desapareció con la misma rapidez cuando las palabras de Loco A hicieron eco en su cabeza.

\*\*\*

Cuando regresó a casa, Frankie no estaba en su habitación. Por un momento pensó que había intentado escapar, pero luego recordó que le había permitido el uso de la biblioteca. Se quitó el abrigo, se desabrochó la corbata, se aflojó los botones del traje y se puso algo más cómodo. Luego se unió a ella.

Las piernas doradas de Frankie estaban cruzadas y arriba en un reposapiés. Parte de su labio inferior estaba entre sus dientes y su cabello estaba atado. Estaba claramente absorta y ni siquiera lo escuchó entrar a la habitación. Era injusto, como un león acercándose a una gacela dormida.

Él caminó detrás de la silla. Claramente había elegido las prendas menos atractivas que podía encontrar: una gruesa camiseta de algodón y largos calcetines negros. Sin embargo, la forma en que la camisa grande y mal ajustada le caía del hombro, revelando la más mínima extensión de piel, tuvo el efecto opuesto que ella había pretendido. Ligeramente, él la tocó.

—Oh, Jesús. —Saltó ella.

—Todo lo contrario —reflexionó Anteros—. Elección interesante. —Sacó *Paradise Lost* de sus manos.

—No esperaba que lo tuvieras. —Apoyó la cabeza contra la silla para poder mirarlo. En esa posición, sus ojos parecían platillos—. Pero tienes tantos libros.

—Algunos de estos libros no son míos. —De los miles, probablemente había menos de diez que no le pertenecían. Anteros había aprendido hace mucho tiempo que era el hombre sabio quien jugada al tonto.

Puso las manos en su regazo y se giró para volverse hacia él.

—¿Qué significa eso?

—Algunos me fueron dados. Algunos los heredé. Basta de charla. —Anteros tiró de ella por el brazo, arrastrándola desde el asiento. La empujó contra el estante que se alineaba en la pared, algunos libros se cayeron. Los ojos de ella se agrandaron. Le puso los brazos por encima de la cabeza y levantó la ropa holgada,

inmediatamente impresionado por el grueso sostén gris que llevaba, uno destinado a funcionar.

—Creo que necesito establecer algunas reglas con respecto a tus elecciones de ropa. —Rompió la correa—. ¿Incluso quiero saber lo que tienes aquí? —Él presionó la palma entre sus muslos. Para su satisfacción, ella jadeó, aunque rápidamente recuperó la compostura.

—Probablemente no. Es muy feo. Montones de tela. Floja. Sin lavar, incluso. Entonces puedes apartarte ahora. —Ella movió su mano como para mostrarle que él se apartara.

—Creo que no. —Anteros se inclinó y bajó los pantalones elásticos. Llevaba un par de ropa interior blanca, nada espectacular. Hizo una pausa entre sus muslos, disfrutando de cómo su confianza vacilaba cuando él se detuvo.

—Llevo puesto lo que *tú* pones en el armario. —Frankie lo fulminó con la mirada—. ¿Esperas que use lencería cada hora de cada día? —Al contrario de lo que Frankie pensaba, Anteros tenía muy poco que ver con escoger su ropa; había contratado a un profesional para eso. Él tenía reglas generales, sin embargo. Ella debía tener un aspecto acorde con la posición de él. Sus vestidos y su ropa no podrían encontrarse en ningún otro lado, y ella debía tener lencería. La mejor lencería. Si existiera algo así como la realeza estadounidense, Frankie luciría como una.

El dinero no era un objeto.

—Sí —respondió él, mirándola. Dios, ella tenía un innegable autocontrol, y eso le resultaba increíble. Tenía voluntad de hierro, una columna vertebral de acero, y Anteros disfrutaba siendo el fuego que la hacía derretirse y doblarse—. Vamos a aclarar esto ahora mismo Frankie, eres *mía*. Cuando eres *mía*, hay reglas que seguirás.

—Fan-jodidamente-tastico —le escupió.

—Como no maldecir —dijo de manera uniforme—. Una esclava es sumisa en todos los sentidos. —Los ojos de ella se encendieron—. Creo que ya sabes que no irás a ningún lado a menos que te dé permiso expresamente. —Su pecho se elevó con ira, pero la forma en que su lengua se lanzó para lamer sus labios la traicionó—. Y no alcohol.

—¿Dónde demonios voy a tomar alcohol? —siseó.

Él se apoderó de sus muslos.

—¿Qué dije sobre las maldiciones?

—¿Algo más, maestro? —preguntó con fingida dulzura. Pensó en la partida de ajedrez, en el rostro de hierro que usó durante todo el juego.

—¿Recuerdas cuando preguntaste si habría una revancha? —preguntó Anteros, deslizando su mano debajo del algodón blanco de sus bragas. La palma de la mano se encontró con su piel caliente y desnuda.

—¿Ahora? —preguntó ella. Una pequeña sonrisa apareció en su rostro mientras respiraba con dificultad.

—Ahora. —Quería que ella sintiera cada detalle de lo que estaba haciendo, sintiendo la anticipación más que el evento real. Frankie se estremeció, pero fue tan leve que casi no se dio cuenta—. ¿Te gusta esto, Frankie? —susurró contra la piel de su muslo. Su mano se deslizó de su coño, alrededor de su culo, redondeando lentamente sobre la curva.

—Casi tanto como me gusta mi período —respondió ella—. Los malos. Los realmente sangrientos. —Su voz era irregular, y él sabía que ella había dicho todas esas cosas desagradables para apagarlo y lograr que se fuera.

Pero en este juego él no iba a perder.

Se retiró abruptamente y, levantándose, le subió los pantalones cortos. Tenía que darles crédito; mostraban bien sus piernas. Ella pareció aliviada hasta que él entrecerró los ojos.

—Pronto te darás cuenta de que rendirte a mí no es lo peor que te puede pasar.  
—Anteros le agarró la mano, arrastrándola fuera de la biblioteca.

Cuando llegaron a la puerta de su habitación, se detuvo. Anteros estaba a punto de abrir la puerta, pero hizo una pausa. Esa expresión en su rostro, no de terror sino de completo estoicismo, había regresado. Sabía que estaba haciendo un túnel dentro de sí misma, quedándose inmóvil. La empujó contra la puerta y ella agrandó los ojos.

Anteros mantuvo las manos en la pared todo el tiempo, presionado a cada lado de ella. Ni siquiera presionó su cuerpo contra el de ella. Comenzó besándole el cuello, solo ligeramente saboreándola. Aun así, una lamida caliente y lenta justo por encima de su hombro fue todo lo que hizo falta para que su polla golpeará contra sus pantalones. Sabía dulce pero de alguna manera picante, y lo volvía loco. Sus dedos se curvaron en puños a cada lado de ella, tratando de mantener el control.

Anteros esperó hasta que escuchó a Frankie suspirar, luego acercó la boca a su oído. Tomó el lóbulo entre sus dientes, mordiendo suavemente. Contra su piel, susurró:

—Tienes un sabor increíble. —Liberándole la oreja, volvió su atención a su rostro.

Frankie esperó, con los ojos muy abiertos, pero ahora estaban llenos de expectación. Inclinando la cabeza hacia abajo, él trazó la lengua a lo largo de la costura de la boca de ella y tiró suavemente de sus labios regordetes con los suyos. Se separaron y ella lanzó un pequeño gemido que sonaba musicalmente. Su barbilla estaba inclinada hacia arriba cuando él se echó hacia atrás y ella se inclinó hacia él, pero ella aún no cerró la distancia. La mirada de él se movió hacia el pecho de ella, las respiraciones pesadas, como lo evidenciaba el levantamiento y la caída.

Él profundizó su asalto, aplastando sus labios contra ella. Aunque lo mataba, su lengua no la penetró; todavía estaba esperando que Frankie suplicara su entrada. Él solo la besó, la chupó. Los jadeos escaparon de su boca como una primavera caliente y humeante en una noche de invierno. Mordiéndole el labio inferior, Anteros los arrastró con un gemido propio.

Cuando esa cosa pequeña y caliente finalmente se presionó contra él, ya no pudo contenerlo. Anteros la saqueó. Frankie cerró la distancia entre ellos, envolviendo los brazos alrededor de su cuello. La empujó contra la puerta, pecho contra pecho, las piernas se entrelazaron y ella se frotó contra él, el cuerpo ondulando, surcando y chirriando.

Por un momento, Anteros olvidó lo que estaba haciendo, que el motivo era hacer que *ella* se sometiera. Él inclinó la cabeza hacia su cuello para dibujar una larga y rápida lamida. Entonces le chupó ferozmente la barbilla, los labios, la mejilla, cualquier cosa. Ella le devolvió el fervor, tomando los calientes y húmedos labios en su boca. Frankie le mordió, le chupó la lengua dentro de su boca y, con los dedos tan apretados contra su espalda, él estaba seguro de que tendría marcas.

Él separó sus bocas por un breve instante y ella gimió.

Ella había cedido.

Dio dos pasos hacia atrás. Había conseguido lo que quería, pero en algún lugar de ese beso dejó de ser acerca de su sumisión y solo acerca de besarla. Corriendo una mano por el cabello, exhaló de manera irregular. Con los ojos muy abiertos, ella parecía estupefacta. Sus mejillas estaban rojas y jadeaba. Era como esperar a que las luces se enciendan al final de una película. Frankie miró a Anteros, tratando de descifrar lo que acababa de pasar. Cuando hizo clic, el rubor en su rostro se hizo más profundo.

M.D

Mary  
Catherine  
Gebhard

—Te odio —dijo furiosa.

—Está bien. —Anteros volvió a cerrar la distancia, se apoderó de su rostro y hundió la lengua en su boca—. No es tu amor lo que quiero.

Hate Story I  
**Beast**  
The Beginning

# Capítulo 7

No podía dormir en lo absoluto. Los eventos de la noche se reproducían en mi cerebro una y otra vez, como una herida de disparo en reversa y luego en avance rápido.

Casi me agradó.

Quizás lo hacía.

*Joder.*

Él era una adicción. Nunca anhelé u odié algo tanto como su toque y su atención.

Me toqué los labios, mirando fijamente mi reflejo en el espejo del baño privado. ¿Sabes, cuando te miras lo suficiente, comienzas a cuestionarte quién eres algunas veces? Como, ¿quién es esa persona devolviéndote la mirada? Bueno, miré fijamente a mis ojos y fui más allá de eso. Sabía quién estaba devolviéndome la mirada; solo que no me agradaba ella.

Él me había dado *reglas*. Jodidas reglas, como no decir “joder”. Sí, bueno, que se joda. Que se joda, que se joda, que se *joda*.

—¡Ahh! —grité, golpeando el puño contra el cristal reflejante. Este se destrozó con el impacto. Hubo un momento, justo antes de que las piezas cayeran al suelo, en el cual pude ver mi reflejo. Vi mi rostro desintegrado, mi pómulos cayendo de mi ojo, mis ojos dividiéndose en dos, mis labios cayendo de mi rostro. Yo me destrocé.

El cristal cayó, revelando el pegamento gris bajo el espejo. Miré fijamente al suelo, sangre goteando de mi puño. Mi reflejo se refractó, incluso más distorsionado desde ese ángulo. Sangre goteaba sobre los fragmentos, salpicando. Me miré fijamente por, quizás, medio segundo más, y luego sacudí la cabeza.

- Mi rabia se disipó con cada gota de sangre, reemplazada con el dolor irradiando del lado de mi mano. Sin la furia cegándome, el miedo se adentró.
- ¿Cómo es posible algo de esto? Cuando comercié mi vida, nunca imaginé que esto iba a pasar. Apenas había sido una semana y me sentía irrevocablemente cambiada.

Sacudí mi cabeza.

No estaba lista para lidiar con eso. Caminé sobre los fragmentos, agarré algo de papel higiénico y me envolví la mano.

Caminé hacia mi ventana y la abrí. Una fresca ráfaga de viento invernal de Nueva York me azotó la mejilla. En el invierno, la ciudad olía diferente. Los olores se congelaban. El aroma del autobús y metro daba escalofríos. A tanta altura, casi no los olía. Era casi limpio, como en el campo.

Casi.

Sangre se derramó a través de mi envoltura de mala calidad y goteaba sobre el alféizar. No sé si estaba siendo confrontada con mi propia vida o el hecho de que estaba bastante inclinada hacia afuera, pero consideré saltar. Cuanto más me quedaba con Bestia, menos me importaba papá.

Obviamente, no quería que él muriera, pero esa sensación se había vuelto un prototipo. Ya no tenía sentimientos relacionados a ello, porque todo lo que podía sentir era dolor, deseo, vergüenza y necesidad. Papá era mi antigua vida, una vida donde una chica podía sentir amor, deber y abnegación. Ahora...

Ahora estaba mirando hacia abajo, al pavimento, a las pequeñas personas del tamaño de hormigas, y preguntándome. Me acerqué sobre el borde del alféizar, poniendo un pie afuera. Estaba helando, pero el cortante aire estaba despertando. Dejaría que el destino decidiera. Si el viento me empujaba hacia afuera, entonces así sería. Eso no era técnicamente suicidio. Así que, ¿y qué si estaba inclinándome un poco a la derecha? ¿Y qué si estaba dejando que mi pierna derecha colgara hacia el suelo? ¿Y qué si...?

Algo se escabulló a través de mi pie.

—Oh, Jesús. —Salté hacia atrás. Agarré el alféizar y miré alrededor. ¿Qué mierda fue eso? Me aferré al alféizar, mirando hacia mis pies y jadeé.

Una cola.

¿Acababa de ver una cola? Fue eso u oficialmente había colapsado y estaba inventando cosas en mi cerebro para no volverse loca. Bajé la mirada de nuevo. Algunas personas creen que el suicidio es pecado, ¿mi dios era una rata?

*Oh, mi Dios.*

*Estoy loca.*

—No hay rata —me dije a mí misma—. Solo hazlo, joder. —El alféizar estaba comenzando a volverse resbalosa con mi sangre. Tomé una profunda respiración,

inhalando el gélido aire invernal, y me preparé para caer. Mientras dejaba que mis dedos se soltaran, algo saltó sobre mi pie. Sorprendida, caí hacia atrás dentro de la habitación.

Santa mierda.

Era una jodida rata. Blanca y afelpada, con una linda nariz pequeña. Rápidamente, saltó fuera de mí, obviamente tan aterrada como yo. Corrió de regreso hacia el alféizar con tanta rapidez que casi me lo perdí. Entonces se detuvo, sus pequeñas patas rosas hacia arriba como si me estudiara. Su nariz retorciéndose.

—¿Qué estás haciendo aquí? —Me estiré para tocarla.

Sé lo que estás pensando: Plaga, hija de puta, ¿no has oído sobre eso? Sí, lo hice.

Sin embargo, ella estaba asustada. Lo más probable era que el mundo le había hecho cosas malas. Había perdido un ojo y su bonito pelo blanco estaba arruinado. Estiré mi mano, pero esta retrocedió, curvó su cabeza y moviéndose para saltar por la ventana. Saltó hacia arriba, sus patas intentando encontrar agarre sobre el borde.

—No... por favor —rogué—. Tampoco tengo ningún amigo. —Bajé la cabeza, derrotada. En esto me había convertido: le rogaba a una rata perdida que fuera mi amiga. Bajé la mirada, pero su cola había desaparecido en la esquina.

Caí sobre el suelo y lloré. Puse mi cabeza en las manos, sin importarme que estuviera llenándome de sangre el rostro. Al menos con la cabeza cubierta con las palmas, podría pretender que estaba en cualquier otro sitio. No sé por qué estaba llorando por una rata. Probablemente estaba llena de enfermedades, pero esa era la ruleta rusa, y quizás ganaría. Quizás yo pescaría la plaga y moriría.

\*\*\*

Afuera, en el patio, la mañana pasaba lentamente. Se sentía más larga, más perezosa, de la forma en que las mañanas se sienten cuando has visto toda la extensión de la noche. Envolviendo un suéter de cachemir sobre mallas y botas de nieve con una manta afelpada gris lanzada sobre las rodillas, miré fijamente a la ciudad con forma de acero. Sin dormir, mis pensamientos se sentían atrapados en un pantano, mis miembros hundiéndose en fango.

Me quedé sin lágrimas físicas, pero la acción tras ellas permanecía. La respiración difícil. Los párpados pesados. El dolor de cabeza. El profundo dolor abismal. Mis pies estaban sobresaliendo sobre la barandilla, el diario descansando sobre los muslos, pero continué mirando al borde, deseando que una rata corriera a través de él.

M.D

Mary  
Catherine  
Gebhard

Al menos, una buena cosa había salido de la noche anterior. Cuando Bestia se fue, tirándome como una bolsa de plástico usada, fui capaz de caminar de regreso a la biblioteca, agarrar el diario y llevarlo de regreso a la habitación. Con los ojos sintiéndose tensos, como si los bordes estuvieran pegados juntos con lágrimas secas, alejé la mirada y me fijé en las letras cursivas.

*Este diario pertenece a Sofía De Luca.*

Salté la parte que ya había leído, más allá de cómo la mujer, Sofía, deseaba suicidarse porque su nuevo esposo era un imbécil. Sí, no era difícil relacionarse con eso en lo absoluto. Continué a la siguiente parte.

*No estoy muerta aún.*

*Aunque así me siento.*

*Me escabullí para ver a Alessio y llegué a casa demasiado tarde. Dario me golpeó. No me importan los moretones tanto como me importa la distancia de Alessio. Alessio y yo planeamos escapar juntos. No puedo estar segura, pero creo que su hijo crece dentro de mí. No he sangrado en semanas y estoy cansada, todas las señales que mamá dice, apuntan a estar embarazada. El niño podría ser de Dario, ya que él me toma en cada oportunidad que tiene... pero no me importa. Será de Alessio incluso si el niño no comparte su sangre.*

*Pronto no tendrá un uso para este diario.*

*Pronto seré feliz.*

Mi cabeza se disparó hacia arriba ante un sonido, los ojos lanzándose hacia la puerta y luego al borde. El pecho palpitaba, la sangre corriendo en los oídos. Acaricié la gastada página del diario, con los ojos escaneando el alrededor. Cuando estuve segura de que estaba sola, regresé la atención al diario. La siguiente entrada no se relacionaba en lo absoluto con lo que había estado leyendo.

*Hoy oí a escondidas al padre de Alessio, Lucio, hablando con su hermana Lucia. Era algo que no debí oír y temo por mi vida. Si este secreto sale a la luz, podría arruinar no solo a Lucio y Lucia, sino a todos nosotros.*

*Si alguien descubre lo que sé, ya no viviré después de eso.*

*Esto es algo que ni siquiera puedo decirle a Alessio.*

El resto de la página estaba rasgada. Salté a la siguiente parte, pero estaba completamente fuera de tema. Retrocedí, sosteniendo la página entre mis pulgares y comparándolas como si pudiera encontrar alguna base en común. Estaba tan absorta en este proceso que no noté que las puertas del patio se abrieron detrás de

mí, ni el sonido de pisadas sobre el suelo. Cuando había una presencia detrás de mí, fue demasiado tarde.

—Señorita.

Salté, el diario cayendo de mis muslos hacia el patio cubierto de nieve. Giré para ver rizado cabello rubio. Era él, el chico que era como un fantasma en el penthouse, trayéndome comida, limpiando la comida, siempre allí y a la vez no. Debí haber notado que él me vería: los fantasmas lo ven todo.

Su rostro estaba completamente en blanco, mientras yo era un desastre de emociones.

Había sido atrapada.

Había perdido mi única arma. Mis emociones se atascaron en mi garganta, amenazando con sofocarme como la vez que papá me dio manís y tuve que ser llevada al hospital. Mi esófago se había cerrado. Casi morí. Distantemente me preguntaba si podrías sufrir una reacción alérgica a la emoción, como cuando los manís habían abrumado mi sistema.

—No le diré —dijo él, como si sintiera mis pensamientos.

—¿Qué? —Jadeé—. ¿Por qué?

—Usted no es la única con secretos, señorita.

—Pero... —balbuceé, tragando saliva y soltando el aliento al mismo tiempo. Él se me acercó, con sus manos tras su espalda.

—Bestia tendrá compañía esta noche. Usted necesitará usar algo especial. —Él inclinó su cabeza y giré. Miré su apática salida, sintiéndome incluso más confundida. Luego, se detuvo, la mano sobre el marco de la puerta del patio. Con la espalda aún volteada en mi dirección, dijo—: Deberás encontrar un mejor lugar de escondite que bajo tu colchón.

—Pero... —Comencé de nuevo.

—Puedes llamarme Nikolai. —Y entonces se fue.

\*\*\*

Más tarde esa noche, las palabras de Nikolai aún se reproducían en mi cabeza. Recordaba ver fijamente su cuerpo dejar la habitación, esperando que regresara con Bestia, esperando por el otro zapato caer.

Cuando no lo hizo, ya no estaba cómoda. Bestia había dicho que él salvó a Nikolai, pero Nikolai había dicho que yo no era la única con secretos; ¿qué significaba eso? ¿Él era un prisionero también? ¿Yo tenía un amigo? No sé *cómo* él supo dónde estaba escondiendo el diario y cuando escogí un nuevo sitio (afuera, bajo un ladrillo suelto), no me sentí nada mejor. Si él pudo verme en la cama, ¿pudo verme mientras ponía el diario bajo el ladrillo?

Nikolai no se sentía como un amigo. Sin embargo, ya no fui capaz de pensar en ello mucho más, cuando la razón por la que Nikolai había venido en un principio me preocupó. Bestia tendría compañía viniendo. Era mi primera vez haciendo de concubina real.

Mis vestidos habían cambiado semanalmente, así no había ni siquiera la oportunidad de usar algo dos veces. Excepto por el vestido amarillo. Ese nunca cambió, probablemente para burlarse de mí. Mis dedos lo acariciaron mientras pasaba por el manojo de vestidos, considerando que usar para la noche.

Eran como dos niñas ricas de mi preparatoria. Ellas eran hermanas, y siempre vestían igual, blusas y jeans, o alguna variedad por el estilo. Un año, fuimos asignadas para un proyecto escolar juntas. Nos encontramos en su casa y vi sus armarios. Estaba asombrada. Tantas prendas, pero ellas usaban la misma condenada cosa cada día. Siempre me pregunté por qué no usaban ropa bonita, como las que yo tenía ahora.

Ahora, me preguntaba si era rebeldía.

Cada hueso de mi cuerpo quería presentarse en jeans y una camiseta de *Cure*, pero no quería que cada hueso de mi cuerpo se rompiera, así que, ya sabes, elecciones.

Alcancé el final de la hilera, aún indecisa. Cada vestido era inequívocamente encantador. Precioso. Un trabajo de arte, así como el *Dior* amarillo vintage lo había sido. Retrocedí por la hilera, exhalando lo que se sintió como una plegaria.

Al final, escogí un vestido violeta *Paolo Sebastián*. Flores de encaje blanco rociaban la parte inferior de tul. Tenía una espalda abierta, con más flores aumentando gradualmente hacia abajo y una línea de botones de perla, aunque parecían flotar sobre la piel desnuda. El corsé también estaba cubierto de flores y tenía largas mangas de encaje blanco, que lucían como si estuviesen pintadas sobre la piel.

Era hermoso. Perfecto.

Lo odiaba.

Liberé el botón del vestido justo cuando la puerta voló abierta detrás de mí. Mi aliento me dejó. Bestia estaba allí, completamente empequeñeciendo el marco. Por supuesto, no fue su tamaño lo que había atorado mi respiración, al menos ya me había acostumbrado a eso a esta altura, de alguna manera, fueron sus ojos, su mirada, la intensa forma en la que me miraba.

Cuando el silencio se extendió por demasiado tiempo, tan palpable que se sentía como si estuviera latiendo dentro de mi pecho junto con mi corazón, pregunté:

—Entonces, ¿asumo que el menú de McDonald está fijo para esta noche? —En lugar de responder, Bestia avanzó, cerrando la puerta detrás de él mientras se iba. Tuve que retroceder rápidamente para que así no me empujara.

Mis dedos hicieron pequeños rosetones en la tela del camisón azul mientras esperaba que él hablara. Su mirada era un sol caliente sobre mi cuerpo, haciéndome sudar y provocándome para intentar moverme fuera de su mirada. Él avanzó y yo retrocedí, pero el arco tras mis rodillas golpeó la cama. Él avanzó de nuevo, y yo estaba clavada.

Era esto, la agonía y la espera, lo que era terrible. Las miradas calientes. Las respiraciones inhaladas. El no saber qué pasaría a continuación. Nunca me dejaba acostumbrarme a mi prisión. Desaprobaba mi rutina, manteniéndome en puntas de los pies constantemente, como si yo fuera una bailarina con pies sangrantes.

Bestia tenía la habilidad de hacerme sentir más desnuda con ropa que cuando mi carne realmente estaba expuesta. Sus dedos bailaron a lo largo del bordado de mi vestido. La yema de su dedo índice delineó la costura, como si se negara a tocar mi piel. Aun manteniendo sus manos solo sobre la tela, caminó lentamente detrás de mí. Podía sentir su frío aliento contra mi cuello.

Susurró en mi oído.

—Luces completamente follable.

Inhalé mi aliento mientras desabotonaba la espalda. Bestia era demasiado ilegible. Círculos verde-azules marcaban mi cuerpo en donde sus dedos habían agarrado mi carne demasiado apretada. Ahora, decía esas sucias palabras en la voz más cruda y salvaje, pero también desabotonaba mi vestido cuidadosamente, para no rasgar la tela.

Me giró y mi cabello azotó su pecho. Apreté los dientes cuando me levantó la barbilla para que encontrara su mirada. Era dura e ilegible. Odiaba su mirada indescifrable. Al menos cuando él estaba enojado o lujurioso, sabía qué esperar. Con estas miradas, cualquier cosa podría pasar.

Tomó mi boca y casi me desplomé con la fuerza, pero él me atrapó. Peleé con su pecho, arrugando la fina tela. Bestia sostuvo mi espalda, agarrando mi piel desnuda, marcándola en la forma más dulce. Hubiese sido mucho más fácil si él hubiese sido malvado, la forma en que una Bestia debía ser, la forma en que lo había imaginado cuando me comercié a mí misma.

Algunas veces, me encontraba pensando en el pasado, en la cocina, y preguntándome como podía haber sido si, en lugar de ponerme sobre el mostrador, él hubiese empujado contra mi boca. Me preguntaba si aún sería yo. Si no estaría tan cerca de romperme. La forma en que él me trataba era *retorcida*.

Me jaló más cerca, sus dedos profundizándose en mi cabello.

Eso no se sentía bien.

No podía sentirse bien.

Aun así, noté que todo era lo mismo, porque me hacía sentir viva.

Una mano dejó mi cráneo y agarró la mitad inferior del vestido, jalando hacia arriba la cascada de tela por mi cuerpo.

—No —dije, mientras agarraba las solapas de su chaqueta, jalándolo más cerca. Estaba diciéndomelo a mí misma. Era como un mantra, como si pudiera invocar las partes de mí que él había robado de regreso a mi cuerpo. Estaba retorciéndome, jalándome más cerca de él, y yo no quería nada más que dejarme llevar y rendirme. Cuando estaba con él, se sentía mejor que bien; era pura y completa dicha, la clase de placer que te da una resaca cuando se termina.

Me levantó, poniéndome encima del tocador de aspecto antiguo. Se sacudió con el movimiento, tambaleándose contra la pared. Su palma se presionó contra mi núcleo y suspiré cuando me besó el cuello. Ondeé los brazos alrededor de su cuello y enrede las piernas alrededor de su cintura.

Una cálida niebla se estableció en mi cuerpo. Estaba delirando, intoxicada. Jaló a un lado la lencería, exponiéndome. De repente, no quería nada más que la sensación de su cuerpo contra mi carne, y me arqueé hacia su palma. Agarré su cuello, los dedos enterrándose en su carne, y él empujó un dedo dentro de mí.

—Quiero sentirte corriéndote en mi mano —gruñó en mi oído. Fue como si vertieran agua fría sobre todo mi cuerpo. De repente, recordé qué estaba haciendo y *con quien*. Me congelé en sus brazos. Cuando me congelé, él se quedó quieto. Podía sentirlo retrocediendo, podía sentir sus dedos dejar mi cuerpo. Se sentó hacia atrás, poniendo espacio entre nuestros cuerpos así podía ver su rostro.

Él no lucía enojado.

Me miró fijamente, con esos intensos ojos tritura-almas y lamió sus labios como si me desafiara a refutar lo que estaba claramente en ellos.

\*\*\*

Me las arreglé para permanecer relativamente oculta, mordisqueando el crudité mientras Bestia hablaba con sus hombres. Sus “amigos” ya habían llegado cuando dejamos mi habitación para unirnos a ellos, lo que me hizo preguntar si ellos habían oído algo de lo que habíamos hecho. Era tan raro sentir vergüenza o secretos cuando mi situación *sí que* no garantizaba tales cosas.

Sentir vergüenza que sus “amigos” me hubiesen oído cuando ya me habían visto desnuda, en exposición, no tenía sentido, pero lo sentía de todas formas.

Bestia estaba usando lo que usualmente usaba: un impecable traje de tres piezas hecho a la medida. Tenía que cederle eso al imbécil: sabía cómo vestirse. Su saco poderosamente oscuro, sus chalecos y pantalones combinaban con su camisa negra y una corbata negra que le daba un amenazante, pero aun así elegante, aire. La delgada cadena plateada del reloj de bolsillo colgaba de su chaleco e iba hacia su saco, añadiéndole un cierto aire de realeza.

Al menos, lo que habíamos hecho en el dormitorio había arrugado un poco su atuendo. Tomando un mordisco de zanahoria al otro lado de la habitación, me pregunté amargamente si él siquiera usaba el reloj de bolsillo, o si solo era por apariencia. Como si pudiera oír mis pensamientos, volteó y me miró. Su mirada del color del océano me bañó, ahogándome, haciéndome sentir pesada, empapada y sin aliento. Alejé la mirada.

No había comida en la mesa de comedor. A pesar de sus mejores esfuerzos, estaba segura de haber perdido algún kilo desde que había llegado, y él nunca parecía comer algo. Aparentemente sus amigos tampoco comían nada. *Supongo que soy la loca por esperar que haya comida en una fiesta para cenar.* Me senté en la mesa y miré a sus amigos, tratando de no lucir demasiado malhumorada.

Había seis hombres, reconocí a dos como sus perros, los que hacían lo que sea que él les dijera y mordían lo que sea que él les dijera que mordieran. Creo que sus nombres eran Arlo y Tough Tino. Ellos habían estado en el club, fuera de la habitación, y alrededor ocasionalmente. Estaban junto a la puerta, obviamente sin participar en las “festividades”. Los otros cuatro los reconocí de inmediato por la noche en que él me sacó afuera, la noche del club.

Hice una mueca ante el recuerdo.

Fuera de la débil y oscura luz del club, podía verlos claramente a todos ahora. Todos tenían características peculiares, cada uno luciendo como una escultura tallada del infierno. Cada uno vestido similar a Bestia, usando trajes a medida y corbatas de cien dólares. Estaban quedándose cerca de la ventana, sorbiendo líquido color ámbar y hablando lentamente. Hubiese preferido ser dejada con un perro loco que con uno de esos hombres.

El llamado Chico Bonito miró en mi dirección. Rápidamente alejé la mirada, enfocándome en la forma en que la mesa de cristal reflejaba la luz cambiante. La mayoría de los apodos me tenía preguntándome sobre su comienzo, pero no tenía que preguntarme por qué lo llamaban Chico Bonito. Él tenía cabello peinado, piel suave y ojos azul marino. Lucía como un modelo, sus labios rogando decir cosas dulces, pero yo sabía otra cosa. Él había sido el más cruel esa noche en el club, sus labios retorciéndole con deleite cuando lloré. Toqué mi mejilla, recordando donde me abofeteó.

*Dije, ¿cuán alto gritarás para nosotros?* Suspiré en el recuerdo. ¿Cómo podría incluso empezar a pensar que había algo agradable o dulce en esta vida? Solo porque Bestia me había mostrado cierta ternura no significaba que él era tierno. Probablemente era como un gato jugando con la comida.

Fue una fiesta *real*. Nadie estaba diciendo nada. Baja música inquietante. Sonaba italiano, quizás operístico. Cuando miré hacia atrás, Bestia había desaparecido y todos los hombres me miraban fijamente. A través del entumecimiento helado al que me obligaba a mí misma, la amarga lidocaína que me aplicaba para sobrevivir, me preguntaba si yo era el regalo de la fiesta, si esto no era una cena, sino una repetición de lo que había sucedido en el club.

La única comida era crudité y canapés, no exactamente *la cena*. Además, yo era la única que *comía*. Todos los demás estaban colgados cerca de la ventana, bebiendo sus bebidas, susurrando sus palabras y mirando descaradamente hacia mí. Como una gacela entre los leones, podía ver sus brillantes ojos a través de la hierba alta, podía sentir su intención asesina.

—Baila conmigo. —Salté ante la voz baja, volteando para ver que Bestia había reaparecido detrás de mi espalda. Sentado, dominándome por completo. ¿Cuán enfermo es que me sentí aliviada al verlo?

No era una petición; extendió la mano y estrechó los ojos mientras esperaba que la tomara. Apreté mi mano en la suya, sin decir nada sobre el momento extraño o la elección extraña en la música, y siguió a la división entre el comedor y la sala de estar. Bestia me acercó y me quedé entumecida en sus brazos.

Entumecida era mejor que náuseas. Entumecida era mejor que excitada. No podía manejar mis sentimientos a su alrededor. Lo odiaba y lo quería. Simultáneamente me hacía querer tirarme de un edificio y lanzarme a él. Era mejor no sentir nada.

Bestia me tomó la mano, girándome alrededor antes de traerme de nuevo a su pecho. Presionada en su pecho justo cuando estaba a punto de girar hacia fuera, mi mente se dirigió a más temprano esa noche. Me había perdido, igual que el día anterior. Cuando me besaba, lo había olvidado. Mis defensas habían caído, haciendo que lo que sucediera a continuación empeorara.

Le había dicho que lo odiaba para ganar compostura, para construir mis paredes de nuevo. *No es tu amor lo que quiero*, él había respondido, y justo así habían caído de nuevo.

Me devolvió a sus brazos.

—Estás hermosa en ese vestido —murmuró contra mi oído. Mis ojos se agrandaron ante el cumplido cariñoso, luego se apagaron cuando me acordé de por qué lo había elegido.

—Me recordó un cuento de hadas —susurré.

—Esto no es un cuento de hadas, Frankie —dijo contra mi lóbulo de la oreja. Casi me burlé. *Obviamente no. Los hombres están bebiendo vino por la ventana donde perdí mi virginidad, mirándome como carne. Me desnudan con sus ojos porque realmente saben lo que hay debajo, por ti.*

Me dio vueltas en círculos. Le dejé hacer todo el trabajo. Giro, pируeta. Giro, piroeta. Era monótona en su gracia y discordia orquestada.

—¿Alguna vez sabré tu nombre? —le pregunté mientras me sumergía. Su mano descansaba sobre mi espalda baja mientras me mantenía tendida. Tenía los dedos de los pies en punta, las piernas levantadas del suelo mientras mi cabello besaba el suelo. Su pecho presionaba firmemente contra el mío, y sus ojos... sus labios... Estiré mi cuello, arqueando la espalda lo más lejos que podía para alejarme de ellos. Su intensidad rivalizaba con la música. Si me rendía, me perdería igual que contra la puerta.

De repente me dejó caer y se alejó. Mi culo picó con el impacto. Mi vestido se extendió a mí alrededor. La canción continuó.

\*\*\*

—Voy al baño —le dije, pero maldito si él trató de detenerme. Me había dejado caer en el maldito piso. Me miró sospechosamente durante un momento, pero luego se fue, como si supiera que había terminado de intentar algo. Sus ojos dijeron todo lo que temía reconocer. Mi pelea había desaparecido. Yo misma me había vendido, no era una chica secuestrada. Había hecho mi cama y me iba a acostar en ella, no era como si tuviera cualquier lugar donde pudiera correr, de todos modos.

Terminé de lavarme las manos y me miré en el espejo del baño. Era como si estuviera desapareciendo ante mis ojos. No estaba molesta por desaparecer, sin embargo; me molestaba que no tuviera elección. Suspirando, me volví y abrí la puerta del baño.

—Oh —jadeé. Una mitad de Tweedledee y Tweedledum<sup>2</sup> bloquearon mi salida, Arlo, tal vez. Definitivamente no era Tough Tino, que era lo suficientemente grande para levantar una casa.

Arlo se apoyó en el marco. No era tan grande como Tough Tino, ni siquiera Bestia, pero todavía era algo de lo que huir. Con los brazos cruzados, se burló de mí.

—¿Yendote tan pronto? —preguntó Arlo. Sacudí la cabeza, insegura de su intención. Volvía a Bestia, nada más, pero la forma en que el hombre me veía con la mirada me hizo pensar que había algo más detrás de sus palabras. Aparté mi mirada e intenté caminar más allá de él, pero me empujó de nuevo al cuarto de baño.

Estaba tan agotada. En serio, tan agotada. Mi cuerpo dolía con toda la lucha que había pasado. Todo lo que quería era que alguien que me amara, me abrazara y me dijera que todo estaría bien. Mientras miraba fijamente a este hombre descarado y depredador, sabía que eso no iba a suceder. Cambié abrazos y besos por moretones y cortes. Al menos podría pelear con este hombre, sin embargo. Al menos mi familia no sufriría si le doy a este hombre unos mordiscos y golpes.

Alcancé la primera cosa que pude poner en mis manos, un dispensador de porcelana de pañuelos desechables, y lo arrojé a su cabeza. Lo esquivó y se estrelló contra la puerta. Le cortó un poco la sien, pero aparte de eso, él fue indemne. Se lanzó hacia mí y me clavó contra la ventana.

*Oh, recuerdos.*

<sup>2</sup> Son personajes del cuento A través del espejo y lo que Alicia encontró allí de Lewis Carroll y de una canción de cuna inglesa anónima.

Lo golpeé en la ingle y se dobló. Lo empujé a un lado y corrí hacia la puerta, ¡el bastardo la había cerrado! ¿Por qué siempre es tan difícil desbloquear algo cuando tienes mucha adrenalina? Me ocupé con la cerradura, pero cuando la tenía abierta, él me estaba tirando por el cabello.

Me tiró al suelo y mi cabeza golpeó contra el inodoro y luego aterricé con un golpe en la baldosa. Un golpe de dolor atravesó a través de mí, astillándose a través de mi cuerpo y luego se asentó en un latido sordo entre mis ojos. Estaba mareada. Puedo haber gemido. Traté de moverme y pararme para seguir luchando, pero él se paró en mi muslo. Con la cabeza doliendo tanto, oí y me sentí más de lo que vi el siguiente momento de tortura.

Le oí deshacer el cinturón. Lo oí bajar los pantalones. Luego estaba encima de mí. Pateó mi vestido, buscando aperturas. Cuando no pudo encontrar nada, lo derribó.

Mi precioso vestido de cuento de hadas azul fue destrozado por sus manos carnudas. Grité cuando su palma agarró mi pecho, tan duro y despiadado. Las lágrimas quemaron mis párpados. No quería llorar. No quería derramar más lágrimas por esta realidad.

Me puse ropa interior, pero es posible que no haya usado nada. Era básicamente una tela de araña con el apoyo y la cobertura que proporcionaba. La seda y el encaje blancos no ofrecían ninguna protección contra él. Su cabeza gomosa me examinó. Sus sudorosas palmas me palparon. Justo cuando me resigné a ser violada, en *realidad* violada, la puerta se abrió de golpe. Trozos de madera rotos volaban por todas partes. Abrí los ojos, mirando más allá del hombre sudoroso encima de mí al que estaba en la puerta.

Si pensaba que había hecho enojar a Bestia antes, estaba equivocada. Él parecía completamente deshecho mientras se encontraba en la puerta. Sus ojos azules eran más negros que ónix y cada vena de su cuerpo se hinchaba. Tenía los puños cerrados, los nudillos blancos. Estaba asustada, y ni siquiera había hecho nada.

Arlo me soltó el cabello y me alejé de inmediato. No quería acercarme a la enorme bestia, ni quería estar cerca del hombre que acababa de intentar violarme, así que me refugí detrás del inodoro. Bestia, sin prestarme atención, avanzó hacia el hombre. Mi visión se oscureció ligeramente mientras apretaba la base de porcelana.

—Mira, solo estaba... ella es solo una esclava... —Arlo trató de suplicar. No estaba funcionando. Bestia se alzaba sobre el hombre, cuyas súplicas salían en varios chirridos agudos—. ¡Por favor! Jefe, no volverá a suceder.

Bestia se agachó y agarró el cuello de Arlo. Miré fijamente horrorizada mientras levantaba a Arlo por su garganta, mis propios ojos se ensanchaban cuando Arlo agarró desesperadamente las manos de Bestia, jadeando por el aire. No estaba segura de lo que quería que sucediera. Por un lado, Arlo podía caer en un pozo de lava por lo que me importaba. Por otro lado, nunca había visto a nadie ser asesinado... nunca pensé que tendría que hacerlo.

Más allá de mis reflexiones internas, oí un crujido repugnante. Eché una ojeada a ver al hombre colgado de las manos de Bestia, su brazo como un espagueti flojo. Él estaba vivo. Apenas. Era una buena cosa que estuviera cerca de un inodoro.

—Ven —dijo Bestia cuando terminé de descargar todas mis crudités y canapés anteriores. Me levantó del brazo y me arrastró pasando por el cuerpo. Casi volví a vomitar.

\*\*\*

Bestia me dejó en su habitación. Ahora había algo reconfortante en la habitación gris oscuro y oro. *Síndrome de Estocolmo*, pensé amargamente. Yo no debería haber sido consolada por las sábanas negras y las paredes grises, pero lo estaba. Me alegré de que me haya dejado aquí en lugar de mi habitación.

Se había ido para ir a “tratar con algunas cosas”. Probablemente el cuerpo aferrándose a la vida fuera del baño. Arlo. Distante, como faros a través de la niebla a punto de correr hacia mí, me preguntaba si quería que él viviera.

No.

Había mirado su cuerpo respirando superficialmente mientras Bestia me llevaba más allá. Recordé estar enojada por el ascenso y la caída de su pecho. Sin embargo, nunca en un millón de años me imaginaré en esta situación, rezando para que alguien muera.

Sostuve las rodillas hasta el pecho. Nada tenía sentido. Me había imaginado noble cuando cambié mi vida por la de papá, pero ahora que todo se sentía como una vida atrás. Me preguntaba si él había seguido adelante. Tal vez estaba viendo un reality en televisión y comiendo comida para llevar como si nunca estuve allí.

Probablemente.

Todavía llevaba el vestido de cuento de hadas de doncella, pero estaba increíblemente desgarrado. Agarré los jirones a mis pechos casi expuestos, las flores de encaje colgando de mi cuerpo hecho jirones. Una pierna se asomaba entre los trapos y noté los araños rojos que decoraban la suave piel. Probablemente los

obtuve tratando de huir de él, me raspé la pierna en el suelo o contra él. Era como si pequeñas hadas estuvieran arañando su camino por mi pierna.

Suspiré. Qué vida maravillosamente podrida. Me preguntaba si así era como realmente vivían las princesas.

—Hola.

Levanté la cabeza hacia la voz, tan rápido que casi tuve un latigazo cervical. Una chica estaba parada en la entrada. Iba vestida impecablemente con un abrigo de invierno mantecoso y pantalones blancos, una colorida bolsa de *Hermès* en su brazo. La bufanda en su cuello era probablemente *Hermès* también. Tenía el cabello rubio como la playa que brillaba incluso en la oscuridad, pecas en su piel dorada y una sonrisa.

Una maldita sonrisa.

—¿Qué es lo que quieras? —espeté.

Caminó hacia mí.

—He sido enviada a atender tus heridas.

—Estoy bien. —Levanté una mano, haciendo un gesto hacia la puerta por la que había pasado, y puse la barbilla sobre las rodillas.

La chica levantó una ceja oscura.

—¿Segura?

Levanté la mía a cambio. Quería desesperadamente decirle que se fuera a la mierda, pero no estaba segura de su papel. Tal vez ella estaba cerca de Bestia. Tal vez si le dijera dónde asomar la cabeza, me atraparía algo. Apisoné los dientes, dejando los ojos hablar mientras la chica brillando continuaba avanzando.

Eché un vistazo a una pintura que colgaba de la cama, me miró y frunció el ceño. Caminó a una esquina en la habitación. Miré la pintura también, pero todo lo que vi fue lo que había estado viendo: líneas abstractas. Tal vez ella estaba realmente en el realismo. Frunciendo el ceño, me concentré en ella.

—¿Qué? ¿Qué es lo que quieras? —pregunté. Mi miedo era como sangre. Por más que intentaba obstaculizarlo, fluía libremente de mí.

Desde la esquina de la habitación, la chica se levantó la blusa, revelando una serie de hematomas de color púrpura oscuro. Algunos de ellos se estaban volviendo

de un llamativo color amarillo, pero la mayoría era índigo profundo, incluso negro. Fruncí el ceño, luego la miré. Ella ni siquiera se inmutó, pero debía doler. Tenía que doler.

Antes de que pudiera responder, la chica bajó su blusa.

—Las mujeres tenemos que permanecer juntas —dijo.

Horas después, me senté en la cama, mirando el lugar donde había estado la chica, viendo sus moretones en mi mente. Su nombre era Gabby y solo se había quedado por treinta minutos, pero parecía que habíamos hablado durante horas. Al principio Gabby me pareció un superhéroe por la forma en que cargaba sus hematomas, alguien viniéndome y salvándome, pero después de hablar con ella, sabía lo contrario.

Solo tenía dieciocho años y llevaba cuatro años casada.

Todavía tenía las rodillas pegadas al pecho cuando oí que la puerta se abría y se cerraba, la misma que Gabby había atravesado. No me molesté en mirar hacia arriba; sabía quién era, y dudaba de que fuera tan amable como ella.

El peso de la cama cambió cuando se sentó junto a mí y me abracé la rodilla más fuerte. Segundos después, sus manos callosas capturaron mi barbilla, y trajeron mi mirada hacia la de él. Había una suavidad en sus rasgos que nunca había visto antes. En las breves vislumbres de ternura antes de este momento, la dureza siempre había permanecido, como una tortuga en un caparazón. Aquí, sin embargo, estaba casi expuesto.

Casi.

Mis ojos se abrieron, tratando de beber en este extraño momento.

No me malinterpreten, este no fue el momento en que todo cambió. Bestia no se convirtió repentinamente en un príncipe con un nombre y emociones humanas normales. Él no se disculpó y me permitió volver con mi familia. La suavidad era lo más cerca que conseguiría como disculpa.

Una persona normal diría lo siento. Bestia no era una persona normal, sin embargo. Esta no era una situación normal. Bestia me miró con suavidad y ternura, y yo le devolví la mirada. Mis ojos estaban llorosos, pero no había llorado. Incluso cuando la chica me había mostrado bondad, no había llorado. Mi sangre podría fluir, pero maldita sea, detendría las lágrimas. Eventualmente, aparté mis ojos y con una sutil caricia de mi mandíbula, él dejó caer su mano desde mi barbilla.

Supuse que sus acciones eran su forma de decir que solo él podía tenerme a mí, lo que, si tengo que vivir en su mundo, era algo reconfortante. Al menos solo conseguía el abuso de él. Poco a poco, estaba comprendiendo a Bestia. No siempre me gustaba lo que aprendía, pero al menos lo sabía. Preferiría pertenecer a un psicópata que a un club entero de ellos.

Cuando miré de regreso, la mirada de Bestia estaba sobre mí, dura como un golpe en el estómago. Contuve el aliento y me humedecí los labios. Sabía que debía mirar hacia otro lado, pero no pude; su mirada azul verde era hipnótica. Terminó de jugar juegos, se disculpó a su manera. Él estaba listo para lo que era suyo. Cualquier otra persona reconocería que alguien que casi había sido violado necesitaba tiempo para descansar, pero no Bestia. No había ningún interruptor para Bestia. Podría matar a una persona y luego follar a alguien inmediatamente sin parpadear.

Pero se sentía como algo más que eso: era animal, como marcar territorio. Podía sentir la necesidad saliendo de él en oleadas, y al menos le envidié la moderación que me estaba mostrando. Estaba tan nervioso, tan tenso, la necesidad de marcar lo que era obvio por las venas de su cuello, la necesidad de hacerlo indiscutible que yo le pertenecía a él claro por la forma en que sus venas se enroscaban y palpitaban. Estaba segura de que eso debería haberme aterrorizado, o al menos haberme enojado.

Pero cuando me concentré en él, en el hambre en sus profundos ojos verdes, la sentí también: el hambre, la necesidad carnal. Era tan profundo, sabía que nunca me dejaría. De alguna manera se había enraizado tan profundamente dentro de mí, eliminarlo significaría la muerte. Era petrificante, pero también estimulante.

De repente, Bestia se movió. Con movimientos uniformes y calculados, se volvió hacia mí. Mi mente me gritaba. Estaba perdiendo una especie de batalla importante. No había regreso de esto. Aun así, no me importó. Todo lo que vi fue cómo se sentó junto a mí y gentilmente puso una mano sobre mi hombro, levantando los jirones de mi vestido. Todo lo que sentí fue que me quitó las tiras de tela, una por una. Lo estudié, fascinada. Era un tipo de gentil. Fue como ver esos videos de *YouTube* de osos jugando con humanos. Seguí esperando que se cayera la parte inferior, que el oso destrozara al humano.

Él nunca lo hizo.

Pellizcó los jirones de mi cuento de hadas uno a uno, el único sonido entre nosotros, nuestro aliento, el suyo, el mío, cada vez más errático. Cuando terminó, estaba en mi lencería de plata brillante, apenas allí. Coloque las rodillas de nuevo en el pecho, pero él agarró una. Contuve el aliento, esperando que me obligara a

bajar las piernas. En cambio, me acarició la rodilla. Con los ojos muy abiertos, me quedé mirando su pulgar rozándome la piel desnuda.

Suavemente, empujó la rodilla, y la dejé caer. En lugar de mirar hacia abajo, levanté la vista y lo miré. Con sus ojos nunca dejando los míos, colocó su palma sobre mí, sobre la lencería de encaje que me protegía. Jadeé ante el contacto. De alguna manera se sintió más íntimo de esta manera, más invasivo. No sé por qué. No sé por qué de esta manera, con la tela que nos separa, era más íntimo.

Esperé, esperé a que rasgara el encaje plateado o me empujara contra la cama. La persistente expectativa se volvió insopportable. Su mano se movió. La mía agarró la tela de la cama. El aliento dejó mi cuerpo en un silencioso ruego mientras él lentamente acariciaba arriba y abajo.

Pensé débilmente que debería decir algo, decirle que se fuera, pero en lugar de eso me arqueé, mi cuerpo preguntando lo qué no podían hacer mis palabras. Sus caricias no se hicieron más duras o más rápidas, solo el mismo ritmo tortuosamente lento y delicado. Era como si supiera que tendría que presionarme contra él, moverme contra él, *retorcerme* contra él.

Las ráfagas de aire salieron de mi cuerpo cada vez más rápido. Mi cabello color chocolate me cayó frente al rostro y sentí piedad de que no tenía que mirar. Quizás si no lo viera, podría fingir que nunca sucedió.

Esa cálida y derretida sensación de caramelito nadaba y se acurrucaba a través de mí. Los dedos de los pies rizados y desenrollados. Deje caer la cabeza hacia atrás cuando dejé escapar un pequeño suspiro y la humedad se acumuló entre mis muslos. Brevemente, me pregunté cómo había prometido que nunca volvería a llorar y como ya estaba rompiendo mi promesa. Se subió encima de mí, ojos azules verdosos bajo un ceño exigente. Lo alcancé, lo abracé como si el momento se hiciera añicos en el momento en que lo soltara.

Porque lo haría.

Sabía que si seguía mirándolo quedaría atrapada, me entregaría, así que me alejé y lo solté.

—Por favor, no ahora —dije suavemente, las manos cayendo sobre la suave tela. Por un momento, fue silencioso, pero silencio tranquilo, un silencio lleno de preguntas, demandas y necesidades. Podía escucharlo respirar. Recé para que él no presionara, porque no pensé que podría luchar contra él. No físicamente, sino mentalmente.

*Dios, quiero extender la mano y agarrarlo de nuevo.*

—Por favor —dije de nuevo, incluso más discreto. Me quitó la mano y me volví. Pensé que estaba escuchando, que me iba a dejar en paz. Luego llevó su mano a mi mejilla.

Me estremecí.

Estaba preocupada de que el animalismo anterior que había visto me fuera a afectar. Su rostro se oscureció y en segundos me inmovilizó. Estaba segura de que me iba a lastimar; el fuego en sus ojos era tan intenso que me quemaba. Quemó. Cerré los ojos para alejarme de él, pero podía sentirlo por la forma en que la cama se hundía a cada lado.

Sus labios estaban cerca de mi oreja y su voz era ronca, cruel.

—¿Todavía crees que voy a hacerte daño? —preguntó. Mi aliento se detuvo—. No tienes idea de lo que arriesgo para mantenerte a salvo. —Mantuve los ojos cerrados hasta que sentí que la cama cedía a cada lado, hasta que la puerta se cerró de golpe. Incluso entonces, mantuve los ojos apretados.

# Capítulo 8

La noche anterior había sido un enigma. Anteros había ido al dormitorio con la intención de devolver a Frankie a su habitación y olvidar que la noche había pasado, pero algo sobre la forma en que ella se sentó en su cama, acurrucada con los jirones de lo que había sido un vestido llamativo, lo golpeó.

Al principio Frankie se había aferrado a él. Era como si hubiera sentido lo mucho que la necesitaba después de ver a Arlo tratar de despojarla. Luego ella le soltó, se estremeció, porque Frankie lo veía como un monstruo y nunca lo vería como a nada más.

Anteros sacudió los hombros. *Joder*. Frankie había estado jodiendo su vida desde el primer día, y él iba a arreglar eso. Ahora mismo. De pie frente a la misma puerta a la que había llamado hacía solo una semana, Anteros llamó. Antes de Frankie, a él no le importaría una mierda sobre lo que alguien pensaba de él. Él era Bestia.

El más despiadado.

Un monstruo sobre todo el resto.

Naturalmente ella se estremecería, porque esa era la reputación que él había construido. Anteros golpeó de nuevo, su puño se puso furioso cuando los pensamientos de la noche anterior inundaron su mente. Enviar a Gabriella a Frankie había roto el protocolo severamente, pero cuando la había visto en el monitor de video, con las rodillas apoyadas en su pecho, esa mirada desolada en su rostro, le había hecho algo. Había sentido algo inexplicable y había tenido que hacer algo, por lo que llamó a Giovani y le exigió que enviara a su esposa.

Anteros pensó que ya les estaba mintiendo a sus Lobos, que ya estaba jodiendo el sistema, por lo que algunas grietas más en la base estaban bien.

Anteros llamó de nuevo. Cuando todavía no hubo respuesta, miró hacia el auto oxidado en el camino de entrada y en la ventana a la izquierda. Una luz estaba encendida. Si Antonio Notte quería parecer que no estaba en casa, estaba haciendo un trabajo bastante pobre. Anteros suspiró y llamó por última vez, aunque ya se estaba preparando para abrir la cerradura.

Metió la mano en su abrigo, sacando los suministros para la cerradura. Podría haber derribado la puerta, pero no quería asustar a Notte, esta vez no. Él estaba allí para devolverle algo que había tomado antes de que ella arruinara por completo su vida; si también antes de que ella se arruinara irrevocablemente, eso era solo una coincidencia.

Anteros metió la pequeña pieza de plata en la cerradura y jaló, esperando hasta escuchar el *clic*. Cuando sonó, abrió la puerta. Se guardó las herramientas en el bolsillo y miró dentro. La sala de estar estaba vacía, pero cuando puso el pie sobre el umbral, escuchó el portazo de una puerta.

Típico.

Anteros se guardó la mano en el bolsillo y palpó las herramientas para abrir.

—Notte —gritó. Sin respuesta. Caminó por la casa. Se veía exactamente igual, tal vez incluso peor. Más papel tapiz pelado. Basura en el suelo. Levantó una ceja hacia un condón usado, tratando de imaginarse a la mujer que dormiría con un hombre como Antonio Notte.

Anteros llegó a una puerta cerrada, haciendo un rápido trabajo de desbloqueo. Notte se encogió en la esquina de un armario, pero espera, ¿era un dormitorio? Pequeño y debajo de la escalera, parecía ser un armario, pero había una cama en el interior. ¿Por qué coño había una cama en un armario? Aunque la casa era pequeña, Anteros había contado dos dormitorios. ¿Notte tenía más hijos de los que Anteros conocía?

—B-Bestia... —tartamudeó Notte. Anteros levantó una mano y lo silenció. Él caminó más adentro en la pequeña habitación. Un paso lo tuvo hasta el final y tuvo que agacharse. Las paredes estaban empapeladas con fotos, del piso al techo. Entrecerró los ojos, distinguiéndolos. Obviamente fueron cortados de revistas. Extendió la mano tocando una foto arrugada de Times Square durante Año Nuevo.

—Esta era su habitación... —Se volvió hacia Notte ferozmente—. ¿La metiste en un armario? —Anteros agarró a Notte por el cuello y lo arrojó fuera del pequeño espacio. Él aterrizó sobre su espalda y procedió a gatear lejos. Anteros miró desde Notte a los destinos arrugados pegados al yeso.

Ella se merecía algo mucho mejor, pero Anteros sabía de primera mano que no había forma de elegir a tus padres.

Anteros se inclinó, se puso en cuclillas y se encontró cara a cara con Notte, que todavía no se había levantado.

—Voy a devolverte a Frankie.

—¿Qué? —Notte abrió mucho los ojos.

Pasando una mano por sus gruesos y oscuros mechones, Anteros se repitió:

—Y ningún Pavoni te molestará de nuevo. Tienes mi palabra.

—No.

—¿No? —Anteros miró al hombre, preguntándose qué juego estaba jugando. Intentaría negociar por dinero?

—No la quiero de vuelta —dijo Notte con más firmeza. Tomaba mucho sorprender a Anteros. Muchas personas decían que lo habían visto todo, pero realmente no lo habían visto. Anteros, sin embargo, había visto casi todo. No ascienda a la cabeza de una familia criminal sin ver una mierda jodida. Cuando Antonio Notte le devolvió la mirada a Anteros, con voz clara, y declarando que no quería a su hija, por primera vez en años, Anteros se sorprendió.

Por otra parte, no debería haber sido. Había visto de primera mano lo terribles que podían ser los padres.

Rápidamente Anteros se puso de pie, tratando de recuperar la compostura.

—¿A qué estás jugando, Notte? —preguntó bruscamente.

—Nada —declaró Notte—. Toma a la chica y déjame en paz. No la quiero. —La rabia llenó a Anteros, blanco como el sol. Sabía que Notte era muchas cosas, cobarde, tonto, pero ¿esto? Anteros lo alcanzó y lo agarró por el cuello, arrojándolo contra la pared. Esperó hasta que el rostro de Notte se enrojeció y luego habló.

—¿Lanzarías tu propia sangre a los lobos? —preguntó—. ¿Qué tipo de hombre eres? —Notte se negó a hablar, apretando la mandíbula. Anteros lo empujó de nuevo—. Respóndeme.

—Nunca debería haber aceptado ayudar a un jodido Pavoni —escupió Notte—. No importa el dinero. ¡Frankie y este jodido cuento de hadas me han maldecido! Solía ser un buen hombre, tenía planes para un futuro, y ahora mírame...

—Explícate —interrumpió Anteros, cerrando los dedos con más fuerza alrededor de la garganta de Notte—. ¿Qué cuento de hadas? ¿Qué quieres decir con que no deberías haber aceptado ayudar a un Pavoni? Frankie te ayudó. Ella absolvio *tu* deuda.

Notte palideció.

—Yo... eso es lo que quise decir. Que dije. Yo no debería haber tomado dinero de Pavoni. —Anteros entrecerró los ojos. Algo estaba erróneo. Soltó a Notte y Notte lo miró como un niño al que acababan de regañar. Qué desperdicio de vida, ni un hombre, ni siquiera una persona, simplemente tomando oxígeno.

—Dime la verdad —dijo Anteros—. ¿Qué cuento de hadas?

—La estoy diciendo. —Notte se frotó el cuello—. Me acabo de confundir es todo.

—¿Qué cuento de hadas? —bramó Anteros.

Notte dejó caer la cabeza entre las rodillas.

—Me acabo de confundir... Me confundí... —No dejaba de repetirlo una y otra vez, como un niño con miedo a un monstruo.

—Si me mientes por algo, lo descubriré. Regresaré —declaró Anteros. Mirando al hombre en el piso, apretó los puños, decidiendo enfrentar el problema de una vez por todas. Un hombre que dejaría morir a una hija tan hermosa, inteligente y rara merecía morir. Frankie apareció en su mente, no obstante, y se aflojó. Con un suspiro, Anteros dijo—: Tienes suerte, le di mi palabra a la chica, de lo contrario estarías muerto a mis pies.

\*\*\*

Anteros miró por las ventanas polarizadas de su vehículo de lujo hasta la casa de Notte. *¡Frankie y este jodido cuento de hadas me han maldecido!* Eso es lo que él había dicho; Anteros no lo había oído mal. Él había dicho que Frankie y el cuento de hadas lo habían maldecido.

La pantalla que lo dividía a él y su conductor se separó.

—¿Con Lucio? —preguntó Nikolai.

—Sí —replicó Anteros, todavía mirando hacia la colina hacia la pequeña casa—. Pero tenemos una parada para hacer primero —le dijo Anteros a Nikolai a dónde ir, y el auto se apartó de la acera. Arrastrando su atención de la casa y la extraña proclamación de Notte, Anteros pensó en la noche anterior.

Recordaba vívidamente la forma en que Frankie lo miraba, sus brillantes ojos azules, grandes y recelosos... ¿y por qué no lo estaría? Pensó en la habitación, no, en el armario, en la que acababa de entrar, lleno de pequeñas fotografías arrugadas como papel tapiz. Anteros sabía que había sido arrojada al abismo, pero no tenía idea de cuán superficial su mundo había sido antes.

Ella tenía veinte. Cuando él tenía veinte años, había visto el mundo, visto derramamiento de sangre, estaba escalando posiciones, a solo una década de ser el jefe de la organización criminal más peligrosa y formidable del mundo. Esa habitación lo hizo preguntarse.

Una cosa era ser virgen, pero Frankie parecía haber venido de un mundo de completa ingenuidad.

Con una exhalación, se pasó los dedos por el cabello.

De repente, le pareció lógico por qué se había cambiado a sí misma.

No tenía idea de en qué se estaba metiendo.

El auto disminuyó la velocidad fuera de un sitio de construcción. La nieve caía suavemente, suavizando el banco industrial. La partición negra bajó lentamente y apareció la melena dorada de Nikolai.

—Estamos aquí, Jefe. —La partición se levantó y unos segundos más tarde, Nikolai abrió la puerta. Poniendo un pie primero, Anteros salió al suelo cubierto de nieve.

Se ajustó las solapas de su abrigo de lana y despidió con la cabeza a Nikolai.

—Regresa en una hora. —Dando vuelta, Anteros se enfrentó al esqueleto del edificio. Las vigas de acero y madera esbozaban en lo que pronto se convertiría. La lona se adhería a las secciones abiertas mientras el viento lo azotaba hacia adelante y hacia atrás, y una cerca de alambre de púas envolvía todo para mantener a las personas afuera.

Una hora fue misericordiosa.

Nadie cuestionaría los gritos porque no había nadie allí para cuestionarlos; era un área subdesarrollada. El sonido de un martilleo, el sonido de un taladro, eso era muy común. Para cuando el equipo de construcción llegara mañana, el cuerpo sería cortado, vertido en cemento y listo para desaparecer en la próxima ola de petrificación.

Pero no antes de que Anteros le hiciera ver su punto.

Sacando una llave, Anteros pasó por alto el alambre de afeitar y se encontró con el esqueleto. Cuando Anteros entró a la habitación, el sonido de la puerta haciendo eco en el espacio vacío hizo que Arlo levantara la cabeza. La luz pálida se filtraba en el húmedo y estéril sitio de construcción y la sombra de Anteros se

envalentonó brevemente antes de que la puerta se cerrara detrás de él con un áspero chasquido. La oscuridad gris los envolvió.

Arlo parecía una mierda. Después de la golpiza que Anteros le dio el día anterior, estaba a punto de morir. Su ojo parecía estar fuera de su zócalo. Todo su rostro estaba negro y azul a excepción del drenaje rojo en los puntos más chillones. Su nariz estaba hinchada y dentada.

—¿Jefe? —La temblorosa voz de Arlo hizo eco. Los *Ferragamos* de Anteros chocaron contra el concreto en respuesta, los mocasines brillando en la oscuridad. La cabeza de Arlo se disparó a ambos lados como si tratara de localizar la fuente del sonido. Junto a Arlo se había instalado una mesa con un destornillador inalámbrico, junto con alicates y un martillo, tal como Anteros había pedido.

Anteros tomó el destornillador y Arlo giró la cabeza hacia un lado. Sus ojos se ajustaron a la oscuridad y se ensancharon ante la vista.

—No, por favor, Jefe.

Anteros encendió el destornillador.

—Cuando un árbol está a punto de caer, ¿crees que perder el tiempo negocia con el viento?

—¿Qué...? —Anteros condujo el destornillador en el muslo de Arlo y la pregunta fue interrumpida por el sonido de su grito. Cuando pasaron los cincuenta minutos, sonó el reloj de Anteros. Empujó su manga hacia atrás, la faz de su reloj sangriento como gotitas rojas de lluvia en un parabrisas. Colocando los alicates en la mesa, regresó a Arlo.

Su cabeza se lanzó, entrando y saliendo de la conciencia. La sangre se acumuló alrededor de sus pies, reflejando el brillo negro de la habitación oscura. Todo su brazo izquierdo estaba fuera de servicio, obvio por la forma en que colgaba muerto, el golpe seco de su sangre que drenaba hacia la piscina más grande.

Anteros agarró la barbilla de Arlo, obligándolo a mirarlo a los ojos. Arlo gimió ante la sensación de los dedos de Anteros clavándose en su boca desdentada.

—Estás a punto de terminar. —El alivio se apoderó de las facciones de Arlo. Anteros sacó su cuchillo, y el alivio sangraba del cuerpo de Arlo aún más rápido.

*Muerte*. Pudo ver la palabra en los ojos de Arlo. Anteros mantuvo su agarre en la barbilla de Arlo mientras su otra mano escondía el cuchillo momentáneamente en su cintura. Con la misma mano, desabrochó la pretina de Arlo. El alivio se transformó en miedo y consternación cuando Anteros agarró la polla de Arlo. Sus

ojos rogaron y suplicaron cuando la comprensión se retorció dentro de él como el cuchillo ya no prometía hacer.

Anteros buscó el cuchillo y con lentitud, cortó su polla. El grito de Arlo fue agudo y agonizante hasta que ya no lo fue. Se desmayó, pero no murió. Moriría tan lento o tan rápido como la sangre se drenara de su cuerpo.

Con disgusto, Anteros tomó la polla ahora desmembrada y la metió en la boca de Arlo.

\*\*\*

Cuando Anteros llegó a la casa de Lucio, el concejal Dario “el Cuck” De Luca estaba leyendo un periódico en el vestíbulo, con el sol atravesando los papeles sepia en tablillas. Al ver a Anteros, dobló el papel y se levantó. Dario vestía el traje de tres piezas habituales, ceño siempre presente debajo fleco. Su cabello estaba salpicado de gris, arrugas de desdén alineadas en su piel de tonos oliváceos. El Cuck era el padre de Emilio Alessio De Luca, pero también de Gabriella De Luca, la pobre infeliz que había enviado para atender a Frankie.

La enfermera salió y al ver a los dos hombres, inmediatamente se puso nerviosa. Claramente, Dario había estado esperando ver a Lucio, pero la costumbre le permitió a Anteros la primera visita. Ella tiró de su cuello y miró hacia el piso. Sonriendo ácidamente, Dario volvió a sentarse.

—No es como si fuera un hombre ocupado —murmuró. Volteando la página del periódico, Dario miró las manos de Anteros, donde aún había un poco de la sangre de Arlo que aún tenía que limpiar—. Día ocupado, ya veo.

—Una hemorragia nasal —respondió Anteros, siguiendo a la enfermera hasta la habitación de Lucio. Anteros no lloraría a Arlo y no se sentía mal por sus acciones, pero no necesitaba que el Cuck metiera la nariz en asuntos que no le concernían.

Cuando Anteros entró en la ornamentada habitación roja y dorada, Lucio estaba sentado en la cama, lo que significaba que era un buen día. Aun así, los ojos del hombre estaban vidriosos y lejanos.

—Déjanos —dijo Anteros a la enfermera y al guardia de Lucio. La cabeza se inclinó, la enfermera retrocedió. El guardia dobló y atacó como de costumbre, pero aún se fue. Anteros se sentó al lado de Lucio y tomó su mano. Inmediatamente comenzó a informar a Lucio de lo que sucedía, como lo hacía todas las semanas. Lucio apenas parpadeó, sus brillantes ojos azules miraban por una gran ventana cubierta de cortinas transparentes. Soplaron con una misteriosa brisa invisible.

Al soltar la mano de Lucio, Anteros siguió con el verdadero motivo de la visita.

—Lucio. —Anteros bajó la voz—. ¿Sabes algo sobre Francesca Notte? —Miró hacia las puertas, comprobando dos veces que la enfermera era buena y se había ido. Lentamente, Lucio se volvió para mirar a Anteros y lo miró directamente. Sus ojos eran del famoso color Pavoni: un cristal, color aciano, como el cielo licuado.

Anteros pensó en Frankie, en sus hermosos ojos azules y en el famoso cuento de hadas que cada Pavoni aprendía desde su nacimiento.

—¿Sí? —sugirió Anteros—. ¿Sabes sobre Francesca Notte? O... —Anteros bajó la voz aún más—. ¿Francesca Pavoni? —Lucio parpadeó y se volvió hacia la ventana. Anteros maldijo y se levantó, pasándose una mano por el cabello. Vería a Antonio Notte, eso era seguro, por hacerlo sentir y actuar como un tonto. Por un momento, Anteros cedió a la misma locura que los soldados. Anteros ligeramente puso su mano en el hombro de Lucio, luego se volvió para irse.

Cuando el mayordomo le entregó su abrigo para irse, Dario se acercó. Con el papel doblado debajo de su brazo, dijo:

—Te escuché preguntando sobre la familia Pavoni.

—¿Estabas escuchando a escondidas? —gruñó Anteros. Anteros le proporcionó el respeto que un miembro del Consejo exigía, sus manos estaban atadas en ese sentido, pero ¿escuchar a escondidas? El hombre estaba prácticamente pidiendo inexplicablemente morir mientras dormía.

—¿Quieres saber lo que sé? O debería simplemente continuar mi camino... —Dario se apagó, actuando como si hubiera más que contar. Anteros apresuradamente le hizo un gesto para que continuara—. Hubo... rumores. —Dario hizo una pausa, esperando la reacción de Anteros.

—¿Rumores? —Anteros levantó una ceja incrédulo.

—Leyenda urbana, una historia de princesa, cosas que pasan por los soldados. No tiene ningún mérito para ellos. —Por la forma en que hablaba, era obvio que creía que al menos había algo de verdad en ello.

• Anteros frunció el ceño. ¿Esto era para lo que Dario lo había detenido?

—¿La princesa Pavoni? Todo el mundo y sus madres conocen esa historia.

—Hay rumores... —dijo Dario, encogiéndose de hombros tímidamente.

—¿Qué rumores? —gruñó Anteros. Dario obviamente estaba sacando esto.

—Lucio Senior y Valeria tuvieron una quinta hija, Isabella —continuó Dario.

—Yo sabría eso —replicó Anteros rápidamente. Tal vez un poco demasiado rápido. ¿No es así? Cuando Lucio Pavoni Senior se había casado con Valeria Marchesi, habían tenido solo cuatro hijos: Lucia, Lucio, César y Emilio. Eso fue todo. Anteros sabría si los que comenzaron la Familia tuvieron un quinto hijo.

—Valeria nunca quiso el riesgo que esta vida trae para su familia —continuó Dario con irritante serenidad—. Y supuestamente Lucio Senior honró sus deseos con el quinto hijo. Nadie sabe lo que le pasó a ella. La mayoría dice que está muerta, pero corre el rumor de que tuvo una hija, y esa niña llevaba su nombre. —Anteros sintió calor repentinamente. ¿Cuál era el nombre de la madre de Frankie?

—¿Cómo podría alguien saber de ella? —preguntó Anteros—. ¿De los niños?

—Exactamente. Estas son historias de viejas esposas de una princesa perdida hace mucho tiempo que subiría al trono como... —Le dio a Anteros una mirada larga y calculadora—. Como ahora la sangre está embarrada. —Anteros le devolvió la mirada a Dario con una mirada de acero. Dario tampoco era exactamente limpio. Ignorando el hecho de que simplemente se había casado con la línea De Luca, era parte del famoso escándalo de Sofía De Luca. Lo llamaron “el Cuck” por una razón.

—Si encuentras que el liderazgo es desagradable, siempre puedes irte. —Anteros se quitó su abrigo de lana, permitiendo que el gesto mostrara el metal de su arma a la luz. De Luca lo miró y luego sonrió con amargura.

—Soy leal a los Pavoni hasta el final. —Con eso, Dario entró en la habitación del todavía patriarca oficial, Lucio Pavoni. Anteros observó sus pasos, esperando a que doblara la esquina.

*Soy leal a los Pavoni hasta el final.* Anteros apretó la mandíbula. Eso era lo que temía.

\*\*\*

Nikolai esperó en el bordillo de la casa de Lucio con la puerta ya abierta. Cuando Anteros se deslizó sobre el cuero del asiento, Nikolai preguntó:

—¿Al almacén? —Ese día se reuniría con Emilio y Rhys, pero todo con Frankie había sido muy molesto. Podrían esperar un poco más.

—Casa. —Anteros se pasó una mano por el cabello—. Rápidamente. —La frente levantada de Nikolai fue sutil mientras cerraba la partición. Durante el viaje a casa, Anteros apenas notó el paisaje urbano, tan consumido estaba con

pensamientos de Frankie. Él había permitido que siguiera demasiado tiempo, el empujar y tirar.

No la había tomado desde la primera noche, pero ella le había dejado una huella. Había marcado completamente su mente y no tenerla lo estaba volviendo loco. Ella lo poseía, y no poseerla lo estaba enviando al límite. Él necesitaba un exorcismo.

Cuando Nikolai se detuvo, le dijo que se quedara en el auto. Solo tomaría un minuto. Se preguntó si ella lo sabía todo el tiempo; sabía lo que le estaba haciendo. Si era un juego para ella, la forma en que torció su mente y corrompió su vida. Si eso era lo que había planeado cuando había cambiado su vida por la de su padre.

Ella no estaba en su habitación y no estaba en la suya, lo que solo le dejaba un lugar donde estar. Avanzó por el penthouse.

La chimenea estaba brillando, crujiendo como el fuego dentro de él. Estaba acurrucada junto a ello, con una manta sobre las piernas y un libro en las manos. La luz brillante se reflejaba en su piel dorada y sus pestañas caían sobre el azul claro de sus ojos. Anteros caminó hacia ella, sus pisadas aterrizaron como golpes violentos.

Dio un paso hacia ella, agarrando su barbilla y atrayendo su atención hacia él tan ferozmente que los músculos del cuello de ella se estiraron y cablegrafíaron. Su aliento se aceleró y también su parpadeo, pero él continuó mirándola a los ojos, un azul tan brillante, tan penetrante que parecía cristalino. Había muy pocas personas con las que alguna vez se hubiera encontrado con ese color de ojos.

—¿Quién eres? —ladró Anteros—. ¿Por qué estás aquí? No me mientes. —Frankie dejó caer el libro que estaba leyendo. La manta ahora torcida, un resplandor rojo ensombrecía los sutiles picos y valles de su rostro.

—¿Hablas en *serio*? —Su voz estaba sin aliento, la falta de aliento de la incredulidad, como si sus pulmones estuvieran trabajando horas extras para entender—. Estoy aquí por *ti*.

—Dime tu nombre —exigió.

—¿Qué?

—Dime. Tu. Nombre.

—Frankie.

Él apretó su barbilla más fuerte, la piel se blanqueó debajo de su pulgar e índice.

—Dime tu nombre completo.

—Francesca. Valeria. Notte. Tú. Psicópata. —Hizo una pausa y dijo—: Es cierto que la última parte es nueva.

—¿Valeria? —Anteros bajó la barbilla y no pudo evitar agrandar los ojos. ¿Cómo Valeria Marchesi, de la familia original de la mafia? ¿La familia con la que Lucio Senior se había casado y luego cortado la corona en una noche sangrienta y decisiva? Anteros la agarró por los hombros y la sacó de la silla.

—¿Quién *eres*? —preguntó. Era una locura pensar que era la princesa Pavoni, pero se sintió sucumbir a la locura.

—¿Quién eres *tú*? —respondió ella—. Soy Frankie. He sido Frankie. —Ella se encogió de hombros—. Bicho raro.

—¿Quién era tu madre? —presionó Anteros.

—Valeria Notte —respondió ella. Una parte de él se relajó. Eso fue diferente de la historia, entonces. Dario había dicho que la quinta hija se llamaba Isabella. Sabía que era ridículo consentir esta locura, pero tenía que presionar. Tenía que saber.

—Su apellido de soltera —aclaró Anteros.

—Yo... —Frankie se detuvo, su rostro congelada—. No lo sé.

—No me mientas, maldita sea —siseó.

—Murió cuando yo era pequeña y mi padre no habla de ella. —Frankie lo empujó, sus ojos se llenaron de lágrimas—. Dios, ¿por qué estás haciendo esto? ¿Es esto una especie de nueva tortura? ¿Me recuerdas lo poco que sé de mi madre para hacerme llorar? ¿Por qué me debes atormentar?

—No *has* hecho nada más que *atormentarme* —gruñó él.

—¿No he hecho nada más que *atormentarte*? —repitió, con los ojos cada vez más abiertos—. ¿En qué universo alternativo estás viviendo? ¿Y cómo hago el agujero de gusano? —Ante su sarcasmo, Anteros la atrajo hacia sí. Ella jadeó mientras él serpenteaba su brazo alrededor de su cintura, aplastando su cuerpo contra el de él.

—Tú tentándome —declaró.

Ella apretó sus dedos, sus ojos brillando a los suyos.

—Estás delirante.

—No sé por qué no te rendirás —tronó—. Sé que quieres.

—No lo quiero. —Presionó el puño contra el pecho de él, tratando de alejarse.

—Así que si siento aquí... —Su mano rozó entre sus muslos—, ¿no estaría mojada? ¿Esperando? ¿Lista?

—Si estás tan seguro, solo tómame. —Sus palabras fueron escupidas como el veneno de una serpiente—. Solo *hazlo*. Solo *tómame*. Nunca te ha importado lo que quiero. —Ella le agarró las solapas.

—¿Es eso lo que piensas? ¿O lo que te dices a ti misma? —La empujó contra la pared. Ella se puso de puntillas, los pies bailando en el suelo mientras luchaba por encontrar tierra mientras la sostenía en el aire. Sus ojos captaron la pintura detrás de ella, un óleo de París. Había estado allí muchas veces, y había comprado la pieza de un artista local en uno de sus viajes más recientes. Su mente se posó en el recorte de la revista de París que había visto en su pared.

—No entiendo por qué no lo haces. —Frankie desvió la mirada. Sus ojos se posaron en los suyos brevemente, enojados, llenos de calor, de angustia ardiente. Anteros frunció el ceño, pero la dejó caer completamente con un gruñido áspero. Se dirigió al otro lado de la habitación, sintiendo la necesidad de distancia tanto como su siguiente aliento. ¿Qué demonios estaba haciendo? Había querido entrar y solo hacerle las preguntas sobre su linaje, para llegar al fondo de lo que realmente estaba pasando con la princesa Pavoni. Nunca en un millón de años habría imaginado que el rumor de la princesa Pavoni pudiera tener algo de verdad. Sería como descubrir que había una sirena viviendo y respirando, pero algunas cosas simplemente no estaban sumando.

Él no podía enfocarse.

Ella lo volvía loco.

Cada vez que estaba cerca de ella, tenía la habilidad de enrollar el caos dentro de él, conducir la lujuria como un pico de ferrocarril a través de su cerebro. Se centró en la decoración de su biblioteca. Abarcaba los tres pisos, con una escalera de caracol que conectaba los balcones que albergaban los diferentes niveles de libros. La biblioteca era una mezcla de moderno y antiguo, con intrincadas molduras talladas, pero colores limpios y simples.

Había algunos artículos de acento, como la silla y la alfombra; esos eran de un brillante azul aciano, tan brillante que era claro. La manta que había estado usando para calentarse, también estaba compuesta de hebras de tejido tan intrincadamente azules que parecía una brillante galaxia de polvo de estrellas.

Todavía de espaldas a ella, Anteros se aflojó la corbata, dándole su paciencia. El sedoso material gris de su corbata se deslizó entre sus dedos mientras se lo quitaba del cuello. Colocó el lazo en la silla de alto respaldo personalizada y luego se volvió de la tela azul hacia ella. Apoyándose con los antebrazos en la parte superior del respaldo, la estudió.

Un rubor rosa se deslizó desde su cuello y se extendió a sus mejillas. Se mordió el labio, sus ojos tartamudeaban desde el suelo hasta el techo, hasta la puerta y viceversa.

Lentamente caminó hacia ella, como si estuviera obligado. Él le apretó la barbillas, arrastrando su atención hacia él. Deslizando su pulgar entre sus labios, gentilmente tiró hacia abajo el inferior, exponiendo sus dientes blancos. Ella estaba cada vez más ansiosa. Él podía verlo por la forma en que sus pechos subían y bajaban con aliento caliente. Por un momento se arrepintió de haberle dado la opción de elegir su ropa ese día; el apretado suéter de color crema que llevaba le provocaba.

Anteros la agarró y la empujó contra las estanterías. Presionó una rodilla entre sus muslos, empujó su pecho contra el de ella, y juntó sus manos en las suyas, jalándolas sobre ella. Deslizándose por la nariz a lo largo de su piel, desde la nuca, hasta la uve en su blusa, y luego otra vez, la inhaló. Tan dulce, tan picante, completamente Frankie. Fue enloquecedor.

—Pensé que te dije que no mientas —susurró contra su yugular.

—Yo-yo... —tartamudeó ella—. No lo hice. Realmente no entiendo por qué no lo haces. —Ante su respuesta, Anteros alzó su muslo, presionando fuertemente contra su sexo. Frankie se quedó sin aliento. Ese grito ahogado, incluso más que la forma en que su sexo se derritió por completo contra él, lo jodió. Fue la primera señal de que ella estaba cediendo.

—¿Debería darte duro, entonces? —Anteros empujó contra ella, presionándola contra la pared para que Frankie sintiera cada paquete duro en su cuerpo—. ¿O suave? —Disminuyó su asalto y se pasó las manos por el cabello de ella. Agarrando su cráneo, él le acercó el rostro al suyo y la besó lentamente. Su cabello era como seda, su rostro tan pequeño en sus manos.

Frankie lo chupó en respuesta, lamiéndolo febrilmente contra sus besos lentos y pausados. Aun así, sus brazos ahora libres no se moverían. Se extendieron detrás de

su cuerpo, presionando con fuerza contra la pared como para salvarle la vida. La frustración se revolvía en sus entrañas.

Rompiendo el contacto, él susurró contra sus labios.

—¿Deberíamos ir rápido? —Sus ojos se abrieron cuando aplastó sus labios contra los de ella, poniendo las acciones en palabras. Anteros bajó rápidamente los labios por su cuello y sus manos se estiraron y le desgarraron la blusa para revelar la parte superior de sus pequeños y delicados senos. Luego hizo una pausa. Palmas descansando ligeramente sobre su piel, la miró.

Como todo lo demás sobre ella, los pechos de Frankie estaban provocando. Un pequeño rubor se deslizó desde las delicadas curvas, extendiéndose desde su cuello hasta el hermoso arco de sus mejillas. Quería tirarla al piso y violarla.

Pero de eso no se trataba esto.

—O lento? —Él calmó sus acciones, inclinándose para besar sus curvas sin prisas. Los rápidos jadeos de Frankie se convirtieron en suspiros y sus manos serpentearon alrededor de su cuello. La sensación de Frankie a su alrededor fue una victoria que iluminó todo su cuerpo. Anteros retumbó, bajo en su pecho, algo que sonaba como aprobación. Algo se sentía tan jodidamente bien con sus brazos alrededor de él. Una voz susurró que destruiría cualquier cosa, quebrantaría a cualquiera solo para sentir eso.

Y entonces Anteros rápidamente destruyó ese pensamiento, volviendo a la tarea que tenía entre manos.

—Debería follarte suavemente —le preguntó, besando su camino de regreso a su boca—. ¿O con pasión? —Sus manos agarraron su culo y la levantó hacia él. Las piernas de Frankie se tensaron alrededor de su cintura. Ella gimió en su boca cuando él apretó su polla contra su centro.

Cuando Frankie comenzó a buscar a tientas los botones de su camisa, Anteros preguntó:

—De qué manera sería mejor borrar la duda en tu mente, *mio cuore*? —No había querido decir el término cariñoso, pero acababa de salirse. Afortunadamente, Anteros estaba seguro de que Frankie no sabía mucho, en su caso, italiano—. ¿De qué manera sería mejor confirmar que soy el monstruo de la historia? —La dejó caer, y ella cayó al duro suelo de la biblioteca.

Frankie bajó la mirada, el cabello color chocolate sombreando su rostro. No trató de cubrirse y en ese momento, Anteros casi se agachó para levantarla. Ella se

veía tan recatada, cautivadora. Luego, las siguientes palabras que habló le recordaron exactamente por qué no lo hizo. Su voz era tranquila, decidida.

—Yo... —Ella tragó saliva—. No necesito ninguna confirmación. Sé que eres el monstruo. —Sus ojos se posaron en los suyos, el odio ardía. Tenía un rubor rojizo en el rostro, uno que él había puesto allí. El tono fresa se deslizó por sus mejillas, sobre su pecho, y supo que se deslizaba hacia abajo. Ella parecía agotada. Él la había marcado de alguna manera. Incluso si su mente no lo dejaba, su cuerpo lo haría por ella.

—Si estás tan segura, Frankie —replicó Anteros—. Entonces no me molestaré en tratar de persuadirte. Después de hoy, puedes estar segura de eso.

\*\*\*

Anteros aún podía saborearla en su lengua, como sal y algo más. Algo delicioso, casi indescriptible. Algo que se derretía como el helado, pero era espeso y dulce como el chocolate. Algo completamente Frankie. Le hizo querer saltarse las comidas, saltarse las bebidas, para mantener ese sabor en su lengua un poco más de tiempo.

Le hizo querer probarla en todas partes. Sus pensamientos derivaron a como que ella sabría entre sus piernas...

—¿Señor Drago? —preguntó Rhys, volviendo a centrar su atención en el presente—. A los medios se les ha dado la historia y se espera que el senador dimita en unos días. —Anteros asintió, apenas prestando atención. La había dejado en el piso de la biblioteca, dirigiéndose directamente a la oficina de su casa donde Rhys y Emilio estaban esperando, pero en lo único que podía pensar era en Frankie. Ese exorcismo había fallado por completo; en todo caso, acababa de abrir la puerta para más demonios.

—¿Qué han escuchado sobre la princesa Pavoni? —preguntó, cambiando completamente el tema.

—¿Qué? —preguntó Rhys, la confusión cubriendo su rostro en arrugas—. ¿Qué es la princesa Pavoni?

—¿Qué has oído? —inquirió Anteros, mirando a Emilio.

—¿Has estado pasando el rato con los soldados? —Emilio se rio. Al ver el rostro de Anteros, se puso serio—. Es un mito. La historia cuenta que en algún lugar hay una princesa que continúa la línea de Pavoni. Es una historia para la hora de dormir que se dijeron a sí mismos después de la Guerra de Sangre para sentirse mejor sobre el hecho de que casi todos los Pavoni murieron.

Con el ceño fruncido, Anteros se puso de pie y caminó alrededor de su escritorio, tocando la madera al ritmo. Nada de lo que Emilio había dicho era nuevo para él, pero la versión de Dario había desatado algo. Nunca había escuchado una versión que involucrara a una quinta hermana y un hijo. Era intrigante. Era...

Todo era una tontería.

Todas mentiras.

Anteros apretó el puño, soltando un suspiro.

—No importa. —Sin embargo, su mente estaba nublada. Era una sensación única, una jodida *molesta* sensación. Su mente nunca antes había estado nublada. Sabía exactamente lo que lo estaba causando, también.

Casi como si fuera una señal, Rhys habló.

—Como todavía no has hecho nada con la esclava, ¿eso significa que quieres perseguir África?

Anteros se deslizó en su silla y miró hacia la ventana. Estaba tan oscuro fuera, el cielo parecía entintado. Pasaron los minutos en silencio mientras los pensamientos se disolvían en una sensación cruda dentro de él. La idea de darle a Frankie fue repulsiva. Devolver a Frankie a Notte le había parecido que estaba arrancando una parte de sí mismo, pero lo había intentado porque era necesario.

¿Dándole algo al imbécil en África?

De ninguna manera.

—La esclava está fuera de la mesa —respondió Anteros. Pasaron unas horas más mientras terminaban discutiendo sobre negocios. Rhys no volvió a mencionar a África, pero Anteros nunca dejó de pensar en ello. Frankie no le trajo más que problemas. Anteros era conocido por su enfoque único en los negocios, por su crueldad y astucia. Con ella, él no tenía ninguno de esos. ¿Por qué la mantenía cerca? Renunciar a ella era la decisión correcta, ya sea que fuera a África o a la calle.

Incluso sabiendo eso, no podría hacerlo.

Cuando Emilio y Rhys se marcharon, estaba llegando a la mitad de la noche. Aun así, Anteros presionó el botón de llamada para Nikolai. Minutos después, sus rizos aparecieron, inclinado de manera deferente en la entrada.

M.D

Mary  
Catherine  
Gebhard

—Jefe? —preguntó Nikolai.

—Tengo una tarea especial para ti —dijo Anteros—. Hay rumores sobre una princesa Pavoni. Necesito que averigües si hay algún mérito para ellos. Sugiero que comiences con Antonio Notte. Tenía algunas ideas sobre el asunto.

—Sí, jefe. —Nikolai asintió y luego cerró la puerta. Cuando hizo clic, Anteros miró la madera gruesa, con la mente puesta en la esclava que dormía en su cama en la planta baja.

# Capítulo 9

En el patio con vista al río Hudson, tuve un amigo. Gabby y yo nos sentamos bebiendo chocolate caliente, riéndonos, y por un momento, mi vida se sintió normal. Por un momento, podría olvidar la forma en que la conocí. Su nombre era realmente Gabriella, pero ella me dijo que la llamara Gabby. Ella era la chica de cabello rubio brillante y cálidos ojos marrones que me había mostrado bondad la noche en que Arlo había intentado violarme, la chica con hematomas que rivalizaba con los míos.

Esa noche me había dicho que nunca antes había tenido amigas, nunca había tenido amigos. ¿Suena familiar? Luego se había desvanecido, ojos de chocolate traicionando la primera sensación de desarmonía desde que aparecía como mi hada madrina. Ella sonrió, se volvió hacia mí y dijo:

—Pero ahora la tengo. ¿Somos amigas, verdad?

Ella se veía tan joven entonces, con los ojos grandes y abiertos como si buscara en *mí* salvación. Casi podía ver a la novia infantil de catorce años atrapada en su cuerpo. La miré ahora, mientras servía su taza de cocoa. Sus manos temblaban ligeramente, aunque el resto de ella estaba en calma, y sabía que el temblor no era por el frío.

Después de lo que sucedió con Bestia en la biblioteca, tuve la sensación de que necesitaba desesperadamente amigos ahora más que nunca. La helada y fría forma en que me había hablado después de que lo llamé monstruo estaba tatuada en mi cerebro. *Si estás tan segura, Frankie, entonces no me molestaré en tratar de persuadirte. Después de hoy, puedes estar seguro de eso.*

Me estremecí, sus palabras todavía me afectaban.

—Deberías ponerte una chaqueta —dijo Gabby, sacándome del pasado.

—Suenas como él —le comenté con insolencia—. Diciéndome qué hacer.

—Lo siento —respondió ella—. Esa no era mi intención. —Exhalé, sintiéndome mal. No era justo para mí hablar duramente con Gabby porque ella no tenía defensas. Era como golpear a una tortuga sin una concha. Antes de que pudiera disculparme, me preguntó—: ¿En qué estás pensando?

—La primera vez que nos conocimos —respondí, mintiendo un poco. Gabby se sentó junto a mí en el balcón, con la nariz enrojecida por el frío del invierno. Cuando apareció por primera vez, había estado sentada en la cama, inseguida de casi haber sido violada, con un vestido arrugado de doncella que más temprano en la noche había comparado con un cuento de hadas.

*Esto no es un cuento de hadas, Frankie.* Negué con la cabeza ante las palabras que se me vinieron a la cabeza, tomando un sorbo de chocolate caliente. Aun así, los recuerdos siguieron corriendo por mi cabeza como una película en proyección. Tanto sucedieron en los cortos treinta minutos que Gabby había venido a tratarme.

Encontré a una compañera de armas en Gabby, en sus hematomas, y en las mentiras que se decía para sobrevivir. No había cobardía en su deshonestidad, había honor en ello. Las mentiras eran la única forma en que ella había sobrevivido cuatro años como una niña novia, y ella me enseñó que yo también podría sobrevivir de esa manera. No era el tipo de mentira que haces cuando haces trampa en una prueba. Gabby me mostró que las mentiras serían mi armadura. Pronto mentiría tanto que no sabría quién era. Si la verdadera Frankie moría, él nunca podría llegar a mí. Miré a Gabby, preguntándome quién había sido ella hacía cuatro años, y volví a estremecerme, tal vez por el frío, pero probablemente no.

Gabby me miró estremecer como si quisiera decir algo, pero en cambio me preguntó:

—¿Puedes guardar un secreto?

Levanté una ceja.

—Incluso si no pudiera, ¿a quién se lo voy a contar? ¡A Bestia! —Como si compartíramos tanto—. Imagínate eso.

—Buen punto. —Gabby se acercó a mí en el patio—. Estoy embarazada.

Levanté una ceja.

—¿Son buenas noticias? —Imaginé el bebé de Bestia dentro de mí. Solo de pensarlo me hizo apretar el agarre de mi suéter gris paloma.

—Me preguntaste el otro día por qué no huía. Creo que me iré ahora. —Gabby se tocó el estómago. Cuando vino a mí, me pregunté por qué no se había escapado. Yo tenía que pensar en papá, ¿pero Gabby? ¿Por qué ella no solo se daba a la fuga?

—Fue un placer conocerte, Gabby —le dije—. Incluso por un tiempo.

—Todavía no me voy, pero aun así, antes de irme, necesitas saber que hay cámaras. —Cogió nuevamente la jarra de chocolate caliente—. Todos las tienen. —Me congelé. Entonces él podría verme, ¿ahora? ¿Podría verme todo el tiempo? Pensé en todo lo que había hecho y la consternación me invadió. Nunca estuve sola.

—No te preocunes. —Gabby me tocó el brazo al ver mi cara—. No hay cámaras aquí. Hay una en tu habitación. Frente a la cama, porque por supuesto eso obvio, ¿verdad? —Ella se rio—. Una vez que sabes qué buscar, los verás en todas partes. Se ven como brillantes insectos negros.

—Entonces, ¿él escuchó todo lo que hablamos? ¿Cuándo viniste a visitarme la primera noche? —Habíamos hablado de cosas tan privadas. Sé que es ridículo esperar privacidad, pero ella me dejó entrar en un secreto tan grande. Me había dicho que Gabriella era como la llamaban los hombres, pero Gabby era su verdadero nombre. Con hadas y otras criaturas mitológicas, la única forma de matarlos era conocer su verdadero nombre. Era un secreto muy bien guardado, y cuando ella me dijo su nombre, me sentí como si me hubiera dejado entrar en el de ella. Tal vez fue tonto, pero me sentí privilegiada. ¿Por qué ella...?

—No tienen sonido —dijo Gabby. *Oh.*

—¿Dónde está ubicada? —le pregunté.

—La pintura. —Asentí de nuevo, tratando de bloquear las náuseas que se arrastraban sobre mí. Recordé cómo Gabby había mirado la pintura y tenía sentido. Me encantaba esa pintura. Al igual que la mayoría de las pinturas de Bestia, era abstracto. Muchas noches no podía dormir y miraba esa pintura. Cuanto más miraba, más se formaban los trazos casuales y sin objetivo.

Por supuesto que estaba contaminada.

No había leído el diario en unos días, pero esa primera vez, cuando Nikolai comentó, lo había escondido debajo del colchón. ¿Ha visto Bestia? ¿Cómo podría no hacerlo?

Náuseas retorcidas en mis entrañas.

—Parece que has visto un fantasma —dijo Gabby—. No te preocunes por las cámaras. De verdad. Hay cosas mucho peores de las que preocuparse —añadió lo último en voz baja, casi como una ocurrencia tardía.

—Nos quedamos sin chocolate caliente —dije aturdida, poniéndome en pie—. Iré a buscar más. —Gabby me agarró del brazo, con una expresión feroz y asustada sobre sus rasgos.

—Realmente deberías dejar que tu chico haga eso —dijo.

Mis facciones se torcieron

—¿Mi chico?

—El rubio.

—¿Nikolai? —pregunté—. Puedo conseguir mi propio chocolate caliente, gracias. —Traté de quitarle importancia, pero ella no lo soltó—. Déjame ir, Gabby. —Giré en su agarre y finalmente me soltó, reticencia escrita en su rostro como si supiera que no podía detenerme. Su voz se movió sobre mi hombro mientras caminaba por las puertas del patio.

—Él no estará feliz... —Eso era embrujado, y casi me detuvo, pero sacudí la cabeza y seguí.

\*\*\*

En la cocina, busqué paquetes de chocolate caliente. Abrí la despensa, revolviendo estantes, pero no pude encontrar *nada*. Imagínate. La cocoa sabía a ese tipo ridículamente caro, del tipo hecho en una estufa, del tipo literalmente chocolate derretido. Por supuesto, no iba a haber ningún paquete de azúcar teñido por ahí. Suspiré y dejé caer la jarra.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—¡Jesús! —Di un salto hacia la voz, dando vuelta para ver a Nikolai.

—Tienes que volver al patio. —Su rostro era severo, la cicatriz retorcida con el ceño fruncido. Rizos rubios cayeron sobre su mirada dura.

—Estoy consiguiendo chocolate caliente. —Levanté la jarra para enfatizarla.

—Déjame hacerlo. —Se estiró para agarrarla de mí, pero lo sostuve de él.

—Tú y Gabby —dije—. ¿Qué mierda? Puedo obtener mi propio chocolate caliente. —Había sentido, no sé, cómoda. Suena extraño, porque la cárcel es la antítesis de la comodidad, pero Bestia me había permitido ir y venir de las habitaciones y la biblioteca sin quejarse. Me había acostumbrado a un poco de rutina y mi miedo estaba empezando a disminuir.

Esa comodidad fue un error.

Mi descanso estaba mal.

Había olvidado que debía aferrarme al miedo y nunca dejarlo ir. El miedo era mi brújula. Sin eso, estaba caminando a ciegas.

Nikolai frunció el ceño.

—Todavía no logras entender cómo funcionan las cosas aquí. —Fue mi turno de fruncir el ceño.

—¿Y cómo funcionan? —le pregunté, bajando la jarra. El fondo de metal colisionó con el mostrador con un resonante estruendo. El ceño fruncido de Nikolai se disipó momentáneamente. Parecía asustado, con los ojos muy abiertos y la mirada destellando hacia el segundo piso. Por un momento mi intestino se apretó con miedo y seguí su mirada. Cuando no vi nada, mi instinto volvió a la normalidad.

—¿Quién eres? —sondeé—. ¿Qué quieres de mí?

—Te dije que era tu amigo —susurró Nikolai.

—No, no lo hiciste —silbé, bajando la voz para que coincida—. Dijiste que también tenías secretos. *Hitler* tenía secretos, al igual que *Mussolini*, pero no los consideraría amigos.

Nikolai entornó los ojos.

—Puedes confiar en mí.

Me burlé.

—¿Cómo?

—¿Te ha dicho Bestia algo sobre el diario? ¿Has sido castigada?

No dije nada. Entonces recordé lo que Gabby acababa de decirme.

—Podrías haberme contado sobre las cámaras.

—No estaba seguro de si tú podías confiar en mí —respondió Nikolai—. Como dije, no eres la única con secretos.

Crucé los brazos. Nikolai aprovechó la oportunidad para acercarse a mí y arrebatar la jarra.

—Soy tu amigo, Frankie —dijo—. Eliminé y he eliminado videos incriminatorios de ti.

—¿Por qué? —pregunté. Luego, unos segundos más tarde, dije—: ¿Qué videos incriminatorios? —Todo lo que podía pensar era en el diario. ¿Hubo otras cosas que había estado haciendo que me metieran en problemas? Escaneé mis recuerdos como si estuviera mirando un viejo *Rodex*.

—Voy a llenar esta jarra. Vas a volver al patio. —Abrí la boca para refutar, pero Nikolai añadió—: Hay cámaras en toda esta casa, Frankie. Estamos en un punto ciego. Él está en su oficina, mirando la transmisión. Si sigues presionando esto, no podré borrar lo que ya ha visto. Vuelve y juega tu papel. —Nikolai tomó la jarra y caminó hacia la estufa. La conversación había terminado claramente, al menos en su final, pero me quedé por un momento. Luego, con un profundo suspiro, me alejé.

Todo el tiempo que volví, sentí que estaba siendo observada. Me pregunté qué estaría pensando él. Me preguntaba si Bestia simplemente se sentaba en algún lugar, mirándome, como una versión de Dios. Estaba casi en el pasillo cuando un acento británico recortado descendió por las escaleras. Debería haberlo ignorado, pero luego escuché “Arlo”. Su nombre aún me hacía apretar los intestinos. Bestia dijo que se había ocupado de él, pero ¿por qué debería confiar en él? Miré hacia las escaleras. No se me permitía caminar allí.

Mi curiosidad y terror me dominaron. Mirando detrás de mí hacia donde Nikolai todavía estaba en la cocina, subí las escaleras. ¿Qué sabía realmente Nikolai, de todos modos? No era como si Bestia pudiera verme todo el tiempo. Él no era realmente Dios.

Mi estúpida e ingenua comodidad.

Llegué a una gran puerta de madera y se escuchó una voz.

—El Consejo descubrió a Arlo.

—¿Y? —La voz molesta de Bestia me atrajo más cerca. Yo dudé. Si él ya estaba enojado, definitivamente no quería que me atrapara.

—Su polla cortada metida en su boca. —Mis ojos se abrieron de par en par. Debería haber dado media vuelta y volver corriendo al patio, pero tenía que saberlo. ¿Por qué fue encontrado de esa manera? ¿Qué pasó?

—Aún no entiendo lo que estás tratando de decir —contestó Bestia. Un hombre se burló.

—Así que es bastante jodidamente obvio por qué lo mataste. —Otro hombre habló, su voz elevada, aunque sin gritar. Reconocí esa voz: era uno de esos idiotas, ¿Pequeño O o Gran O tal vez?—. Cualquier idiota con un cerebro puede ver el

punto que estás haciendo. —Mis cejas se unieron en confusión. Miré las sombras en la madera dura, tratando de entender.

—Bueno. Tal vez la próxima persona pensará antes de tomar lo que no les pertenece —contestó Bestia. Me quedé quieta. ¿Qué no les pertenece? Esa noche brillaba en mi cerebro, cuando Bestia había entrado en la habitación después. Había sentido su necesidad tan claramente, había sido como una entidad tangible en la habitación: la necesidad de marcarme, reclamarme para que nadie más pudiera hacerlo. Ahora aquí estaba diciendo que lo había proclamado al mundo.

Mi estómago se movió, mi garganta se secó, y tragué saliva. Sabía que debía tener miedo, pero la razón por la que no podía moverme no era miedo.

—El Consejo tendrá tu culo —dijo alguien, cortando mis pensamientos. Chico Bonito, ¿tal vez? No podría estar segura.

Bestia se rio.

—Primero tendrían que salir del suyo.

—Has cometido un asesinato de honor por una esclava, hombre. Estás... *mal*. —Di un grito ahogado, luego rápidamente cubrí mi boca. No pude evitarlo. ¿Qué era un asesinato de honor y por qué Bestia lo hizo por mí? Una parte de mí gritó la respuesta, pero igual de rápido borré esa parte.

Con mi mano sobre la boca esperé más información, pero fue solo silencio, completo y absoluto silencio. Solo podía escuchar el sonido de mi corazón latir. Hubiera sido un buen momento para caminar de puntillas, pero esperé, preguntándome si descubriría más.

Para mí era como una droga, el conocimiento. Al igual que el diario, anhelaba saber más.

Entonces la puerta se abrió de golpe. Bestia estaba en la entrada, luciendo completamente sorprendido de verme.

—Hola, Frankie.

\*\*\*

—Solo estaba... —tartamudeé. Mirando detrás de él, podía ver una habitación que parecía ser un estudio. Era enorme, con el tema en el penthouse, con las mismas ventanas de piso a techo que el resto del apartamento. Había un imponente escritorio hecho de lo que parecía ser todo tipo de madera. Era hermoso.

Ah, y estaban los imbéciles, a excepción de ese silencioso, flaco... él había desaparecido. En su lugar había un hombre que nunca había visto antes, con la cabeza afeitada y la piel oscura. Era diferente a los demás, de alguna manera menos amenazante. Sus rasgos no estaban tan endurecidos como los de ellos.

—Consiguiendo algo de la cocina —agregué, dándome cuenta de que no había terminado mi oración. Con un solo movimiento, Bestia cerró la puerta de golpe detrás de él y me agarró del cabello. Jadeé, alcanzando sus manos para aliviar la presión. Él me apartó y tropecé, mis pies resbalaron contra el suelo.

Me arrastró por las escaleras y estaba segura de que mi cuello se rompería con la forma en que él jalaba y tiraba. Mis talones se arrastraron contra la alfombra, contra la madera dura, hasta que llegamos a su habitación. Empujó la puerta de su habitación y me tiró a la cama.

Jadeé, recogiendo aire en grandes respiraciones que dejaban mis pulmones sintiéndose en carne viva. Era todo lo que podía hacer para concentrarme en mi respiración, centrarme en devolver mi cuerpo a la homeostasis. Cuando me sentí un poco más estable, levanté la vista, y su mirada, la intensidad salvaje con que me miraba, me devolvió a la inestabilidad.

—Creo que te estás poniendo demasiado cómoda aquí —dijo y luego se alejó. Cerró la puerta detrás de él. Oí un ruido de clic que supuse que era un bloqueo. Pensé en Gabby sentada en el patio. ¿Qué le pasaría a su bebé? ¿Tendría que irse a casa con el hombre que la golpeaba? Me sentí horrible, como un idiota. Tanto ella como Nikolai me lo habían advertido.

*Todavía no logras comprender cómo funcionan las cosas aquí.*

Las palabras de Nikolai volaron a través de mí y luego rebotaron alrededor de mi cuerpo. Fue en ese momento que debería haber vuelto a la realidad. Debería haberme dado cuenta de lo que él y Gabby habían estado tratando de advertirme: la Bestia no era un hombre. No importa cuántas veces me deja ir a la biblioteca, todavía sería una Bestia.

Pero todavía no lo veía.

Estaba segura de haber terminado con la esperanza.

Pero todavía no estaba rota.

Sentada en la cama, lo que Gabby dijo me vino a la mente. Busqué cámaras. Ella había dicho que se verían como pequeños bichos negros. En la esquina donde se unían el techo y la pared, vi una. Ahora que sabía qué buscar, no podía perderla. Fue justo como ella dijo, como un brillante insecto negro. Un escarabajo redondo.

Rápidamente aparté la mirada, para no llamar la atención sobre mi mirada fija. Casualmente husmeé, tratando de encontrar más.

En la mesita de noche una pegada a una estatua, como si me mirara con lascivia. Me froté los brazos para calentarme. Probablemente estaban mirándome. Aparté la vista, tratando de no enfocarme en las cámaras, tratando de actuar de manera normal. Me preguntaba si Gabby había sido enviada a casa, de vuelta a su marido de mierda, el que le dio todos esos moretones.

Me preguntaba si ella ya se habría escapado.

Entonces la puerta se abrió y todos mis pensamientos se disolvieron. Bestia se acercó a mí, su aura oscura, absorbiendo las sombras mientras venía hacia mí.

—¿Recuerdas lo que te dije, Frankie? —preguntó, nuestras piernas colisionando. Negué con la cabeza, mintiendo. Recordaba perfectamente lo que me había dicho. Nunca lo olvidaría. Me había dicho que dejaría de intentar persuadirme de que no era un monstruo.

No era consciente de que él había estado intentando en primer lugar.

Me sonrió y dijo:

—Qué lástima.

\*\*\*

Fijada debajo de la Bestia, sus manos trabajaron magia negra sobre mí. Sus labios quemaron maldiciones en mi piel. Gemí. Cada vez era más difícil no gemir.

—Córrete para mí —gruñó.

Puede que no tenga otra opción en el asunto, sin embargo, a través de mi delirio, encontré algo de autocontrol y susurré:

—No.

Me empujo la cabeza hacia atrás por el cabello y gruñó:

—Córrete para mí.

—Incluso si logras hacerme un orgasmo, nunca voy a correrme para *ti* —escupí. La Bestia se tambaleó. Él parpadeó. Aproveché su estupor y tiré de mi cabeza de regreso. Me arranque mechones de cabello de la cabeza, pero me alejé arrastrándome. No quería mirarlo, con miedo de regresar.

Me encogí de miedo junto al poste de la cama, aferrándome a mis jirones de libertad, incapaz de detener el embate de la vergüenza. Dios, no podía creer que hubiera cedido así. Lo hice tan fácil para él. Todo lo que tenía que hacer era besarme y me desenredaría como un suéter con un hilo suelto. Dejé que me desvistiera. Dejé que me tocara.

No, hice más que eso.

Yo lo quería. Lo anhelaba. Lo exigía, incluso. Cada vez que él viene a mí, intento una nueva defensa, y cada vez, su ofensiva la borra. Esta vez, al principio, me endurecí como piedra, me dije a mí misma que él no rompería mis rocas. El problema con la roca, sin embargo, es que no es nada en contra de la fuerza del agua. Él era fluido, dinámico, se adaptaba a todo.

Lo odio.

Lo quiero como nada que haya deseado antes.

Agarré el poste de la cama como si fuera mi vida, temiendo que viniera por mí y yo también saltaría por él. En cambio, lo escuché ponerse de pie y ponerse los pantalones. Suspiré un poco internamente.

Gran error. Lo siguiente que supe es que me estaba levantando por los brazos. Ató cada uno de mis brazos a ganchos en el techo. Apenas podía reaccionar ante el hecho de que tenía unos malditos ganchos en el techo porque mis pies estaban atados a los postes de la cama. Como una estrella de mar, colgando. Una estrella de mar desnuda. Lo miré, completamente atónita. ¿Hablabía en serio? Por supuesto que hablaba en serio. Él era un psicópata.

Me miró por un minuto, admirando su trabajo, luego se fue. Así es, se *fue*, y una vez más me recordaron por qué yo no podía ceder. En un minuto sentí que no sería una mala idea bajar la guardia y sentirme segura con esta Bestia, y al siguiente estaba colgado desnuda del techo.

Grité y grité. Él no podía simplemente dejarme así. ¿Qué pasa si necesito ir al baño?

Grité hasta que sentí que mi garganta sangraría.

Un momento después, la Bestia regresó.

Me miró y dijo:

—Silencio. —Habló con fría calma lo que me enfureció, como si yo estuviera siendo ridícula y explotara de forma desproporcionada. Miré en respuesta. Cuando

Bestia giró para irse, abrió la boca y aulló. Cuando se dio vuelta, estaba tranquilo y frío. Mi piel estalló en escalofríos. La forma tranquila y fría con la que se acercó me hizo tratar de encogerme. Lentamente caminó hacia mí, ojos verdes azules penetrantes. Puse la barbilla sobre el pecho, pero él la agarró, sacudiéndolo con un movimiento, así que me vi obligada a mirarlo.

»¡Calla! —Su agarre era fuerte y doloroso. La ira se agitó a través de mí. Odio puro y ardiente. ¡Calla? ¿Me estaba diciendo que me callara? *A la mierda, esta es la respuesta natural a ser colgada desnuda del techo.* En un acto que solo podía describirse como una locura breve, le escupí en el rostro. Su mejilla se curvó hacia arriba, pero solo ligeramente, luego dejó caer mi barbilla. Limpió el escupitajo, indiferente. Él era raro así. No podía entender qué lo desalentaría. Le escupí, traté de matarlo, lo encaré y no le importó. Sin embargo, me alejaba arrastrándome de él en la cama, y paso la noche encadenada como un fenómeno de circo.

»Me gustas así toda atada. —Lo miré fijamente—. Te queda bien —continuó Bestia—. Tienes un poco de demasiada pelea. —Me tocó el labio inferior. Dios, cómo quería tomar ese pulgar y morderlo. En vez de eso, me quedé quieta, dejándome que me hurgara el labio. Movió su caricia por la mandíbula y alrededor del cuello. Todo mi cuerpo se congeló.

»Shhh... —susurró contra mi oído, como si yo fuera una especie de conejo asustado. Me tomó por la boca y me besó. Quería escapar, pero por supuesto las restricciones lo impidieron. Traté de mantener los labios cerrados, pero él era demasiado poderoso. Sus suaves labios me invadieron, obligándolos a abrirse.

Su lengua entró en mí, a la vez áspera y consciente. Yo estaba luchando, pero él estaba ganando.

Y luego se detuvo.

Dio un paso atrás.

Y se alejó.

Estaba jadeando, el miedo y la lujuria retorciéndose dentro del pecho y saliendo en respiraciones furiosas. Giré la cabeza hacia la izquierda y la derecha como si de repente encontrara la llave de mi libertad. Cada paso que él daba, el sentimiento de fatalidad aumentaba. ¿Cuánto tiempo iba a quedarme aquí arriba? ¿Toda la noche? ¿Más?

—¡Espera! ¡Espera! —Traté de detener a su figura en retirada—. ¿Y si tengo que hacer pis? —le pregunté justo cuando él estaba desapareciendo por la puerta.

Hizo una pausa y dijo:

—Entonces sería mejor para ti. —Mi rostro se contorsionó confundida ante su respuesta. ¿Espera qué? ¿Qué sería mejor para mí? Su mano tocó el pomo de la puerta y el terror primitivo me agarró.

—¡No! —Tiré de las restricciones—. Nunca dejaré de gritar. Si me dejas aquí, gritaré hasta que mi garganta sangre, idiota. —De inmediato me arrepentí de decirlo. Se me cayó de la boca porque él *era* un idiota, pero no quería enojarlo aún más, solo quería ser liberada. Bestia hizo una pausa con la mano en la perilla y mi aliento se enganchó. Dio la vuelta.

—¿Nunca? —preguntó. Sacudí la cabeza con vehemencia—. Bueno, ¿qué vamos a hacer al respecto? —Respiré un suspiro de alivio cuando él caminó hacia la cómoda. Iba a conseguir la llave, gracias a Dios. En el mismo instante, mi alivio se retorció y se transformó en horror.

—¡No! —grité, palabras perdidas en el miedo, el odio y la indignación. Bestia levantó una mordaza, pero no era una mordaza normal. Había visto el tipo antes, brevemente en el porno. Tenía un agujero donde debería estar la mordaza de la pelota. No quería imaginar lo que entraría en el agujero vacío.

»Seré buena —le supliqué. Mi voz sonaba suave, tan diferente a mí.

—Así que serás buena —dijo la Bestia severamente. Golpeé y peleé mientras colocaba la mordaza sobre mi boca, pero era inútil. Sujetó la cosa firmemente alrededor del cráneo. Cuando terminó, acarició ligeramente la almohadilla de su dedo a lo largo de mi mandíbula—. Esa es una buena mirada en ti, Frankie. —Estaba furiosa. Me dolía la mandíbula, no solo de la mordaza, sino de morder contra ella en ira. El pecho se elevaba y caía en respiraciones furiosas, y sin embargo, era impotente.

Bestia retrocedió y comenzó a deshacer su cinturón. Dejó caer sus pantalones lo suficiente como para empujar su polla. Estaba tan segura de que me iba a hacerla chupar esta vez. Pensé que había estado segura en la cocina, pero ahora lo sabía. La mordaza que había puesto en mi boca me impedía pelear. El metal circular me atrapaba la boca en una perfecta formación para una mamada. Yo estaba desamparada.

Y *sabía* que él iba a hacerlo, iba a hacer que lo chupara.

Pero luego hizo algo que me sorprendió.

Algo que era aún peor.

Dio un paso atrás y comenzó a acariciarse. La mirada fija en mí, él permanecía cerca de un pie de distancia, los dedos ásperos enrollados alrededor de su longitud.

Subiendo y bajando en un movimiento continuo y apasionante, estaba desamparada para hacer cualquier cosa menos observar, sintiendo que mi control se deslizaba. Me perdí en la forma en que sus dedos callosos acariciaban la suave y húmeda piel.

Si cerraba los ojos, podía fingir que él no estaba allí.

*Debería cerrar los ojos.*

*Dios, necesito cerrar mis malditos ojos.*

No había nada que me obligara a mirarlo, y él lo sabía. Sabía que era impotente para mirarlo, no porque estuviera colgada en la pared, sino porque *quería* mirar. Al colgarme y amordazarme, había hecho que mis paredes se desmoronaran de manera que en lugar de forzarse dentro de mí, me había obligado a reconocer los deseos dentro de mí. Había hecho fácil mi caída en su infierno.

Y el infierno se parecía mucho al cielo.

Era como todas aquellas pequeñas voces que habían estado luchando desde el principio, las que me decían que no debía querer esto, que debería estar asustada, que debía correr, fueron silenciadas. Lo único que podía oír era aquella voz oscura, la que decía que estaba bien desecharlo. La voz se envalentonó en mi débil estado. Las paredes que había levantado se habían ido y mi cuerpo estaba respondiendo, ansioso por verlo. En alguna parte, una de las voces silenciadas decía: *Esto es lo que él quiere.* Eso estaba diciendo que debía detenerme, cerrar los ojos, porque *esto* era más peligroso que todo lo que él había hecho.

Pero no me importaba.

Me estaba poniendo caliente y exigente. Miré su mano acariciando de arriba abajo, extasiada, sintiendo hambre. El movimiento era hipnotizante y alucinante.

No gimió.

No gruño.

Ni siquiera se corrió.

Era como si él ni siquiera lo *disfrutara*. Sabía por qué, también, porque estaba haciendo esto por mí, para hacerme caer y ceder. A pesar de la pequeña parte de mí misma llorando para no ceder, eso funcionó. Me estaba perdiendo. Arriesgué una mirada hacia él, y fue un error absoluto, pero que me salvaría un poco, al menos. Mis ojos se bloquearon con los de color azul verde, y por un momento quedé

M.D

Mary  
Catherine  
Gebhard

atrapada dentro de su cabeza. Era como caer por un túnel de navajas y masticar vidrios rotos.

Rápidamente cerré los párpados.

Cortando la droga, mis sentidos volvieron corriendo. Me di cuenta de cuánto había regalado, hasta dónde me había dejado ir. Me negaba a abrir los ojos; no confiaba en mí misma. Mantuve los ojos bien cerrados como si él estuviera a punto de acercarse y curiosos a abrirse parpado por parpado. En su lugar, oí el barullo de la ropa, el sonido de una cremallera. Después, Bestia rasgó las ataduras del techo. Con los ojos todavía cerrados, caí a la cama en dulce consuelo. Los músculos dolían en lugares que ni siquiera sabía que existían. Todo lo que quería era desaparecer en las sábanas.

Mantuve los ojos cerrados y escuché cuando la puerta se cerró. Cuando estaba segura de que se había ido, todavía no abrí los ojos. En la oscuridad no tenía que reconocer lo que acababa de suceder.

La peor parte no era que hubiera caído, no era que había perdido un poco de mí misma. La peor parte había sido la forma en que bloqueamos la mirada. Durante ese breve segundo, él no había estado dentro de mí, pero yo dentro de él. Ninguna cantidad de duchas o terapia alguna vez borraría eso.

# Capítulo 10

Ella se estaba esforzando tanto por mantenerse bajo control. Cejas lentamente tirando hacia adentro, boca apenas dividida, liberando el más tentador suspiro, aún no se daría por vencida.

—Ríndete, Frankie —dijo Anteros, sorpresa en el borde de su voz. Anteros no estaba acostumbrado a perder. Nunca había perdido. En sus treinta y pico de años de vida, nunca había perdido ni una vez, así es como había sobrevivido tanto tiempo. En la mafia, pierdes, mueres. Él había empezado a pensar que Frankie eventualmente perdería, que cedería ante él, pero el filo en la voz de él era del tipo que había escuchado miles de veces antes. Era el tipo que venía justo antes de que un hombre cediera a su destino.

Endureciendo su mirada, ella respiró pesadamente y dijo:

—Nunca. —Él aumentó la intensidad en el vibrador, pero solo sirvió para hacerla morder su labio inferior hasta que la sangre brotó bajo la superficie como el agua en un globo. Se aferró a las sábanas, ni siquiera tratando de escapar. Estaba resignada a su tortura, dispuesta a tomar lo que sea que él le diera, pero nunca dispuesta a devolver nada.

Sin importar cuán duro se aferrara su coño a ello, ahora mismo sin importar cómo su clítoris latía y pulsaba, ella mantuvo su mirada mórbida, como si su interior fuera de piedra. Él podría hacer que su cuerpo se corriera, pero la mente de ella permanecía estoica. Ayer hubo un breve destello. Mientras estuvo colgada en la pared, se había dejado ir y casi se corrió para él, pero se había desvanecido, al igual que los otros breves destellos con ella. Su auto control en su totalidad era un poderoso afrodisíaco y completamente enloquecedor.

Abruptamente apagó el dispositivo, tirándolo al suelo. Era un raro aparato que había ordenado solo para ella, con forma de rosa. Se estrelló contra la dura madera, partiéndose en dos. Se puso de pie y se dirigió hacia la puerta. Cuando miró hacia atrás, ella estaba parpadeando, como si saliera de una niebla.

—Tenemos compañía en camino —dijo.

—¿Compañía? —Frankie palideció. Anteros no podía culparla. La última vez que había tenido compañía, terminó con ella sangrando y casi despojada en el suelo de un baño.

—Te va a gustar esta compañía —explicó—. Gabriella y su esposo, Giovani. —Por una fracción de segundo un ceño fruncido cubrió su rostro, pero fue sustituido con la misma rapidez con una tibia sonrisa. Tenía la intención de preguntarle lo que la había molestado, pero el impulso lo dejó. ¿A quién le importaba? Las mujeres eran volubles, aún más cuando se trataba de sus amigos.

—Tienes una hora para alistarte. —La dejó, cerrando la puerta de golpe detrás de él. Ahora había sido expulsado de su maldito dormitorio. Hace un mes no habría cuestionado la idea de echar a una mujer de su habitación, no, hace un mes no habría *tenido* a una mujer en su dormitorio.

Ahora estaba deambulando enojado lejos del lugar. Como un tonto. Porque la mujer en su cama se negaba a calentarla.

Con una hora antes de que la compañía llegara, y con Frankie secuestrando su dormitorio, fue a su oficina. Cerró la puerta detrás de él. La noche cayó rápidamente con el invierno y como ya era casi mitad de diciembre, estaba completamente oscuro afuera a pesar de que acababa de empezar a anochecer. En la ciudad de Nueva York, eso apenas importaba. Nunca estaba oscuro, al menos no completamente. En su oficina, un par de electrónicos brillaban en diferentes puntos y las luces de la ciudad parpadeaban a través de las ventanas de piso a techo.

Con los pies contra el piso de madera, hizo una parada en el bar. No se había molestado en agarrar su camisa del suelo, así que caminó medio desnudo. Seleccionó la elegante botella de cristal de *Baccarat* y se sirvió un vaso de *Rémy Martin Luis XIII*.

Anteros levantó el vaso, mirando el profundo líquido color miel por un momento antes de tomar un gran trago. Su teléfono zumbó, llamando su atención. Lo sacó del bolsillo y miró las palabras.

Chico Bonito: *nuevo envío lsto para El Instituto. ¿Vienes?*

*Mierda*, pensó Anteros, alejando el teléfono. Había olvidado por completo qué día era eso. Érase una vez Anteros habían declarado que él sería el único que aprobaría a las nuevas mujeres antes de que fueran enviadas a El Instituto. Sin él allí abajo para aprobarlo, el cargamento no pasaría, pero aquí estaba a punto de organizar una cena.

Una maldita cena.

Se dijo a sí mismo que mantener a los De Luca felices era bueno para los negocios, pero nunca le había importado una mierda los De Luca antes. Tomó otro sorbo del coñac color miel, mirando a la ciudad. Solo debería cancelar la maldita cena y bajar a los muelles. Eso era más importante que los De Luca. Nada viene

antes que los negocios, antes de ser el Jefe. Sin embargo, mientras Anteros tomaba otro trago, enfocándose en la forma que la luz se refractaba de los edificios afuera, se preguntó cómo luciría Frankie esta noche, si usaría el cabello suelto o levantado, exponiendo su esbelto cuello. Averiguarlo era de repente más importante que aprobar algún cargamento para El Instituto.

\*\*\*

Anteros alcanzó su copa de champán, que estaba casi vacía, e hizo un movimiento con la mano. Nikolai se adelantó con el *Dom Perignon* y lo vertió, oro líquido fluyendo en el cristal. Anteros tragó. El sonido de los cubiertos chocando contra la porcelana fina.

Giovani y Gabriella De Luca estaban sentados en el lado opuesto de su moderna mesa de cristal. Normalmente, Anteros se sentaban a la cabeza de la mesa, pero por amor al equilibrio, se sentó junto a Frankie. La cera goteaba por los delgados lados de las velas y sobre los radiantes soportes de plata, un recordatorio de cuánto tiempo había durado ya la dolorosamente rígida cena. Por encima de ellos, un enorme candelabro de cristal colgaba. Cristales de Swarovski colgaban como cientos de lágrimas de cristal y la luz se refractaba en ellos, iluminando la habitación con parpadeante luz.

Anteros abrió la boca para tratar de conversar por quinta vez cuando su muslo zumbó. Bajó la cabeza y sacó su teléfono.

Chico Bonito: *¿Dónde estás?*

Anteros rápidamente metió el teléfono de nuevo en su bolsillo y giró hacia la mesa.

—*¿No te gusta el cordero, Gabriella?* —preguntó, inclinando la cabeza hacia la bandeja de cordero cocido a la perfección. Gabriella estaba sentada inmóvil, habiendo tocado nada más que la servilleta que puso en su regazo. Los ojos de Gabriella se dispararon hacia Giovani, quien se detuvo de su carnicería para gruñir en su dirección.

Ella le sonrió a Anteros y estiró una mano hacia su plato; al mismo tiempo, Giovani estiró su propia garra y abofeteó alejándola. Inquieta, Gabriella puso sus manos de nuevo en su regazo. Con la boca llena de un bocado a medio masticar, Giovani tomó un trago de vino y se giró hacia Gabriella.

—Comes cuando yo te diga que comas, lo sabes.

Gabriella asintió con gracia y le dijo a Anteros:

—Se ve delicioso, gracias.

Anteros apretó el puño en su cuchillo. Giovani no lo insultó. De hecho, no estaba seguro de por qué siquiera le importaba. No era la primera vez que comía con Giovani, ni era la primera vez que Anteros había comido con alguien como Giovani. No era raro para los hombres con los que había cenado controlar a sus mujeres por completo. Hubo momentos en que las mujeres se vieron obligadas a sentarse de rodillas y a comer las sobras. No, eso no era nada inusual en lo absoluto.

Lo que era inusual era Anteros.

Tomando otro bocado del cordero ingeniosamente condimentado, Anteros trató de digerir la idea de que debería estar en los muelles, no cenando. ¿Por qué mierda estaba haciendo esto? Él no era Lucio. Nunca entretuvo a un De Luca. Anteros ajustó su corbata y le disparó una mirada a Frankie. Ella apenas había tocado su comida, en su lugar miraba fijamente a Gabriella. Con un suspiro, Anteros puso los dos cubiertos abajo.

—Come —dijo Anteros.

—No tengo mucha hambre —dijo Frankie simplemente. Giovani detuvo su arrebato para levantar la mirada, a la espera de ver cómo “la Bestia” respondería a ese acto de insolencia.

—Comerás de todos modos —gruñó Anteros. Disimuladamente, bajó el tenedor y escabulló su mano bajo la mesa, agarrando su muslo hasta que la presión se transformara en dolor. Liberando un pequeño *yip* de dolor, Frankie levantó su propio tenedor y comió con un movimiento robótico. Giovani regresó a su comida.

Su teléfono zumbó de nuevo y él bajó su tenedor. Manteniendo su mano apretada en Frankie, usó la mano libre para leer el texto.

Gran O: *Todo bien?*

Anteros miró a la mesa. La cabeza de todo el mundo estaba abajo y estaban recogiendo su comida o empujándola alrededor del plato. Era como si estuvieran lamentándose. La única excepción era Giovani, que atacaba su comida completamente inconsciente. Anteros miró de nuevo el texto, su dedo volando sobre el botón de respuesta. Frustrado, empujó su teléfono de vuelta en su bolsillo.

Giovani se incorporó, quitando la servilleta de su regazo para frotarse la boca grasienta. Se reclinó hacia atrás con la mano sobre su estómago, y agitó una mano hacia Gabriella.

—Puedes comer. —Cuando ella estaba a punto de levantar un tenedor agregó: ¡Espera! —Ella se congeló. Aunque ningún músculo en su cuerpo se movió, sus ojos se movieron hacia un lado, esperando para ver lo que él haría.

Giovani tomó el plato de ella y le quitó la comida, poniéndola sobre su propio plato. Tanto Frankie como Anteros hicieron una pausa en la comida para ver la acción. Cuando terminó, la mitad de la comida de ella estaba en el plato de él.

—Tengo que mantenerla delgada, ¿sabes? —Le dio un guiño a Anteros y luego agitó una mano hacia Gabriella—. Continua.

Cuando Giovani estaba a punto de cavar en su segunda porción, Anteros dijo:

—Su cordero está frío ahora. Tal vez preferiría una rebanada más fresca.

—Está bien —gruñó Giovani, empujando comida en su boca. La desaprobación de Frankie era como un calentador puesto justo al lado de su cuerpo. A él no debería importarle.

No le importaba.

Siguiendo el ejemplo de Giovani, Anteros tomó un gran bocado de cordero y lo pasó con un trago aún más grande de champán. La cena pasó en el mismo silencio lleno de presión hasta que todos los platos estuvieron limpios. Era costumbre para Anteros tomar cigarrillos con Giovani después de la cena, pero Anteros estaba teniendo un momento difícil con la costumbre. Realmente quería decirle al tipo que se fuera a la mierda. Él se lo había buscado, sin embargo, así que tenía que mentirle. Ahora que había invitado a Giovani a su casa, no podía ser tan incivilizado. Giovani podría ser trivial, pero era un De Luca, y la costumbre le permitía un jodido cigarrillo.

Así que, mientras todos salían del comedor, Anteros le dijo a Giovani que lo esperara arriba. Giovani asintió y subió las escaleras, llevándose a Gabriella con él. Frankie siguió, probablemente asumiendo que iba a ir con Gabriella, pero Anteros le agarró el brazo. La empujó contra la pared para que estuvieran ocultos en las sombras del pasillo.

—Te ves muy hermosa hoy, Frankie. —Rozando una palma abierta sobre su hombro, sintió el vestido. Era un poco áspero contra su piel, como si pudiera sentir cada reflejo de la pálida tela dorada. El vestido parecía pintado en su piel, profundamente inmerso en su pecho, alto en un hombro, bajo en el otro. La tela era desigual a lo largo de la piel, como si el pintor mismo hubiera tartamudeado ante su belleza. Si mirabas de cerca, había pequeñas grietas en las flores donde su piel se asomaba. Brillantes florecitas doradas adornaban un hombro, pero no el otro.

»¿Te gustó el cordero? —Una mano cayó a su cintura, probando el material ligeramente entre el pulgar y el dedo índice. Allí el brillante material dorado terminaba y se encontraba con uno blanco cremoso. Como nieve recién caída, cayendo al suelo sin ninguna arruga.

—Fue muy... —Su mirada inquebrantablemente clara, brillante incluso en las sombras, se posó sobre él—. Bíblico.

—Me aseguraré de hacérselo saber al chef. —Llevó su otro brazo hasta su boca. El antebrazo estaba decorado con las mismas flores doradas que el otro hombro y el busto, pero la muñeca estaba desnuda. Le dio la vuelta al brazo, besándole suavemente la piel. Se había dejado el cabello suelto, y caía en rizos aparentemente sin esfuerzo que él no podía esperar para arruinar.

Justo cuando su boca se encontró con la piel de ella, el teléfono vibró. Y luego volvió a vibrar. Y otra vez. Frankie miró a su bolsillo, donde la cosa vibraba con determinación.

—¿Necesitas atender eso? —preguntó.

—No es importante —respondió, terminando el beso contra de su muñeca como si estuviera probando el punto. Frankie lo observó, sus cejas se fruncieron. Podía sentir el pulso acelerarse contra la carne de la muñeca, como un *tum, tum, tum* contra sus labios.

—¿Por qué estás siendo tan amable conmigo? —preguntó ella, su pregunta atrapada en un suspiro. Él suavemente bajó la muñeca, manteniendo la mirada fija en la de ella todo el tiempo. Abrió la boca para responder, cuando otra voz sustituyó la suya.

—¡Chica insolente! —gritó Giovani. Las cabezas de Frankie y Anteros se sobresaltaron con el sonido de la voz de Giovani, justo a tiempo para verlo empujar a Gabriella por las escaleras.

Bueno, eso sin duda iba a arruinar el ambiente.

\*\*\*

Anteros vio a Gabriella caer por su escalera blanca. Afortunadamente solo cayó por las escaleras, ya que era un piso abierta, ella pudo haber caído de lleno hasta el suelo. Él suspiró, dejando caer el brazo de Frankie por completo.

Giovani era impaciente y de temperamento corto. Los De Luca lo habían escogido para casarse con Gabriella porque se ajustaba a ciertos estándares. Uno,

era de la clase correcta. Dos, estaba dispuesto a tomar el apellido de la mujer y continuar con la descendencia De Luca.

Nadie dijo que ellos tuvieran muy altos estándares.

En todos los demás aspectos, Giovani no valía nada. Descuidado. Feo. Estúpido. Rabioso. Si fuera un perro, lo habría derribado. Si su apellido no fuera De Luca, Anteros habría sido el que lo hubiera derribado.

Frankie empujó a Anteros y se precipitó hasta la parte inferior de las escaleras, cayendo al lado de Gabriella. Con mucha menos prisa, Anteros se unió a ella. Frankie inmediatamente comenzó a alarmarse. Revisó las extremidades de Gabriella, buscando lesiones. La parte inferior blanca del vestido de Frankie había empezado a arrugarse, él lo notó distraídamente.

—¡Llamen a 911, imbéciles! —gritó Frankie. Los ojos de Giovani se enfurecieron con el insulto, pero una mirada de Anteros lo puso en su lugar. Frankie movió su atención a Gabriella—. Gabby... Gabriella... ¿Estás aquí? ¿Qué te duele? —Gabriella gimió en respuesta. Anteros sacó el teléfono para llamar al médico de la casa. En el mismo instante, el teléfono vibró con un texto.

Loco A: *¿Dónde coño estás?*

Sintió que los músculos de su frente se juntaban. Cerrando el texto, en su lugar le marcó al doctor. Cuando el doctor confirmó, guardó el teléfono de nuevo y se concentró en la situación actual. Las manos de Frankie se cernían sobre el cuerpo de su amiga, aparentemente con miedo de tocarla.

Inteligente.

Anteros había visto demasiados cuellos rotos volverse parálisis. Una vez más, Anteros quedó impresionado por Frankie. Giovani había terminado por fin de bajar por las escaleras y miró a Frankie como si fuera una molestia.

—Voy a hacer que mi chico la ponga en el auto —dijo Giovani—. Me disculpo si se rasgó algo en el camino hacia abajo. —Los ojos de Frankie destellaron hacia él, ardiendo con tanta ira que casi se encendió. Con una profunda y abrasadora mirada, volvió su atención hacia Gabriella. Colocó la mano sobre el estómago de Gabriella y se inclinó para susurrar algo en su oído. Anteros frunció el ceño por el lugar en que colocó su mano.

—Ven aquí, Frankie —dijo Anteros, extendiendo la palma hacia ella.

—Vete a la mierda —gruñó ella, manteniendo sus labios junto a la oreja de Gabriella.

Anteros exhaló y se giró hacia Giovani.

—Déjanos —dijo.

—¿Disculpa? —dijo Giovani, sin siquiera tratar de ocultar su indignación. Anteros dejó caer todas las pretensiones de cortesía. Con su mirada fría y cruel, le advirtió a Giovani que no se equivoque pensando que porque llevaba puesto un traje ahora, o porque vivía en un bonito apartamento, y organizaba cenas, eso lo convertía en un caballero.

No era un caballero. Era una bestia, y las bestias tenían hambre de sangre. A las bestias les gustaba destrozar personas.

Giovani tragó y se giró para irse. Vaciló en la puerta, volviéndose hacia atrás. Anteros mantuvo la mirada en él todo el tiempo y cuando sus ojos se encontraron, Giovani se apresuró a salir.

—¿Crees que puedes hablarme así? —preguntó Anteros, volviéndose hacia Frankie—. ¿Quieres acabar como tu amiga?

Los ojos de Frankie se encendieron, aunque mantuvo su mirada fija en Gabriella. Anteros podía ver la hostilidad justo bajo la superficie, pero para su crédito, se quedó allí.

—No —dijo, pero fue suave, apenas audible.

—No te escuché. —Quitó un pedazo de pelusa de su traje—. Tal vez deberías ponerte de pie y responderme en la cara, como una persona civilizada. —Frankie se puso de pie, rencuencia brotando de todos los músculos de su cuerpo. Su mandíbula se apretó mientras caminaba hacia él.

Cuando estuvo a su alcance, él la agarró por ambos brazos, acercándola. Sorpresa y miedo brillaban en su rostro.

—No olvides quién soy, Frankie, quién eres *tú* —siseó.

—Primero olvidaría cómo respirar —respondió ella tan rápido y con mucha vehemencia. Compartieron una mirada caliente, luego él soltó su agarre. Ella regresó a Gabriella, reanudando su posición de alarma y preocupación. Suavemente pasó la mano sobre los mechones rubios de Gabriella. La frente arrugada en concentración mientras miraba fijamente el cuerpo inconsciente de su amiga. Unos minutos debieron haber pasado mientras él la observaba. Desde que se establecieron las reglas, *parecía* que ella había estado tratando de obedecerlas. Sin embargo, con todas las cosas, las apariencias nunca eran lo que parecían con Frankie. Por alguna razón, eso no le molestó, si acaso, le intrigaba más.

Finalmente, dijo:

—La noche ha terminado, Frankie.

Ella levantó la cabeza, indignada.

—¿Esperas que simplemente la deje?

—He llamado a un doctor. —Ella relajó los hombros ligeramente, pero la tensión en sus rasgos se mantuvo. Sus manos protegiendo a Gabriella como a una madre león—. Ven —añadió él, gesticulando con la mano.

—Pero ¿y si Giovani vuelve? —preguntó, sin moverse ni un centímetro. Anteros exhaló de nuevo, el sonido ronco con impaciencia, ya que vino a través de su pecho. Su bolsillo vibró y rápidamente sacó la cosa, listo para apagarlo o tirarlo contra la pared.

Loco A: *Si no te conviertes en un Houdini y bajas aquí ahora el envío llegará tarde.*

Anteros leyó el mensaje una vez, y luego otra vez, entonces una tercera vez. Su mano se cernía sobre el botón de encendido. *Joder.* Pasó una mano por su cabello, desordenando los oscuros cabellos. No podía seguir haciendo esto.

Miró a Frankie.

Él era todo tipo de desastre.

Nada tenía sentido. Aún no sabía por qué había *tenido* esta maldita cena. Todo en su mente gritaba para acabar con esto y se fuera, pero su dedo se mantuvo flotando sobre el botón de encendido en lugar del de respuesta, como debería. Nunca en su vida había ignorado a sus Lobos como lo había hecho esta noche.

Por una maldita cena. Lucio solía hacerlas para mantener felices a los De Luca, pero nunca había sido su juego. Se quedó mirando las palabras en la pantalla, como si leerlas pudiera resolver todo lo que él acababa de arruinar. Miró de nuevo a Frankie y se congeló.

Ella lo estaba mirando con fiereza, sin miedo y con determinación. Sus oscuras y elegantemente cejas arqueadas profundamente sobre sus ojos de cristal de mar, desafiándolo, pero también cautivando por completo. Él sacudió la cabeza, rompiendo el hechizo, y bajo de nuevo la mirada. Estaba a punto de responderle a Loco A que estaba en camino cuando Frankie le preguntó:

—¿Y si él regresa?

Su pregunta lo atrajo de nuevo. Los ojos de Frankie eran amplios con expectativa, seriamente esperando una respuesta. Apagó el teléfono sin responder y lo metió de nuevo en su bolsillo.

—Él es su esposo —dijo Anteros simplemente. El cuerpo de ella retrocedió como una serpiente a punto de atacar.

—Es un bastardo —dijo.

—En realidad, no. —Anteros se apoyó contra una columna de ladrillo expuesta, cruzando los brazos—. Viene de muy buena familia italiana. —Frankie rodó sus ojos, devolviéndole su atención a Gabriella. Ella mantuvo sus manos en su abdomen, con una mirada feroz.

—No voy a repetirlo —gruñó Anteros—. Ven ahora.

—Acabas de hacerlo —dijo ella, alejando su rostro. En un movimiento Anteros la agarró por los rizos sueltos que se derramaban detrás de su cabeza. Ella luchó con él mientras era forzada a ponerse de pie. Aullando y chirriando, con los pies deslizándose en el suelo, él la sacó de la habitación. Mantuvo su agarre apretado en su cabello todo el camino por el pasillo y hacia su habitación. Cuando llegó a la habitación, la dejó ir, arrojándola en dirección de su cama.

Ella se frotó la cabeza, mirándolo.

—Pensé que conocía las profundidades de tu maldad —dijo bruscamente—. Pero una mujer herida está ahí abajo, sola... —Lanzó su mano hacia la puerta justo cuando Anteros avanzó y la alcanzó, causando que se tropezara hacia atrás en el colchón.

—Me vas a decir en este momento, Frankie —dijo—. ¿Gabriella está embarazada?

Ella espetó:

—¿Q-qué?

—¿Gabriella está embarazada? —El punto en donde Frankie había puesto su mano despertó su sospecha. Ella había protegido ferozmente el abdomen de Gabriella, como si hubiera algo dentro que perder.

Por una fracción de segundo, el rostro de Frankie se alejó, pero entonces ella respondió:

—Con lo jodidamente estúpido que estás actuando, pensaría que tú eres el que se cayó por las escaleras.

—Te lo advierto. —Anteros se inclinó, atrapándola con sus brazos—. No serás castigada por lo que dijiste solo porque estás afligida. Di algo más y desearas ser Gabriella. —Anteros pudo ver el movimiento de su garganta cuando ella asimiló la amenaza. Se empujó fuera del colchón y salió de la habitación, cerrando la puerta detrás de él para lidiar con el desastre.

Cuando Anteros regresó de nuevo a la habitación, Giovani estaba inclinado sobre Gabriella. De rodillas, tocó un mechón de su cabello rubio, las hebras cayendo a través de sus dedos regordetes como agua hasta que aterrizaron en sus mejillas semi conscientes.

—Aléjate de Gabriella —pronunció Anteros, su voz como el viento invernal de afuera. Giovani parpadeó, claramente sorprendido, pero también molesto.

—Ella es mi esposa —tartamudeó.

—Como si necesitara un recordatorio. —Él se lo hizo saber al mundo de la misma manera que un vaquero marcaba el ganado. Anteros instó a Giovani con un gesto de su mano. Renuente, Giovani se puso de pie y lo siguió. Anteros lo llevó a través de la casa hasta que llegó a la puerta del salón para fumar.

—Podría tomar un buen cigarro —dijo Giovani, el alivio en su voz.

—Ambos —respondió Anteros, aunque no abrió la puerta. Girándose, Anteros se apoyó contra la madera y estudió a Giovani. Con las manos en los bolsillos, Giovani esperó a Anteros. Se podía ver la relación entre él y el concejal Sal De Luca. Ambos eran gordos, calvos, y aparentemente incapaces de usar una rasuradora.

—Voy a lastimarte —declaró Anteros—. Mucho.

—¿Qué? —Los ojos de Giovani se ampliaron.

—Arruinaste mi noche con tu mierda doméstica. —Agarrando el cuello de Giovani, lo empujó contra la pared.

—Tú-tú... —tartamudeó Giovani, mirando de Anteros al suelo, luego el techo, y de nuevo a Anteros—. Tienes que preguntarle al Consejo primero.

—No creo que vaya a hacerlo. —Anteros preparó su brazo y lo bajó de golpe para que chocara perfectamente con la nariz de Giovani.

—¡Pero soy un De Luca! ¡Mi tío es un concejal! Así no es como se hacen las cosas, Bestia. —Giovani escupió sangre. Anteros lanzó otro golpe, esta vez hacia el estómago. Giovani jadeó y gimió.

—Lo es ahora. —Anteros fue por la mandíbula de Giovani, el sonido parecido al de un rayo rompiendo una rama. La cabeza de Giovani cayó, y Anteros se detuvo para enrollar sus mangas, abotonándolas en sus codos.

—Mi tío tendrá tu cabeza —dijo Giovani, todavía de lado. Anteros se detuvo por un momento, y Giovani le dio una mirada de reojo. Estrechando sus ojos, Anteros golpeó a Giovani por debajo de la mandíbula.

Se mantuvo, lanzando golpes expertos hacia mandíbula, los ojos, la nariz y costillas. Él tenía la intención de solo golpear a Giovani un par de veces, como una pequeña disciplina. Entonces su puño chocó con su mandíbula y fue como si un pozo fuera puesto en libertad. Una represa estalló. Su tormenta interna fluyó libremente a través de sus puños.

—Había rumores de que la Bestia se iba suavizado —escupió Giovani entre golpes—. Los rumores de que una *esclava* había vuelto su sangre fría en caliente. No les creí, pero ahora... —Se rio, mostrando sangrientos dientes rojos—. Tus golpes son como los besos de mi madre en Navidad.

Antero agarró a Giovani por el cuello de su traje, lo levantó unos centímetros, y luego le golpeó la cabeza contra el suelo de madera, produciendo una repugnante grieta.

—¿Nikolai? —dijo Anteros mientras caminaba de regreso a la habitación principal de penthouse. Desabotonó las mangas de la camisa, bajándolas de nuevo, y llamó de nuevo.

—Sí, Jefe? —Nikolai apareció segundos después.

—El señor y la señora De Luca necesitaran un transporte a casa —respondió, bajando lo último de su manga. No importaba, sin embargo, ya que la tela estaba completamente empapada de sangre.

Nikolai asintió.

—Sí, Jefe.

\*\*\*

Algun tiempo después, después de que la criada hubiera sido informada de que se necesitaba una limpieza especial, Anteros se deslizó por el pasillo. Estaba fuera de la puerta de su dormitorio, listo para entrar, cuando sacó su teléfono.

Marcó.

—¿Estás sangrando? —El duro acento irlandés de Loco A vino inmediatamente—. ¿Muerto bajo tierra? Tendría que estarlo para tener cualquier excusa para estar de pie en este momento.

—Algo surgió —respondió Anteros. La mano apoyada en el pomo, de bronce con detalles elegantes—. Tienes permiso para aprobar la orden.

—Bueno, eso es jodidamente genial, pero la orden ya está tarde —dijo bruscamente Loco A—. Sabes lo que eso significa. —Anteros pasó el dedo por las intrincadas líneas del pomo, apenas escuchando lo que Loco A estaba diciendo. Él sabía lo que significaba, lo había sabido toda la noche, solo que no podía encontrar en él que le importara. Lo que significaba era que El Instituto estaría muy disgustado.

Si El Instituto estaba disgustado, podrían revocarle su carta, una carta que ellos confiaban para hacer sus ganancias. El Instituto tenía alrededor del 50 por ciento de su negocio, drogas cerca de veinticinco, tal vez quince en armas, y diez por ciento en negocios realmente legítimo. Tocó el pomo, sintiendo el frío bronce contra su palma, preguntándose si se estaba volviendo loco.

—¿Qué coño pasó? —exigió Loco A—. ¿Estás bien? ¿Necesitas refuerzos? —Una vez más, Anteros no respondió. Giró el pomo, empujando suavemente la puerta—. No puedes simplemente desaparecer de nosotros y no darnos una razón —continuó Loco A.

—En realidad, puedo. —Colgó, empujando la puerta abierta por completo. La luz se extendió hasta la cama y sobre el cuerpo de Frankie. Se quedó de pie por un momento en la puerta, mirando su pecho levantarse y caer.

Era otra noche en la que ella se había quedado dormida en su cama. Otra noche en la él debería despertarla y hacerla ir a su propia habitación.

En lugar de ello, cerró la puerta y se dirigió a la cama. No se molestó en quitarse la ropa, ni siquiera se molestó en quitarse la camisa manchada de sangre. Simplemente se quitó el cinturón y los zapatos, y se metió en la cama.

Con un brazo detrás de la cabeza, se quedó mirando al techo, tratando de darle sentido a las sombras. Era como si las alarmas estuvieran sonando en su cabeza, pero todo lo que oía era música.

—¿Le dijiste? —La voz de Frankie fantasmagoría a través del silencio.

—No sé de qué estás hablando —respondió Anteros.

Hubo una breve pausa, y luego ella preguntó:

—¿En serio? —Frankie sonaba menos molesta, más derrotada—. ¿Vas a hacerme decirlo? —Anteros no respondió—. Bien. —Suspiró—. ¿Le dijiste a Giovani que Gabriella está embarazada?

El crujido de la cama se escuchó en la oscuridad mientras Anteros rodó hacia el otro lado. Su espalda ahora se enfrentaba a Frankie.

—Como dije, no sé de qué estás hablando.

# Capítulo 11

—Giovani está muerto.

—¿Qué? —pregunté, poniéndome de pie. El libro que tenía en mi regazo cayó con un sonido final—. ¿Qué quieres decir con que está muerto? —Miré con los ojos muy abiertos a Bestia, esperando que me explicara más. Me dio una mirada escéptica.

—No sabía que ustedes dos eran tan cercanos —respondió. Por supuesto que no éramos cercanos. *Odiaba* a Giovani casi tanto como odiaba al hombre mirándome con curiosidad. Habían pasado solo unos pocos días desde esa fatídica cena y la vida continuó como una perdición para mí. Con una excepción: vi a Gabby en el parque.

Un breve momento en el que confesó su intención.

Un breve momento de absoluto terror cuando Nikolai detuvo el automóvil y me dijo que saliera porque Gabby me estaba esperando. No había planeado nada de eso. Me había negado a salir, aterrorizada porque Bestia lo sabría, pero luego la vi y me sentí obligada.

—Yo... —tartamudeando, los recuerdos se apoderaron de mi lengua. Se había sentido tan extraño cuando mis pies tocaron el pavimento. Mis ojos habían dejado a Gabby, deambulando por la ciudad nevada, respirando una libertad gélida.

Entonces ella confesó su intención y mis ojos se cerraron de golpe.

Ella quería asesinar a Giovani.

No pensé que lo haría. Era *Gabby* después de todo. Gabby se estremeció cuando sirvió chocolate caliente; no mataría a su marido. Solo pensé que estaba enojada, herida, comprensiblemente abyecta; porque lo que ella me había sugerido era suicidio.

—Yo... —Rápidamente me tragué el recuerdo y volví a mirar a Bestia—. No lo éramos. Estoy sorprendida, eso es todo. ¿Ella está bien? —Los recuerdos de nuestro encuentro continuaron sobre mí mientras Bestia se acercaba. Extendió la mano y pasó el pulgar sobre mi labio inferior, estudiando mi reacción.

Me tambaleé ante el contacto, mi cuerpo balanceándose ligeramente. Después de la cena, Bestia había estado extrañamente ausente. No hubo intentos de orgasmos forzados, ni gentileza confusa. Él se había ido completamente. No había esperado extrañarlo, era lo que había estado deseando desde que llegué, pero había un dolor en mi pecho. Una profunda punzada existía allí, como si mi corazón hubiera sido golpeado y estuviese constantemente adolorido por la pelea.

Ahora yendo de cero a Bestia lo tenía martillando.

—Es desafortunado —dijo Bestia, tirando de mi labio. Metió el pulgar en mi boca y cerré los ojos, tratando de resistir. El dolor en mi corazón se alivió, pero en su lugar era una necesidad urgente. Había sido tan tonta, acostumbrándome a una vida sin esta presión constante.

Rozó la áspera almohadilla del pulgar contra mi lengua. Traté de no hacer nada, pero mi boca se hizo agua de todos modos.

—Solo te estoy informando, ya que lo más probable es que maten a Gabriella —murmuró—. O sea vendida como esclava.

—¿Qué? —pregunté. Al menos eso lo hizo. El hechizo se rompió y, como si hubiera arrojado agua sobre mi cuerpo, di un salto hacia atrás—. ¿Pero por qué? —Giré la cabeza hacia la chimenea de la biblioteca, mirando las llamas crepitantes. Era tan cruel. ¿De alguna manera ella había descubierto una forma de matar a Giovani y ahora la iban a matar?

—Ella mató a su marido —contestó Bestia.

—Pero ella no lo hizo —mentí rápidamente, volviendo mi atención a la suya. Bestia me dio una mirada cansada, buscando el libro que había tirado al suelo.

—¿*House of the Dead*? —Dio vuelta al libro para mirar la portada—. Fyodor Dostoyevski. ¿No te vi leyendo *Crime and Punishment* a principios de semana? Si no supiera algo mejor, diría que aquí hay un tema.

—¿Qué tal un juicio? —pregunté, ignorándolo.

—Habrá uno —dijo—. Pero ella perderá.

—Ella necesita un abogado. —Le arrebaté el libro.

—No es ese tipo de juicio.

—Pero... —Desesperadamente traté de comprender de alguna manera para salvarla. Tenía que hacerlo. Simplemente no era justo. Había estado casada con un

horror total desde que era una niña, vivía bajo el tormento de un hombre que la empujó por las escaleras porque no le gustaba su tono, y ahora iba a ser asesinada o vendida como esclava. ¿Por qué se había liberado a sí misma?

De ninguna maldita forma.

—Suficiente, Frankie. Te informé por cortesía. No quiero oír nada más. —Él endureció sus ojos, como piedra atrapada bajo un frío glacial. Tragué. Todo lo que dijera ahora terminaría mal, pero tenía que hacerlo, por Gabby.

Me acerqué a Bestia, con los dedos enroscados en su antebrazo. La chaqueta de su traje se sentía como crema. Me miró la mano y luego a mí. Por un momento, pensé que haría algo porque sus ojos se clavaron en los míos con esa furia salvaje y carnal que había estado ausente en los últimos días. Luego me desprendió y salió de la habitación.

\*\*\*

Traté de volver a leer, pero no pude. Era tarde, casi las doce de la mañana, y mis párpados pesados. Apenas habían pasado dos días desde la cena con Gabby y Giovani, y ahora la iban a matar, sin mencionar que habían arrestado a Gabby. *Arrestada.*

Cuando Nikolai forzó nuestra reunión en Gramercy Park, ella me contó la historia, la historia que conduciría a la muerte de Giovani. Recordé cómo sus moretones se veían frescos debajo de la costosa base, y eso era porque lo *eran*. En lugar de dejar que se recuperara después de haber sido empujada por un tramo de escaleras, para *llorar* la pérdida de su hijo, Giovani decidió darle una paliza.

Así que ella se había roto.

Después de casi cinco años de abuso constante, huyó de la casa.

Gritando.

Y él la hizo *arrestar*.

Curve los dedos alrededor del libro hasta que los nudillos se pusieron blancos.

- La muerte era demasiado buena para un hombre como Giovani. Recordé el día en el parque cuando ella había insinuado su plan de matarlo. Hubo un breve momento cuando sonrió. Gabby me había contado sobre un policía que conoció en el recinto y ella era como una chica enamorada, no como alguien a punto de cometer un asesinato. Pero luego Giovani volvió a enfocarse, como siempre lo haría, y su sonrisa había caído.

—No quiero que vuelvas con ese hombre —le dije—. Todavía puedes huir. ¡Te ayudaré!

—No te preocupes. —Gabby me besó en la mejilla, preparándose para marcharse—. Te dará arrugas, y entonces ¿qué querría Bestia contigo? O no importa. Preocúpate mucho.

Las palabras habían sido tan fuera de lugar, tan desanimadas. Debería haberlo sabido entonces. Ese día en el parque lo vi en sus ojos. Su bebé fue asesinado en el momento en que su cuerpo golpeó el piso y esa fue la gota que colmó el vaso. Había desaparecido su aspecto modesto y tímido y en su lugar había una determinación mortal. Ella no iba a parar.

Aparentemente no lo hizo.

Con un suspiro, dejé el libro. Me froté la frente con la palma de la mano y miré desde la chimenea hasta la puerta. Si iba a ayudar a Gabby esta vez, tenía que hacerlo sola.

Salí de la biblioteca y salí caminando, más allá de la habitación abierta y al pie de las escaleras. Ahí estaba su estudio. No era la primera vez que había ascendido; el primero fue el día en que realmente conocí a Nikolai. También fue lo que me llevó a ser colgada en una jodida pared por un día. Mis manos se agarraron a la barandilla, temblando. *Esto es por Gabby*, me dije.

Subí las escaleras lentamente, mi mente gritaba que me diera la vuelta. Cuando mi pie se encontró con el suelo, respiré hondo y caminé por el pasillo. Sorprendentemente, la puerta estaba abierta. Estaba sentado detrás de su escritorio, con la cabeza gacha. Por un momento, solo lo vi trabajar.

Mis dedos se dirigieron a mi labio, el que él había tocado. Me pregunté si era allí donde había estado los últimos dos días, justo debajo de mis narices, sin siquiera molestar en abandonar el penthouse. Era su casa después de todo.

—Al menos puedo estar allí? —espeté—. ¿Cuándo suceda? Ella fue amable conmigo.

—Para qué sirve eso? —Ni siquiera levantó la vista de su escritorio.

—Apoyo moral —mentí.

—Ella no estará presente. —Sin embargo, él no levantó la vista.

Busqué desesperadamente dentro de mí misma por otra razón, pero salió vacía.

—Por favor? —Hizo una pausa en su trabajo y me miró. Nuestros ojos se encontraron y por un momento, la esperanza floreció dentro de mí. Luego su

mirada se movió sobre mi hombro. Miré hacia atrás y, sorprendida, vi que Nikolai había aparecido detrás de mí.

—Frankie ha perdido el rumbo —dijo Bestia—. Ayúdala a encontrarlo. —Su cabeza regresó al trabajo justo cuando Nikolai asintió y gentilmente se apoderó de mi codo, alejándome del estudio de Bestia.

Todavía no podía entender a Nikolai. Él había sido la única razón por la que fui capaz de visitar a Gabby en el parque. Quiero decir, ¡él lo orquestó! Por lo que sabía, no le había dicho una palabra a Bestia sobre nuestra reunión clandestina, sin embargo, él no era como Gabby. No me estaba hablando; no estábamos compartiendo nuestro yo más íntimo. Todo lo que sabía sobre Nikolai era su primer nombre y que tenía “secretos” no particularmente reconfortantes.

Tal vez uno de esos secretos era que su nombre no era Nikolai; así que tal vez yo no sabía nada en absoluto.

—¿Necesitarás algo más? —preguntó Nikolai cuando llegamos a mi habitación. Era cerca de la una de la madrugada, así que era probable que me fuera a meter a la cama. Negué con la cabeza y él se fue.

La mañana después de esa terrible cena, desperté en la cama de Bestia y él se había ido. Nikolai me trajo de regreso a la habitación blanca y desde entonces había estado durmiendo en la habitación blanca, *mi* habitación, lo que estaba bien. Era como lo quería de todos modos. Habían pasado poco más de dos semanas desde que negocié mi vida a Bestia, diciembre estaba a mitad de camino, y me di cuenta de que la mayor parte del tiempo dormía en su habitación.

Había partes de mí que habían comenzado a acostumbrarse a su habitación. Se habían acostumbrado a la forma en que sus sábanas se sentían contra mi piel y cuánto más pesado era su edredón que el mío. Habían comenzado a esperar la forma en que su olor me envolvía incluso cuando él no estaba allí. Pero esas no fueron buenas cosas. No debería acostumbrarme a nada que involucraba a Bestia; mi mente o mi cuerpo no deben esperar o querer o necesitar algo de él.

Me acerqué a la cama y me senté en el borde, hundiendo el colchón de felpa con mi peso. Miré por la ventana, preguntándome si Gabby estaba mirando el mismo mundo frío y oscuro que yo.

O si ya la habían matado.

Bajé la cabeza, todo se sentía pesado, incluso mis párpados. Cuando levanté la cabeza, Nikolai todavía estaba en la puerta. Había aprendido con Nikolai que eso significaba que estaba a punto de decirme algo. Cada vez que dudaba en irse, estaba a punto de obtener algún tipo de secreto derramado.

—Bestia se irá pronto —comenzó Nikolai—. Estarás sola por aproximadamente tres horas y media. —Inclinó la cabeza y se fue. Mi piel se arrugó cuando mi frente se unió. Informarme sobre el paradero de Bestia era algo nuevo que Nikolai había comenzado a hacer. No importaba cuántas veces lo hizo, sin embargo, todavía no era seguro.

Aun así, Nikolai me dio las únicas veces que pude leer el diario cómodamente.

A pesar de que estaba prácticamente dormida, caminé hacia la esquina que estaba en el punto ciego de las cámaras. Levanté la alfombra, deshaciendo la tabla suelta que había empezado a usar para ocultar el diario. Era más fácil que el ladrillo afuera. Sacando el desgastado diario, me senté y comencé donde lo dejé. Recordé en la última entrada que Sofía había escuchado noticias terriblemente impactantes sobre una princesa Pavoni. El resto de la página había sido arrancada, así que no había podido leer más sobre eso. Curioso, abrí el libro a la página siguiente.

*Lucio Senior murió hoy. Puedes sentir la tensión en el aire, como el gas venenoso caliente y pegajoso. Han pasado veinte años desde la muerte de Valeria Marchesi. Ella murió antes que yo, en el parto, como lo hacen las mujeres. Aunque no espero que el aire se sienta como lo hace hoy cuando ella murió. Escucho hablar rápido, maldiciones precipitadas. Algunos de los hermanos de Lucio Senior piensan que ha perdido la vida en Estados Unidos durante tanto tiempo. Quieren separarse como solía ser: una familia en América, una familia en Sicilia, ambas autónomas.*

*Papá cree que habrá sangre, al menos eso es lo que dice por la noche cuando cree que no estoy escuchando. ¿Está mal que no me importe? Me escabullí mientras todos hablaban de sangre y guerra y encontrándome con Alessio. Ahora que Lucio está muerto y nuestro mundo está en llamas, podemos estar juntos en el calor. Lo amo tanto. Sus besos son como el whisky, cálido y entumecedor. Solía pensar que estábamos condenados, que nada podía ser de nosotros, pero quizás si nuestro mundo está condenado primero, podemos ser salvados.*

\*\*\*

Sentí como si acabara de dejar el diario, recién me quede dormida, cuando estaba siendo despertada.

—Levántate.

Me di la vuelta, aturdida por el sueño, golpeando la voz. El diario todavía estaba fresco en mi mente, más o menos cómo cuando te quedas dormido estudiando matemáticas te despiertas pensando en los números. Estaba en el mundo de Sofía, sintiendo su esperanza de que ella y su amor pudieran estar juntos a pesar de su mundo en ruinas. También fue interesante que compartiera un nombre, bueno, un segundo nombre, con alguien en su vida. Fue como ver a una celebridad cuyo cumpleaños compartí.

—Dije, levántate. —La voz me agarró del brazo, sacándome de mi cálido sueño.

—¿Qué está pasando? —pregunté mientras mis pies tocaban el suelo, la madera fría me despertaba. Me froté los ojos, ajustándome a mi nuevo estado de vigilia. Bestia se paró frente a mí, vestido para el día con un impecable traje gris. Eché un vistazo al reloj: las cuatro de la mañana. Me acabo de quedar dormida hace dos horas.

—Vas a la horca —dijo. Sabía que era grave o mortal cuando no me dejaba vestir. Bestia valoraba las apariencias más que cualquier otra cosa, y él me apresuraba a bajar al garaje en camisón.

Me metieron en un vehículo de lujo ya en marcha, apenas teniendo tiempo para registrar lo que estaba sucediendo. Para cuando recogí mis pensamientos lo suficiente para ver dónde estábamos, Bestia ya le estaba diciendo a Nikolai “maten el automóvil en marcha”.

Mis pies descalzos, como era de esperar, no eran ideales para el invierno. La nieve los entumeció de inmediato, el fango mojado se hundió bajo mis plantas mientras subíamos los escalones hacia un rascacielos sin rostro. Bestia me empujó dentro del edificio mientras trataba de ver a través de calle.

El distrito financiero.

Luego las puertas se cerraron y estábamos en un ascensor. Bestia estaba prestando la menor atención que él tenía para mí desde que me metieron en su mundo. Pulsó el botón, miró el reloj y se ajustó la manga para cubrirlo. Jugué el pequeño juego que había inventado y del que también me volví maestra desde que caí en este mundo, el que me permitía estar bien con estar mojada, fría y medio desnuda en un edificio justo en el medio del distrito financiero a mitad de la noche.

Un juego que me gusta llamar *disonancia cognitiva*.

La puerta del ascensor se abrió en el piso superior y él me empujó una vez más a otra habitación. Cinco hombres se sentaban alrededor de una gran mesa de madera. La superficie brillaba como si estuviera pintada con una capa de oro. Todos los asientos diseñados con un estilo Louis XIV con gruesas molduras doradas y terciopelo de felpa. La mayoría tenía las manos dobladas sobre la madera, anillos de oro en sus dedos, y la amenaza salía de ellos como el vapor de una rejilla. Tiré del dobladillo de mi camisón, como si pudiera bajarlo por mi trasero.

Las luces estaban atenuadas. Solo nosotros, además del guardaespaldas personal de Bestia, Tino, quien estaba de pie. Tino había aparecido de la nada

como siempre; me pregunté si habría subido por las escaleras. Los únicos sonidos provenían del exterior e incluso fueron silenciados.

Me sentía como si estuviera atrapada en duelo de miradas mexicanas.

—¿Nos tomas por tontos, muchacho? —preguntó finalmente uno de ellos. Tenía rasgos angulosos, cabello rubio corto y peinado, que estaba tan gelificado que brillaba en la tenue luz. Su barba de chivo era tan afilada como sus rasgos angulosos.

—No está bien —gruñó otro. Mi mirada se movió hacia la de él.

—Primero una muerte no autorizada de un miembro de la familia y ahora ¿Esto? ¿Traer una esclava? —Pasaron de un silencio helado a golpear el hielo con un martillo. Los fragmentos volaban en todas direcciones, hablaban muy rápido. Mis ojos pasaron de una persona a otra, tratando de aprender tanto como pude. La persona que acababa de hablar tenía un ligero acento, y aunque estaba bien vestido como el resto, su afeitado estaba descuidado, su cabello calvo, y los anillos en los dedos solo hacían que sus dedos parecieran mucho más pudibundos.

Se parecía un poco a Giovani.

—Se rumorea que estás planeando algo con Emilio —dijo uno. El que tenía la afilada barbilla de chivo cambió de posición.

—Creo que te estás olvidando de tu lugar —dijo el que se parecía a Giovani, frotándose la barba contra la mandíbula—. Tal vez piensas que *tú* eres el Jefe.

—No he cambiado ningún rango —pronunció Bestia con frialdad—. Lucio sigue siendo Don y todavía estoy debajo de él. Emilio está donde siempre ha estado, un soldado. —Bestia miró intencionadamente al que tenía barba de chivo.

—La Bestia como jefe. —Uno de aspecto más viejo con cabello blanco río, como si el mismo concepto fuera la cosa más divertida del mundo para él. Bestia apretó la mandíbula y miró hacia otro lado, molestia en sus facciones, aunque no respondió.

Todo sucedió tan rápido después de eso. El italiano y el inglés volaron de un lado a otro y los tres hombres que estaban hablando se pusieron de pie. Uno tenía las manos sobre la mesa, otro parecía que iba a buscar su arma. Apenas tuve tiempo de procesar nada, pero luego habló el de la barba de chivo. Tranquilamente. Mortal.

—Creo que es hora de que hablemos contigo. A solas. —Bestia levantó una ceja, pero no dijo nada más.

Tino me escoltó. Estiré la cabeza para ver qué pasaba, pero fui llevada a la esquina. Lo último que vi fue a Bestia echando los hombros hacia atrás, luciendo completamente imperturbable. Entonces escuché gritos. Más silencio siguió hasta que escuché la voz de Bestia a la deriva.

—Dilo otra vez —dijo de una manera tranquila y fácil que me dio escalofríos—. Mira qué pasa.

—La chica debería haber sido vendida al Instituto —dijo una voz—. En cambio, mataste a Arlo. ¿Son ciertos los rumores? ¿Te estás volviendo suave? —Mi boca se abrió. Estaban hablando de mí. Tenían que estarlo. Miré a Tino, buscando cualquier señal en su rostro. Él miró directamente hacia la oscuridad.

—Arlo está muerto porque intentó tomar algo que no le pertenecía. ¿Por qué te importa de todos modos? Él es un Moretti. —Fruncí el ceño, empapándome en la conversación. Con pasos lentos y cuidadosos, me deslicé contra la pared, tratando de acercarme al borde. Tino no pareció darse cuenta, y lo miré, esperando el momento perfecto para echar un vistazo dentro de la habitación. Justo cuando estornudó, me di la vuelta en la esquina para ver al que era similar a Giovani gritando—: ¡*Giovani* no era un Moretti! *Giovani* era mi sangre. —Mis ojos se abrieron ante eso, pero tuve que volver a poner mi cabeza en su lugar.

—La muerte de Giovani no fue obra mía —respondió Bestia, su paciencia mortal cedió a la molestia.

—Tienes razón. —La voz que hablaba era fría, cruel, teñida con molesta arrogancia, como si Bestia estuviera exigiendo la respuesta a dos más dos en una clase de cálculo—. Esa fue la culpa de Gabriella —continuó. Mi intestino se llenó de hielo. Las cosas *no* iban bien.

—Ella mató a su esposo —habló otro—. Ella será tratada. —Me maldije a mí misma por no haber entendido todas sus entonaciones antes de ser arrastrada fuera de la habitación. Estaba bastante segura de poder decir cuándo hablaba el pariente, gordo y rasposo de Giovani, y comencé a distinguir el frío y cruel, pero los otros tres eran un completo misterio para mí.

—De acuerdo con la chica que está afuera —respondió Bestia—, ella no mató a su esposo.

—¿Esperas que tomemos la palabra de tu esclava? —Alguien se burló audiblemente. Le di un vistazo a Tino y noté que sus ojos estaban realmente caídos, ¡estaba cansado! Aprovechando, di un vistazo a la vuelta de la esquina.

—No —gruñó Bestia—. Tomarás mi palabra.

—Mi hija siempre ha sido un problema —habló el cruel. Él era el que tenía una barba de chivo, lo noté, y cabello gelificado—. Ella es como su madre en ese sentido. Esto no me sorprende. —Mis cejas pasaron por mi cabello. ¿El *padre* de Gabriella la estaba sentenciando a muerte? Traté desesperadamente de ver mejor la habitación. Mi padre no estaba ganando ningún premio, pero al menos sabía que nunca me sentenciaría a muerte. Si tuviera la opción, me salvaría.

—En cualquier caso —continuó Bestia—: La muerte de Gabriella De Luca no nos sirve para nada. —Me animé; ¿qué quiso decir Bestia con eso? Estiré para escuchar mejor, pero luego la puerta se cerró de golpe. Todos sus rostros y voces desaparecieron y al mismo tiempo una mano se agarró a mi hombro y tiró de mí hacia atrás.

—¿Tratas de echar un vistazo? —preguntó Tino, mirándome fijamente. El golpe debe haberlo despertado. Me soltó cuando no contesté y me empujó contra la pared. Esta vez, sin embargo, mantuvo su mirada fija en mí. No podía mover ni un centímetro sin que él viera.

Lo que pareció una hora más tarde, Bestia emergió. Se enderezó las solapas del traje y caminó hacia mí. Mientras caminábamos hacia el elevador, busqué desesperadamente su rostro, tratando de beber algo que me dejara saber lo que sucedió.

Nada.

Su rostro era más blanco que el papel. Nikolai nos estaba esperando en el bordillo, con la puerta abierta, y la nieve había comenzado a caer con furia. Era difícil incluso ver la mano en el extremo de mi brazo. En nada más que mi camisón, estaba helando. En los pocos segundos que caminé desde el edificio hasta el automóvil, mi piel se puso roja como la cereza y me estremecí cuando la puerta se cerró detrás de nosotros, empapada por el calor del automóvil. Bestia se deslizó dentro del auto, todavía ignorándome por completo. Cuando el automóvil salió de la acera, estaba a punto de gritar.

—¿Qué pasó? —pregunté—. ¿Gabby, Gabriella va a estar bien? —Bestia sacó su teléfono, el brillo azul creando sombras duras en su rostro. Era como si ni siquiera yo estuviera allí. ¿Qué pasó en esa habitación? Preguntas presionadas contra mis labios, demandando ser liberadas. Aunque sabía que si seguía presionando, nunca podría saberlo. No solo eso, si lo enojaba, podría revertir cualquier decisión que él había tomado.

Me sentía como si estuviera sosteniendo un géiser. Lo miré, mordiéndome el labio para no rogar, apretando los dedos. Los copos de nieve en mi cabello se derritieron por el calor del auto, haciéndome cosquillas en la frente. En cualquier

otra posición me habría sentido incómoda, pero todo lo que podía hacer era centrarme en él. De repente, el automóvil se detuvo bruscamente. Aparté la mirada del rostro de Bestia y miré alrededor, notando que no estábamos en el penthouse, aunque era difícil ver dónde estábamos exactamente a través de la ráfaga afuera.

La puerta se abrió, la nieve azotando el automóvil como si tratara de escapar de su propia ráfaga atormentada. Ni siquiera podía ver a Nikolai a través del desastre blanco.

—Nikolai —dijo Bestia, saliendo—, asegúrate de que Frankie esté cómoda. —Lo cual era Bestia diciendo: *Frankie, no salgas del auto.* Bestia bajó del auto y caminó hacia la ventisca furiosa como si fuera un día de verano. Estábamos en los muelles, finalmente, lo vi, paramos afuera de lo que parecía ser el mismo almacén donde me había llevado cuando acababa de venderle mi vida.

Miré por la ventana, tratando de ver qué estaba pasando, y tragué saliva cuando los descubrí. Esos hombres que reconocía como: pendejos número 1, 2, 3 y 4. Chico Bonito, como lo llamaban. Gran O y Pequeño O. El silencioso, Loco A.

Sacudí la cabeza de la ventana, en lugar de enfocarme en mis dedos que se calentaban. Cada recuerdo que tenía que involucraba a esos hombres era malo; no tenía ninguna necesidad urgente de hacer más. Piel de gallina se formó en mi piel.

—¿Frío, señora? —La voz de Nikolai se transmitió desde el frente.

—Un poco —dije, mirándome los dedos.

—¿Le gusta la música? —Mi mirada revoloteó hacia la suya, insegura de su juego. Su mirada de jade miró hacia atrás a través del espejo retrovisor, ojos mucho más viejos que él.

—Sí.

—¿Qué le gustaría escuchar? —Fruncí el ceño ante su pregunta. El auto siempre había sido silencioso, ni siquiera se escuchaba el trino sin nombre y obsequioso de la música clásica. Era lo que imaginaba que sonaba la muerte.

Solía gustar todo tipo de música. Top 40. Rock clásico. Indie. ¿Ahora? Apenas podía recordar el sonido. Lentamente sacudí la cabeza.

—Sorpréndeme. —Una melodía melancólica y delirante envolvió el vehículo de lujo. La vibración estaba profundamente en mis huesos, haciendo eco en mi alma. La voz de la mujer era áspera, como si hubiera bebido demasiado whisky.

Ella le estaba pidiendo a alguien que la salvara.

De sí misma.

De repente, la canción se apagó y el auto volvió a un silencio estático. Nikolai salió del auto y llevé mi palma abierta a mi mejilla, limpiando la lágrima caliente justo cuando se abrió la puerta opuesta a mí. El aire helado entraba al auto con copos de nieve más finos que el azúcar en polvo. Bestia se deslizó adentro.

El auto se alejó y aunque él no había dicho nada, sabía que estábamos regresando al penthouse.

—¿Gabby va a estar bien? —Me atreví a preguntar.

Levantó la vista desde la luz azul de su teléfono.

—Sí.

—¿Ellos me creen? —Él parpadeó luego miró su teléfono. Hice mi mejor esfuerzo para ocultar mi alegría, pero podía sentir las comisuras de mi boca temblar, así que me agarré la palma y clavé la uña en la piel hasta que todo lo que sabía era dolor.

\*\*\*

Cuando volvimos al penthouse, el sol se estaba elevando. Estaba tan agotada que mis párpados se inclinaban por sí solos y los bostezos llegaban cada dos minutos. Nunca antes había estado tan emocionada de ver esa jodida puerta pintada de blanco, o la cama acolchada.

Justo cuando me zambullí en las sábanas, el rumor sordo de Bestia llegó desde la puerta.

—Vístete, Frankie. Tienes que asistir a un funeral. —Gemí, presionando la frente más profundamente en las almohadas. Distantemente me pregunté si era mi propio funeral. ¿Podría el agotamiento matar?

»Solo tienes veinte minutos —continuó—. Tal vez puedas pensar si ella valió o no la pena mientras estás bostezando durante el funeral de su esposo. —Escuché sus pasos desaparecer y me senté en la cama. En ese momento, me sentí triste.

Así que había perdido una noche de sueño.

Por supuesto que ella valió la pena.

Ella valía muchas noches de sueño, pero él no lo entendía, y eso era trágico.

Treinta minutos después estábamos presentándonos a través de la nieve húmeda y de las personas de negro. No hubo colores visibles ese día. Todas las mujeres llevaban sombreros negros o velos, por lo que era difícil identificar a Gabby.

Había algún tipo de orden en la que todos tenían que detenerse, así que me detuve, esperando a Bestia. Él había ido a hablar con alguien. Esta era mi primera introducción real a la vida de la mafia más allá de Bestia y sus hombres. Fue bastante acorde con lo que había experimentado hasta ahora. Todos los hombres eran salvajes pero bien vestidos, todas sus mujeres echaban en falta algo vital de ellas mismas. Me di cuenta de que una mujer en particular detrás de un velo lloraba muy fuerte. Fruncié el ceño, preguntándome quién diablos podría extrañar tanto a un sapo como Giovani. Luego me enfoqué más. Rápidamente mirando hacia donde Bestia todavía estaba hablando, caminé discretamente hacia la persona.

—¿Cómo estás haciendo eso? —susurré.

—¿Qué? —Gabby lloró a través de su velo.

—Llorando tan duro.

—Cebollas —respondió Gabby—. Sigo frotándolas en mis ojos.

Silbé bajo.

—Jesús.

—Tengo una fachada para mantener —explicó. Resoplé. Cuando las personas miraban en nuestra dirección, me limpiaba la nariz, fingiendo que eran lágrimas. Bestia atrapó mi atención y vi que había terminado con quienquiera que hubiera distraído su atención.

Le di un apretón a la mano de Gabby y caminé de regreso a mi carcelero. Tomamos nuestros lugares y cuando comenzó a caer un poco de nieve, comenzó el funeral. En realidad era bastante hermoso, no la ceremonia, sino la forma en que la nieve blanca contrastaba con el atuendo negro de los asistentes. Me encontré mirando cuán puro se veía y cuán oscuro parecía todo el mundo, pensando que era muy apropiado.

Bestia era el único con margen de maniobra para caminar, y lo hizo. Se fue de mi lado cada pocos minutos para hablar con alguien más. A mitad del funeral, mis ojos se inclinaron. Estaba tan cansada y era tan aburrida. Quizás era algo terrible de decir, pero no tenía ningún sentimiento por Giovani De Luca. Él era un asesino y un golpeador de mujeres; estaba mejor en el suelo.

—¿Frankie Notte? —susurró un hombre a mi lado. Miré para ver quién era, pero él agregó rápidamente—: Sigue mirando hacia adelante. —Miré mientras el sacerdote continuaba leyendo la Biblia, sintiendo calor a pesar del clima frío.

—Mi nombre es Levi, soy un policía encubierto en el precinto 72. —No respondí. Gabby nunca había compartido el nombre del policía del que estaba enamorada, pero tenía un presentimiento de que este Levi era él. No tenía idea de por qué estaba en el funeral, mostrándome su cubierta, pero estaba bastante segura de que no me iba a gustar.

—Ayudé a cubrir el asesinato de Giovani con Gabby —continuó. *No muy bien*, pensé, mis ojos se clavaron en Gabby, su rostro todavía invisible bajo el velo negro, y luego en Bestia, que todavía estaba hablando con un grupo de hombres que no conocía.

—¿Qué quieras? —siseé.

—No es lo que quiero, es lo que quieras —susurró—. Puedo ayudarte. Quiero ayudarlas a los dos. —En mi periférico vi a Bestia alejarse del grupo de hombres y hacer su camino de regreso hacia mí.

—Cállate. Solo cállate —respondí—. *Vete*. —No sabía si Levi se fue ya que mantuve los ojos hacia adelante como me indicaron, pero al menos se calló. Bestia se instaló a mi lado, mi corazón latía con fuerza. Me centré en el sacerdote, tratando de actuar de manera normal. Pasó un minuto y dejé escapar el aliento que estaba contenido.

Luego lo absorbí de nuevo.

Bestia me atrajo más cerca y mis ojos se abrieron. Me llevó a su pecho, cubriéndome con su abrigo, y luego levantó la parte de atrás de mi vestido. Mis ojos giraban frenéticamente en sus órbitas, preguntándome si alguien podría ver lo que estaba sucediendo. Estaban demasiado ocupados prestando atención al sacerdote. Al menos el tipo, Levi, ya no estaba junto a mí.

—¿Qué estás haciendo? —siseé. Era inútil, completamente inútil interrogar a Bestia. ¿Por qué todavía creo que tengo control?

Al menos él de alguna manera ocultó lo que estaba haciendo... a diferencia de otros tiempos.

Su polla estaba en mi culo desnudo. ¿Iba a tomarme ahora? ¿En un funeral? Lágrimas calientes marcaban mis párpados. Las personas me miraban con simpatía, solo otra persona en duelo. Si tan solo supieran.

Él me había estado ignorando por días y, por supuesto, ahora eligió darme mucha atención. Estaba enfermo y retorcido, solo su estilo. Sin embargo, él no introdujo su polla. En vez de eso, deslizó la mano y deslizó los dedos bajo el encaje de mi ropa interior,

Su piel estaba tan caliente y eso era todo lo que podía enfocarme. Mientras mis mejillas estaban entumecidas por el frío, su mano caliente se posó sobre mi carne desnuda. Tragué saliva, esperando. Un largo deslizamiento de su dedo medio separó lentamente mis labios. Apreté, tratando de mantener sus dedos quietos. Eso lo hizo reír.

—Estamos en un funeral —le dije, sobre todo a mí misma. Justo cuando estaba segura de haber llegado al fondo de su depravación, me di cuenta de que no tenía fondo.

Nunca dejaría de caerme.

Él se rio entre dientes, acercándose más y entrando en mí al mismo tiempo.

—Estoy aburrido.

Mientras el sacerdote lamentaba una vida perdida demasiado temprano, hablaba del cielo y de aquellos que se perderían en el infierno, la Bestia me folló con el dedo. Las personas lloraban a mí alrededor, resoplaban en pañuelos, y él me frotaba hasta que estuve resbaladiza y húmeda.

—No actúes como si te importara un carajo Giovani —me susurró al oído—. Cubriste su asesinato.

—¿P-por qué? —tartamudeé contra sus atenciones. ¿Por qué había ayudado si sabía que había estado mintiendo todo el tiempo? Más importante aún, ¿a qué iba a tener que renunciar a cambio? No podía pensar en mucho más que me quedaba por dar. La Bestia no respondió, otra pregunta que quedaría sin respuesta.

—Voy a hacerte gritar. Aquí. —Me jaló contra él, llenándome con otro dedo.

—No —le supliqué, pero fue para mí, un grito para mantener mi cordura a pesar de que con cada toque y movimiento de su dedo, mi vientre ansiaba recostarse. Ceder. Dejarse ir.

—Sí —gruñó. Me mordí la lengua mientras su pulgar se frotaba contra mi clítoris. Traté de respirar de manera uniforme mientras se deslizaba suavemente a lo largo de mis pliegues, arriba y abajo, masajeándome. Me preocupaba que me hubiera convertido en un juego, que todo lo que quería era que me corriera por él, y luego me dejaba de lado. Empecé a preguntarme qué significaría ser

arrojada a un lado por la Bestia. No iba a matarme, eso estaba claro, entonces, ¿qué iba a hacer conmigo? ¿Qué pasaría si *realmente* se aburriera conmigo?

Eso era demasiado viviendo con la Bestia. Preocuparse por lo que él me haría, preocuparse por mantener mi dignidad, finalmente cediendo, mi psique simplemente no podía manejarlo. Tampoco ayudó el hecho de que en realidad él era bastante estelar en la cama. Cada vez que mi cuerpo me traicionaba, mi mente se acercaba más a unirse al equipo de mi cuerpo.

Incluso aquí, en un funesto funeral, no pude contener la inundación. Mientras me frotaba lentamente, meticulosamente, un suspiro salió de mi boca. Quería que gritara, y sabía que iba a obtener su deseo.

Era una causa perdida, una guerra ya decidida.

Las chispas habían caído y podía sentirme yendo con ellos.

Y cuando abrí la boca y el grito finalmente cayó, caí al suelo también, no, en realidad, me *caí*. Estaba tan jodidamente confundida cuando el mundo se desplazó hacia un lado, mi cuerpo chocó contra el suelo. La nieve húmeda me hacía cosquillas en la espalda y el cuello.

Tardé un minuto en volver a la realidad, y cuando lo hice, la realidad había cambiado. La Bestia estaba encima de mí, los dolientes estaban gritando.

Balas estaban volando.

—¿Qué estás haciendo? —Di un grito ahogado, mirándolo. Su mano sosteniéndome la cabeza, manteniéndome presionada contra el suelo húmedo y frío. Su aguda barbilla estaba contra mi frente mientras sus ojos se movían furiosamente a nuestro alrededor.

—Salvando tu vida.

# Capítulo 12

Anteros extendió la mano y sacudió un poco de vidrio roto de la mejilla de Frankie. Ella se estremeció, pero se calmó, y él continuó frotando la suciedad y los restos de su rostro. Ella lo miró con cautela.

—¿Estás bien? —le preguntó. Él echó hacia atrás su pulgar, pasando por encima de su mejilla a pesar de que no le quedaba nada para deslizar.

—No me dispararon. —Tragó saliva—. No creo... no creo que nada más me haya golpeado. —Eso no era lo que él quería decir, pero no iba a aclararlo. En cambio, asintió y se sentó.

Nikolai se detuvo en los muelles. No habría luto hoy, no es que hubiera habido mucho para Giovani de todos modos, pero la pretensión se había hecho añicos. Anteros se pasó una mano por el cabello. Se reuniría con los Lobos, que ya tendrían sus propias ideas sobre quién había orquestado el asalto. Rhys también. El Consejo querría reunirse con él, pero dejaría eso fuera el mayor tiempo posible.

Cuando Nikolai abrió la puerta, él salió.

—¿A dónde vas? —Frankie le agarró el antebrazo. Él miró hacia los dedos, cubiertos de polvo, la radiante piel debajo era como un girasol escondido debajo de la tierra. Ella aplastó la tela de su traje cuando intentaba irse. Los ojos de ella estaban muy abiertos, suplicantes.

Su voz era ronca cuando respondió:

—Nikolai te llevará de vuelta al penthouse.

—Está bien. —Su voz no titubeó y ella miró hacia otro lado. Era la misma fuerza insensible que había esperado de ella en el corto tiempo que habían pasado juntos. Anteros esperaba que se encerrara en sí misma, endureciendo la madera petrificada y rápidamente calcificara todo lo que era para que nada—especialmente él—pudiera alcanzarla, pero aun así no le soltó el brazo. Anteros esperó, pero Frankie parecía haber desaparecido, sus ojos empañados. Era como si ella ni siquiera lo hubiera notado, aunque su puño todavía apretaba su traje.

Anteros se arrodilló, los zapatos *Gucci* rompieron la nieve. Tenía toda la intención de arrancarle el brazo, decirle a Nikolai que se fuera, y terminar el negocio.

En cambio, colocó su mano sobre la de ella y dijo:

—Ven.

\*\*\*

La incomodidad era palpable. En el momento en que Anteros entró al edificio con Frankie a cuestas, todos se callaron. Sus Lobos y Rhys observaron en silencio mientras Anteros caminaba por la oficina. Él sabía lo que estaban pensando; era lo que habían estado pensando ayer en el almacén, incluso si Loco A era el único que lo dijo en voz alta.

—*Giovani está muerto —dijo Anteros, dirigiéndose a los Lobos mientras la nieve se arremolinaba a su alrededor—. El Concejo está distraído, lo que significa que los planes para Emilio serán con más labia de lo esperado.*

—*¿Está ella en el auto? —preguntó Loco A, interrumpiéndolo—. ¿La trajiste esta noche?*

*Anteros fulminó con la mirada.*

—*No veo cómo eso es relevante. —Chico Bonito, Pequeño O y Gran O se movieron.*

—*¿Estás jodidamente bromeando? —gruñó Loco A—. Olvídate del Consejo, la perra en ese auto va a arruinar todo, al igual que la entrega. —Anteros había estado deliberadamente poniendo espacio entre él y Frankie en los últimos días. Faltaba menos de una semana para que Emilio fuera puesto en su lugar, y no podía permitirse ninguna distracción como en la cena. Cuando ella apareció en su oficina, rogando por su amiga, de alguna manera todo eso fue olvidado.*

—*Sé que mierda estoy haciendo —dijo Anteros, girándose para regresar caminando al auto.*

Anteros tomó asiento detrás de su escritorio, notando que Loco A estaba ausente. No apareciendo a una reunión sin una advertencia era algo que ninguno de los Lobos había hecho alguna vez antes. Esto era una enorme falta de respeto.

—*¿Quién es responsable? —preguntó Anteros, empujando a Loco A al fondo de su mente. Frankie sentada en desvencijado sofá junto a la ventana, mirando hacia donde el hielo salpicaba el Hudson. Solo la afilada curva de sus pómulos y mandíbula podían verse debajo de su sombrero. La alta cosa negra era demasiado*

extravagante contrapuesto contra la empañada ventana del almacén, pero era por eso que el funeral había exigido. Ella se giró y él atrapó un destello de su ojo, igual de rápido desapareció bajo las capas de tela mate y brillo cuando regreso la mirada a la ventana.

Parecía una dama victoriana caída en el tiempo. El cuello de su vestido color ébano subía hasta donde su garganta traicionaba su inquietud con grandes tragos y estaba atado con un lazo de satén negro que caía sobre su pecho en aumento. El arco se sostenía con un broche de diamantes, y suave terciopelo caía sobre las manos que apretaba contra el cristal de la ventana y continuaba cayendo más allá de las rodillas cruzadas, hasta los tobillos.

Elegante, pero más allá de eso, audaz.

Recordaba haberla visto por primera vez antes del funeral. Algo se le había ocurrido: si seguía vistiéndola como a una reina, las personas no cuestionarían su ascensión. Él sacudió la idea rápidamente; el terciopelo suave se había agrupado tan fácilmente como cualquier tela. Había sido capaz de agarrarlo, levantarla y hacer lo que quisiera con la chica debajo, tal como lo había hecho con todos los otros vestidos que ella llevaba.

—¿Quién es el responsable de esto? —preguntó nuevamente Anteros. Todos en la oficina intercambiaron miradas. Desde la noche en que Anteros había perdido la entrega con el Instituto, las cosas se habían tensado—. ¿Bien? —repitió Anteros.

Rhys fue el primero en hablar. Miró a Frankie y luego a la Bestia.

—Creo que preferiría que discutiéramos esto en privado.

\*\*\*

Después de que Frankie había sido escoltada, Anteros se volvió hacia ellos con impaciencia en el rostro. Ninguno de ellos había tomado asiento, excepto Pequeño O, que estaba holgazaneando en la silla. De pie, incómodos, con los brazos cruzados, los pies muy abiertos, lo miraban, esperando.

—¿Qué? —espetó Anteros.

Chico Bonito se pasó los dedos por el cabello perfectamente peinado, mirando a los hombres en la habitación. Obviamente había algo en sus mentes. Podía verlo presionando contra sus labios, palabras que querían decir, pero que estaban manteniendo dentro. Como las abejas dentro de sus bocas, el zumbido era fuerte contra sus oídos, y el dolor de mantenerlo dentro era palpable.

Rhys cambió de posición. Gran O miró a Chico Bonito. Todavía estaban de pie, lo cual estaba fuera de lo normal.

—¿Sabes quién hizo esto? —preguntó Anteros.

—Nadie se ha presentado, exactamente... —dijo Gran O.

—¿Fueron los rusos? —preguntó Anteros, frunciendo el ceño. Él había destruido la Bratva, la mafia rusa, hace años, pero nunca se sabe, eran como malezas.

—Podría ser el Instituto... —dijo Chico Bonito, sus ojos se alejaron para no tener que mirarlo a los ojos. Anteros frunció el ceño. El Instituto era conocido por enojarse, pero a menudo advertían primero. Además, la forma en que Chico Bonito habló desmentía que él pensara que era otra cosa.

—¿Estoy jugando veinte preguntas? —preguntó Anteros con un gruñido—. ¿Cuántas conjeturas me quedan?

—Tenemos motivos para creer que la princesa Pavoni está detrás del ataque —comenzó Gran O.

La Bestia se levantó de la silla.

—¿Qué? ¿Está viva? —Pensó en Frankie, que estaba sentada bajando las escaleras en el almacén, vestida como una reina.

Pequeño O negó con la cabeza y recostó un poco en la silla.

—No. Pendejo, significa que el rumor está detrás del ataque. Sabemos que siempre ha habido radicales dentro de la familia Pavoni... —Pequeño O se fue apagando, probablemente pensando en el rumor—. Creemos que el rumor les ha dado fuerza.

—Aparentemente hay un rumor de que *tú* tienes una chica que puede ser la princesa —dijo Chico Bonito. Anteros volvió a sentarse y extendió la mano sobre su escritorio. Agarrando un trozo de papel suelto, lo aplastó en su mano. Estaba en la punta de su lengua decirles que ya tenía a Nikolai investigando ese rumor y si había algún mérito en ello.

En cambio, dijo:

—Eso es una mierda, y lo sabes. Ella es mi maldita esclava, la hija de un perdedor en Jersey. —Incluso cuando Anteros dijo las palabras, no las creyó del todo.

—Después de los ataques de hoy —dijo Rhys, dando un paso adelante—. La veracidad no importa.

—Sabes lo que tienes que hacer —dijo Chico Bonito.

Anteros exhaló.

—Lo sé.

—Tu posición era insostenible antes —dijo Rhys—. Ahora es...

—Ahora todos piensan que tienes una hermosa pequeña princesa Prodigio — comenzó Pequeño O.

—Y tienes que matarla antes de que Mario aparezca —concluyó Gran O, añadiendo un acento italiano exagerado.

—Dije que lo sé —gruñó Anteros. Poniéndose de pie, hizo un gesto hacia la puerta—. Váyanse. Con toda la mierda que cayó en el funeral, tengo un montón de trabajo. —Se sentó de nuevo, sin molestarte en verlos marcharse. No fue tanto el trabajo lo que impulsó a Anteros a despedir a sus hombres. La idea de matar a Frankie, era jodidamente imposible y no estaba ansioso porque vieran su debilidad.

Centrándose en su puño cerrado, Anteros pensó en los negocios. En las pocas semanas que Frankie había estado en su vida, él había cometido más errores, así mismo le había costado más dinero y tomado más decisiones sin sentido que en toda su vida. Sabía que sus hombres tenían razón; Frankie necesitaba ser terminada. Con una exhalación, Anteros se levantó, pero cuando levantó la vista, Rhys todavía estaba allí.

—Este no es el mejor momento —dijo Rhys, moviéndose ligeramente.

—Escúpelo.

—Es Gabriella —continuó Rhys—. Debe volver a casarse, ¿verdad? Todavía no ha tenido hijos. —Anteros se dirigió a la puerta. No se había quitado el abrigo, que aún estaba cubierto de polvo y nieve del funeral.

—Lo dije al consejo oficial —respondió—. ¿Supongo que tienes una persona en mente? —Así fue como él había procurado la vida de Gabriella. Gabriella era una yegua de cría que no se había dado cría, les había recordado. Matarla ahora era un desperdicio completo.

—Este sería un excelente momento para mudarse a África —dijo Rhys, siguiéndolo.

Anteros asintió.

—Haz los arreglos. —Anteros recordó la expresión de Frankie cuando pensó que El Consejo había creído su historia. Ella había intentado con todas sus fuerzas ocultar su alegría. Como a un niño al que le dijeron que no adivinara qué regalos se encuentran debajo del papel de envolver, sacudió la caja de todos modos para intentar descifrarlo. Él no había corregido su suposición.

Juntos, él y Rhys salieron de la oficina, y Anteros bajó las escaleras hacia donde Frankie esperaba. Imaginó la expresión de su rostro cuando descubriera que Gabriella sería vendida y enviada lejos. El Consejo también estaría descontento de que Ekwensi no tomara el nombre De Luca... pero todo lo que él podía imaginar era el rostro de Frankie.

\*\*\*

Cuando el automóvil se detuvo en el penthouse, Frankie estaba dormida. Su cabeza descansaba contra la unión entre el asiento y la ventana en lo que parecía ser una posición incómoda, pero estaba completamente fuera. Anteros supuso que ella no estaba acostumbrada a quedarse despierta durante días como él. Se inclinó hacia adelante para despertarla, pero se detuvo en seco, en el aire.

Se veía tan pacífica. Las pestañas caían sobre suaves mejillas de miel y respiraba de manera uniforme y constante. Los labios estaban ligeramente separados. El tono de su piel era más pálido, casi febril, y Anteros supuso que se debía a la falta de sueño o a los acontecimientos del día.

Nikolai abrió la puerta del auto, rompiendo el hechizo y marcando la luz del garaje. Anteros salió y, sin pensarlo, caminó inmediatamente hacia el otro lado, el de ella, y abrió la puerta. La sacó de su auto en sus brazos. Ella se movió un poco, pero luego se colocó contra él, con la cabeza apoyada en su pecho.

Había algo correcto en sostenerla.

Algo que encajaba en una pieza que no se había dado cuenta de que le faltaba.

Al pasar junto a Nikolai, que estaba aturdido hasta el punto, Anteros presionó el botón del ascensor y entró. Se vio a sí mismo en el reflejo de las paredes de bronce. Su cabeza cayó directamente en el hueco de su cuello, oscureciendo su rostro. Su brazo rodeó su cintura y su mano abarcó la longitud de su culo. Su otro brazo lo llevó debajo de sus rodillas. Mirando su reflejo metálico, las palabras de sus Lobos se hicieron eco en su mente. Sabía que tenía que deshacerse de Frankie, ya sea terminando con su vida o de alguna manera vendiéndola.

No podía entender cuál era más misericordioso.

No podía enviarla al Instituto—una vez que se perdía el contrato no renegociaban—pero aún podía venderla. El Instituto no era la única forma de vender una mujer. Aun así, el tipo de hombre que compra a una mujer no suele ser el tipo de persona adecuada para tratarlas. Existían excepciones a la regla, pero tomaría tiempo—meses, por lo general—para hacer las verificaciones de antecedentes y pruebas de personalidad adecuadas para eliminar a los psicópatas y los sádicos.

Y sus Lobos no irían por eso.

Nadie lo haría.

Era una locura insistir en tal tratamiento.

Mientras intentaba averiguar qué hacer, ella le rodeó el cuello con los brazos. Hizo un pequeño ruido, casi un suspiro, y se hundió aún más en su hombro. Su sombrero se había caído en el auto, por lo que su cabello caía en una cascada morena por su hombro. Todo lo demás fue olvidado entonces. Miró la forma en que ella lucía contra él en las puertas del ascensor hasta que se abrieron, dividiendo la imagen para revelar su penthouse.

La llevó al dormitorio de él, acostándola con su ropa todavía puesta, y luego cerró la puerta silenciosamente detrás de él. Con el puño en el pomo de la puerta, miró fijamente la madera por un momento, sin dejar de pensar en la mujer detrás de él. Sacudiendo la cabeza, soltó el pomo y se dirigió a su oficina. Una vez sentado detrás de su escritorio, presionó el botón de llamada para Nikolai. El chico llegó en un minuto.

—¿Qué tienes para mí? —preguntó Anteros de inmediato. Nikolai cerró la puerta ligeramente detrás de él.

—La residencia de Notte está abandonada, jefe —respondió Nikolai, sin necesitar más aclaraciones—. Por el estado de la comida en el refrigerador, parece que Notte se ha ido por al menos una semana. —Las líneas en la frente de Anteros se profundizaron ante las noticias. Toda la charla de la princesa Pavoni anterior había hecho que la necesidad de resolución fuera aún más importante, pero Nikolai simplemente estaba agregando más confusión a la mezcla.

—Rastréalo —gruñó Anteros.

—Ya estoy en ello. —Nikolai se inclinó y salió de la oficina. Anteros intentó trabajar. Sacó su computadora portátil, tratando de elaborar detalles sobre lo que vendría para Emilio. Al final, su mente se perdió, con los ojos clavados en la ventana, observando la incesante embestida de la nieve. Pensó en el funeral.

Y en Frankie.

Con un gruñido de frustración, Anteros se levantó y salió de su oficina. Estaba oscuro, las luces de la casa estaban apagadas, salvo por el brillo etéreo de las luces blancas de noche que cubrían el suelo. El relleno de sus pies era el único sonido en todo el lugar. Anteros estaba casi en el pasillo de su habitación cuando se detuvo.

Había alguien en las sombras, alguien que no pertenecía. Alguien cubierto de sangre.

\*\*\*

El reconocimiento se produjo segundos después y Anteros dijo:

—¿Qué carajo, Loco A? —Saliendo de las sombras, con la ropa y la piel cubiertas de sangre, estaba Loco A. La sangre salpicaba su rostro, oscureciendo los labios que no sonreían. Nada de la sangre parecía ser suya.

—El rumor de la princesa Pavoni se originó en El Consejo —dijo Loco A con gravedad.

Anteros se llevó una mano al cuello y dijo:

—Eso no es exactamente noticia. —El Consejo había estado torciendo el rumor por un tiempo. Estaba seguro de que ellos fueron quienes comenzaron toda la cosa del *estraneo*. A decir verdad, no estaba seguro si ellos habían empezado a hablar de Frankie, pero tendría sentido, y si ese era el caso, podría cancelar a Nikolai.

Y no tendría que terminar con Frankie.

Él exhaló levemente.

Loco A entrecerró los ojos.

—Ellos están detrás del ataque hoy.

—¿Cómo lo sabes? —Un segundo después, Anteros examinó la sangre en Loco A y enmendó su pregunta—. ¿Cuánta tormenta de mierda creaste obteniendo esa información?

—El Consejo no es lo que me preocupa —respondió el Loco A, con los ojos todavía duros y estrechos.

Anteros levantó una ceja.

—¿Oh?

—Estás investigando el rumor —dijo Loco A—. Tienes a Nikolai investigando la verdad.

Anteros entrecerró los ojos, igualando la feroz mirada de Loco A.

—¿Me estás siguiendo?

Loco A se encogió de hombros.

—Tengo que preguntarme por qué nos ocultas eso. —Era cierto que Anteros no había informado a sus Lobos que tenía a Nikolai cuidando a Frankie. Nunca había ocultado nada de ellos antes, pero de nuevo, él era el Jefe, no tenía que decirles nada.

—Es una tontería —dijo Anteros—. Rumores.

—Sabes que nunca te he cuestionado. —Loco A hizo una pausa, mirando la sangre en sus manos—. Incluso mientras nos hiciste saltar todos estos aros con Emilio y con el puto gobierno, no cuestioné. Sabía que debías tener un plan más grande, una idea más grande que simplemente no pudimos ver todavía.

Anteros se cruzó de brazos y entrecerró los ojos, esperando que el Loco A llegara al punto.

—Cuando solo éramos soldados, todavía eras el Jefe. Tú eres el motivo de todo esto. —Loco A hizo un gesto hacia el penthouse—. Tú eres la razón. Mataste a cien hombres solo. Pasaste de esclavo a soldado a Jefe. Y nos trajiste contigo.

—No necesito un recordatorio —respondió Anteros—. Estuve allí. —A lo largo de los años Anteros había visto un montón de mierda con sus Lobos, incluso si su hermandad comenzó con chantaje. Él había encontrado Pequeño O y Gran O robando a la Familia, A Chico Bonito tenido una aventura con la esposa de un concejal, y el secreto de Loco A nunca fue mencionado. Anteros mantuvo sus secretos, a cambio de su apoyo. Chico Bonito había estado muy entusiasta, ya que el concejal que enviaron a la muerte era el esposo de la esposa que él estaba tirándose. Al final la deuda había evolucionado a algo mucho más grande. *Ellos* se convirtieron en algo mucho más grande.

—Tal vez lo necesites —dijo Loco A, mirando la sangre apelmazada en sus dedos—. ¿Recuerdas lo que pasó hace diez años? No te cuestioné entonces. Tal vez debía haberlo hecho, pero no lo hice. —Anteros estrecho los ojos aún más. Los dos nunca mencionaron sus historias. No era lindo. Era fea y jodida y casi los había destrozado. Ninguno de los Lobos sabía lo que había pasado entre Anteros y Loco A, como Anteros y Loco A casi se matan entre sí.

Loco A lentamente levantó la vista de sus manos, capturando la mirada fija de Anteros, mal encarado.

—Estoy cuestionándote ahora.

—¿Estás seguro de eso? —preguntó Anteros.

—Lo sabías, ¿no es cierto? —continuó Loco A—. Que en el momento que la tomaste nunca iría al Instituto o a cualquier lugar. —Anteros se cruzó de brazos, dejando que el pétreo silencio fuera su respuesta.

Loco A no se perturbó.

—Tengo que preguntar si eso va más allá, si sabías que nunca serías capaz de dejarla ir.

—Cuidado. —Anteros estaba glacial, tono sombrío y premonitorio—. Podrías decir algo que no se puede decir.

—Hay una chica en tu habitación. En *tú* habitación... —Loco A hizo un gesto con la mano hacia el pasillo—, ...amenazando todo lo que hemos construido. Ella es una enorme complicación. Olvida el rumor, ella te distrae y no puedes ver tus prioridades cambiando. *Nunca* te había visto perder una entrega. Tenía que preguntarte por qué todavía está respirando, Anteros. —Antero se cruzó de brazos, ojos clavados en la furiosa mirada de Loco A. Loco A no había usado su nombre en años, desde el día que él se ganó el nombre de La Bestia. Loco A clavo la mirada con intensidad por unos latidos más, luego se apartó pasándolo con un empujón. Atravesó la casa de Anteros como si él no hubiera irrumpido, y luego se marchó.

Anteros lo vio salir por la puerta principal y cerrarla de golpe. Miro fijamente la puerta por algunos momentos luego miró al oscuro pasillo al que se había estado dirigiendo antes que Loco A lo interrumpiera, dónde Frankie dormía profundamente en su dormitorio.

# Capítulo 13

Con los disparos en el funeral, Bestia había estado tan ocupado que durante el último día y medio, no lo había visto. No habíamos estado juntos desde ese momento después del funeral cuando me quitó los restos de la mejilla y me llevó a su guarida.

Me llevé una mano al rostro como si aún pudiera sentirlo.

Luego después cuando me llevó al penthouse y a su habitación. Me había dormido, pero cuando me acostó, desperté. En ese breve y fugaz momento, lo vi. No era Bestia, era otra persona. Lo que quiero decir, es que vi a un hombre. Había una ternura en él. Me acostó, me cubrió. No me tocó de manera inapropiada.

Y... mierda.

No dormí. Lo esperé, esperando que regresara, pero nunca lo hizo. Vi el amanecer sola y Nikolai me escoltó de regreso a la habitación blanca.

Mi habitación. Donde he estado ahora por casi dos días, sola.

Tonta.

Soy tan torpe.

Sola está bien.

Negué con la cabeza, tratando de sacar los pensamientos, y alcancé el diario de Sofía desde debajo de las tablas del suelo. Eso es lo que he estado haciendo últimamente cuando sentía que mi control disminuía, o cuando empezaba a sentir que no odiaba por completo mi situación, leía. Lo suprimía. Me ayudaba que tenía tanto material de lectura. Era cómo había escapado de mi vida antes. Cuando estaba demasiado enferma, o demasiado sola, o cuando papá iba en una de sus tangentes, yo leía.

Había un poder masivo en la lectura. Cada vez que solía conocer personas que no leían, me imaginaba la vida maravillosa que llevaban, tenían que tener una. No habría sobrevivido a la enfermedad si no hubiera podido desaparecer en mundos diferentes todos los días.

Me senté en la acogedora zona que había hecho en el punto ciego de mi habitación usando una pila de almohadas y mantas. Yo diría que estaban sucios si Bestia pregunta qué les sucedió. Me parecía una eternidad desde que pude leer el diario de Sofía. La última vez que había estado con Sofía, alguien importante en su mundo había muerto, pero ella había estado demasiado ocupada con Alessio para importarle.

Abrí el libro y comencé.

*Me encontré con Alessio en nuestro lugar nuevamente hoy. Oh, es tan tonto, tengo mi mano en la mejilla mientras escribo esto, como si pudiera captar algo de la calidez de su mano, como si todavía pudiera sentir la forma en que él acariciaba mi hematoma. Pero todavía puedo ver el fervor en sus ojos cuando vio lo último de Dario.*

*Todavía puedo escuchar sus palabras para mí.*

—Lo mataré. —Había prometido. Su voz era tan baja que me recordó a los lobos en los cuentos de hadas. Sabiendo lo que sé sobre su temperamento, ¿cómo puedo decirle que su hermano, Emilio, me arrinconó y presionó sus labios contra los míos? Me congéló, dejándolo meter su lengua viscosa en mi garganta. No sé qué hacer.

*Escribo en este diario, esperando que mis emociones tumultuosas tengan sentido.*

*¿Cómo le digo a Alessio que su hermano me besó?*

*¿Me creerá cuando digo que no quería nada de eso? No importa cuántas veces lo escriba, no importa el escenario, no termina bien. Hombres. Chicos. Tíos... me han llamado guapa durante toda mi vida como si un cumplido de ellos fuera la mejor moneda. La mayoría de los días pienso quemarme la piel para que no me miren.*

*Ahora los dos chicos de Pavoni están mirando en mi dirección. Esto no terminará bien para mí. Conozco las reglas. Me lo han dicho desde que era lo suficientemente joven como para recordarlo. Todavía recuerdo a mamá moviendo su dedo hacia mí el día que solté mi lengua y confesé mi atracción por Alessio.*

*Este beso es algo que necesito poner dentro de mí y esperar que no resurja.*

*Si Alessio se entera, sé que matará a Emilio.*

Al sonido de pisadas fuera de mi habitación, cerré el diario. Rápidamente lo escondí debajo de la tabla suelta y arrojé las mantas y almohadas al armario. Era un intento fortuito escondiendo, pero tendría que hacerlo. Estaba bastante segura de que iba a ser Nikolai con el té que había pedido. Él me había dicho que tenía tres horas hasta que Bestia regresara. Aun así, nunca podría estar tan segura.

Corré de regreso a la cama y me senté en el borde, pasando un dedo por una cerradura. Un momento después alguien llamó a la puerta. Solté un pequeño suspiro de alivio, sintiendo cómo mis articulaciones tensas se relajaban. Bestia nunca llamaba a la puerta.

—Adelante —dije, volviendo al armario para agarrar las mantas y las almohadas. Mientras me estaba preparando, él colocó el té en el suelo a mi lado. Tomé una hermosa taza de porcelana, inhalando las fragantes y humeantes hierbas. El líquido estaba caliente en mi lengua, la temperatura adecuada para beber.

Cuando volví a colocarla en la bandeja de plata, me detuve. Había un volante en el camino.

—Espera —le pedí, deteniendo a Nikolai de irse y recogiendo el volante—. ¿Qué es esto? —Giré el papel fino en mi mano, leyendo el texto en negrita: *La Princesa Pavoni Vive*.

Nikolai no se dio vuelta cuando respondió.

—El futuro.

\*\*\*

*La Princesa Pavoni Vive*. Levanté el papel de color barato, que se sentía suave, pero áspero en mi mano, y miré las grandes letras cuadradas. Exigían mi atención, demandaban a ser leído. Creer. Mis cejas se arrugaron cuando traté de asignarles un significado. Sofía había mencionado algo sobre una princesa Pavoni en el diario, pero eso no me ayudó a entenderlo mejor.

Todavía estaba tratando de encontrarle sentido cuando sonó un suave golpe en la puerta. Levanté la vista para ver a Gabby abrirla suavemente, moviendo la cabeza.

—¿Es este un buen momento? —preguntó ella—. Nikolai vino y me trajo, pero puedo volver más tarde... —Gabby abrió la puerta completamente. Ella estaba de pie en la puerta, inquieta con su suéter de gran tamaño.

—Por supuesto que es un buen momento —le dije, bajando el volante, todavía absorta por ello y el misticismo de Nikolai—. ¿Nikolai vino y te trajo? —pregunté mientras Gabby se sentaba entre las suaves mantas en el punto ciego de la cámara.

—Dijo que probablemente querías verme. —Se mordió el labio, insegura—. Si ese no es el caso, puedo irme. —Estreche los ojos. Quiero decir que quería ver a Gabby, pero ¿qué asunto tenía Nikolai adivinando mis intenciones, especialmente sin preguntar primero? Nikolai nos había empujado a las dos antes de que Gabby

también matara a su marido. Miré hacia el volante. Ahora, ¿qué estaba tramando él?

—Gabby, ¿qué sabes sobre Nikolai? —le pregunté. Dando una última mirada al volante, lo volví a esconder debajo del té.

—No mucho —dijo ella—. Yo sé *de* él. Ha sido un esclavo de Bestia desde que era un niño pequeño. —Bestia había dicho todo eso, pero lo había expresado de forma muy diferente, había hecho que pareciera que le había salvado la vida a Nikolai.

—Entonces, ¿no lo conociste? ¿No eran amigos?

—Frankie... —Su rostro se transformó como si estuviera pensando en algo poderoso—, Frankie, antes de ti, no conocía a nadie más que a Giovani. No sé si hubiera tenido el coraje de matarlo si no te hubiera visto en el parque.

—Pero ese fue Nikolai —señalé—. Nikolai nos unió.

—Supongo... —No parecía muy convencida, pero no lo estaba dejando ir. Algo sobre Nikolai no estaba bien.

—¿Crees que él quiere algo?

—¿De mí? —Ella se sorprendió—. ¿Qué podría ofrecerle?

—¿De mí entonces? —le pregunté. Gabby se mordió el interior de la mejilla, pensando. Pasó un rato antes de que volviera a hablar.

—¿Sabes que todos dijeron que Bestia debería haberlo matado? —Su voz era suave, apenas más que un susurro—. Mató a toda su familia, pero salvó a Nikolai. —Pensé en lo que Bestia había dicho: *lo salvé*. Él había matado a la familia de Nikolai pero no a él. ¿Por qué?

—Eso fue probablemente una misericordia —le dije.

—Creo que hubiera sido misericordioso matarlo —dijo Gabby rotundamente. La miré. De vez en cuando decía cosas como esas, cosas que contradecían su exterior sumiso y daban paso a una oscuridad dentro de ella—una oscuridad por el hecho de vivir tu juventud como esclava sexual virtual de un hombre que te dobla la edad—. Y creo que Nikolai estaría de acuerdo conmigo.

En el silencio que siguió, mis pensamientos se desviaron. A lo que Nikolai quería. A lo que yo quería si alguien matara a mi familia y luego me esclavizara

durante diez años. Lo supe de inmediato: venganza. Simplemente no estaba segura de cómo Gabby y yo encajamos en sus planes.

Exhalé, cambiando de tema.

—¿Vas a decirme qué pasó realmente con Giovani? Tuve un policía apareciendo y me dijo una mierda bastante interesante en el funeral. Bestia estaba *justo allí* cuando él me habló. —Desde el funeral, me moría de ganas de saber qué había sucedido realmente después de nuestra reunión en el parque. Ante mi cuestionamiento, todo su cuerpo se transformó, brillando intensamente. En realidad, no fue la reacción que esperaba cuando le pregunté sobre el asesinato de su marido.

Se puso de rodillas, puso las manos en el regazo y, casi como si fuera un secreto, dijo:

—Me enamoré.

—¿Te *enamoraste*? —le pregunté.

—De Levi, el policía. —Una amplia sonrisa se extendió por sus mejillas, sin inmutarse por mi incredulidad. Un momento después agregó—: Ah, y él me ayudó a encubrir la muerte de Giovani. —No me dio un segundo para preguntar sobre eso porque de inmediato me siguió diciendo—: Frankie, es tan maravilloso. Es amable y se preocupa y yo solo siento mucho con él. Nunca pensé que podría sentirme de esta manera antes.

—Estás enamorada —lo repetí como si eso me ayudara a entender.

—Cuando Giovani me hizo arrestar, él fue quien me registró —explicó—. Tenía los ojos más oscuros, e incluso bajo las luces fluorescentes, su cabello era del más hermoso tono marrón. Lo llamaron Oso Rojo, Oso, para abreviar, porque son unos idiotas racistas, su madre es nativa americana, pero su nombre es realmente Levi. Levi Luchessi. Él me siguió a casa y después de eso... —Ella siguió y siguió, apenas tomando aliento. Observé cómo cambiaba su rostro mientras me contaba diferentes partes de la historia, pasando de la tristeza a la felicidad pura, a la ira y de regreso a la dicha. No estaba segura de qué decir. Parecía una niña en la preparatoria hablando de un enamoramiento, no una persona que describe al hombre que ayudó a encubrir el asesinato de su marido.

—¿Era incluso mi lugar para cuestionarlo? Esta era la única felicidad que Gabby había conocido. En realidad, no estaba en posición de juzgar. No era exactamente la chica del póster de las emociones saludables. Quizás estaban enamorados. Él la había ayudado a ocultar el asesinato, después de todo. Si eso no era amor verdadero, ¿qué era?

—¿No es sucio? —El pensamiento se me vino a la cabeza y salió de mi boca. Gabby había sido registrada en el recinto 72, que era el recinto más sucio y podrido de Nueva York.

—Limpio como un silbido. —Gabby hizo una pausa—. Excepto por el encubrimiento de todo el asesinato. Él está de encubierto —explicó—. Está tratando de derribar a los del 72 y los Pavoni.

—Eh. —Me recliné ante la revelación: un policía encubierto que en realidad estaba tratando de ayudarnos. De repente, fue como si hubiera un descanso en todas las rocas que se habían derrumbado—. ¿Entonces está tratando de ayudarnos?

—Sí. —Gabby sostuvo una almohada sobre su pecho y miró por encima de mi cabeza, hacia la ciudad.

—Entonces, ¿podría sacarme de aquí? —le pregunté—. ¿Sacarnos de aquí?

—No. —La respuesta fue inmediata.

No entendí.

—¿Pero por qué?

—Él no va a ser parte de esta vida —dijo Gabby—. Nunca. —Estaba en la punta de mi lengua recordarle que *ella* era parte de esta vida, pero luego me di cuenta de lo tonto que era. Por supuesto, Gabby lo sabía y sufrió intensamente al respecto. Yo había sido parte de esta vida por menos de un mes mientras Gabby había nacido en ella. No pasaba un minuto que ella no estaba al tanto de su situación.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté finalmente.

Gabby tragó saliva y jugueteó con la almohada. Entonces ella me miró.

—El amor siempre encuentra la manera, ¿verdad? ¿Si es real y verdadero?

Parpadeé. Ella estaba esperando, realmente esperando que respondiera.

Oh, Dios.

Realmente pensaba que el amor verdadero podía arreglar todo. Me dolía el pecho por la forma en que me miraba, los ojos grandes y marrones, buscando.

—Um... —Exhalé. Su mirada era inquebrantable. La mía vislumbró algo brillante y metálico, y me aferré a ello inmediatamente, cualquier cosa para cambiar el tema.

—Gabby, ¿es eso es una botella? —Estaba un poco aturdida. Por lo que sabía, Gabby no llevaba frascos ni bebidas. Ella parpadeó como si saliera de un trance y luego miró el bolsillo de su abrigo.

—Oh, sí. —Lo sacó—. Ahora estoy sola en la casa de Giovani. Me refiero a que la Familia se detiene a diario para ver cómo estoy, pero sobre todo estoy sola. Es la mayor libertad que he tenido. Él nunca me dejó tocar nada. Hoy recogí esto. Creo que le pertenecía a Giovani. —Me miró, con los ojos muy abiertos, tan joven—. ¿Alguna vez has estado borracha? —No, nunca había estado borracha. Me miró de nuevo, con esos grandes ojos de cierva. Mientras que una gran parte de mí quería beber y darle un gran *Jódete* a las reglas de Bestia, pensé en todo lo que ella acababa de decirme.

—No creo que sea una buena idea.

—Probablemente tienes razón... —Se le cayó la cara—. Giovani nunca me permitió tomar alcohol —suspiró y dejó el frasco en medio de las mantas. Lo miré cuando comenzó a hablar de nuevo. No pensé que fuera una buena idea que Gabby se emborrachara, pero no podía dejar de imaginarme borracha en torno a Bestia. Finalmente, podía tener un amortiguador entre él y lo que sea que me hacía.

—¿Frankie?

—¿Lo siento? —Me volví hacia ella.

—Las noticias acaban de anunciar que el senador Hatch es un violador en serie —dijo.

Mis ojos se agrandaron.

—¿En serio? ¿*El* senador Hatch? ¿Se parece a Clooney y uno de los senadores con más años de servicio? —Ella levantó su teléfono, mostrándome el titular. Parpadeé rápidamente. ¿Un teléfono? Bestia no me permitía un teléfono. Me preguntaba qué habría estado haciendo el mundo en las tres semanas que estuve fuera.

Bueno, esto, aparentemente. La forma en que las brillantes letras le atravesaban el rostro lo hacía parecer sorprendido y culpable al mismo tiempo. Negué con la cabeza. Más evidencia de que la belleza miente.

—¿De dónde sacaste el teléfono? —pregunté, más interesada en eso que en las noticias.

—Levi. —Su rostro estalló en esa amplia sonrisa de amor borracho otra vez. Gabby suspiró y colocó el teléfono en el regazo—. Se rumorea que Hatch va a renunciar y el gobernador Dubois designará a alguien interino... —continuó Gabby, apoyándose contra la pared. Me contó todo sobre las cosas terribles que las noticias estaban diciendo sobre las víctimas. Jalé mis labios entre mis dientes, con el pecho apretado. Con un suspiro, alcancé la jarra de té, y cuando la levanté, el volante se pegó al fondo.

—¿Qué es eso? —preguntó ella, alcanzándolo.

—Oh, eh... —No estaba segura de cómo responder, pero Gabby no esperó a que lo hiciera de todos modos. Ella arrebató el volante, sus ojos brillando del papel para mí.

—¿Por qué tienes esto? —Sus ojos estaban muy abiertos, llenos de una especie de emoción que no podía entender.

—Nikolai lo dejó debajo de mi té —respondí. Gabby le dio la vuelta y miró el lado en blanco, luego lo giró y examinó las letras grandes y cuadradas. Cuando terminó, sus ojos encontraron los míos otra vez, ahora incluso más redondos.

—Dijo para qué? —Sus labios temblaban como si estuviera tratando de contener una sonrisa.

—Dijo, y cito, “el futuro”. —Levanté ambas manos en el aire, hice comillas con los dedos y luego las dejé caer a los costados.

—Pero dijo por qué te lo dio? —repitió la pregunta, la voz se apresuró. Esta vez no intentó ocultar la sonrisa.

—No... —Dejé de hablar. Viendo su expresión, traté de averiguar por qué estaba tan emocionada. Había excitación y asombro simultáneos en su rostro. Se veía en la forma en que sus ojos se curvaban y en la forma en que su sonrisa se iluminaba y se estiraba.

—He visto estos volantes alrededor. —Me miró como si me viera por primera vez—. Pensé que era como cualquier otro rumor de los soldados. —Gabby dejó el volante y me agarró las manos con desesperación.

—¿Qué? —insistí—. ¿Qué rumores?

—Frankie... —Como si estuviera a punto de descargar algo enorme, Gabby tomó aliento antes de comenzar—. ¿Conoces la historia de la princesa Pavoni? —Negué con la cabeza. Gabby me apretó la mano más fuerte y se movió hacia adelante. Dijo que la princesa Pavoni no era más que un cuento de hadas, como la Cenicienta. Al principio fue algo que los Pavoni hicieron para consolarse después de que básicamente habían masacrado a toda su línea de sangre. Luego se convirtió en algo que los puristas retorcieron después de que Bestia había ascendido al poder, una historia sobre una chica Pavoni perdida que algún día retomaría a la Familia.

—Guau —le dije cuando terminó—. Esa es una historia.

—Frankie —dijo Gabby con seriedad—. Creo que *tú* eres ella. Esa debe ser la razón por la que Nikolai te dio esto, ¿no lo ves? —Me miró, sus labios rosados se extendieron en una sonrisa aún más grande. Me resistí. Cuando Gabby me tomó de las manos, de repente tuve un recuerdo en la preparatoria. Era como las pocas fiestas de pijamas a las que había podido asistir, chismear, contar secretos e historias con tanta vehemencia que la verdad no importaba. Incluso la forma en que se sentaba con las piernas cruzadas y su cabello rubio cayendo sobre un hombro, era familiar.

Ella se veía tan *joven*, pero de lo que estaba hablando era mortal.

»¿Bien? —preguntó, tirando de mis manos.

—No soy... una... una... *princesa* —balbuceé mientras tiraba de mis manos hacia atrás, pero Gabby no las soltó—. Gabby —imploré, tirando más fuerte. A regañadientes, me dejó ir. Por la forma en que Gabby me contó la historia, pude ver que la princesa era un gran problema, pero sabía *yo* que no era ella, y si las personas creían que lo era, no terminaría bien para mí. Ella asintió lentamente, pero sus ojos todavía eran enormes, mirándome con asombro e intentando ver algo que no estaba allí.

»Gabby —dije bruscamente.

—Pero... —Su rostro volvió a caer, y parecía tan derrotada—. ¿Por qué más él te lo daría? —Sostenía el papel entre sus manos, como si tratara de asignarle un significado.

• *Porque él es un manipulador*, es lo que quería decir.

• En cambio, le dije:

—No lo sé, Gabby. —Dejó abajo el volante otra vez. Tratando de evitar más conversación, tomé el volante y rápidamente lo metí en el diario. Gabby lo miró, consiguiendo una mirada extraña en sus ojos. El temor y la excitación anteriores

desaparecieron, reemplazados por lo que parecía miedo. La expresión de su rostro había desaparecido tan rápido que no podía estar segura.

Eventualmente, extendió la mano y tocó el diario, sus dedos jugando sobre el cuero. Era mi turno de mirar mientras ella lo abría a la primera página y leía la inscripción en voz alta.

—Sofía De Luca. —Abrió los ojos de par en par. Ya había tenido el diario con ella antes, pero se me ocurrió una idea, una en la que no podía creer que nunca había pensado antes: tal vez Gabby *conoció* a Sofía, después de todo, ella misma era un De Luca. Me di una patada mentalmente. Había *tanto* que podría haber estado aprendiendo.

—Lo encontré en la biblioteca —le dije—. ¿Sabes quién es? ¿Sabes quién escribió el diario? —Me senté hacia adelante, esperando la respuesta. Gabby miró la inscripción, una expresión ilegible en su rostro. Era tan inexpresivo, tan completamente desprovisto de cualquier cosa discernible, lo opuesto a todo lo que había llegado a conocer sobre Gabby en nuestro corto tiempo. Gabby era ansiosa, un poco ingenua, pero ligera, este rostro no era nada de eso.

—Sofía de Luca fue mi madre. Murió cuando yo era muy joven. —Me recosté, sus palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago. Gabby no levantó la mirada cuando habló, su voz sonaba distante y perdida. Pasaron unos momentos antes de que volviera a hablar.

—Supongo que tenemos eso en común —dije eventualmente—. ¿Lo quieras? Es tuyo. —Levantó la mirada como si acabara de ofrecerle algo muy tentador, pero algo que no debería haber hecho. Sus dedos rozaron la cara de cuero, mirando ansiosamente la cubierta.

—Me tengo que ir —dijo Gabby de repente, alejando el libro.

—Pero el diario...

—No quiero hablar de eso —dijo—. Nunca. Guárdalo, no me importa, simplemente no me lo cuentes. —Hice una mueca frunciendo el ceño ante sus palabras y el ambiente extraño que los seguía.

• Abrí la boca para presionar, pero Gabby rápidamente dijo:

»Tengo que irme. Si me voy ahora, puedo pasar una hora con Levi. Nikolai me cubre. Levi dijo que me iba a preparar queso a la parrilla. —Su mejilla se curvó levemente, traicionando la felicidad que estaba sintiendo—. Siempre quise probarlo. —Frunció el ceño por una fracción de segundo, todavía queriendo saber lo que Nikolai conseguía del arreglo, pero saqué los malos pensamientos de mi mente.

—Deberías haberte ido hace mucho tiempo —dije.

—¿Vas a estar bien? —preguntó mientras nos despedíamos. Casi me burlo—*¿iba yo a estar bien?*—pero lo que sea que le haya molestado a Gabby sobre el diario, lo había enterrado debajo de la tierra.

—Estaré bien —le dije en su hombro mientras me apretaba en otro abrazo. Nos desenredamos y me senté en las mantas justo cuando la puerta se cerró. Probablemente debería haber abierto el diario y leer más, usar la última libertad que tenía, pero mis ojos se centraron en algo a la derecha.

La botella.

Gabby la había dejado.

Esperé unos momentos, con las manos bailando en mi regazo, para que ella volviera por él. Cuando no lo hizo, lo recogí. Era frío y suave en mi mano y miré hacia la abertura oscura. Nada de alcohol era una de las estúpidas reglas de Bestia. *No digas maldiciones, no te vas sin permiso, y no bebas.* El aroma me quemaba las fosas nasales, pero de todos modos quería beber. Sería otra forma de decir *vete a la mierda* sin decirlo realmente. Me la puse en mis labios e incliné el metal pulido. 1... 2... 3... 4... Tosí.

Sabía *horrible*.

Mis ojos se humedecieron.

¿Qué diablos había en eso? ¿A las personas realmente les *gustaba* esa mierda? Me apoyé contra la pared, esperando que algo sucediera. Para ser sincera, nunca antes había estado ebria, así que no estaba segura de lo que estaba esperando.

—Princesa —murmuré, recogiendo el papel rosa brillante—. Por supuesto que ellos fueron con el rosa. —Puse los ojos en blanco y volví a bajarlo. Mis dientes hormigueaban y abrí la boca como si eso ayudara. Las palabras de Gabby se desplazaron por el cerebro como si estuvieran en proyección, y me pregunté qué haría Bestia si me encontrara borracha.

Llamaron a la puerta y salté. Miré, esperando a que alguien entrara. Sabía que solo era Nikolai, pero la sangre me corría por los oídos en un fuerte zumbido.

Nikolai entró, llevando una porta trajes, y de repente me sentí muy confiada. Quería preguntarle todas las preguntas en mi mente. *¿Qué quieres de mí? ¿De Gabby? ¿Por qué pusiste este estúpido volante en mi bandeja? ¿Detrás de quién estás?*

En cambio, me quedé quieta, mirándolo.

Sintiendo un poco de mareo.

Sin palabras intercambiadas, Nikolai colgó el porta trajes. Se acercó, recogió la botella, lo puso en la bandeja con el té, menos el volante ahora guardado en mi diario, y se fue. Lo miré por un momento, preguntándome. No podría ser lo que pensó Gabby. Con otra exhalación fuerte, fui y abrí la cremallera del porta trajes.

Bestia claramente tenía algo planeado para mí.

Este vestido podría llevarme a la alfombra roja, pero considerando a Bestia, también podría llevarme por comida para llevar. No había lencería, y sabía lo que eso significaba. Mientras trataba de deslizar el vestido, tropecé y me caí. Me di por vencida y decidí que la única forma en que estaba metiéndome en la maldita cosa era sentándome en la cama y haciéndolo un pie a la vez.

Una vez que lo tuve puesto, me estudié en el espejo, pasando una mano por la cadera. Miles de pálidas lentejuelas de oro rosa formaban el vestido, tantas de ellas que brillaban por sí mismas. Era elegante, abrazaba cada curva. La parte posterior caía en un cuello de capucha y el collar iba directo a través de mi clavícula. La única cobertura que tenía en los brazos eran pequeñas mangas, así que supuse que para eso estaban los guantes de satén negro.

Tenía que imaginar que lo que Bestia había planeado para mí no incluía estar afuera. Incluso si me pusiera los guantes, me congelaría.

Me preguntaba qué estarían haciendo Levi y Gabby. En mi mente, estaban comiendo queso asado y sentados en ropa cómoda en un sofá aún más cómodo. Estaba oscuro afuera, así que tal vez la lámpara estaba encendida, un amarillo cálido, o tal vez estaba apagada, y solo el brillo del televisor iluminaba el espacio. Y se acurrucaban bajo las mantas no porque estuviera frío, sino porque querían estar cerca.

Ella estaba usando su camiseta y pantalones de chándal y estaban viendo tontos programas de televisión y se reían. Se besarían y se harían el amor uno al otro, pero él se lo preguntaría primero. Si ella decía que no, volverían a reírse y a comer.

Probablemente incluso tenían chocolate caliente.

Me limpié una lágrima perdida del ojo, acariciando el material en mi abdomen.

Realmente esperaba que eso fuera lo que Levi y Gabby estuvieran haciendo.

\*\*\*

—¿No está demasiado frío para comer en el techo? —Oh, mierda, ¡acabo de hablar con dificultad las palabras! Él no respondió, como de costumbre, y agarró mi mano enguantada; si él hubiera notado mi dificultad para hablar, no me lo hizo saber. Nunca había estado en el techo, ni siquiera sabía que era una opción. Apenas unos treinta minutos después de que me había vestido, Bestia había regresado y me había informado de nuestro destino. Lo admito, una parte de mí estaba encantada.

Que jodidamente estúpida.

Entramos en el ascensor y él presionó el botón superior.

—Guau —dije exhalando cuando el ascensor se abrió. *Es como una cita real*, pensé. Desde todos los ángulos, la ciudad brillaba. Los rascacielos que sobresalían me recordaron a las pilas de purpurina. Aunque la ciudad ahogaba las estrellas, no importaba, porque por encima de nosotros las luces colgaban de cuerdas, que centelleaban, y en el centro había una mesa redonda cubierta con un mantel blanco impecable que hacía juego con la nieve. Una única rosa negra sobresalía de un florero claro y delgado.

Miré a Bestia, esperando que lo arruinara todo. Hizo un gesto hacia los asientos. Con cautela di un paso adelante y tomé el más cercano. Mientras se estaba sentando, escaneé el resto de la azotea. Del otro lado pude distinguir los asientos cubiertos. Era difícil de decir en el invierno, pero parecía haber una piscina cubierta también. El jacuzzi estaba abierto.

Tragué.

—¿Sedienta? —preguntó, tendiendo una botella.

—¿Chocolate caliente? —Di un grito ahogado. Vertió el líquido en una taza dorada moteada en respuesta. Zarcillos de vapor susurraron en el aire. Una bandeja de plata cubierta contenía algo que no podía ver, pero que olía absolutamente divino. Asombrada, volví la cabeza hacia la de él.

»¿Qué es esto? —pregunté, confundida. Las lámparas de calor nos mantenían calientes, aunque la ráfaga de viento ocasional me ponía la carne de gallina. Tomó mi mano enguantada en negro en su propia mano desnuda. Miré mientras su mano encapsulaba la mía. Tanta cruda masculinidad solo en esos dedos.

—Es la cena —respondió.

—Has estado ocupado —dije—. No te he visto desde el funeral.

Sus ojos brillaron.

—¿Me extrañas? —La Bestia estaba vestida impecablemente, como de costumbre, vestido con un traje ajustado de color carbón con el cabello cayendo en ondas detrás de los músculos del cuello. Profundos y sombríos ojos, pero de alguna manera brillaban en intensidad. Sin embargo, fue su mandíbula la que me cautivó, porque estaba marcada en una sonrisa. Me concentré en eso, el estómago revoloteando. A pesar de que era pequeño, apenas una sonrisa, le cambiaba por completo el rostro. Sus ojos se suavizaron y calentaron, y me derretí.

Yo quería estar en el sofá como Gabby y Levi. Lo quería abrazándome. Quería sentir sus brazos envueltos a mí alrededor.

—Yo... Yo —tartamudee, de repente dándome cuenta del inconveniente de estar ebria. Mis pensamientos giraban a mí alrededor y la lengua aleteaba sin explicación—. Solo curiosidad... es todo...

—Tuve trabajo. —Sus ojos perforando los míos, y era como si estuviera cavando un hoyo dentro de mi alma. Podía sentir la molienda, los giros, los trozos que él arrancaba para ir más profundo dentro de mí.

—Me haces dormir en tu habitación y luego te marchas todo el día —dije—. Todo lo que hacemos es dormir. —Las palabras se mantuvieron saliendo como vómito. No podía detenerlas. Estaba viendo a través de este optimista, bruma alcohólica y por alguna maldita razón, pensé que podía hablar libremente. Todo lo que estábamos haciendo últimamente era dormir; eso era tan peculiar. Incluso no trató de forzar mi orgasmo. Estaba tan perdida en esta casa. Desde el funeral—no, desde después de la cena—él había estado distante.

*Lo que es bueno.* Pegue esas palabras en el cerebro como si estuviera corriendo contra una pared. Debería gustarme eso. Debería *quererlo* siendo distante.

—No hacemos nada más que dormir —continúe, a pesar de la voz gritándome que cerrara la maldita boca.

—¿Estás preguntándome por qué no te *follo*, Frankie? —Sus ojos se estrecharon en los míos.

Abrí mucho los ojos.

—¡Por supuesto que no! Eso no es lo que quiero. *Nunca* quería eso. —Tire de mi mano, pero la agarro más apretada. Entonces de repente la dejó caer.

—Si no quieres ser mi puta, tal vez no debiste dar tu vida por algo tan despreciable. —Abrió la bandeja de plata, colocando algún tipo de carne con salsa sobre su plato.

—Él es mi *padre* —dije—. Algo que tú aparentemente no puedes entender. —Al minuto que las palabras salieron, supe que fueron un error. No quería decirlo como un insulto. Para mí la Bestia existía en un mundo sin ningún amor, ¿así que como él podría entender mi amor por mi padre? La Bestia hizo una pausa y me congele, esperando por su respuesta.

—Puedo ser un huérfano —respondió—. Pero entiendo de padres lo suficiente. Sé que el tuyo es despreciable. —Bestia casi me derribó con eso de... ¿huérfano? ¿No tenía ningún parent? ¿Creció en algún tipo de hogar?

¿Completamente solo?

Sin embargo.

Entendía que *Papa* no era el mejor parent, incluso no era la mejor persona, pero él valía más que yo. Yo estaba enferma: mi cuerpo probablemente no iba a durar mucho tiempo. Claro, los doctores dijeron que estaba bien ahora, pero yo no lo sabía. Estaba más cansada que la mayoría de las personas. Ocionalmente conseguía fiebres sin ninguna razón. El corazón me latía, más rápido que lo normal, pero debido a que no me desmayaba todo el tiempo ellos no se preocuparon. Simplemente no era correcto, dejándolo morir cuando mi vida era tan inútil.

Volvería atrás y lo haría de nuevo, y de nuevo, y de nuevo.

Era una desertora de la comunidad universitaria que no iba a ninguna parte con mi vida. Viviendo bajo la escalera. Nunca tendría novio o amigos reales. Todo lo que había estado en mi vida era enfermedad.

Al menos ahora podía decir que haría algo con mi vida.

Salvé a *Papa*.

—Él es dos veces más nombre de lo que tú nunca serás —dije, hablando cada vez más fuerte.

—¡Oh, de verdad? —Bestia continuó su comida, masticando con simultáneo veneno y ferocidad.

—¡Es bueno y amable! —grité, llena con coraje borracho.

Se rio, pero no dijo nada.

Me congele.

—No sé por qué me molesto. Puedes vestirte tan elegante como quieras y arreglar todos estos lindos adornos —Hice un gesto hacia las luces y la mesa—, pero seguirás siendo una bestia. Nunca entenderás lo que significa ser un buen hombre.

Sus ojos brillaron.

—¿Un buen hombre envía a su hija al matadero?

—¿Qué dijiste? —tartamudeé. Bestia guardó silencio—. ¿Qué quieres decir? —le pregunté. Me levanté de la silla, golpeando la mía, envalentonada con una ardiente curiosidad—. ¿Qué? ¿Qué sabes?

No dije nada y tragué saliva, sintiéndome como si me estuviera ahogando con el aire a nuestro alrededor.

—¿Qué? —pregunté. Levantando la servilleta de su regazo, la colocó sobre la mesa y luego me miró. Aunque su semblante parecía tranquilo, lo conocía mejor. Su mirada era feroz, llena de fuego.

—Le di a tu padre la opción de llevarte de regreso y él eligió dejarte. —Como si diciendo lo que dijo no fuera lo suficientemente hiriente, Bestia agregó para enfatizar—. Conmigo.

Di un grito ahogado, tropezando, trastabillándome con la silla que había derribado.

—Mentiroso.

Bestia se rio con dureza.

—No necesito mentir sobre tales cosas.

—Mi *Papa* no me dejaría *contigo*. —Me enfurecí.

Bestia se encogió de hombros.

—Lo hizo. —Me giré, buscando cualquier cosa que pudiera dar significado a las palabras que estaba diciendo. ¿*Papa* me había *dejado*? ¿Bestia le había dado la oportunidad de llevarme de vuelta? ¿Cuándo sucedió esto? ¿Podría haber sido libre? ¿Nada de esto tenía que pasar? Las preguntas pasaron por mi mente, demasiado rápido para que incluso las comprendiera. Sentí como si la incertidumbre y la traición me envolvieran, envolviéndose alrededor de las piernas hasta que no pude soportarlo.

Tropezando hacia atrás, me caí, golpeando el suelo frío y húmedo.

\*\*\*

El suelo estaba muy frío. La cabeza me daba vueltas, el licor se abría paso a través de mi sangre y nublaba mi mundo. Sabía que no debería haber tenido esta conversación en ese momento. Estaba demasiado alterada, pero al mismo tiempo, el licor me estaba poniendo audaz. Me estaba haciendo peligrosa. Sentí que *necesitaba* enfrentarlo.

No lo creí eso—creerle a él.

No podía creer que mi propio papá me hubiera arrojado a los lobos.

—Tal vez él no te creyó —susurré—. Tal vez si me devuelves, él verá que hablas en serio.

—Frankie... —El rostro de Bestia se contorsionó en lo que creía que era lástima, o al menos su versión de la misma. Se levantó de la silla y se acercó, tendiéndome una mano. Intenté alejarla, pero el zumbido hizo que mi intento fuera pobre y descoordinado.

—¿Qué? —pregunté—. Solo llévame con él. —Si pudiera *ver a Papa*, sabía que me llevaría. No podría haberme dejado sola. Quiero decir, *Papa* no era el mejor—a menudo, olvidaba la cena y pagar las cuentas, así que cuando pude leer, asumí esas responsabilidades—pero estaba bien con eso. *Papa* era *Papa*; me amaba de otras maneras. Cuando era más joven, me abrazaba y escuchaba música antigua. Hubo una vez que se enojó demasiado, resbaló y me golpeó, pero eso no fue su culpa, había estado bebiendo durante días.

Él era *Papa*.

Tenía sus problemas, pero me *amaba*.

—No es tan simple —contestó Bestia.

—¿Por qué no me dejas ir entonces? —espeté—. Si ibas devolverme a *Papa*, ¿por qué no puedo irme?

—¿Quieres irte?

—¡Sí! —En el momento en que las palabras salieron de mis labios, supe que no estaba tan segura. Me había estado quedando porque pensé que tenía que hacerlo, por *Papa*. Ahora estaba diciendo que *Papa* no me quería, que *Papa* me había

abandonado. Si por un segundo tuve la idea de que Bestia estaba diciendo la verdad, que *Papa* en realidad me había dejado allí...

—No.

Negué con la cabeza.

Eso no era verdad.

Bestia solo estaba jugando juegos mentales.

Se puso de rodillas y extendió una mano, los dedos agarrándome la barbilla.

—¿Quién está mintiendo ahora? —No hubo malicia en su pregunta, y me encontré apoyándome en su agarre. Su mirada era embriagadora e insistente.

—¿Qué pasa si *estaba* diciendo la verdad?

El dolor marcaba mi alma, caliente, abrasador y cicatrizante. La peor parte, sin embargo, fue que Bestia había llamado a mi engaño. *No* estaba segura si quería irme. Había estado usando a *Papa* como un cojín, una razón para no abordar lo que había estado sucediendo entre nosotros. No importa lo que haya pasado entre Bestia y yo, no importa lo que haya sido de mí, siempre ha sido por el bien mayor.  
—Ahora qué?

—¿Qué me hace eso?

—No te creo —susurré contra sus dedos.

—Sí, lo haces —dijo en voz baja—, pero no quieres reconocerlo todavía. —Me examinó con la mirada, exigiendo que me perdiera en ella.

—No tengo idea de lo que estás hablando. —Arranqué la mirada y quité la barbilla de su agarre. Intenté levantarme, pero tropecé, así que coloqué la mano sobre la lámpara de calor para mantener el equilibrio. Tenía el culo mojado, las manos rojas y congeladas por presionar contra el suelo cubierto de nieve. Me concentré en los ladrillos individuales en el suelo para evitar que el mundo se arremolinara. Por un momento, había olvidado que estaba borracha, había estado tan concentrada en él.

—Entonces, ¿por qué estás aquí? —me preguntó a mi espalda.

—Hablabas en serio? Levanté la cabeza.

—Porque no tengo otra opción.

—¿Todavía arriesgarías tu vida por un padre que te abandonó?

—¿Aún lo matarás si me voy? —le respondí.

—Tienes una opción, Frankie... —Se acercó a mí, cerrando la distancia entre nosotros en dos pasos lentos y deliberados—. No iré detrás de ti si te vas. —Su dedo índice suavemente se arrastró a través de mi mejilla, tirando de mi mirada hacia él—. Pero si te quedas, eres mía. Soy dueño de ti, cada centímetro de ti. —El dedo que había estado acariciándome tan suavemente la mejilla bajó al cuello y abrió la palma de su mano. Contuve el aliento cuando envolvió sus dedos alrededor de mi cuello. No fue duro, solo lo suficiente para atraerme hacia él.

Fui, inclinada tan cerca que podía oler su sabor en sus labios. Justo cuando estaba segura de que iba a besarme, me dejó ir.

—Pero si me voy, matarás a mi padre —le susurré mi temor.

—Sí.

Me aparté, tropezando con el techo. Tenía que poner distancia entre nosotros.

—No es una gran elección —dije, por encima del hombro—. Estoy exactamente en la misma posición. —Oh, Dios, parecía que cada minuto me estaba emborrachando y embriagándome. Todo se estaba volviendo borroso y estaba teniendo dificultades para estar de pie.

Este sería un buen momento para admitir que nunca había tenido algo para beber.

Nunca.

—Si así es como te sientes. —Su voz repentinamente estaba a mi lado, pero a mí alrededor a la vez. Agité una mano para agarrarlo, y encontré algo sólido. Al principio pensé que era Bestia, pero luego vi mi mano deslizarse sobre la mesa y derribar la jarra de chocolate caliente. Derretía hermosos ríos marrones en la nieve.

—¿Estás borracha? —Tuve media fracción de segundo para registrar su voz que sonaba enojada antes de que me agarrara la muñeca y me tirara a la mesa. La comida se estrelló contra el suelo. El jarrón se hizo añicos, y me estremecí cuando me desgarro el vestido. Los dedos de Bestia se enroscaron alrededor de mi cuello, manteniendo mi cuerpo en su lugar. *Esto es todo, pensé, lo va a hacer de nuevo.* El pequeño respiro que había tenido desde la primera noche había terminado. *Él va a entrar en mí de nuevo. Va a suceder. Va a ser tan sucio, oscuro y violento como la primera vez.*

La peor parte fue que antes le había estado preguntando sobre eso. Me preguntaba dónde había ido.

—*¿Me estás preguntando por qué no te follo Frankie?*

—Mientras estés aquí, me perteneces Frankie —gruñó—. Te mantienes olvidándolo. No te debo ninguna respuesta. No te debo ninguna oferta. Y debes obedecerme. —Enrosco los dedos alrededor de mis muslos, la piel se hundió en la piel—. No sé de dónde diablos conseguiste alcohol, pero voy a averiguarlo.

Un sollozo quedó atrapado en la garganta.

—Debería irme entonces.

Se inclinó hacia abajo, sus palabras susurradas como cuchillas de afeitar contra mi oreja.

—Debieras.

—Sin embargo, lo matarías —escupí—. Maldito asesino, no me dejas otra opción. Sería como si hubiera metido el cuchillo en su vientre yo misma. —Con un empujón violento, me apartó. La pequeña mesa se estremeció con el movimiento. Oí que sus pisadas se suavizaban, el ascensor timbró, y luego asumí que estaba sola. Temerosa de moverme, me quedé donde estaba. Expuesta. Abierta. El aire gélido lamiéndome la piel.

La cabeza me palpitaba áspera y brutal. Me sentía horrible. Era como si las emociones estuvieran cooptando mi estado de ebriedad y retorciéndolo para su uso.

—Así que quédate. —Cuando habló, salté. Pensé que había vuelto a bajar con el ascensor—. Y pon el cuchillo en tu propio vientre. —Escuché que el ascensor se cerraba y esta vez estaba segura de que se había ido.

Miré los fragmentos de vidrio hechos añicos en el suelo, borrosos por la nieve.

O tal vez esas fueron lágrimas en los ojos.

# Capítulo 14

Anteros se despertó sobresaltado, la luz brillante filtrándose por las ventanas. Debió haberse quedado dormido en el escritorio. Lo último que recordaba haber hecho después de cenar con Frankie era ir a la oficina. Se quedó despierto, pero no trabajó en absoluto. Miró por la ventana a la ciudad centelleante y de ojos diabólicos tratando de resolver un problema diferente.

Frankie.

Llevó a Frankie al techo, preparó una cena. Ella había estado borracha. Anteros odiaba a aquellos que no podían manejar su licor, pero eso no era lo que lo llevaba a la locura con ella. No era que ella hubiera eludido de alguna manera sus reglas y encontrado alcohol, era que su estado de ebriedad era otro recordatorio de lo que ya sabía: estaba perdiendo la cabeza.

Con ella, él estaba fuera de control.

La mañana después del funeral cuando despertó y vio a Frankie en su cama, se dio cuenta de lo cerca que estaba volando del sol. Sabía que debería haberla vendido esa mañana, deshacerse de ella de alguna manera, pero en su lugar había preparado una cita para ella. Era adicto al calor en sus alas.

Ella constantemente lo llevaba a hacer cosas que nunca haría, a decir cosas que no tenía intención de decir. No había planeado contarle sobre su padre, tenía toda la intención de localizar al idiota y continuar con su arreglo, pero las palabras habían caído como un diente flojo de su boca. Aun así, ella expulsó más de él. Anteros era un hombre sereno y tranquilo. En los interrogatorios, nunca se derramó, y las cicatrices en su cuerpo eran un testimonio de eso.

Con Frankie, se derramaba como una lata de aceite volcada.

Sabía lo que estaba pasando, también, pero aun así no ayudaba. Por alguna razón, Anteros no podía mentirle. Podía guardar secretos de cualquier otra persona, pero si Frankie le preguntaba a quemarropa, se veía obligado a contárselo. Donde una vez había sido tan calculado que era casi robótico, ahora se estaba volviendo... descuidado, incluso emocional.

Anteros miró hacia la puerta, preguntándose. Básicamente, le había abierto la puerta y le había dicho: *vete*. No la había visto desde que la dejó en la mesa y

esclareció esto de una vez. Estaba tan ciega a lo que estaba haciendo quedándose con él. No había honor en quedarse, y por otra maldita razón que él no podía entender, tenía que mostrarle eso. Medio esperaba salir y encontrar que se había marchado.

Exhaló a través de su nariz. No, ella no se iría.

Ella estaba demasiado apegada a su jodido padre.

¿Ella no se daba cuenta de por qué se había sacrificado por completo? ¿Por qué seguía arriesgando todo por una basura humana por completo? Aun así, cuando le dio la oportunidad de correr lejos, de no volver a verlo nunca más, se mantuvo arriesgándose. La lealtad era algo admirable, pero no cuando era a expensas de la persona que la otorgaba. Ella era jodidamente enloquecedora.

Ella debería aceptar su trato y correr lejos, muy lejos de él. Mataría a muchos pájaros. Si ella se fuera, no tendría que preocuparse por los Lobos, por arruinar su vida. Ella se habría ido, fuera de su camino. Él podría volver a su yo normal.

Anteros miró hacia las vetas en la puerta, preguntándose si ella se *habría* ido. Anteros había apagado los monitores de video la noche anterior, sin querer mirarla, tratando de sacarla de su sistema como un drogadicto durante una desintoxicación. No tenía idea de si ella se había ido a la cama o si se había escabullido por la puerta principal.

Tal vez ella estaba afuera en Nueva York.

O tal vez había regresado a Jersey, a la casa vacía donde su padre la había abandonado. Unió las manos en el escritorio y se inclinó hacia delante, mirando a la puerta, luchando contra el impulso de pararse y comprobar. El reloj marcaba uno... dos... tres segundos, y Anteros cruzó las manos, tan apretadas que las uñas se clavarón en la piel. Pasaron unos pocos segundos, perforando con los ojos la madera. Si ella se fuera, solucionaría muchos de sus problemas.

—Esto es jodidamente estúpido —se dijo Anteros. Se puso de pie justo cuando se abría la puerta. Con sus manos presionadas sobre el escritorio, se detuvo, esperando ver quién entraría por la puerta. Sabía quién era—era la persona que siempre venía a esta hora—pero por alguna razón pensó que podría ser otra persona.

Alguien con cabello largo y rizado.

Nikolai apareció en la entrada.

—¿A los muelles, Jefe?

\*\*\*

Anteros llegó a los muelles al mismo tiempo que Rhys y Emilio.

—El senador Hatch está, por supuesto, molesto —dijo Rhys. Cuando Anteros abrió la puerta y se sentó detrás de su escritorio, Rhys caminó hacia el centro de la habitación y Emilio se dejó caer en el sofá. A diferencia de sus Lobos, Rhys nunca se sentaba. Nunca se sintió del todo cómodo en la oficina. Anteros se reclinó hacia atrás mientras Rhys continuaba—: Tenía la impresión de que íbamos a permitirle que simplemente renunciara.

—Bueno —dijo Anteros, inclinándose hacia adelante y uniendo los dedos en un punto—. Fue un tonto.

—Todavía estoy preocupado por el control de daños... —continuó Rhys, pero Anteros descubrió su enfoque menguante, los pensamientos flotando hacia la noche anterior. Frankie lucía radiante, el vestido dorado reflejaba las luces sobre ellos como escamas de dragón. Anteros todavía no estaba seguro de *dónde* ella había obtenido el alcohol, pero si había aprendido algo sobre Frankie en estas cortas semanas, era que había ocultado profundamente la inteligencia y estaba llena de sorpresas. Encontrar alcohol era probablemente lo menos que ella podía hacer.

»Y —continuó Rhys—, tengo fuentes que dicen que él que no va a dejar pasar esto... —La puerta se abrió de golpe, cortando las palabras de Rhys al instante. Sus Lobos, menos Loco A, llegaron corriendo.

—¿Has oído sobre tocar la puerta? —preguntó Rhys, la irritación entrelazándose con la lengua—. Estábamos en el medio de algo.

—¿Qué es eso? —preguntó Gran O, tomando asiento en el sofá.

—¿Tocar la puerta? —Chico Bonito se llevó una mano a la barbilla, deslizándose en su asiento—. ¿Es eso algo británico?

—El bastardo calvo y el bastardo De Luca tienen más modales que nosotros —comentó Pequeño O, tomando asiento—. No fueron criados por lobos. —Sonrió, enseñando los dientes.

Los ojos de Rhys se nublaron bajo una ceja fruncida.

—Siempre es bueno verlos, Nico, Orlando, Ottavio. —Rhys asintió, tono recortado. Se ajustó el abrigo e hizo un movimiento para marcharse. Dirigiéndose a Anteros, dijo—: Le informaré más tarde, señor Drago. —Se dirigió hacia la puerta y Emilio siguió su camino como un cachorro.

Cuando se fueron, Anteros se volvió hacia sus Lobos.

—¿Ha hablado Loco A con todos ustedes? —Anteros disimuló el hecho de que no estaba seguro. Era obvio que Loco A no estaba en la reunión, y eso hubiera sido un insulto mortal si Anteros hubiera decidido abordarlo. Los otros Lobos probablemente pensaron que Anteros lo estaba permitiendo, y Anteros eligió dejar esa implicación en su lugar.

—No lo he visto desde antes del funeral —dijo Chico Bonito. Pequeño O y Gran O asintieron con la cabeza, y Anteros hizo una pausa por un momento. Si nadie había visto a Loco A, eso significaba que no sabían nada sobre la participación del Consejo en el ataque. Antes de Frankie, nunca antes había cuestionado si informar a los Lobos de cualquier cosa, pero se sentó detrás de su escritorio, los dedos tocando la madera, incierto una vez más.

—Solo significa que tengo la silla. —Pequeño O se encogió de hombros más profundamente en el asiento de la esquina.

—¿Qué es Jefe? —preguntó Gran O, notando la forma en que Anteros movía los dedos. Anteros observó cómo las almohadillas de sus dedos se conectaban con la madera, lentamente moviendo la cabeza hacia ellos.

—No es nada —respondió Anteros después de unos momentos. Ante sus palabras, pensó en Loco A. *Te estoy cuestionando ahora.* Nunca antes les había mentido a sus Lobos o les había ocultado algo, pero ahí estaba, guardando un secreto.

—He estado pensando en lo que Loco A dijo en los muelles —dijo Chico Bonito—. Desde que compraste la esclava, las cosas se han estado jodiendo. Solo mira el funeral.

—Eso no tuvo *nada* que ver con Frankie —replicó Anteros, más fuerte de lo que había pretendido.

—¿Frankie? —Chico Bonito arqueó las cejas hacia su frente.

—La esclava —enmendó. Pasaron unos minutos en silencio. Gran O se levantó del sofá y recogió el balón de felpa del suelo, impertérrito por la tranquilidad. El bajo retumbar del calentador sonó, vibrando a través de las paredes. Apretando la pelota entre sus dedos, Gran O observó a Anteros. Todos lo hicieron.

—Con todo respeto... —dijo Chico Bonito tosiendo, rompiendo el silencio—. ¿*Nada* que ver con la esclava?

—Has cometido un jodido asesinato de honor —señaló Pequeño O.

—Arlo está muerto porque trató de tomar algo que no le pertenecía —dijo Anteros, con los puños enrollados. Había un tono en su voz que incluso a él le sorprendió escuchar. Los ojos de Pequeño O se abrieron de par en par y rápidamente cerró la boca, sentándose en el asiento. Alguien, tal vez Gran O, contuvo el aliento.

Como si tratara de cambiar el tema, Pequeño O dijo:

—Así que comencé a golpear a los vagabundos. Nunca hemos pasado tanto tiempo sin un golpe y estoy enloquecido.

—¿Dónde estás haciendo eso? —preguntó Gran O con curiosidad—. No he visto a ninguna persona sin hogar.

—No sé si no tienen hogar —confesó Pequeño O—. Podrían ser hípsteres.

Gran O asintió y, colocándose el dedo en el labio, señaló a su hermano.

—Haciendo el trabajo de Dios.

Apenas pasó un momento antes de que Chico Bonito dijera:

—No es buena para ti, Jefe. Tienes que deshacerte de ella.

—Está fuera de la jodida mesa —gritó Anteros, golpeando el puño sobre la mesa. La madera se agrietó un poco. Después de todo el abuso que había sufrido, era una maravilla que hubiera durado tanto tiempo. En el silencio que siguió, Anteros se miró el puño sobre la mesa. Podía sentir los ojos de todos en él, su sorpresa y confusión caliente como hierros. Anteros nunca perdía la calma, nunca se emocionaba. Por otra parte, ellos no habían estado cerca de él y Frankie.

Exhaló.

Sus Lobos hicieron un punto.

—Solo vete a la mierda. —Anteros volvió a sentarse, frotándose los dedos a través de los músculos de la frente—. Todos ustedes.

\*\*\*

Anteros estaba estresado cuando llegó a casa, lleno de una furia que no se podía humedecer. La mañana comenzó terriblemente y el día no fue mejor. Todo lo que sus Lobos dijeron era racional, pero su mente luchaba contra eso.

Estaba inquieto.

Enojado.

Necesitaba una salida para su enojo. Cuando era soldado, mataba a menudo, siempre había algo o alguien que golpear. Como Jefe, fueron las hojas de cálculo y la organización, no la verdadera sangre. Líquido pegajoso y rojo cubriendo tus manos; esa era la razón por la que había estado en la casa de Antonio Notte.

Se sentía enjaulado.

Anteros estaba de pie en el vestíbulo de su casa, con el abrigo colgándole de la mano. Las ventanas del piso al techo se extendían desde el primer piso hasta el segundo, pero lo sintió de nuevo, la sensación de estar enjaulado. Dirigió la mirada a la biblioteca.

Dejó caer el abrigo.

Anteros esperaba que ella estuviera en la silla como siempre, pero estaba vacía. La alarma lo venció. Cerró sus manos en puños y contuvo la respiración, bloqueando la rabia, la ira no hacia Frankie, sino hacia sí mismo... necia, estúpida, furiosa porque le había dado a Frankie permiso para irse en primer lugar. Confrontándose con la realidad de su partida, se dio cuenta de que nunca, nunca podría...

Entonces él la vio. De rodillas, libro en mano, parecía agarrar algo del estante inferior. Se veía tan hermosa, tan sumisa de ese modo, pero no era su pose lo que lo detuvo en seco.

—¿Qué llevas puesto? —Su voz era ronca. Frankie jadeó ante su voz, dejando caer el libro. Ella se giró para mirarlo y luego se miró a sí misma.

—No lo sé —dijo ella—. Fue lo que se presentó hoy. —Él gimió. Debe haber habido una confusión con el estilista, pero por una vez no le importó. El error era fantástico.

Frankie estaba en *su* camisa y todo lo que llevaba debajo eran mallas grises.

—Es un poco extraño. —Ella cayó sobre sus talones con un suspiro—. Pero he dejado de cuestionarlo. Supongo que están usando esta estúpida mie... cosas en París o ¿algo así? —Frankie miró a Anteros, con los ojos grandes y brillantes. La camisa que llevaba, *su* camisa, estaba desabotonada hasta la clavícula. Era mucho más grande que ella, colgándole del hombro.

Con un gruñido, le agarró la palma de la mano, tirando de ella hasta que se presionó contra él.

—Esta es mi camisa.

Miró hacia abajo otra vez y se rio.

—Duh... —Se detuvo, su mirada volvió a la de él. Sus ojos se agrandaron como si lo tomaran por primera vez. Su rostro se retorció de miedo, temeroso de que la dura furia que lo nublaba se dirigiera hacia ella. Se movió como si pudiera escapar. Anteros la agarró con más fuerza, anclándola contra él.

Descubrió que ya no estaba tan enojado.

Frankie había torcido su furia en ardiente lujuria.

—No es mi culpa —comenzó Frankie apresuradamente—. No entré en tu armario. Esto estaba en mi cama. No hice nada...

Anteros la silenció con un beso.

\*\*\*

Anteros rompió el beso y Frankie lo miró, su rostro era una mezcla de confusión y lujuria. Sin embargo, él no había terminado con ella. Sentía que le hervía la sangre, era como si estuviera soñando con ella. Exigiendo la mirada de Frankie, exigiendo su mirada, Anteros metió la mano en las mallas. Los párpados de ella se abrieron y luego cayeron a estar entrecerrados. Ella estaba caliente y mojada. Deslizó la palma contra ella y luego quitó la mano, colocándose los dedos sobre los labios. Gruñó mientras lamía el sabor de ellos.

Ella era *tan jodidamente buena*.

—Cómo aún tengo que probar de la fuente... —Anteros se detuvo, ahuecándole el rostro con ambas manos y hundiéndole la lengua en su boca para que pudiera saborear un poco de ella en su lengua. Su cuerpo se desenrolló, eventualmente aflojándose contra él y su lengua, y ella gimió en su boca.

Anteros le besó la mejilla, la oreja, la mandíbula, recorriendo la columna de su cuello hasta el hueco de su garganta y su clavícula. Él fue superado, necesitando probar cada parte de ella en cuestión de segundos. Cayendo de rodillas, levantó la camisa para ver su vientre ligeramente redondeado. Frankie se agarró a sus hombros como si tratara de mantenerse firme. Besó la carne de color miel debajo de su ombligo y tiró de la apretada tela de sus mallas, bajándolas más allá de su culo redondo.

Él era salvaje en su necesidad de probarla, cegado por la ardiente lujuria. Todo en lo que podía pensar era en sacar la maldita tela de su cuerpo, su carne en su carne.

—¡Espera! —Anteros alzó la mirada hacia el tono suplicante en la voz de Frankie—. Yo solo... no importa. —Apartó la mirada, resignada. Deteniéndose, frunció el ceño. Ni siquiera habían pasado veinticuatro horas desde que había revelado la traición de su padre. Probablemente estaba de luto, ya fuera el padre que creía tener o una vida que podría haber tenido, pero conocía las reglas: si se quedaba, él era su dueño. Sin embargo, algo dentro de él le dijo que se detuviera. La sostuvo por el culo y, con un gemido, apoyó la cabeza contra su muslo.

—Dime que pare y lo haré, *mio cuore*. —Las palabras sonaron extrañas saliendo de su boca. No era su cadencia habitual; era suave y acariciante, como si hablara con una cierva asustada. Frankie frunció el ceño hacia él de todos modos, incredulidad grabada en cada línea en su rostro.

Anteros dejó que su agarre cayera de su culo lentamente y se puso de pie. Los pantalones de ella casi estaban más allá de sus muslos, la camisa hasta su pecho. Su cabello era un desastre, su rostro enrojecido en ese delicioso brillo rubí. Cada parte de él gritaba que la tomara, que la hiciera *suya*. Aun así, no podría, no hasta que ella le diera la autorización. Los labios de ella estaban tirados como si aguantaran en palabras. Con un gruñido frustrado, Anteros se volvió para dejar la biblioteca. Casi había salido por la puerta cuando...

—Espera. —El susurro gutural de Frankie lo llamó. Se volvió para verla morderse el labio inferior, la mirada cristalina parpadeando desde él hacia el fuego. Anteros levantó una ceja—. No te vayas —dijo ella, con los ojos cerrados por fin. Antes de que ella pudiera cambiar de opinión, Anteros cerró la corta distancia entre ellos. Él la tomó por el culo y la cintura, colocándola en el suelo.

Le rasgó los pantalones por el resto del camino y le separó las piernas con los hombros. La forma en que Frankie envolvió sus piernas alrededor de él y le clavó las manos en el cabello, demostró que ella no tenía intención de detenerse. *Bien*, pensó Anteros. No había forma de que pudiera detenerse ahora. La lujuria había tomado el control.

Cuando la vio, siseó. La había visto desnuda, incluso la había visto de cerca, pero ahora estaba tan cerca que casi podía saborearla. El fuego la hizo brillar. Frankie estaba tan mojada que los jugos goteaban sobre ella y brillaban como diamantes. La abrió suavemente con los dedos, extendiéndola por su lengua. Frankie se quedó sin aliento cuando la probó, Anteros gimió cuando ella golpeó la parte posterior de su garganta. Tan jodidamente delicioso, tan completamente Frankie. Podría quedarse allí durante horas, drogarse con ella.

Él se apoderó de sus muslos, necesitando más de ella. Estaba jodidamente mojada, goteaba más allá de labios y bajaba por mandíbula de él. Anteros pensó que podría ahogarse en ello, en ella. Los dedos de Frankie tiraron de su cabello, apretado y duro, tirando de las raíces de una manera dolorosa. Era un buen dolor, un dolor que le hizo saber cuán cerca de la locura él la estaba conduciendo.

En sintonía con la melodía de sus jadeos y gemidos, él aplanó la lengua contra su raja en una larga lamida que terminó contra su clítoris, donde la chupó largo, lento y duro. Ella arqueó la espalda y sus dedos giraron hacia puntos contra la carne de la espalda de él. Contra su boca la sintió latir y palpituar cuando ella se deshizo.

—Oh, Dios. —Ella se quedó sin aliento—. Oh, estoy... estoy... —Sus palabras se desvanecieron en un largo gemido melódico. Él levantó la mirada, mirándole el rostro. Ella aflojó la mandíbula, apartó la mirada y colocó su cabeza hacia un lado, pareciendo totalmente agotada. Por un momento, se perdió a sí misma. Anteros se aferró a ese momento como una abeja a la miel, porque segundos después la conciencia regresó. Ella se dio cuenta de lo que acababa de hacer, de lo mucho que había regalado, y se estaba desenredando a sí misma para él, bajándose la camisa, buscando los pantalones.

Anteros se deslizó como una pantera, tomándola en sus brazos. A él no le importaba que se hubiera apartado. No le importaba que ella estuviera tiesa y rígida contra él. No le importó que se cubriera el cuerpo otra vez.

Él acababa de vislumbrar su alma desnuda.

# Capítulo 15

*Esto debe ser una fantasía, o al menos mi cerebro finalmente se ha roto bajo el tormento y me he vuelto loca.*

Lo que él acaba de hacer con mi cuerpo, fue... *Jesús*. Por un momento mi alma se fracturó. Contra lo que me había estado protegiendo, acaba de jodidamente suceder. Sabía que Bestia podía hacerme llegar al orgasmo, eso no era una sorpresa, básicamente lo había estado haciendo desde el primer día. Traté de luchar contra eso, pero, es decir, había poco que podía hacer al respecto desde uno, aparentemente él conocía el camino a las féminas y dos, tenía más juguetes sexuales que doctor Johnson.

¿Pero correrme?

¿Dando mi mente y alma a él?

Sí, podría hacer algo al respecto. Cuando él me tocó así, sin embargo, me derrumbé. Era tan suave y tierno, y se sentía como si estuviera conmigo, sea quien él era antes de Bestia. Le había dado un pedazo de mí misma.

Maldición.

Después de lo que me dijo en la azotea, me dije a mí misma que me armaría ante sus avances, realmente me fortalecería. Si tenía que vivir aquí, entonces no habría más de esta basura de contrafuerza. Decidí que no le creería. *No podía* creerle. Mi papá no me dejaría aquí. Eso se acabó, eso ni siquiera era una posibilidad. Lo que era una posibilidad, sin embargo, era que la gran Bestia de la mala mafia a la que me había cambiado era un mentiroso.

Eso tuvo mucho sentido.

Después de que... bueno, *después*... intenté alejarme de él, traté de alejarme, pero él me capturó. Ahora me estaba abrazando, como si estuviéramos haciendo la cucharita, igual que malditamente acurrucándonos o algo así. Miré hacia el fuego, deseando poder poner mis recuerdos dentro, deseando poder convertirlos en cenizas.

—¿Tienes hambre? —Su aliento era caliente contra mi cuello.

—No —mentí.

—Mientes. —Se apartó de mí y luego su mano estaba buscando la mía. Cautelosamente la agarré. Me ayudó a levantarme del suelo, y luego me mantuvo de pie, su mano sosteniendo la mía, sin permitir que nos fuéramos. Había espacio entre nosotros, pero su mirada consumía la distancia. Su mirada recorrió mi cuerpo, hambriento, devorando.

*Dios, me siento tan estúpida.*

No solo porque renuncié a un pedazo de mí misma, sino a la jodida camisa. ¿Qué idiota se pone una camisa de hombre pensando que es alta costura?

Un idiota que nunca ha salido de los suburbios, eso es quién.

—¿Vamos a conseguir comida o qué? —pregunté finalmente, con la mirada fija en la alfombra de aspecto suave.

—Solo mírate, *mio cuore*. —Sus palabras se tiñeron de diversión y levanté la vista para verle el rostro retorcerse en una sonrisa maliciosa. Bestia me empujó rápidamente hacia él, y la distancia que tuvimos de repente, bruscamente, desapareció. Presionada contra su pecho, sentí todo, no solo el físico de sus músculos y su dureza, incluso las respiraciones, sino también la mirada profunda y penetrante—. ¿Te molesta mi mirada?

Me encogí de hombros contra él.

—No —dije a la defensiva—. Solo pensé que querías comida. —Me sostuvo contra él un momento, sin hablar.

—Tienes razón —dijo, y me dejó ir. Lo seguí fuera de la biblioteca y dentro de la cocina. Entonces mis ojos se agrandaron, desconcertados, cuando Bestia comenzó a sacar cosas de la nevera y la despensa. Encendió la estufa y colocó una sartén sobre el fuego, preparando carnes, verduras y otros ingredientes... ¿cosas que parecían leche o aderezo? *No lo sé, no cocino.*

—¿Cocinas? —le pregunté con escepticismo, porque tampoco creía que Bestia cocinara.

Bestia colocó la carne en la sartén con una expresión divertida en su rostro.

—A veces me pregunto cómo crees que he sobrevivido a esta vida, *mio cuore*. —Entrecerré los ojos ligeramente. Él me llamó así otra vez, mee-oh algo. ¿Qué significaba? ¿Era como esclavo en italiano?

Él me miró, esperando.

—Tienes personas que cocinan para ti. —Hice un gesto hacia el gigante penthouse en el que estábamos actualmente—. Hay personas que te hacen huevos todas las mañanas.

El silbido de la carne reuniéndose con el aceite sonó cuando el pollo golpeó la sartén.

—No siempre me esperaban de pies y manos.

—Eras un huérfano —le dije, recordando lo que había dicho esa fatídica noche en la azotea antes de que todo se fuera a la mierda. Asintió, agregando una especie de salsa al pollo. Esperé por cualquier señal que expusiera, agregarle significado a las palabras. Simplemente continuó cocinando, agregando verduras a cuencos, especias al pollo.

Yo no era cocinera; lo único que podía hacer era preparar varios sándwiches: de mantequilla de maní con jalea; queso a la parrilla; jamón y queso suizo. Empecé a “cocinar” cuando tenía 5 años. Mamá murió cuando yo tenía tres años, y ella era la cocinera. Papá lo intentó por un año. Quiero decir, hizo lo mejor que pudo. Él tenía sus propias limitaciones. Todos tenemos nuestras limitaciones. No le pedirías a alguien sin músculos que levante cajas.

No le pedí a papá que cocinara.

Algunas de las cosas que Bestia estaba cocinando, yo ni siquiera conocía el nombre. Todo era muy colorido, con un olor muy fresco, pero también mantecoso, espeso y cremoso.

Se me hizo la boca agua.

Colocó la deliciosa comida en platos y luego los llevó a la barra. Desde detrás de mí cuidadosa percha, custodiado por el mostrador de la cocina, lo observé sentarse con la cena.

Bestia hizo un gesto hacia mí.

—Ven, siéntate. —Podía sentir el ceño fruncido en mi rostro, las líneas de incredulidad y escepticismo. Bestia estaba siendo demasiado amable. Esa noche en la azotea, básicamente, me había dicho que si me quedaba, no solo me quedaba como su esclava, sino que era una estúpida, que al no matar a mi padre me estaba suicidando. ¿Realmente él me había hecho la cena? Agarré el mostrador como si fuera un escudo. Bestia observó cómo mis dedos se apretaban sobre el granito, y su rostro se transformó lentamente de la paciencia a la frustración.

Conocía esa cara.

Vacilante, di la vuelta e intenté sentarme a su lado. Él me detuvo, agarrándome del brazo para que no pudiera sentarme. El pavor me llenó el intestino. ¿Qué había hecho?

—¿Qué? —pregunté.

—Comerás conmigo. —Tiró de mí, acercándose más. El movimiento me hizo perder el equilibrio y caí en su regazo.

\*\*\*

—Realmente no sé cómo puedo comer así —dije. Me enfrenté a Bestia, no al plato. Mis brazos estaban en mi regazo, ya que me negaba a ponerlos alrededor de su cuello.

—No puedes —dijo con marcada falta de pasión lacónica. Miré sus rasgos agudos e impasibles por lo que él quería decir, pero me encontré con impasibilidad. Me moví ligeramente, incómoda y desequilibrada en su regazo. ¿Qué quiso decir él? ¿Debería solo verlo comer?

Mi tripa cayó.

Probablemente.

Apreté la mandíbula, tragando, y me enfoqué en la pared opuesta. Volvimos a sentarnos en silencio, corriendo y esforzándonos hasta que no pude respirar debido al silencio. Mi rostro se llenó de emoción, y me odié por ello, odiaba que ya hubiera dado tanto, odiaba que diera un poco más cada día. Odiaba que él pudiera tocarme y derrumbarme; odiaba que él me demostrara amabilidad y cedí por completo.

En general, odiaba que hubiese una parte de mí que tuviera esperanza, una parte que siguiera dando y dando a pesar de todas las otras partes, gritando que no, porque esa parte esperaba que eventualmente él lo correspondiera. No importa cuánto me endurecí, si era honesta, sabía que una parte de mí seguiría dando y seguía esperando. Era como tratar de tapar una fuga en un bote cuando no sabías dónde estaba la fuga. Cerré los ojos, tratando de aplastar la avalancha de emociones en el pecho.

*Húmeda. Deliciosa.*

Mis ojos directamente en los suyos, muy abiertos. Algo me tanteo los labios, húmedo y mantecoso. Un tenedor presionándome los labios, lleno con un pedazo de carne cubierto de salsa, pollo tal vez.

En silencio le permití alimentarme, demasiado asustada para arruinarlo. Lo miré a los ojos mientras traía el cubierto a mis labios, ojos clavados con los míos. Regresaría el tenedor al plato, al parecer para tomar el pedazo cuidadosamente. Todo el tiempo mantuve los ojos bloqueados con los suyos, hasta que él dejó el tenedor, haciendo una pausa.

—Dime algo acerca de ti, *mio cuore*.

—¿Quéquieres saber?

—Cualquier cosa.

—Um. —Uní los labios, insegura de que decir.

Él sonrió. Me enfoque en esa sonrisa.

—Tenía un gato. —Deseé poder tomar de regreso a las palabras de inmediato. No quería que Bestia tuviera esta parte de mí, pero me enfoque en su sonrisa, en cuan cálida y no bestial era, y eso simplemente se deslizó.

—Dime más —instó.

—Realmente no era mi gato. —Era un gato callejero y deseaba poder quedármelo, pero *Papa* estuvo completamente en contra. Le llevaría comida y nos sentaríamos juntos.

—¿Cuál era su nombre?

—Cleary. —Cleary tenía el ronroneo más grande, sonaba como un camión. Las vibraciones resonarían a través de su cuerpo entero y mejorando todo.

Su mejilla se curvó.

—Nombre inusual.

—Lo encontré en un viejo libro de bebés —expliqué—. Significa “obtener conocimiento de los viejos libros”. —Le quedaba. Bestia sonrió, pero no dijo nada. Susurré—: Las personas dicen que los gatos negros son de mala suerte, pero él era la única cosa que me ayudo a superar la enfermedad.

—¿Estás enferma? —Bestia estaba mirándome fijamente con seriedad. No hubo cambio en su mirada fija, sin transformación o usar lo que dije en mi contra. Sin embargo, solo no podía ir más lejos, no podía revelar más de mí misma. Cleary fue mi mejor amigo—mi único amigo—pero un día nunca regreso y eso absolutamente me destruyo.

—Yo no... —Me volví hacia el plato, medio lleno de comida—. Aún estoy hambrienta. —Podía sentir su deseo para presionar, para abrirme. Sabía que si él se mantenía interrogando, probablemente *derramaría* todo, derramaría lo que le pasó a Cleary, todos los años que estuve enferma, y Bestia sería dueño de otra parte de mí.

Pero Bestia tomó el tenedor, y continuó alimentándome.

Era un ritual.

Abría la boca para él, mis labios cubiertos por el sabor, tragaba, repetía, ojos y mentes conectados todo el tiempo.

—¿Satisfecha? —preguntó. Asentí, pero incluso no estaba segura. No estaba prestando atención a mi estómago. Bajo el tenedor detrás de mí haciendo un ruido metálico y empujo todo en el fregadero adjunto. Aterrizaron chocando y sonó como que algo podría haberse roto.

—Pero tú no has comido. —Mi voz difícilmente más alta que un susurro.

—De repente no tengo hambre de comida. —Descendió sus labios a los míos, brazos apretándome más cerca. Estaba presionada tan cerca que estaba segura de que mis costillas podrían romperse, pero descubrí pensado que sería un hermoso dolor. Redujo su agarre en mí, corriendo la mano por mi espalda, dedos presionando profundo en mi carne. A lo lejos mi mente me dijo que debería parar, que había una razón por la que debería estar luchando, pero no podía encontrar la voluntad para que me importara en ese momento. Todo lo que importaba era su olor, rico y picante, su toque, envolvente y demandante.

Podía sentirlo endurecerse debajo de mí.

Su lengua me probó, como si buscara todos mis lugares secretos, pero de alguna forma enloquecedoramente provocando. Rozando, chupando y recorriendo, solo para darme lo que él concedía, solo dándome la oportunidad para darle lo que él permitía. Gemí cuando sus manos se abrieron camino a mi cabello, tirándome más cerca, como si tratara de tragar mi alma de mi cuerpo.

Suavemente se alejó y yo estaba gimiendo, jadeando, mirándome fijamente los dedos en su camisa como si fueran ajenos. ¿Cuándo hice eso?

—*Mio cuore.* —Me miro profundamente, casi frustrado.

—¿Qué? —pregunté sin aliento.

Me acaricio la mejilla con los nudillos.

—Tengo que irme. —Suavemente me levantó de su regazo y me coloco abajo en el banco. Mire sus movimientos. Lo vi caminar por el pasillo, entrar a su habitación. Se cambió de traje. Observé todo, como si estuviera pegada a una pantalla.

Lo vi marcharse.

*Síp, definitivamente me he vuelto loca, pero no quiero tomar pastillas. Nunca quiero que esto termine.*

\*\*\*

Algun tiempo después de que Bestia se marchó, me levanté del banco y caminé a mi habitación. Estaba casi allí cuando fui jalada rudamente a un lado.

—Nikolai —dije, el corazón martillando—. Realmente debes de trabajar en tus entradas.

—Necesitas ser consiente de algo —siseó Nikolai—. Bestia está diciendo la verdad acerca de tu padre.

—¿Qué? —Se sintió como si alguien me golpeara en el pecho—. ¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que él está diciendo la verdad. Tu padre tuvo la opción de llevarte de regreso y dijo que no, pero eso no es lo que necesitas saber, Frankie.

—Yo... —Me alejé, golpeando la espalda con la puerta de mi habitación—. No puedo... —Rápidamente hurgué con los dedos el pomo de la puerta de mi dormitorio y la abrí. La cerré en el rostro de Nikolai.

Grosera, lo sé.

Pero solo no podía tratar con Nikolai y sus manipulaciones ese día.

Me recosté en la cama, mirando fijamente la puerta, pensando. Algunas veces los mataderos les daban a los animales un genial último día. Al igual, sus vidas son una verdadera mierda que su último día está lleno con mascotas y deliciosa comida, un día en la naturaleza, lo que sea para que los animales vayan ansiosos al matadero. Me preguntaba si ese día era hoy.

La horrible verdad era, la cosa que ansiaba era a Bestia—su toque y afecto. Bestia dijo quedándome aquí, no marchándose, en lugar de poner el cuchillo en *Papa*, yo lo estaba poniendo en mí misma. Nikolai confirmó lo que Bestia dijo, y no

había razón para no creerle. Si era completamente honesta... sabía que Bestia no estaba mintiendo.

Simplemente no quería admitirlo.

Podía irme. Podía irme y *Papa* moriría... o podía quedarme. Hoy había sido, bueno, algún tipo de maravilloso. Si me quedó, todos los días podrían ser como hoy, ¿pero qué diría eso de mí?

Mire fijamente la madera blanca por largo rato, preguntándome a cual persona debería traicionar al quedarme o marcharme, ante eso la madera comenzó a distorsionarse. Mis ojos se estaban cansado sin parpadear. Me preocupaba si si parpadeaba, vería dentro de mí.

No podía ir dentro de mí, allí había demasiada verdad.

La puerta estalló abierta, y salté, cayendo con un grito. Levanté la mirada, esperando a Bestia, pero en su lugar Gabby estada de pie en el marco de la puerta.

—Gabby —dije su nombre en una exhalación. Agarrando el borde de la cama. Me levanté y continúe—: Jesús. Me asustaste. —*Sip, eso es todo. Estoy aterrizada de mis demonios internos.*

»¿Gabby? —Sus ojos estaban rojos e hinchados, tan inflamados, y su rostro estaba machado. Se veía como un absoluto desastre. Estaba agradecida por sus lágrimas, y eso suena tan jodido, pero sus problemas me proporcionaban una salida para olvidar los míos. Solo *no podía* procesar lo que está pasando commigo. No podía pensar en *Papa*, no podía comenzar a comprenderlo, así que me enfoque en ella.

»¿Gabby, que está mal? —Trepe a la cama y me arrastre hasta donde estaba Gabby y me senté. Gabby hipó un llanto, como si fuera incapaz de hablar a través del dolor. La última vez que nos reunimos, hablamos sobre ese estúpido volante y Levi.

Todo había sido realmente bueno para ella.

—Aprendí algo sobre Levi hoy —dijo, sus palabras faltas de aliento con dolor.

• Hice una pausa, preparándome para lo peor—. Los Pavoni... —Trago—. Vendieron a su madre al Instituto.

—¿El Instituto? —pregunte. El nombre me sonaba familiar, pero no podía ubicarlo.

—El Instituto —dijo, tomando una respiración profunda—. Es, um, como... — Sus ojos se llenaron con lágrimas—. Compran mujeres y las venden. Son como un intermediario. Mujeres son vendidas a ellos y luego tienen subastas. Si nadie compra a la mujer, entonces, um... —Se ahogó—. No puedo. —Se levantó de la cama y caminó alrededor—. No puedo creer que esto esté sucediendo. —Ahora recuerdo, esa noche en el club, cuando los imbéciles hablaron sobre como yo sería vendida al Instituto.

Me estremecí ligeramente, pero reenfoque mi atención en Gabby.

—No entiendo —dije—. Quiero decir, realmente eso es horrible—terrible— pero ¿Por qué estás tan molesta? —Era algo normal. Gabby había crecido con mierda como esa sucediendo.

—Le pedí que se escapara conmigo —continuó—. Para salir. —Gabby hizo una pausa por un momento cuando lo dijo, sus ojos revelaron algo para mí. Algo que no necesitaba ser dicho. Lo entendí claramente. Si me dieran la oportunidad, huiría también. Al menos, solía pensar que lo haría.

Meneando la cabeza, pregunte:

—¿Qué te dijo?

—Fue cuando me dijo sobre su madre.

Fruncí el ceño.

—Oh.

—Dijo que me sacaría —dijo Gabby—. Que me ayudaría a salir, me metería a protección de testigos hasta que pudiera derrotarlos, pero... —Se detuvo, y ambas miramos hacia adelante, la conclusión brillante como un signo de neón en nuestros cerebros. No los derribaría. Levi moriría primero, y Gabby sería forzada a verlo.

De repente Gabby se giró hacia mí, llena con entusiasmo.

—Mira he estado haciendo alguna investigación acerca de la princesa Pavoni, tal vez puede ayudar. Tú puedes derrotarlos.

—¿Qué? —pregunte, echando la cabeza hacia atrás—. Gabby, lo siento, pero no. No soy una princesa. —Sus ojos cafés estaban tan grandes y suplicantes. Me sentí como una herramienta, ¿para derrotar a Bestia? ¿Ella estaba loca? Todo su cuerpo se desinfló, la tristeza llenando como gas tóxico.

Rápidamente cambie el tema.

—¿Puedes explicárselo? ¿Explicarle lo que va a pasar realmente?

Levantó la mano con frustración y se alejó.

—Solo se mantuvo repitiendo protección de testigos, protección de testigos. El no entiende que no hay escondite de la Familia, al menos no con el gobierno. Está tan determinado a tener de regreso a su madre.

—Le dijiste acerca del Instituto —pregunté—. ¿Le dijiste que... que su madre probablemente está muerta? —Un largo y doloroso silencio siguió mi pregunta. Cuando habló la pena y tristeza en su voz era tan profunda que las palabras sonaron como el aullido mortal de un perro moribundo.

—No.

Retorcí el rostro en una dolorosa mueca.

—Gabby...

—¿Cómo podría? —Se volvió hacia mí—. Intenta ser quien le diga eso a tu novio. Es lo único que tiene de su familia, y *mi* familia se lo quitó.

—Lo sé —suspiré—. ¿Qué vas a hacer?

—No le he devuelto las llamadas, dejé de verlo.

—Eso no va a detenerlo.

Se movió inquietamente en su abrigo.

—Yo, um, hice una llamada a su precinto original, al 69. Yo, um, les dije que él estaba en peligro.

Me cubrí la boca en un jadeo.

—Te va a odiar.

—Por un tiempo no sabrá que fui yo. —Gabby jaló con fuerza del borde del abrigo—. Y eso es mejor que estar muerto. —Silencio de nuevo. Ella caminaba de un lado a otro, paseándose por el piso. Esperé a que me diera más información, o que se cercara a mí. Era como si no quisiera consuelo, como si la guerra dentro de ella murieron.

Entendía eso.

De repente Gabby dejó de pasearse y miró al reloj en la pared.

—Tengo que irme. Solo tenía treinta minutos. —No dijo nada más, no intercambiamos abrazos.

• Cuando se fue, la tristeza colgaba de mi estómago como un peso muerto. Deseaba poder ayudarla de algún modo. Yo *no era* una princesa pensé. Cuando ella cerró la puerta, y de nuevo la mire fijo, pero esta vez mis pensamientos no fueron sobre mí.

Cuando la puerta se abrió de nuevo. Estaba pensando sobre Gabby.

\*\*\*

Bestia se acercó y me levantó de la cama, llevándome fuera de mi habitación. Al principio me tensé, temerosa de la nueva forma en que me estaba sostenido y segura de que iba a terminar mal. Entonces mi miedo se transformó en completa sorpresa.

*¿Está cargándome?*

—¿Disfrutaste a tu amiga? —preguntó mientras caminamos por el pasillo como si fuera perfectamente normal para él cargarme de esta forma.

—¿Enviaste a Gabby? —Inmediatamente deseé poder regresarlo. Ante la sorpresa en mi voz, él estrechó los ojos.

—¿Quién más lo haría? —preguntó. Había asumido que fue Nikolai, que nos estaba empujando de nuevo. Debería haber sabido que Bestia no lo sabía. Abrió la puerta de su dormitorio de una patada y nos llevó dentro.

—Simplemente me sorprendió —dije, cambiando de tema—. Gracias. —Me colocó en la cama, luego se arrodilló entre mis muslos.

Me tocó la mejilla

—Pareces molesta.

Me incline en el abrazo.

• Gabby tuvo un mal día. —Las cámaras grabaron toda nuestra conversación, llorando y todo. Así que tenía que salir con algo como eso. Gabby estaba tan molesta para pensar en ellas, y todo estaba en las cintas. Bestia asintió, se levantó, y comenzó a quitarse el saco del traje. Se aflojó la corbata y la sacó por la cabeza. Después, se desabotonó los gemelos, luego comenzó a desabrocharse la camisa. Me di cuenta de lo que estaba pasando: Bestia se estaba desvistiendo frente a mí, y no en una forma sexual.

Bueno, era sexual en el sentido que todo con Bestia era sexual, pero claramente estaba desvistiéndose, solo llegando a casa de cualquier trabajo que había hecho.

Estaba fascinada.

Era como ser testigo de algo especial, como dejándome entrar en un secreto, como si fuera testigo de la Aurora Boreal, o algo incluso más raro, como esos meteoros que solo llegan a casa cada cien años o algo así.

Cuando terminó, estaba sin camisa pero todavía con pantalones. Se acercó a mí.

—Tu boca está abierta.

Parpadeé, meneando la cabeza y cerrando la boca. Luego miré sus pantalones, la enorme tienda de campaña que había crecido en ellos y tragué saliva. Agarró mi labio entre su pulgar e índice, empujándome la boca para volver a abrirla. Obedecí. Mi mirada se movió desde la suya, de regreso a sus pantalones.

Estaba muy duro. Demandando.

Me encontré extendiendo mi mano por sus pantalones. En segundos abrí la bragueta y busqué dentro. Nunca había dado una mamada antes, ¿recuerda que nunca antes me habían *bésado*? Sin embargo, estaba en algún tipo de trance, llena con el valor y audacia de una persona loca. Le agarré la polla. Estaba tan caliente, suave y en la palma de mi mano se sentía como una victoria. Busqué una señal que lo que estaba haciendo estaba bien. Su mirada era intensa, ardiendo como líquido fundido, chamuscando mi centro. Separé los labios, necesitando una respiración solo para mirarlo. Todo acerca de él era tan salvaje, como si quisiera rasgar dentro de mí. Debajo de toda esa intensidad vi una necesidad, una ardiente necesidad que coincidía con la mía. Lo saqué, mis dedos ni siquiera alcanzando a rodear su pene.

Sus dedos se frotaron contra mi cuello, suavemente sujetándome el cabello de la base y juntándolo en una cola de caballo. Al mismo tiempo, abrí la boca, lista para tomarlo. Estaba tan lista, palpítando ante la vista. Era tan gruesa, venosa y de alguna forma tan suave. Levante la polla, guiándola hacia mi boca. Bestia emitió un bajo, viril gemido cuando mis labios encontraron la piel caliente. Las manos que una vez suavemente me sostenían el cabello ahora enrolladas en un nudo.

Alisé los labios a lo largo de su eje mientras lo succionaba, la lengua girando y lamiéndolo. Tome tanto de él como pude a la vez, intentando todos los trucos que vi en el porno y leí en los libros. Levanté la mirada para comprobar que no estaba completamente jodiéndolo y la forma en que me miró, con tanta intensidad y adoración, me hizo algo. Despertó algo primitivo dentro de mí y me obligó a hacer algo audaz, ligeramente roce los dientes a lo largo de su eje.

El cambio fue instantáneo. Los dedos en mi cabello se apretaron. El agarre duro, doloroso y tan bueno. Me dirigió. Yo no lo folle, sino él a mí. Era un rápido, duro e implacable ritmo. Se metió a mi boca y sus gemidos se hicieron más fuertes.

Le di un vistazo a su rostro. Estaba totalmente perdido. Sentí algo nuevo inundarme: poder. Tenía poder sobre él. Serpenteé la lengua ligeramente contra él. Gimió, todo su cuerpo tensándose. Esto era nuevo. En realidad tenía poder. Mis dudas anteriores desaparecieron. Le agarré el culo y lo acerqué más, chupando fuertemente su polla. Me jaló el cabello con fuerza y su pene palpitó peligrosamente en mi boca. Estaba cerca de correrse.

Bestia también lo sintió y me jaló del cabello. Lo miré, los labios empapados de saliva y pre-semen. Él gruñó, su rostro enmascarado por muchos pensamientos y sentimientos. Levanté una ceja, la cabeza ligeramente levantada.

Traté de alcanzarlo para volver a succionarlo, y en ese momento, me di cuenta de algo. La realización rompió el trance lujurioso.

Quería que se corriera en mi boca.

No tuve tiempo para analizarlo, para enloquecer, porque se vino. Chorros calientes me salpicaron en el pecho, y luego estaba en sus brazos.

\*\*\*

Abrió la ventana y el frío aire era un helado susurró en mi cuello. Me acurruqué más profundamente en las mantas. Desnuda, miré hacia la ciudad de Nueva York. Sudor brillando en los músculos de su espalda. Sus músculos eran como metal envueltos en terciopelo. Todo era perfecto, desde la curva en sus hombros, a los borrosos espirales de cicatrices en su piel, hasta sus nalgas, y sus gruesos y nudosos muslos.

Suspiré.

Sin embargo, no fue por su hermoso cuerpo el que me hizo mirar fijamente. Era como si me hubiera golpeado en la cabeza o algo pasó en las últimas veinticuatro horas. Él era una persona completamente diferente. Sin embargo, no había una maldita forma en que llamara al médico; esta persona era amable y gentil.

Me aleje de él, arrastrando las sábanas conmigo, y mire al techo. No me dejó limpiarme, no me limpие tampoco. Después de que él me levantó, golpeándome contra él en un pegajoso y caliente lío. Ahora estaba seca y pegajosa, pero no me sentía repugnante; me sentía bien. Mis miembros se sentían cálidos y usados, como

después del gimnasio. No puede evitar flexionar y soltar los dedos de los pies debajo de las sábanas y una estúpida, tonta sonrisa apareció en mi rostro.

—¿Qué significa mee-oh kwore-ay? —pregunté, sin dejar de mirar el techo. Traté de decir la palabra que había estado usando, pero exageré un poco y no pude pronunciar la R correctamente.

—¿Qué es esto? —preguntó. Rodé sobre el estómago para verlo mejor. ¿Era posible que yo estuviera realmente feliz? No, era una tontería. No podía ser feliz. Era solo que me había estado tratando *tan* bien ayer. Era una locura, casi como si el interruptor de luz en su cabeza fue accionado. Tuve este estúpido, loco pensamiento que tal vez podría tener un pastel y comerlo también. *Papa* podría seguir viviendo su estúpida vida de mierda, y yo podía vivir aquí, con Bestia.

¿Cuál era el daño?

*Papa* conseguiría vivir y yo obtendría felicidad. Nunca había sido feliz antes. Me daba cuenta ahora. Realmente no te das cuenta de no tenerlo hasta que lo tienes. Es como estando en la oscuridad y de repente encienden la luces. En la oscuridad estás acostumbrado al negro, pero ahora con las luces encendidas me doy cuenta de lo lúgubre que era todo antes.

—¿Qué es qué? —pregunté.

Levantó un volante rosa.

Mis ojos se agrandaron. *Sabía* lo que era ese volante, pero no era *el* volante. Mi volante estaba guardado seguro en el diario de Sofía, así que ¿qué mierda estaba haciendo ese volante aquí?

—No lo sé —respondí, tratando de mantener la calma—. ¿Qué es?

—Estás diciéndome que no tienes idea lo que es? —respondió. Si voz se volvió fría, cruel, como la primera noche y casi todas las noches. Me senté y agarré las sábanas, empujándolas hasta mis pechos. Se acercó a mí, manteniendo la ventana abierta detrás de él. Su mirada se oscureció, como el cielo de medianoche. Miré más allá de él a la luna afuera y luego de regreso.

—No sé lo que es, pero estás asustándome —dije. Se inclinó sobre mí, amenazador, imponente. Su brazo salió disparado y su mano me agarró por la garganta en un instante. Luché con la sensación, su agarre cerrándose más apretado mientras me levantaba, sacándome de la cama por mi garganta.

M.D

Mary  
Catherine  
Gebhard

Las sábanas cayeron de mi cuerpo, mis piernas se deslizaron contra la cama, y le sujeté las manos. Mis ojos estaban probablemente muy abiertos, pero todo estaba apagándose mientras mi respiración se debilitaba. Entonces me lanzó al suelo.

Como basura.

Tuve segundos para sentirme herida y rota antes que él avanzara hacia mí de nuevo. Desnuda, gateé alejándome mientras se acercaba. Me levanté y corrí hacia la puerta.

—¡Jodidamente lárgate! —gruñó. Su voz baja se hizo incluso más baja, y trinó con lo bajo e intensidad. Salí corriendo hacia el pasillo y la puerta de cerró de golpe detrás de mí.

*Nunca más, me prometí, nunca más me permitiré ser así de vulnerable.*

Hate Story I  
**Beast**  
The Beginning

# Capítulo 16

Nunca más, pensó Anteros tomando otro trago. Nunca más se permitiría estar así de expuesto. Nunca se convertiría en esa persona. Él era La Bestia, no un maldito maricón.

Tomó otro trago y señaló a la mujer más cercana por otra ronda. Anteros dejó el penthouse minutos después de cerrar la puerta de su dormitorio en el rostro de Frankie. Luego pasó la noche en uno de sus clubs, bebiendo tragos como agua.

El club era como el harem de un sultán en el mundo Victoriano. Lámparas decorativas colgaban de tubo de hierro forjado, sus cuentas exudando una sensual luz roja. Telas translúcidas con joyas colgaban del techo, yendo desde transparentes a gruesas cortinas, creando la ilusión de privacidad. La música era un profundo y sensual ritmo que tamborileaba en tus venas.

Todos los hombres estaban vestidos con esmoquin, todos excepto Bestia, quien llevaba un par de pantalones y una camisa de manga larga por las prisas. Las mujeres oscilaban completamente desnudas a completamente vestidas, pero todas ellas usaban máscaras.

Todo lo que tenías que hacer era pedirlo, y se desnudarían. Cada una.

Anteros tomó otro trago.

—Justo como los viejos tiempos —dijo Pequeño O, levantando un velo y tomando asiento. Una mujer en nada más que joyería dorada colocó otra bebida en la mesa de Anteros. El oro era delgado y pesado, empezando por su cuello y cubriendole el cuerpo, de manera que los pezones se erguían a través de la cadena.

Anteros tomó otro trago mientras Chico bonito, Gran O, y Loco A atravesaban las cortinas y se deslizaban en la cabina aterciopelada.

—Sabes que la única cosa que hace que Loco A salga de su agujero es una mujer desnuda —dijo Gran O. Bestia miró de reojo a Loco A. El ceño fruncido del Lobo era profundo, haciendo la muesca en su rostro parecer como cavernas.

—Sí —gruñó Anteros, tomando un trago—. Ciento.

—Así que —dijo Chico Bonito, señalando a la otra mujer casi desnuda llevando bebidas—. ¿Qué pasa?

—Esto... —Anteros golpeó el volante en la mesa—..., estaba en mi ventana.

\*\*\*

Chico Bonito tomó el volante, lo sostuvo en la luz rubí, y lo examinó.

—No hay forma que fuera un accidente —dijo, entregándoselo a los demás en la mesa. Gran O lo miró y lo pasó al siguiente—. Estas demasiado arriba para que fuera el viento.

—Exactamente —respondió Anteros—. Alguien estuvo en mi casa. Alguien lo plantó. —Anteros levantó la mano, señalando a la otra chica. Esta vez ordenó una copa junto con sus tragos.

—¿Has revisado las cintas? —preguntó Gran O.

—Obviamente revisé las malditas cintas. Borradas. —El volante rosa llegó a Loco A y Anteros lo miró, esperando que revelaría el hecho de que él sabía que el Consejo estaba detrás de esto por algún tiempo. En su lugar se levantó, colocándolo en el centro de la pequeña mesa redonda de su cabina privada, y regresó a su asiento. Un momento después, otra chica casi desnuda apareció y colocó la bebida de Anteros sobre el papel rosa.

Anteros tomó la bebida, pensando sobre el volante, las cintas. Solo había unas cuantas personas con el suficiente poder para conseguir entrar a su casa vigilada, y esas personas se sentaban en la cima de una torre ubicada en el centro del Distrito Financiero. A juzgar por el silencio en la cabina, sus Lobos estaban pensando exactamente lo mismo.

—¿Por qué ahora? —preguntó Chico bonito segundos más tarde Chico Bonito respondió su propia pregunta—. La princesa Pavoni les dio una bofetada, ¿verdad?

—Si el Consejo está detrás de los ataques y el rumor, entonces es hora que los terminemos —dijo Gran O.

—Mucho más —dijo Pequeño O—. He estado esperando matar a esos malditos por años. —Anteros tomó otro trago, observando a Loco A. Todavía estaba sentado tranquilamente en la oscuridad.

—Sí —añadió Anteros, colocando su copa abajo, vacía—. Tenemos que terminar con el Consejo.

Gran O saltó.

—Muy bien. Ya era malditamente tiempo que matemos a esos idiotas. —  
Golpeó el aire, golpeando la tela.

—Pero —añadió Anteros, estrechando los ojos hacia el gran alarde de Gran O—. No podemos arriésganos en esto.

—Por supuesto. —Gran O enderezó las solapas de su abrigo y se sentó de nuevo.

—Si vamos a hacer esto, no puede haber duda a quién o por qué —dijo Anteros—. Para terminar con la revuelta una vez por todas.

—Todos estos años mintiendo que tuvimos algo que ver con la muerte del concejal —habló finalmente Loco A—. Es algo poético. —Anteros miró a Loco A, mirada intensa. Estaba casi cubierto completamente por las sombras, la luz únicamente iluminándole las manos cruzadas en el regazo. La mujer desnuda se movió a través de la delgada tela detrás de él como espectro, yendo y viniendo, su carne teñida de rojo rubí.

Él estaba haciendo referencia al rumor que los había unido cuando Anteros deliberadamente envió a un concejal a morir y ellos lo respaldaron. Siempre permaneció como un rumor, un cosa oscura que nadie podía probar, pero aún les hizo la cosa más siniestra que sucedía por las noches. A medida que crecían las filas, el rumor creció con ellos.

Incluso entonces, solo enviaron al hombre a la muerte, no enrollaron los dedos alrededor de su garganta. Una sonrisa se arrastró por el rostro de Anteros, sabiendo que finalmente darían vida al rumor.

—Emilio está casi en posición —dijo Anteros—. En dos días cuando él sea elegido, El Consejo estará distraído. Podemos dar el golpe esa semana.

—Estarán muy vigilados —dijo Chico Bonito—. No solo con sistemas de seguridad de alta tecnología, si no con guardias reales.

—Es una hazaña que debería tomar meses de planeación —añadió Pequeño O.

—Será atendido —dijo Loco A con helada determinación.

Gran O se rio.

—Sin ofender, pero incluso tú no puedes lograrlo.

—Será atendido —repitió Loco A, sentándose hacia adelante—. Una semana, un día antes de año nuevo, los derribaremos. —Todos los Lobos difirieron

sutilmente, elevando las cejas, pero no discutieron. Loco A no había obtenido su nombre por ser mentalmente enfermo o por las extrañas cosas que hacía.

Recibió su nombre por la asombrosa habilidad de distorsionar la realidad a su alrededor. Al lado de Bestia, era el más temido, mientras nadie sabía cómo Loco A hizo las cosas que hacía. Solo ocurrían, y eran aterradoras, terribles y arruinaban.

Anteros asintió.

—Un día antes de año nuevo, entonces.

—Pero —añadió Loco A—. El Consejo no es la única amenaza. Hay una mucho más grande durmiendo en tu cama.

\*\*\*

—Amigo. —Levantó la mano Pequeño O—. No vayas allí.

—Ella *dio* vida al rumor de la Princesa Pavoni —respondió Gran O—. Les dio a los fanáticos algo para agarrarse. —Gran O hizo una pausa—. Mira, no queremos que alejes a tu juguete...

—*¿Mi juguete?* —gruñó Anteros.

—Él quiere decir... —Chico Bonito le disparó una mirada a Gran O—. Hay soldados y peones que están comenzando a seguir este puto rumor, no solo De Luca. Esta cosa está comenzando un espiral.

—Está siendo atendida —gruñó Anteros, cortando la mierda. Sinceramente no tenía idea que mierda hacer con Frankie. Racionalmente sabía que ella necesitaba irse; era el tipo de decisión calculada que habría hecho sin un segundo pensamiento hace unas semanas.

Pero racional y calculado salieron por la ventana en el momento que ella entró en su vida.

Así que estaba bebiendo tragos.

Anteros señaló por otra ronda. Cuando no vino lo suficientemente rápido, su brazo cortó el aire con furia. Una chica apareció, la charola que cargaba tambaleándose con sus temblores. Anteros sacó un trago de la charola de plata, ni siquiera esperando a que la bajara. Ella rápidamente quito los vasos vacíos de la mesa y desapareció. La garganta de Anteros estaba tan entumecida por el licor que no sintió la quemadura. Mirada asesina, perforó su atención en Loco A.

—Si ella no está muerta antes que el Consejo, lo haré yo mismo —dijo Loco A casualmente. Lentamente Anteros bajó el vaso vacío. Todos los Lobos lo miraron, esperando a ver lo que diría y haría. Loco A lo retó, y solo había una forma en que Anteros podía responder. Una forma si quería seguir como Jefe.

Unos momentos después, Chico Bonito tosió.

—Eso no será necesario —respondió Anteros, apretando la mandíbula—. Porque *yo* lo haré. —Eso el final que siempre supo que venía, así que ¿por qué las palabras se sentían tan repugnantes en su lengua?

—*Tengo tu permiso para hacerlo si ella vive?* —Loco A se incorporó hacia adelante en la cabina, su rostro siendo visible en la luz roja. Una pequeña sonrisa le cruzó el rostro.

Anteros estrechó los ojos. Las delicadas cortinas se mecieron con el movimiento de ropa siendo descartadas en el otro lado. El ritmo resonaba en un cierto exigente patrón. Loco A nunca parpadeó, encontrándose con su mirada. Él podía sentir la mirada fija de sus otros Lobos, su atención cautivada e insegura.

—*Todo el mundo* en esta habitación tiene permiso para matar a Francesca Notte, si vive más allá del treinta y uno de diciembre —dijo Anteros con un gruñido, levantándose.

Loco A se recostó contra la cabina de terciopelo, su sonrisa desapareciendo en las sombras.

—Estoy de acuerdo —dijo Pequeño O, levantando las manos.

—También yo —dijo Gran O—. Confío en que lo termines.

—Hay demasiadas pollas en esta pelea de espadas —dijo Chico Bonito, cruzando los brazos.

—Si me disculpan —dijo Anteros, apartando las diáfanas cortinas—. Voy a que me chupen la polla.

\*\*\*

La mujer lo chupó, tirando su polla en su boca con talento. Ella le dio un nombre que no podía recordar, probablemente era falso, algo como Desire o Passion. Ella no estaba mal, pero no estaba haciendo nada por él, en absoluto. Había algo en ella, algo que no estaba bien.

*Anteros levantó el cabello de su cuello, pasándolo por encima de sus hombros hasta que fue recogido en sus manos. Era suave como la seda.*

*Mierda.*

*Frankie era como una especie de diosa ante él. Mirándolo, con su polla en la mano, como si estuviera esperando por él, se dio cuenta de que él era quién estuvo esperando. Esperando por esto.*

*Él iba a recordar esto; la expresión de total sumisión en sus ojos. Su pene se posó sobre sus llenos y rosados labios. La sensación de su cabello en sus manos mientras ella se preparaba para tomarlo. Todo estaba grabado en su cerebro.*

*Entonces ella estaba en él, su boca tomando tanto como ella podía. Su lengua plana contra su polla mientras trataba de tragarlo, pero era demasiado grande. Ella lo miró, seria, sexy. Tan jodidamente sexy. Nunca antes estuvo tan excitado por una mamada.*

Con un empujón frustrado, Anteros empujó a cualquiera que fuera su nombre y cerró sus pantalones.

—Vete de aquí —dijo, frotándose la frente con una palma. Demasiada bebida. Había bebido demasiado.

—Espera —dijo ella, limpiándose la boca—. Me debes.

—¿Por eso? —Anteros se rio.

—No es mi culpa que tu polla no funcione —dijo ella, poniéndose de pie. Anteros agarró su cuello, empujándola contra la pared. Su boca cayó abierta, jadeando por aire, el rostro púrpura. Sería fácil asesinarla, fácil dejar que su vida se escurra de su cuerpo. Desire, Passion, como sea que se llamara, técnicamente pertenecía a Anteros.

Era el dueño de todo el club.

*Le pertenecía.*

Con un gruñido, Anteros la dejó caer.

Ella agarró su mallugada garganta, mirándolo con odio.

—Voy a decirle a Bruno y vas a estar *tan jodido*.

Anteros se agachó.

—Bruno trabaja para mí, cariño. —Ella palideció y él la miró sin emoción mientras se alejaba rápidamente, alejándose de la habitación oscura, de piedras preciosas.

\*\*\*

Cuando Anteros regresó al penthouse, aún estaba bien borracho. Después de echar a la puta, salió y cogió una botella de whisky del estante superior, decidiendo regresar a casa. Habían pasado años desde que había estado borracho. No era un seguidor del licor, por lo general solo bebía por costumbre. No podía recordar la última vez que caminó por la ciudad, tampoco. No tenía necesidad, y no era seguro.

Su auto fue construido con los mejores materiales para ser a prueba de balas. Parecía un vehículo de lujo normal, pero podía detener casi cualquier maldita cosa. Esa noche renunció a Nikolai y caminó por las calles nevadas de Manhattan con una botella de whisky.

—¡Mi accingo pazza! —gritó Anteros, empujando el whisky en el rostro de un hombre al que pasaba. El hombre saltó atrás, miró a Anteros con inquietud y luego se alejó.

—Malditos borrachos. —Escuchó al hombre murmurar entre dientes. Anteros observó como el hombre se alejaba y tragó lo último del whisky. Tiró la botella en la acera, viéndola despedazarse en mil pedazos.

Cuando llegó a casa, tropezó por el pasillo, saltándose su habitación. Anteros camino a pocos metros hasta que estaba fuera de la puerta de madera blanca ya demasiado familiar y la abrió. Frankie estaba profundamente dormida en su cama. Su cabello brillaba como el satín, el color del chocolate, derritiéndose sobre su almohada. Quería tirar de él, apretarlo, sentir la forma en que caería a través de sus dedos como agua. Ella soltó un pequeño suspiro, hundiéndose más en su manta.

Él sabía que ella tenía que morir.

Su posición en la Familia se tambaleaba en el borde de un acantilado, y sus dedos estaban sangrando con el esfuerzo de colgar por el borde. Se deslizaba con la sangre, dedos deslizándose por el precipicio, y la solución, su cuerda en la parte superior, yaciendo allí mismo en la cama.

Dormida.

Cómoda en las sábanas que le dio.

Se desabrochó lentamente el cinturón, observándola como respiraba en su sueño. Deslizó el cuero entre sus manos, apretó el cinturón en un puño. Ella giró su cabeza, exponiendo su delgado y pálido cuello. Las ojeras no habían desaparecido, un testimonio de lo cansada que había estado. Las luces de la ciudad derramándose, iluminándole el rostro en una franja de borosas y punteadas miradas.

Con el cinturón agarrado entre ambas manos, la estudió. Al igual que con la puta del club, fácilmente podía quitarle la vida a Frankie. Podría envolver el cinturón alrededor de su cuello hasta que el aliento dejara de venir. Su rostro se volvería morado. Ella moriría.

Ella dijo que estuvo enferma. ¿Qué significaba eso? ¿Cómo cáncer? ¿Podría regresar? ¿Por qué malditamente le importaba, si realmente planeaba matarla de todos modos?

Frankie se retorció en las sábanas, rodando sobre su espalda. Su brazo llegó por encima de la cabeza y la manta cayó, así que tuvo la más breve visión de sus pechos bajo el encaje del camisón. Ella liberó un pequeño suspiro. Dejando caer la mano, el cinturón colgó de su mano, tocando el piso.

Anteros no sabía cuánto tiempo llevaba observándola. Todo embotado en un tranquilo zumbido. Sus ojos pegados a ella, solo vagando para captar los pequeños movimientos que hacía.

Un suspiro.

Un ligero movimiento de su pierna.

El aleteo de sus párpados mientras ella soñaba.

El cinturón todavía apretado en su puño, Anteros se deslizó dentro de la cama, envolviendo los brazos alrededor de su cuerpo.

# Capítulo 17

—Esta noche es nochebuena. —Podía sentir su presencia detrás de la silla antigua, acechando, rogando por algo.

No se lo daría.

No más.

Incluso si tuviera un maldito tatuaje de ello en mi cerebro. Esa mañana me desperté con él abrazándome. Había sido cálido... confortable, incluso. Mientras dormía me acurruque en su enorme y musculoso cuerpo. Parecía seguro y lo había olvidado. DE NUEVO.

¿Qué mierda está mal conmigo?

—Poseo un calendario, gracias —disparé, manteniendo la atención en el libro. Me agarro el codo, azotándome para llamar mi atención, el libro cayendo de mi agarre. Arqueé la espalda, mirando sus ojos. Eran oscuros como un pantano en la noche, peligrosos.

Se dirigieron al libro en el suelo y dijo:

—Es hora que dejes tu fantasía y te arregles para la fiesta. —Me soltó violentamente y caí de nuevo en la silla.

Luego se marchó.

Sin decir otra maldita palabra. Sin permitirme decir otra maldita palabra. ¿Mi fantasía? ¿Quién llama *Night* de *Elie Wiesel* una maldita fantasía? Apreté los puños, mirando hacia el vacío marco de la puerta por unos segundos antes de atravesarla con un resoplido.

Caminé de regreso a mi habitación, tratando de mantener la mirada abajo. En algún momento mientras estaba durmiendo, el penthouse fue decorado para que pareciera navidad en todas partes. Docenas de pequeños árboles blancos salpicaban las superficies. No podía parpadear sin ver el centelleo de luces blancas. Los cascanueces plata y azul se burlaban de mí.

Realmente nunca celebramos navidad en casa. Algunos años el día pasaba y ni siquiera sabía que era navidad.

M.D

Mary  
Catherine  
Gebhard

Casa.

Mi tristeza y traición había cambiado a ira, blanca y caliente ira, hacia mi padre. Él está simplemente sentado en casa, emborrachándose, teniendo un alegre buen momento mientras yo estaba *aquí*. ¿Por qué? ¿Por qué no me quiso? ¿Qué hice? Traté *tan duro* de ser una buena hija. Hice *todo* lo que pude.. Cociné. Limpié. ¿Por qué no me quiso?

Empujé la puerta abierta de mi habitación tan duro que golpeó contra la pared y rebotó. Incluso mi choza no había permanecido intacta. Mientras estaba en la biblioteca, mi habitación había sido renovada. Era el único lugar con una explosión de color, también. Luces brillantes bailando, cambiando de color intermitentemente. Mi colcha blanca fue reemplazada con una de color rojo profundo. Almohadas fueron añadidas también, cada uno mostrando una escena navideñas diferente. Un Santa pintado en madera en la esquina.

Agarre una almohada con la escena de ratones decorando un árbol y caminé hacia la ventana, abriéndola. Colocando la almohada en el alféizar, miré hacia la ciudad mientras la nieve trataba de sofocarla. Más allá de los altos montones de luz, mi padre sentado en casa, sin preocuparse donde estaba yo.

La ira se disipó en el vacío de desesperanza.

Había estado haciendo eso últimamente.

Tratarme de agarran a la ira. Porque la desesperanza dolía mucho más.

Colgando detrás de mí estaba un hermoso vestido verde. Era simple comparado con las majestuosas, obras maestras de corte de alta costura que normalmente tenía que usar. No me mal intérpretes, era completamente divino. El cuello era una profunda, profunda V que caía apenas un pelo sobre el ombligo. La cintura ceñida y luego caía hasta el piso. Era color verde esmeralda oscuro, pero el delicado adorno de cuentas e hilo de encaje metálico captaban la luz, y en ciertos ángulos brillaban como diamantes. Casi era recatado, salvo por la larga hendidura que comenzaba en la ceñida cintura, exponiendo toda la pierna izquierda.

Deabajo del alféizar, las personas hormigas caminaban por la acera, nieve cayendo sobre sus cabezas. Me preguntaba a donde iban. ¿A fiestas? ¿Con familia que realmente los querían? Era la época más feliz del año... ¿eran felices? ¿Tenían todo resuelto? Antes de Bestia, nunca imaginé que podía haber una chica como yo en los Estados Unidos, mucho menos en la Costa Este. Me preguntaba si una de esas personas hormigas era una esclava.

Una prisionera con una sonrisa.

Suspirando, me volví desde la ventana para ponerme el vestido. Me di cuenta de que no había ropa interior colgada. Eso no fue un error, y no significan que podía tomarla por mi cuenta; significaba que él me quería sin ninguna. Salvo que estableciera lo contrario, yo *siempre* tenía que prescindir de ella. Mientras me deslizaba en el vestido, me di cuenta de que el busto era transparente con hilos color verde con lentejuelas que apenas cubrían los pezones.

Palidecí.

Sí. Malditamente. Correcto.

Me quité el vestido y busqué ropa interior. Había un body provocativo sin espalda color champán con una profunda V. Perfecto.

Justo cuando terminé de vestirme, la puerta se abrió.

Bestia me miró de arriba abajo, su mirada prácticamente convertía el vestido en cenizas a mis pies.

—¿Qué? —ladré—. Me puse el maldito vestido. —Tuve medio segundo para registrar la ceja levantada antes que me empujara contra la pared, deslizando la mano en la abertura del vestido. Lleva las manos a la espalda, planas contra la pared, luchando por encontrar agarre mientras me registraba debajo del vestido.

—¿Qué más te pusiste? —presionó.

—Nada —jadeé. *Imbécil*, añadí con los ojos, y él lo supo. Los suyos se estrecharon y deslizó los dedos debajo de la prenda de encaje. Sus dedos sondearon por la abertura y extendía los dedos contra la pared, como si pudiera encontrar un pomo secreto y caer.

—Hmm... —murmuró—. No creo que estés diciendo la verdad.

—Jódete —escupí, mientras sus dedos se encorvaban dentro de mí más. Esperaba que me castigara por maldecir, pero solo levantó una ceja.

—Podrías ser agradable para mi Frankie, si quisieras tener tu regalo de navidad. Será una pena tener que enviarlo de regreso.

—¿Él? ¿Qué quieres decir con *él*? —demandé, empujando la falta de aliento en mi voz dentro de una pequeña caja en mi cabeza que planeaba quemar con ácido más tarde. Abruptamente me dejó caer, la piel sintiéndose fría para mi gusto, mis muslos helados. Llamó a Nikolai y me cruce de brazos.

Un momento después Nikolai apareció, una caja con agujeros en su mano, un lazo rojo en la tapa. Me la entregó y la tomé cautelosamente, una cinta de precaución en mi corazón.

—¿Qué es esto? —pregunté, examinando la caja.

Con los brazos cruzados, Bestia dijo:

—Ábrela.

Escuche el maullido y mis entrañas cayerón.

Rápidamente rasgué la caja y la abrí, había un gatito... un pequeño, gatito negro, tan lindo e inocente. Mire dentro de la caja, asustada de tocarlo. Recuerdos de Cleary vinieron corriendo a mi mente. Doliendo de inmediato, pero tan, tan emocionada. Luchó por salir de la caja, trepando y cayendo sobre sí mismo. Debería haberlo recogido, era un gesto cálido y gentil, pero ver un gato tan parecido a Cleary me tuvo tambaleándome. Sentí el dolor una vez más.

—No entiendo... —Levante la mirada hacia Bestia. ¿Por qué me daría un gatito, y uno *tan* parecido a Cleary? No debió gustarle mi respuesta, porque sus ojos se estrecharon y rápidamente me arrebató al animal—. ¿Qué estás haciendo? —pregunte, alcanzando al bulto de pelaje negro.

—No lo quieras. —Bestia le entregó el gatito a Nikolai sin siquiera mirarlo.

—No *entiendo* —supliqué. No tenía nada que ver con *quererlo*, solo necesitaba un minuto para reajustarme. No quería decir que no quería al gatito. ¡Era un maldito gatito! Solo necesitaba un minuto para entender lo que estaba pasando, pero Bestia no me iba a dar eso.

Mi mirada viajó desde el gatito en los brazos de Nikolai a Bestia, mi confusión convirtiéndose en furia.

Era como perder a Cleary de nuevo.

—¿Qué está *mal* contigo? —Lo empujé. Cuando eso no lo movió, lo empujé de nuevo, y otra vez, y otra. Me tomó por las muñecas y luego me soltó—. No es suficiente que tomes un pedazo de mi corazón, ¿tienes que destruirlo? —Caí de rodillas. Traté tan duro de mantenerme fuerte, o al menos estar de pie en el frente. ¿Por qué él me estaba haciendo esto? ¿Por qué me daba un gatito y luego se lo llevaba más rápido que un rayo?

Primero *Papa* y ahora *esto*? Mi corazón no podía resistirlo.

Nikolai se alejó con el gatito maullando mientras me limpiaba la máscara de los ojos con el antebrazo.

—Eres un absoluto monstruo —declaré—. ¿Es el porqué fuiste tan agradable conmigo antes? ¿Por esto querías conocerme? Apuesto que ni siquiera querías darme ese gatito. Solo querías verme llorar. —Los ojos se me nublaron con lágrimas cuando lo miré—. Bueno, felicitaciones. Tuviste éxito. —Las palabras sonaron estranguladas y extrañas para mis oídos, rotas, altas y temblorosas; ahogándome por el esfuerzo de tratar de no perderme completamente en los sollozos. Sus ojos se estrecharon con algún tipo de emoción. Pensé que tal vez iba a decir algo, pero luego se fue. Me caí en sollozos.

\*\*\*

—Tu máscara de pestañas está manchado, cariño —me dijo una mujer, su rostro tenía una sonrisa plástica de megavatios—. Tengo un trapo en mi bolso que puede limpiar eso. —Me agarró del brazo y me alejó a mi oscuro rincón: mi refugio. Desvié la mirada a su peinado cabello rubio hasta las pulidas uñas de color rojo sangre y de regreso al inmaculado vestido blanco que llevaba.

Quería decirle que no me importaba si la máscara de pestañas estaba manchada, pero estaba demasiado entumecida. Una y otra vez pensé acerca de ese gatito. ¿Iría a otra casa? Tal vez iría a donde estaba Cleary. Resoplé y me sequé los ojos, manchando más la máscara para pestañas. Donde quiera que el gato negro fuera, era mejor que donde estaba yo. Las cosas lindas y tiernas no eran para el infierno.

No, no me importaba que la máscara para pestañas estuviera arruinada.

Era mi pintura de guerra.

Nadie me molestaría.

Desde mi posición en la esquina, era capaz de ver todo y nadie me notaba. El blanco puro penthouse de Bestia había sido decorado como un paraíso invernal. Un enorme, árbol de navidad *de verdad* estaba erguido en el centro de todo, resaltando las tres historias. Vagamente me pregunté cómo lograron lo que había dentro del edificio, todo el camino hasta el maldito penthouse. Estaba decorado con adornos blancos y las ramas parecían escarchadas. Ángeles, copos de nieve, bulbos brillando, adornos que parecían estar salpicados de diamantes—oh, espera, este era la Bestia de la que estamos hablando, probablemente *fueron* salpicados con diamantes—y oropel etéreo los cubría. Oro pálido era el único otro color en el lugar, y era solo para acentuar.

Había incluso una banda de swing. Era tan feliz, el trombón y saxofón alegres y animados. Se sentía mal como tener una circuncisión en un funeral. La cantante, una mujer con estilo y ropa de los años 20's, estaba cantando música clásica de navidad. Todos también vestían de blanco, una nota que Bestia aparentemente determinó para que no lo pasara por alto.

En su mayoría vi como esto no era el tipo de fiesta a la que estaba acostumbrada. Estas no eran las personas que Bestia normalmente tenía a su alrededor. Ellas no tenían una nube de sombra siguiéndolas constantemente. No eran gárgolas reanimadas.

Eran... personas.

Eran... políticos, incluso. Reconocí al gobernador como uno de los asistentes, y eso me puso muy, muy incómoda.

La mujer me empujó a la pared al lado del bar. Mientras hurgaba en su bolso, tomé una copa flauta de champán. Tomando un trago, miré de ella al gobernador y pensé en las otras "fiestas" en las que estuve presente, sin saber qué demonios prefería.

—¿Es esta tu primera recaudación de fondos? —preguntó, secándose los restos del "regalo" de Bestia de los párpados. Asentí. Se rio, colocando la tela en su bolso—. Pueden ser bastante tediosos. Soy Ellie, la esposa del gobernador Dubois. ¿A quién deberíamos culpar por qué estés aquí?

Me mordí el labio inferior y asentí hacia Bestia, quien estaba atrapado entre un hombre con mechones color chocolate y ojos azules y el gobernador Dubois. La sonrisa de Ellie parpadeó, pero la enyeso tan rápido que casi no lo noté.

—Ah —dijo—. Bueno, mejor le damos una severa plática. —Sabía que eso no sucedería. Ellie ya se estaba alejando.

—Espera —le pedí—. ¿Eso es lo que esto es? ¿Una recaudación de fondos?

—Por supuesto que no, es una fiesta. —Sonrió, guiñó el ojo y se alejó. Sintiendo ese grueso, pegajoso sentimiento que solo los políticos podían dejar atrás, me volví para irme. *A la mierda esta fiesta.* Si Bestia quiere castigarme, entonces que lo haga. Terminé con todo esto, con este engaño. Estaba a mitad de camino de mi habitación cuando me agarraron del brazo.

—Detente, Nikolai. —Lo alejé de mí, sin estar sorprendida. Era algo así como si viste suficientes películas de terror y dejaron de asustarte. Había vivido en el infierno el tiempo suficiente que tomarme del brazo no me asustaba. Imaginaba si vivía unos meses más que, ni siquiera lloraría por cosas como los gatitos.

Me estremecí, de alguna forma eso no parecía algo bueno. Coloqué la palma de la mano en mi puerta, decidida a no pensar en ello, cuando Nikolai habló a mi espalda.

—He encontrado a tu padre.

Me giré.

—¿Qué quieres decir con que lo has *encontrado*?

—Estaba desaparecido y he asegurado su ubicación. Está en un lugar seguro.

—La mirada verde apio de Nikolai atravesó el oscuro pasillo.

Agrandé los ojos.

—¿Desaparecido? ¿Por cuánto tiempo?

—Te dije que había algo más de lo que necesitas ser consciente —dijo, como si estuviera en *mí* por no saber.

—¿Qué? ¿Quieres decir que Bestia no tiene idea donde está él? ¿Puedo *irme* y no moriría? —Nikolai asintió impasiblemente, respondiendo como si simplemente le preguntaba si era su color natural de cabello. Furia me llenó y corrí hacia él, empujándolo tan duro que tropezó hacia atrás.

»Esto es malditamente ridículo. ¿Lo supiste todo este tiempo? —Cuando Nikolai asintió de nuevo, le di otro empujón—. Sabía que no eras un amigo. Tu maldita serpiente. —Nikolai era una piedra contra mis empujones. Odiándolo incluso más. Cualquier cosa que estuviera planeando, lo que fuera para lo que estaba usándonos a Gabby y a mí, sabía que no era para mí beneficio. Yo era simplemente un peón.

—Estaba esperando el momento adecuado —dijo simplemente.

Me burlé.

—Vete a la mierda. —No esperé a escuchar sus excusas que tenía para mí. Terminé mi andar a mi habitación y le cerré la puerta en el rostro.

Estaba malditamente yéndome.

\*\*\*

Realmente no tenía mucho para empacar debido a que no había empacado nada en primer lugar, pero supuse que ya que probablemente estaría huyendo,

debería agarrar algunas cosas. Bestia *dijo* que me dejaría ir, pero dijo muchas cosas, como que *Papa* estaba a sano y salvo, por ejemplo.

Apresuradamente agarré cosas que podía usar, cosas prácticas como pantalones y suéteres. No tenía muchas cosas prácticas en mi armario; la mayoría alta costura y zapatos de tacón, pero había algunas. Hice una pausa, reconociendo la habitación. El corazón me martilleaba en el pecho. Solo habían pasado unas semanas, pero estaba inexplicablemente vinculada. Tenía que irme, sin embargo. No podía quedarme. Eso iba más allá de la locura, era un suicidio.

Nikolai dijo que *Papa* estaba a salvo, así que Bestia no tenía nada contra mí. Quedarme era solo...

Sacudí la cabeza.

Tenía que irme.

Regresé a la sobrecargada bolsa cuando escuché la puerta abrirse detrás de mí. Helado miedo me recorrió las venas, el estómago se aquietó, y simplemente *supo* que él estaba detrás de mí.

Oh, Dios.

Sabía que dijo que podía irme, pero de algún modo también sabía que trataría de detenerme. Lo sabía, porque había una parte de mí tratando de detenerme también. Una loca, mortífera parte de mí no quería irse. Una parte que estaba gritando que lanzara la bolsa de regreso al armario.

El miedo estaba corriéndome a toda velocidad por el cuerpo cuando me volví para mirarlo. Caminó hacia mí, pero estaba inestable e hizo una pausa en el tocador. Derribo algunos objetos y me encogí de miedo. Sabía que mi ausencia no pasaría desapercibida. Esperaba castigo, pero Dios, era tan estúpida. Completamente me había abandonado.

Vaciló los últimos metros y luego cayó de rodillas.

—Lo siento, *mio cuore* —murmuró en mi vestido, agarrando la brillante tela entre los dedos—. Lo siento. —Amasó la cabeza en mi vestido y luego volvió el rostro hacia mí. Podía oler el alcohol en su aliento—. Eres todo lo que tengo, Frankie. —Estuvo en silencio por un momento y escuché todo: La risa apagada, mi tartamudeante respiración, la banda afuera cantando *Blue Christmas* de *Elvis* con su trompeta y saxofón ahogada.

»Tendré una navidad azul sin ti... —cantó en mis muslos. Se rio entre dientes pero no era feliz—. Mi papá solía cantarla para mi mamá. No quiero ser papá,

Frankie. No quiero cantar esta canción para ti. —Luego se desmayó, dejándome preguntar que mierda significaba eso.

Mire hacia la bolsa medio llena de cosas para marcharme, luego a Bestia desmayado en mi regazo.

*¿Qué. Mierda?*

Un minuto después la puerta se abrió de nuevo. Salté, prácticamente golpeándome la cabeza contra la pared.

—*¿Esta fuera?* —Nikolai asomó la cabeza, dejando la puerta prácticamente cerrada.

—Oh, gracias a Dios —dijo Gabby, viendo detrás. Suavemente cerró la puerta detrás de ella luego se giró. Acercándose a mí, lo levantó por el cabello y le mostró Bestia a Nikolai, quien asintió. Aparentemente satisfecho, Gabby lo soltó y cayó con un fuerte golpe en mis muslos—. No tenemos mucho tiempo para que Tough Tino venga a buscarnos.

—*¿Tú hiciste esto?* —pregunté en un susurro grito, haciendo un ademán hacia el cuerpo en mi regazo—. ¡Jesucristo!

—Pusimos un poco de algo extra en su bebida —dijo Nikolai con indiferencia.

Mis ojos se agrandaron.

—Va a *matarme*. En realidad, asesinar mi cuerpo.

—No va a saber nada —me dijo Gabby, pero luego se volvió a Nikolai y preguntó—: *¿Verdad, Nikolai?* —*¿Qué mierda significaba eso?* Disparé dagas hacia Nikolai, pero si lo notó no le importó.

—Vamos a llevártelo a la cama y va a despertar pensando que lo pasó en grande. —Nikolai tomó ambas piernas para dar énfasis y Gabby rápidamente siguió su ejemplo, agarrándole los brazos. Con los ojos tan abiertos sentí como si estuvieran saliéndose de mi maldito rostro, los observe cargando al cuerpo desmayado de la gran y mala Bestia a través de mi habitación y hacia la puerta.

—Vigila Frankie —dijo Gabby.

—*¿Hago qué?* —grité.

—Necesitamos llevártelo a la cama —dijo Nikolai, como si fuera la cosa más normal en el mundo.

Sacudí la cabeza como si pudiera sacar las palabras de mi mente de igual forma como sacar agua de tu oído.

—Creo que no te escuche.

—Este tipo es realmente *pesado*, Frankie, vamos —rogó Gabby. Tenía las piernas flexionadas, los brazos tensos, obviamente excediéndose.

—Estaba en medio de algo... —Dejé de hablar.

—Por favor, Frankie —suplicó nuevamente. Mi mirada parpadeó de mi bolso lleno de cosas a Gabby. Quería gritarle que estaba siendo utilizada, pero había una Bestia desmayada en *mi* habitación y de alguna forma su plan era menos peligroso para mí. Nikolai lo sabía. Rápidamente empujé la bolsa en el armario y corrí hacia la puerta. La empujé para abrirla, dando paso a una ola de risas y música. Asomé la cabeza.

—Despejado. Sin embargo, en realidad no estamos haciendo esto... —Pero ambos se precipitaron de inmediato, ignorándome. Lo llevaron por el pasillo decorado con exuberante y falsa nieve. Copos de nieve centelleantes plateados colgaban de una cuerda transparente, así parecían suspendidos en el aire.

Llegamos a la habitación y lo arrojaron a la cama, cerrando la puerta detrás de ellos.

—No, no —susurré-grité—. Me *marchó*. Me estoy yendo de aquí esta noche. No hay razón para quedarme. —Mientras decía las palabras, hubo algo de molestia dentro de mí, un pensamiento peligroso y resbaladizo que de repente me dio consuelo: no había ningún daño en quedarme otro día.

Gabby se giró hacia mí, respirando profundamente. Cuando de alguna forma obtuvo control de su diafragma, se secó una gota de sudor de la frente y dijo:

—Eres la princesa Pavoni.

\*\*\*

Me reí, duro. Ninguno de los dos se unió a mí.

—¿Hablas en serio? —Me volví hacia Gabby—. Hemos hablado de eso. *Dos veces*. —Crucé los brazos. Primero cuando Nikolai puso el volante en mi habitación, ella se había emocionado. Lo entendí. Tuve que volver a estallar el globo cuando me habló de Levy y eso *apestó*, ¿pero esto?

Esto arriesgaba mi vida.

Tenía que salir corriendo de aquí como la mierda. No tenía tiempo para fingir.

—No soy la Princesa Panovi. ¿No creo que quiera ser la heredera de la Familia criminal del idiota que me mantiene prisionera? —Bestia gruñó y todos los ojos fueron a donde descansaba en la cama. Se movió ligeramente y luego jadeó, su respiración regresó a la normalidad.

—Baja la voz —susurró Gabby en voz baja—. No entiendes. Tenemos *pruebas*. He estado tratando de verte durante días. —Gabby se secó el sudor de la frente—. ¿Sabes que ya están tratando de subastarme al mejor postor? Si tengo que casarme con algún viejo jefe criminal, me suicidaré, o a él, o a ambos.

—Eso es... —La ira se heló buscando las palabras correctas. No se me ocurrió ninguna—. Horrible, lo siento. —Sin embargo, mientras les miraba sus ansiosos rostros, sabía que no importaba que horrible mierda hiciera la mafia Pavoni, no me convertiría en una princesa.

—Lo que sea. —Agitó Gabby una mano, pero miró hacia el otro y podía jurar que vi una lágrima en sus ojos—. Sabía que sucedería.

—Pero tal vez Levi... —Comencé, tratando de encontrar alguna forma de consolarla.

—La Princesa Pavoni es real —interrumpió Gabby, volviéndose hacia mí—. ¿Me has escuchado? Tenemos pruebas.

—No hay registro de tu nacimiento o el de tu madre —dijo Nikolai, y posé los ojos en los de él, entrecerrándolos. Todavía estaba enojada por ocultarme el hecho que mi *Papa* estaba fuera del alcance las garras de Bestia. ¿Ahora *esto*? Claramente estaba manipulando a Gabby. ¿Por qué estaba tratando de hacerme una princesa?

Sin perturbarse por mi fría mirada, él continuó:

—Hemos extendido la búsqueda en cada hospital en Nueva York, luego en cada hospital en los Estados Unidos. No hay registro de Francesca Notte o el nacimiento de tu madre. —Mi frente se contrajo, los músculos apretándose en incredulidad e indignación. Siempre tuve problemas aplicando para cosas como cuentas bancarias y la licencia de conducir, y no continúe la universidad porque nunca conseguí el préstamo. Papá dijo que mi certificado de nacimiento se perdió y cuando le pedí ayudarme a conseguir uno nuevo, se escondió. Sin embargo, no sabía mi número de seguridad social, pero Papá era el tipo de hombre que se sentaba en una silla rota, siempre y cuando no se separara por completo, así que no pensé demasiado en ello. La ira me recorrió, pero no hacia Papá.

—¿Qué estás diciendo?

—Tú madre no era tú madre. Fue enviada por los Pavoni para cuidar de ti.

Fruncí el ceño.

—Eso no es una prueba. ¿Cómo puedes decir eso?

Nikolai sacó dos viejas Polaroids. No podía ver la segunda, pero la primera, la vi muy claramente.

—Esta es tu madre, ¿verdad? —preguntó. Estaba un poco granulada, pero podía ver a mi madre. No se parecía mucho a mí. Donde yo tenía el cabello marrón, ojos azules y sin siquiera una mancha de sol, ella tenía el cabello rojo, brillantes ojos verdes y pecas en todo el rostro. Por supuesto, no había colores en la foto a blanco y negro, pero aún era hermosa e inconfundible. Había otro hombre en la foto con ella que no conocía. A regañadientes, asentí. Gabby tomó la foto de Nikolai y luego señaló al otro hombre en la foto.

—Ese es Don Lucio, ya sabes, el *Jefe* de los *Pavoni*.

Fruncí el ceño con más fuerza.

—Eso no significa nada. Ella podría deberle dinero. —Incluso cuando lo dije, no lo creí. Gabby suspiró y se volvió hacia Nikolai.

—Déjame hablar con ella. —Luego se volvió hacia mí—. Necesitas desnudarte y entrar a la cama de todos modos. —Hice una mueca. Lo dije con una fría calculación que contradecía su comportamiento soleado y dio paso al oscuro mundo en el que ella estaba viendo. Nikolai dejó la habitación y ella hizo un gesto para que me sentara en la cama. Con las manos en el regazo, me senté en el borde.

»¿Por qué no quieres que esto sea verdad? —preguntó. Su tono era curioso y amable, como preguntando porque no quería helado de postre. Me preguntaba si Gabby tenía alguna idea *real* en lo que se estaba metiendo. Nikolai estaba jugando con las cuerdas y Gabby estaba tan atrapada que no podía ver que ella era una de muchas.

—Es un cuento de hadas —respondí—. Los cuentos de hadas no son reales.

Gabby se encogió de hombros.

—Este sí. —No tenía respuesta. Su peligrosa ingenuidad ahora *me* estaba afectando. Sentada en el borde de la cama de Bestia mientras Gabby me desabrochaba los botones, me enfurecí. Yo *tenía* una familia. Algunas de esas cosas eran extrañas, lo admitiré. Era extraño que no conociera mi número de seguro social, pero si conocieras a *Papa*, eso no sería tan extraño. *Papa* era desorganizado y

un desastre, probablemente ni siquiera sabía su número de seguridad social. Era extraño que mi mamá se hubiera reunido con la cabeza de los Pavoni, y era extraño que no se pareciera a mí, pero aún era mi madre. Muchos niños no se parecen a sus padres.

Me giré hacia Gabby.

—¿Por qué estás haciendo esto? —pregunté—. ¿Por qué estás tratando de destrozar la única cosa buena que tengo por algún maldito cuento de hadas? —Silenciosamente me desabrochó el vestido y mi piel lentamente se expuso a la oscuridad. A mi lado, una Bestia desmayada dormía.

»Mi mamá murió demasiado pronto —continué—. Mi papá se convirtió en un holgazán, nos mudamos a una casa de mierda, y me convertí en *Harry Potter*... pero *ella* si existió.

Hizo una pausa en mi vestido y dijo:

—¿No odias que valgo menos que un perro pariendo cachorros? —De nuevo, no estaba gritando, incluso no sonaba molesta, solo curiosa—. ¿No odias que te maltraten, violen y torturen? Puedes hacer algo al respecto. Estás en la posición. Las personas creen que eres la Princesa Pavoni. —Agarró mi vestido, empujándome más cerca con su emoción. Su rostro brillaba con la impaciencia de un niño conociendo a Santa.

Mis cejas cayeron. Abusada. Violada. Torturada. Esa había sido la vida de Gabby, pero no era realmente la mía. Las cosas eran oscuras, retorcidas y jodidas entre Bestia y yo, pero no eran lo que Gabby pensaba.

—Gabby... —Abrí la boca para tratar de aclararle, pero me di cuenta de que ni siquiera sabía por dónde comenzar. Me miro con expectación y recordé la noche que vino a verme la noche que lloró por Levi—. Gabby, ¿cómo estás? ¿Cómo está Levi? —Traté de girarme y verla, pero ella ya había vuelto a fijarse en el vestido.

—No hay nada que decir. Levi y yo hemos terminado. —Su voz sonaba fría y extraña, como si ni siquiera reconociera las palabras saliendo de su boca.

—¿Estás segura de que es lo que quieras? —En el corto tiempo que he conocido a Gabby, la única felicidad que vi en ella fue cuando estaba con Levi.

—Si él continua viéndome morirá. No se alejará de esta vida, nunca jamás. —Intenté dar media vuelta y verla, para consolarla, pero regresó al vestido. Cada vez más frustrada, le di una palmada en la mano.

—No quiero estar desnuda en su maldita cama.

Dejó caer la mano.

—Sí piensa que tuvieron sexo, no sospechará sobre lo que pasó. —No había nada de ira en su tono, ni siquiera seguridad en sí misma. Hablaba las palabras como si repitiera un mantra.

Agarré el vestido a mi pecho mientras caía.

—No. —Vinieron las lágrimas a mis ojos—. No hemos tenido sexo. Está bien. Él no sospechará. —Quiero decir, tuvimos sexo, pero no desde *la* noche. No me había penetrado con su polla desde la primera noche. Había una parte dentro de mí, como una mariposa con hoyos en las alas tratando de volar, que pensaba que quizás él estaba esperando, pensé que tal vez desea no haberme tomado de esa manera.

Y quizás estaba esperando a que le diera la aprobación.

Pero si lo hacía, todo eso se destrozaría, porque él pensaría que le *di* la autorización, y si sucedía, no creo que pueda retractarme.

Gabby se acercó rápidamente así estaba a mi lado.

—Mira la foto. Realmente *mírala*. —Me la entregó. Era en blanco y negro, una vieja Polaroid, pero claramente era mi madre. Le reconocía de *una* foto que mi papá me dio.

—Esa es mi madre. ¿Y qué? —Sin responder, me entregó la segunda foto. Vi a mi madre y al mismo viejo hombre con un duro y cuadrado rostro, pero también me vi. Me reconocí muy claramente de las fotos antiguas.

—Esa eres tú, ¿verdad? —Asentí sin palabras—. Ambas fotografías fueron encontradas en la casa de Lucio Pavoni, el jefe de la familia Pavoni. —Abrí los ojos. Le regresé las fotos. Sabía lo que ella me quería decir. Me quería decir que yo era la Princesa Pavoni. No podía.

Tenía que irme.

Tenía una bolsa medio empacada en la otra habitación.

No podía ser una princesa.

Pero mientras les regresaba las fotos, sabía que no me iría ahora. Ya me había sentido atada antes, pero ahora Gabby acaba de revelar algo invaluable. Siempre sentí que me faltaban piezas. Simplemente lo atribuí a la vida, porque pensé que la mayoría de las personas tenían piezas perdidas.

Pero Gabby me estaba mostrando cómo recuperar esas piezas. No podía simplemente irme.

—Podría ser nada... —La forma en que se detuvo indicaba que no creía que fuera nada—. Pero hay una facción creciente en los Pavoni que realmente *cree* en ti. Lo hacen. Nikolai es uno de ellos. —Estrechó los ojos. Nikolai era un esclavo como yo, había sido un esclavo por casi diez años si mi cálculo era correcto y no le debía lealtad a los Pavoni. Dudaba que creyera que era una salvadora perdida hace mucho tiempo, pero él estaba haciendo que esto sucediera.

Simplemente no estaba segura el porqué.

—Si te equivocas sobre mí... —Negué con la cabeza.

—No lo estoy. —Se levantó y camino hacia la puerta, pero hizo una pausa y se volvió. Levanté la cabeza, esperándola—. Mira —dijo, la mano en el pomo—. De chica a chica, de prisionera a esclava. Entiendo si quieres huir. No voy a estar molesta, lo *entiendo*, pero pensé que necesitabas saber que podrías ser una princesa. —Mantuve el vestido apretado a mi cuerpo, observándole marcharse.

La detuve antes que se marchara, y le hice una pregunta... una pregunta que estaba molestándome como un dolor de dientes. En el momento en que respondió, deseé no haberla hecho. No pude dormir toda la noche. Miré por la ventana, viendo la forma que la nieve brillaba, incluso en la oscuridad.

\*\*\*

El sol se elevaba sobre los rascacielos. No había visto mi certificado de nacimiento, pero mi madre (¿O era “madre”?) tenía una caja de recuerdos donde guardaba cosas como zapatos de bebé y dibujos, fotos y cosas similares. Cuando murió, también lo hizo la casa de recuerdos. Tenía tres años en ese momento.

Pero ¿y si fuera posible lo que decían eran verdad?

¿Y si mamá era una falsificación y había otra mujer por allí, alguna biológica? ¿La amaría más que la que hizo una caja para mis zapatos de bebé? ¿Cómo podría? Me abandonó a esta vida, la vida de una princesa de la mafia sin madres.

Francesca Notte no existía... eché un vistazo a mi derecha, donde Bestia se estaba moviendo más. Estaba gimiendo ligeramente, moviendo los brazos por encima de la cabeza. Abrió los ojos y me miró fijamente. Al principio pareció sorprendido, luego una lenta sonrisa se deslizó por sus labios. Me agarró, jalándome hacia él, se deslizó sobre mí. Su erección dura contra mi muslo.

*No quiero cantar esta canción para ti.*

Mientras empujaba su polla cerca de mi entrada, estuve en mis labios decirle que no. En su lugar pregunté:

—¿Recuerdas anoche? —Frunció el ceño y podía verlo tratando de llenar los espacios en blanco. Antes de que pudiera profundizar más en sus pensamientos, antes de que pudiera seguir preguntándose, me arqueé hacia él y rápidamente los pliegues se suavizaron. Me encontré con él, piel con piel.

Mientras me penetraba, giré el cuello a la izquierda, mirando hacia la fría ciudad. Era de un color azul frío. El cielo se veía como si fuera una capa de hielo, el sol bloqueado debajo. Sabía que arquearme ante él, no solo aceptaba esta vez, sino en cualquier momento que quisiera después de esto. Desbloqueé algo y al mismo tiempo rompí la cerradura, rompí algo que nunca sería reparado. Mientras se sumergía más profundo en mí, lo supe.

Y no me importó.

Hundió los dedos en mi cabello, apartándome la mirada de la ventana. Su mirada perforándome, preguntándome algo que no quería responder, así que cerré los ojos. En el momento que mis párpados se cerraron, me dejó, saliendo de mi cuerpo. Debería haberlo deseado, debería estar agradecida que me dejó, pero me mantuve pensando, *¿por qué se siente como que una parte vital de mi espíritu se va con él?*

Abriendo los ojos, lo agarré por los hombros, empujándolo de regreso. Elevó una ceja, pero no se movió. Tiré más fuerte, arañándole la piel con las uñas. No se movió, la misma mirada se clavó en mí.

Exigiéndome que le pidiera quedarse.

Esto era lo que había temido anoche, por qué desesperadamente mantuve el vestido. No tenía miedo de él entrando en mí, pero de *esto*, de lo que iba a decirle, y la razón detrás de ello.

—Por favor —susurré. Él estaba dentro de mí, profundo y penetrando, en segundos. Nunca antes me habían llenado así, de forma tan completa que podía obtener todas las partes de mí que no estaban completas, que estaban rotas o necesitaban algo extra. Antes de encontrarlo para el beso que robaría mi coherencia. Recordé la última cosa que Gabby me dijo la noche anterior, la pregunta y respuesta que me mantuvo despierta.

—Gabby, espera —pregunte—: ¿Qué significa *mio couré*?

Sin dudar, respondió:

—Corazón mío.

# Capítulo 18

La navidad siempre había sido un espectáculo de mierda para Anteros, nunca el día mágico que la sociedad profesaba. Era solo otro día—o peor—sin embargo, se dio vuelta esa mañana y Frankie estaba en su cama, desnuda, y queriéndolo. No podía recordar lo que pasó en la víspera de navidad, pero lo que fuera lo que fuese, había llevado a Frankie a desearlo a él, dentro de ella.

Anteros había planeado esta noche con Rhys por meses. Habían tenido algunos baches en el camino el mes pasado, pero al final todo se unió. Él nunca sonreía cuando un trabajo estaba hecho—era solo un trabajo—pero maldición si una sonrisa no se extendió por su rostro enseguida. Frotó el pulgar en la mandíbula, tratando de suavizar el músculo.

Podía ser el trabajo terminado, lo que finalmente rompiera una sonrisa en sus labios, pero entonces ¿por qué estaba recordando la forma en que Frankie se aferró a él mientras salía de la cama? Casi se había quedado en casa—todo estaba en piloto automático ahora, de cualquier forma—pero la dejó y se unió a sus Lobos en los muelles.

Ahora Anteros estaba sentado en la oficina de su almacén, mirando a la ciudad hierro gris, y pensando en su futuro. Los Pavoni alardeado por años que eran la organización criminal más grande en el mundo, pero Bestia iba a ser el único que realmente eso significara algo.

Había una diferencia entre poder e influencia.

Y luego estaba tener ambos.

—Hermano. —La indignante voz de Chico Bonito lo sacó de sus pensamientos—. Difícilmente has dicho nada en las últimas dos horas. Te quedaste allí sentado sonriendo como un pedazo de mierda.

—Probablemente pensando sobre el coño de la esclava. —La voz de Pequeño O llegó desde atrás.

—El coño de la *princesa* —corrigió Gran O.

—No lo sé —dijo Anteros—. ¿Es peor ser azotado por el coño de una esclava o celoso de uno? —Anteros apartó la mirada de la ventana, mirando a sus Lobos con

mordacidad. Hicieron una pausa, luego gritos de “Oooooh” y “mierda” resonaron. Todos rieron, excepto Loco A, quien estaba en silencio en su silla, manos cruzadas. Aunque todos bromearon sobre Frankie, el silencio de Loco A irradiaba su duda. No creía que Anteros fuera capaz de matar a Frankie cuando llegara el momento. Loco A sabía demasiado bien lo difícil que sería.

Anteros eligió no pensar en ello. Era navidad, y por una vez en su vida, se iba a deleitar. De pie, Anteros agarró el abrigo del respaldo de la silla. Lo que sea que pasó con Frankie esa mañana no afectaría el futuro. Cuando llegara el momento, no sería como fue con Loco A. Él no la amaba.

—Cuatro horas —dijo Anteros, encogiéndose en el abrigo—. Luego es la hora del espectáculo.

—Realmente no puedo esperar hasta que hayamos terminado con estas estúpidas fiestas de mierda —murmuró Gran O cuando Anteros pasó caminando.

—¿No te encanta besar el culo del Consejo en una gran, quisquillosa casa mientras el dueño casi muerto duerme en la habitación contigua? —preguntó Chico Bonito, fingiendo confusión en sus rasgos.

Pequeño O se arrodilló y unió las manos.

—Querido salvador Emilio, es esta de las noches más sagradas, por favor sálvanos de esta idiotez.

—Solo una fiesta más —les dijo Anteros, caminando a la puerta. Cuando dejaba la habitación, una conversación cargada estalló detrás de él. En cuatro horas, comenzaría la fiesta anual de navidad de Lucio Pavoni. Nunca antes había esperado una de las sofocantes, excesivas fiestas antes, pero ahora prácticamente estaba contando las horas.

Cuando Anteros llegó a casa, se dirigió directamente a la biblioteca. Ella estaba acurrucada en la misma antigua silla de siempre, leyendo un libro nuevo. Segundo sus cálculos, leía al menos un libro al día.

—Frankie —dijo, pero ella no se giró. Se acercó a ella y la enfrentó. Se arrodilló así estaba al nivel de sus ojos y arrastró la barbilla a la suya—. Feliz Navidad, Frankie —dijo, tomando sus labios en los suyos. Ella estaba fría, a diferencia de lo que había sido esa mañana. Algo había cambiado.

Arrugó las cejas, continuó trabajando su lengua contra sus labios, pero era como besar a un maniquí. Ella hizo los movimientos, tomando su lengua en su boca, pero eso fue todo. Su cuerpo estaba rígido, los dedos todavía agarraban el

libro que estaba leyendo. Él se apartó, la mano todavía en su cabello, y la miró a los ojos. Ella apartó la mirada.

Él sonrió, corriéndole un dedo por su frente y mandíbula. Ella no dijo nada.

—¿Qué pasa, *mio cuore*?

—Solo vete —respingo Frankie—. Por favor. —Anteros la acaricio, tratando de arrastrarla hacia él, pero ella se estremeció como si la hubieran golpeado. Anteros parpadeó, sintiéndose como si acabara de ser arrojado a una mar de olas.

»¿Me dejaras sola? —preguntó, en tono suplicante. Frankie se aferró al libro para salvarle la vida, pero no miró las páginas, nunca movió los ojos del punto en el piso. Era como si estuviera congelada.

Anteros se tambaleó ante sus palabras, poniéndose de pie. ¿Qué había pasado entre esta mañana y ahora para hacerla tan fría? Estuvo a punto de extenderse otra vez, pero luego sacudió los hombros.

No importaba.

A él no le importaba.

—Prepárate en una hora —espetó Anteros, saliendo de la biblioteca.

\*\*\*

Anteros vio como Frankie colocaba el dedo contra la ventada del auto, tal como lo hizo la noche que la sacó de su casa. Esta vez, sin embargo, viajaban juntos a la casa del hombre que lo había tomado a él, Lucio Pavoni. La fiesta Navideña anual de Lucio era famosa en su mundo, tan famosa, que continuaba sin él. Como en el primer caso, dejó que el dedo se deslizara por el vidrio, separando la humedad, creando una línea entre la niebla y la imagen exterior.

Al igual que en la biblioteca, Frankie estaba distante. Apenas había dicho una palabra. Anteros tenía la intención de ignorarla; lo que sea que la estaba molestando no era su problema. Ella no era más que un caramelo para la vista; pero él no podía apartar la atención, observándola mientras arrastraba el dedo desde la parte superior hasta el inferior de la ventana, una y otra vez.

—Dime que tienes en tu mente —exigió Anteros.

Frankie suspiró.

—La Navidad era la única época que disfruté en casa. Me pregunto qué está haciendo él este año. —Frankie suspiró de nuevo, el dedo descansando delicadamente sobre el alféizar de la ventana—. No entenderías. —Anteros se inclinó hacia adelante, con los antebrazos en los muslos, estudiándola. Tal vez por eso estaba tan fría con él.

—¿Todavía piensas que porque soy un huérfano no recuerdo a mis padres? —preguntó—. ¿No recuerdo las fiestas?

—Sí —tartamudeó Frankie, retirando el dedo de la ventana rápidamente—. Quiero decir no, no. —Colocó su mano en su regazo.

—Asumes que crecí en un Orfanato, fuera de lugar al nacer. —Ella no dijo una palabra ante eso, pero su mirada se desvió hacia él—. Crecí con mis padres y les conocía bien. —Las cejas de Frankie se elevaron, asimilando lo que él acaba de decirle. Su propia frente cedió en respuesta. Para Frankie, él era bidimensional, un monstruo nacido sin padres, engendrado en el fuego del infierno sin ningún concepto de amor. Lo cual, para ser justos, no estaba tan lejos de la verdad.

—¿Por qué...? —Deslizó ella.

—Porque para mí ellos estaban mejor muertos. —Anteros se echó hacia atrás, se pasó una mano por el cabello. Ella era como la maldita heroína. Él sabía que debería cerrar la boca. Ignorarla. Ser indiferente, impasible, indiferente. En menos de una semana ella estaría muerta, y él sería quien la mataría. El hecho que ella lo alejó en la mañana no debería molestarle en lo más mínimo; el hecho de que ella mirara fijamente la ventana no debería molestarle, pero lo hacía. La observó como si pusiera la aguja en la vena, esperando a que volteara hacia él.

Ella apoyó la cabeza contra la ventana y se movió hacia él, con los ojos cerrados.

—Lo siento.

—¿Lo sientes? —La aguja atravesó la piel.

—¿Prefieres que sea otra cosa? —preguntó. Anteros se encontró con su fiera mirada y lo golpeó, corriendo por sus venas, retorciéndose en su sangre, dominando su cerebro. Sus ojos se suavizaron y ella suspiró, mirando el exterior por la ventana empañada. Las luces externas difusas, a él le recordaban una paleta de un pintor.

Sus mechones marrones caían hacia adelante mientras ella se movía de la ventana y se inclinaba hacia él.

»¿Crees que puedo verlo por un par de horas? ¿Solo por las fiestas? —Grandes ojos azules le imploraban. Vista al frente, gruesas pestañas, sus manos agarraron la piel del asiento, esperando, esperando por él para darle algo que no podía. Su padre se marchó, y Anteros no tenía idea donde demonios estaba. Muerto, tal vez. Si Anteros sabía cualquier cosa sobre vagos como él, era que a menudo estaba sangrado por más de un tiburón.

Ella jaló su labio entre sus dientes, los ojos se agrandaron aún más, manos agarrando la piel hasta arrugarse.

Él siseó.

—Tu padre ha desaparecido.

Ella levantó la barbilla ligeramente, luego lentamente se giró, las manos apoyadas ligeramente en su regazo, como si él acabara de informarle sobre el clima. No hacía falta decir, que no fue la reacción que él esperaba. Cuando volvió a mirarlo, sus rasgos eran duros. Él estrechó los ojos, preparándose para la pelea que había esperado.

En su lugar, ella tranquilamente le dijo:

—Probablemente esté muerto entonces. —Anteros estrechó los ojos aún más.

Cuando ella se había entregado a él, había esperado una jovencita ingenua, alguien para ser vendida al Instituto, ya que las jóvenes solían ser fácilmente moldeables. Al minuto que habló con ella en el avión, supo que eso no sería el caso. Cuanto más descubría, más se daba cuenta de que había enormes y ocultas profundidades de Frankie... profundidades que ni ella de daba cuenta de que estaban allí.

Ella era peligrosa.

Al igual que el agua engañosamente profunda, parecía poco profunda, pero podía succionarte fácilmente. Lo que más perturbaba a Anteros era la necesidad que sentía formándose en el estómago. Se descubrió a sí mismo queriendo dejar de nadar, para ver a dónde sus profundidades lo llevaban.

El auto se detuvo bruscamente.

—Hemos llegado —dijo Anteros, tosiendo ligeramente.

—De repente no estoy de humor para una fiesta —murmuró ella. Nikolai abrió la puerta, dando paso al frío helado. Había sido un invierno nevado hasta el

momento, apenas un minuto de alivio del polvo blanco. Blanqueaba las aceras y edificios. Él podía oler la promesa de nieve en el aire ya entonces.

Anteros le indicó a Nikolai que se fuera y les diera un minuto.

Inclinándose hacia adelante, Anteros le levantó la barbilla y capturó su mirada.

—Lo encontraré, Frankie.

Su mirada era como la nieve, dura e imparable.

—¿Por qué debería creer cualquier cosa que digas? —Estaba en su mente que le creyera, que creyera que había estado trabajando incansablemente para encontrar a su padre. Luego el rostro de sus Lobos apareció en su mente, la promesa que les había hecho.

—Porque no tienes otras opciones.

—*¿No la tengo?* —murmuró. Como si ella estuviera hecha de fuego, Anteros dejó caer la barbilla.

\*\*\*

Probablemente no era nada, pero le molestaba. ¿Qué diablos había querido decir? *¿No la tengo?* Ella no tenía otras opciones. Anteros mantuvo los ojos pegados en Frankie mientras entraban a la casa de Lucio. Él tenía un sentimiento—uno que era un sentimiento único para Frankie—de que se estaba perdiendo de algo. Estaba a segundos de agarrarla y exigirle que le dijera qué estaba pasando realmente, cuando ella jadeó.

Los labios rojos se apartaron, abrió mucho los ojos, su rostro se transformó con sorpresa.

—Guau. —Frankie se quedó sin aliento—. Y pensé que tu casa era pretenciosa. —Anteros la miró por un momento más largo, estrechó los ojos, antes de relajarse. Él estaba haciendo un gran lío de nada.

—Lucio la diseñó basándose en el Palacio de Versalles —explicó.

—Así que, simple, entonces —respondió, pero su mirada estaba en la habitación. Su rostro se suavizó mientras ella miraba todo. La habitación principal de Lucio fue diseñada como el famoso Salón de los Espejos. Más de una docena de candelabros de cristal colgando. Enormes espejos de piso a techo se encontraban frente a las ventanas que daban a la deslumbrante ciudad. Molduras y estatuas estilo Luis XIV alineados en la pasarela. Esa noche, realmente era espectacular, es

dicir, si no te saturabas completamente del lugar después de años de conocer al propietario, Anteros lo hacía.

Anteros siguió los delicados picos y valles de su perfil a lo largo de la columna de su cuello, hasta donde su palma estaba abierta. Como si estuviera poseído, él la agarró, encerrando su suave palma dentro de la suya. No se detuvo por mucho tiempo para pensar en ello y tiró de ella, exhortándola a detenerse y atravesar el largo, pasillo abierto.

—Oh, Dios mío. —Frankie se detuvo y señaló con la otra mano—. ¿El techo está *pintado a mano*? —En lugar de seguir su mano al techo que había visto cientos de veces, la miró. Con la boca abierta, ella parecía absolutamente estupefacta.

—¿No lo son todos? —bromeó Anteros. Bajó la cabeza, haciéndole una mueca.

—Se ve como la maldita Capilla Sixtina —dijo, con la boca abierta en sorpresa.

—Frankie —reprendió Anteros—. Si nos detenemos en cada mural pintado a mano nunca llegaremos a la fiesta.

—Esta casa es como un museo —susurró mientras giraban en la esquina—. ¿Quién es el dueño de este lugar?

—Lucio Pavoni. —Ante su respuesta, giro la cabeza a un lado y lo miró, contrariada en lo que parecía ser interés. Él entrecerró los ojos y ella miró hacia adelante. Anteros mantuvo observándola.

—¿Él estará en la fiesta? —preguntó a la ligera.

—No —respondió Anteros todavía mirándola.

Sus cejas arrugadas en confusión.

—¿Dónde estará él? —Anteros frunció el ceño. Esa era la segunda pregunta sobre Lucio Pavoni. Estaba a punto de sondar su curiosidad cuando doblaron la esquina. Cuando se abrieron paso a la fiesta decidió que era una pérdida de tiempo. Se detuvieron en la parte superior de una escalera de dos pisos con columnas alineadas en el balcón. Debajo de ellos, un enorme salón de baile estaba lleno de tantas personas que no podías ver el suelo.

—¿Esa es la prensa? —preguntó, sorprendida, notando las luces de las cámaras cuando se encontraron al borde de las escaleras—. ¿Son así de grandes todas tus fiestas de navidad? —Levantó la mira y luego lo miró. Su mentón atrapó la luz, de alguna forma logrando lucir afilado, pero suavizado por el brillo amarillo. Absolutamente impresionante.

Casi lo derribó.

No importaba lo que esta noche significara para él y para todo lo que había trabajado, sin importar lo que debería o no hacer, verla en este momento realmente le hizo ver que era inútil negarla. En su vestido rojo, era exquisita, brillando más que las joyas que se alineaban en el corpiño y el vestido de gala.

—No. —Tosió—. Esta noche es especial. —Ella lo tomó por el codo y bajaron las escaleras juntos.

—Están tomando fotografías... de nosotros —puntualizó ella, la voz atada con sospecha y curiosidad.

—También tengo ojos —bromeó Anteros.

—Pero... —Lo miró y luego rápidamente apartó la mirada. Las mejillas de él se curvaron ante eso, suponiendo lo que ella estaba pensando.

—¿Quién va a decirles? —le susurró al oído mientras llegan al piso. Cuando sus labios regresaron a su lóbulo, él se dio cuenta de que estaba sonriendo. Rápidamente limpio la cosa de sus labios, pero su mirada ya había colisionado con alguien más: Loco A. Ojos duros, Loco A tomó un trago, miró a Frankie y luego hacia otro lado.

\*\*\*

—Veo que trajiste a tu mascota —dijo Loco A fríamente, mirando a Frankie.

Anteros se encogió de hombros.

—Para el espectáculo.

Loco A entrecerró los ojos hacia Frankie y dijo:

—He visto suficiente de este perro caminando sobre sus patas traseras para toda la vida. —Sintió a Frankie tensarse, pensó que ella no respondería.

Anteros apretó la mano de Frankie y lentamente la retiró de su antebrazo. Quitando su mirada de la amenazadora de Loco A, carbón profundo, se giró hacia ella y dijo:

—Déjanos.

Ella agarró su brazo más apretado.

—No entiendo —dijo—. ¿Qué debería hacer? —Frankie miró alrededor del salón de baile con amplios ojos. Su pecho se apretó. Por un momento podía

saborear esa divina prisa que obtuvo de ella. Sí cedía un poco... sus ojos chocaron con los de Loco A.

Anteros se encogió lo hombros.

—Ve a pararte en la esquina y espera.

—Y estaba preocupada que esta noche no sería divertida —dijo mientras se alejaba.

—¿Dónde están los otros? —preguntó Anteros a Loco A, revisando el salón de baile. Pudo ver a Frankie que se había posicionado en la pared más alejada, al lado de la cocina, con los brazos cruzados. Estrechó los ojos cuando un hombre se acercó a ella, pero Frankie lo despidió rápidamente.

Loco A tomó un lento trago del líquido ámbar.

—Estas en problemas.

—No tengo idea de lo que estás hablando —dijo Anteros severamente.

—Lo sé mejor que nadie. —Loco A no hablada con delicadeza y marchita simpatía. Era amarga y rota, implicando un pasado que nunca reconocerían—. Y lo sabes. —Anteros enfrentó a Loco A, cuya mirada era como el sol ardiente. Lo suyo era un pasado del que nunca se hablaba; ni siquiera los otros Lobos sabían lo que pasó entre ellos. La tensión entre ellos se sentía como si estuviera a punto de llegar a ebullición cuando alguien le golpeó la espalda.

Anteros se giró, fingiendo una tersa sonrisa cuando notó de quien era dueño del brazo que tan descuidadamente lo golpeó la espalda: el gobernador Dubois. Si fuera cualquier otra persona, el brazo habría sido dislocado. Él asintió hacia Emilio De Luca de pie al lado del gobernador.

—Esta noche es la noche —dijo el gobernador Dubois, con la mano todavía agarrando firmemente a Anteros en el hombro. Anteros se frotó la nariz cuando el potente olor de alcohol llegó a sus fosas nasales. El gobernador Dubois se inclinó hacia adelante, tropezado ligeramente.

—¡Este es Vic! —Dubois lanzó una mano descuidadamente sobre el hombro del hombre llamado Vic—. Él está con *The Times*. Exponiendo a nuestro chico. —Anteros siguió la mano hacia Vic. Él no era como ningún periodista que Anteros hubiera conocido. Era casi tan alto como Anteros y se sostenía con el aplomo de un guerrero, con los ojos fríos de la muerte. Vic se encontró con su mirada fija, inquebrantable.

Anteros extendió la mano.

—Encantado de conocerlo. —Vic tomó su mano con tanta fuerza, manteniendo el contacto visual. Cuando se inclinó, su largo y liso cabello cayó sobre el hombro.

—Lo mismo digo —respondió Vic. Rompieron el apretón de manos al mismo tiempo. Echándose hacia atrás, Vic mantuvo los ojos fijos en los de Anteros hasta apartarla al mirar al gobernador Dubois.

»Gracias por presentarnos, gobernador —dijo Vic—. Lo reencontraré en un momento.

—¿No estás aquí para exponer a Emilio? —preguntó Anteros, frío escepticismo en su lengua.

—Lo estoy —respondió Vic uniformemente—. Ya he hablado con Emilio por fin. Ahora voy a ponerme cómodo.

Anteros estrecho los ojos justo cuando Emilio se quejó:

—Me hizo tantas preguntas. —Anteros cambio su mirada—. Quiero decir —dijo Emilio ajustándose el traje—. Espero con interés el honor. —Sonrió, la sonrisa se quebró levemente.

—Fue un placer conocerle... —Vic se detuvo, señalando a Anteros para darle su nombre.

—Señor Drago, pero los amigos me llaman Bestia.

Vic elevó una ceja.

—Interesante sobrenombre.

Anteros se encogió de hombros.

—Una historia sin interés, me temo. —Vic sonrió irónicamente y desapareció entre la multitud. Anteros lo vio marcharse, el traje demasiado apretado en su musculoso cuerpo. Había algo en él, algo que no podía ubicar. Conocía a periodistas, había sobornado a muchos. Ninguno de ellos se había visto así.

—Está planeado en treinta minutos a partir de ahora —dijo Dubois, interrumpiendo los pensamientos de Anteros—. Ese chico calvo tuy... ¿Cuál es su nombre? ¿Reese? —Anteros asintió, redireccionando su atención a Dubois—. Ha

estado engañando a la prensa... —Dubois hizo una pausa, inclinándose—. No debería tener ese *Grand Marnier* siete años.

Anteros respiró profundamente. Si había algo más que despreciaba, era alguien que no podía contener el licor.

Dubois se levantó y tragó saliva.

—Él ha estado atrayendo a la prensa con engaños y todo está en el escenario. Tengo a todas las mujeres listas y... mierda. —Dubois se detuvo, pareciendo golpeado—. Emily.

—¿Te refieres a Ellie? —ofreció Emilio, tratando de ayudarlo.

—No, no, *Emily* —dijo Dubois. Anteros miró a través de la multitud, cansado de Dubois. Emily era la amante de Dubois en muchas formas. Anteros miró sobre las cabezas de la multitud, la mayoría de las cuales eran más pequeñas que la suya. Frankie había desaparecido de su lugar en la pared. Frunciendo el ceño, miró a lo largo de la pared, pero bloqueó la mirada con Chico Bonito en su lugar.

Chico Bonito estaba hablando con el concejal Hanghman y cuando vio que Anteros lo estaba mirando, hizo un gesto de horcado. Anteros sonrió ante el movimiento. Cuando Hanghman miró hacia atrás, Chico Bonito rápidamente regresó su cabeza a la atención, adoptando una expresión severa y fingiendo estar inmerso en la conversación.

—No puedo recordar cuál chica señalé cuando él preguntó a quién poner en el escenario —dijo Dubois—. ¿Crees que ese tipo calvo tuyo sabe con quién estoy casado?

Anteros lo miro directamente a los ojos.

—Probablemente no. —Rhys sabía con quién estaba casado Dubois. Sabía todo sobre Dubois, ambos lo sabían, pero Dubois había dejado de pisarle los nervios; él prácticamente bailaba tal para ellos.

Los ojos de Dubois se ampliaron. Un camarero se acercó con bebidas, y Dubois agarró una y luego salió corriendo, presumiblemente para hacer frente al fuego que había comenzado.

—Deberías seguirlo —dijo Anteros—. Ambos necesitan estar en tantas fotos como sea posible. No hagas que Rhys pague por compras innecesarias de fotos y sobornos.

Emilio asintió. Cuando se marchaba, se detuvo y preguntó:

M.D

Mary  
Catherine  
Gebhard

—Estarás allí, ¿verdad?

—Me reuniré contigo antes del anuncio.

—Pero estarás en el escenario, ¿verdad? —preguntó Emilio, implorando con los ojos. Anteros estuvo a punto de decir no, pero luego se detuvo. Tenía planeado quedarse en las sombras, pero ahora podía salir. Ese era el punto.

—Sí.

Emilio exhaló.

—Esta bien. Bien. —Después de que Emilio se fue, Anteros cortó a la multitud, yendo al punto donde vio por última vez a Frankie. No había señal de ella. Miró a la multitud majestuosamente vestidas. Se encontró con un mar negro, oro, blanco, rojo y verde, pero ninguna de ellas era Frankie.

Apretó el puño, apretó la mandíbula.

¿Dónde demonios estaba ella?

Hate Story I  
**Beast**  
The Beginning

# Capítulo 19

Presionada contra una pared y metida en la despensa de la cocina... una maldita despensa. Me había estado ocupándome de mis propios asuntos, ser una esclava agradable y observar un mar de personas elegantemente vestidas divertirse—o al menos *aparentar* divertirse—cuando un hombre me agarro y me metió a la despensa tan rápido como pude pensar.

Largo, sedoso cabello negro enmarcando una mandíbula aún más afilada que el cristal cortado. Delgados, inquisitivos ojos que eran más negro que la noche. Él definitivamente era aterrador, pero también hermoso. Me recordaba a la Bestia de algún modo; había algo oscuro sobre él. Tal vez si fuera hace un mes, estaría asustada. En su lugar, lo miré con curiosidad.

—¿Qué tipo de dolor me traería?

—No tenemos mucho tiempo —susurró él—. Tu abuela me envió.

—No tengo abuela —respondí instantáneamente, callándome, antes que los engranajes en mi cerebro comenzaran a funcionar por sí mismos. ¿Este hombre pensaba que yo era una princesa? ¿Era uno de los fanáticos de los que Gabby y Nikolai hablaron? Para ellos tenía toda una familia real. De repente sentí como que estaba caminando sobre piedras flojas, insegura de que paso quería dar.

Él se rio con dureza.

—Bueno, ella no está de acuerdo con ese punto. No me importa, pero le debía una deuda. —Dio un paso atrás, alejándose de la pared y dándome espacio para respirar. Tomé dicho espacio con avidez, deslizándome debajo de él y entrando a la mitad de la habitación. Era obvio como estaba mirándome, como una araña mira a una mosca, pero no se movió para agarrarme.

Después de un momento, cuando estaba claro que no iba a ser sujetada de nuevo, pregunté:

—¿Qué deuda?

—No importa —dijo rápidamente. Mirando a su reloj dijo—: tenemos dos minutos antes que ese chico—*Bestia*—note tu ausencia. —Este hombre ofreció

ninguna información. No se paseó las manos por el cabello, no caminó de lado al otro, solo se quedó allí.

El ejército de Terracota era una de las muchas imágenes que pegué en mis paredes. Ellos me fascinaban. Había tantos soldados de piedra para un entierro. Sin embargo, nunca pensé que llegaría a verlos, no más allá de esa imagen.

Ahora me quedé mirando a este hombre, preguntándome si él era mi propio soldado de Terracota. ¿Él representaba mi libertad, o iba a vigilar mi entierro?

—¿Por qué estás aquí?

Sonrió, una brillante cegadora sonrisa acentuada con hoyuelos.

—Estoy aquí para rescatarte princesa. —Entonces solo así desapareció. Puf. De regreso de dónde él había venido.

Solo bromeaba.

Él dejó la alacena y, por orden suya, esperé unos momentos para escalaronar nuestras salidas. Cuando regresé afuera, lo busqué, preguntándome qué mierda hacer. Parecía ser de la prensa. Él caminó directamente al hombre que había visto en la fiesta, el de cabello castaño y ojos azules, y comenzaron a charlar, incluso hizo que el hombre sonriera. Parecía escribir lo que el hombre decía sobre un bloc de papel.

Sintiéndome incluso más confundida, caminé hacia las bebidas, dándome cuenta que si no podía decidir mi futuro, al menos podía emborracharme un poco. El barman me miró, esperando que le diera una orden. No estaba segura de que ordenar porque no estaba segura de que tipo de bebida me gustaba. Solo había leído sobre bebidas nunca las experimenté. Como podía decir: *¿Qué mata las mayoría de las células cerebrales y deja a mi mente en un montón de incomprensibles escombros?* Sin sonar como... bueno, ya sabes.

—Champán. —Sonréí, la extensión de mis labios se sentía mal contra mi piel. El barman me entregó una copa flauta y me volví así no tenía que sonreí de nuevo. Caminando hacia el centro de la multitud, me preguntaba si Bestia había notado mi ausencia. No podía verlo por ningún lado. Se suponía que debía sentarme contra la pared, así que estaba segura de que iba a castigarme.

Un pequeño escalofrío subió por mi columna. Más temprano probé mi propia forma de castigo contra él. Primero fui fría con él en la biblioteca, luego investigando acerca de *Papa*. Quería ver si todavía me mentiría, necesitaba saberlo. Sabía que no debería haber dicho nada sobre *Papa*. Ni siquiera que me *gustaba* la navidad. Estaba tan vilmente desgarrada y enojada con él por mentirme. Por

supuesto no debería haber esperado honestidad de él, pero pensé que habíamos llegado a un acuerdo en la azotea. Pensé que había un entendimiento.

Tomé un trago de champán.

Aún era tan, tan ingenua. Eso no éramos *nosotros*. No puedes entender cuando una persona tiene todas las cartas.

La peor parte era que sabía que no podía mantener la frialdad. Anteros era el fuego de mi alma. Incluso esta mañana, cuando debería haber sido peso muerto en la cama, de alguna manera había logrado la necromancia. Sus moretones ardían como caricias de una amante y mi alma era engañada tan a menudo. Tenía que recordarme como si fuera un mantra: Bestia no era mi amante. Era mi enemigo. Esta no era una historia de amor, esta era una historia de odio.

Él probablemente estaba viendo las cámaras.

Lo que me hizo preguntarme si me vio entrar a la despensa. Meneando la cabeza, levante el champán. Esa no era una idea que quería discutir. No era como si fuera mi culpa. No era como si busque al hombre. Me llevé la bebida a los labios de nuevo, solo para tenerla inmediatamente lejos cuando alguien chocó conmigo. El champán chapoteó de la parte superior y al piso y el susurro apresurado de Gabby llenó mi oreja.

—¿Qué dijo Vic?

—¿Quién? —Observé el oro líquido que no iba a entrar en mi estómago, viendo como las personas lo pisoteaban, poniéndolo en sus zapatos y en los dobladillos de sus vestidos. Fue rápidamente limpiado. Incluso el vestido de Gabby consiguió un profundo color rojizo púrpura que brillaba como el satén.

—Ese hombre. —El brazo vestido de satén de Gabby me arrastró más cerca de la mitad del piso—. Dona Lucia lo envió.

—¿Quién? —Estaba *lleno*, hombro con hombro, ¿Cómo las personas bailaban de esta manera?

—Lucia Pavoni —dijo Gabby, exasperación filtrándose de sus poros—. La hermana de Lucio Pavoni. —Mi cerebro se esforzó, recordando los nombres en las historias que había leído en el diario. Allí había dos Lucios Pavoni, un júnior y un senior. Lucio Pavoni era el dueño de este museo-mansión, de acuerdo con Bestia. También tenía que ser el que estaba en la foto ya que Sofía dijo que el senior murió. Recuerdo que Sofía dijo que el Lucio más viejo murió, el más joven estaba planeando algo, algo que la hacía preocuparse por el destino de todos ellos. Eso era

más o menos, sin embrago. Sofía exactamente no era una historiadora. Tal vez lo que el joven Lucio estaba planeando era comprar el *Louvre*.

Entonces Lucía era su hermana. ¿Pero por qué?

—¿Por qué? —indagué—. ¿Por qué lo enviaría?

—Porque eres la princesa —dijo Gabby—. Además, alguien debió haberle enviado una carta acerca de ti... —Apartó la mirada.

Agarre su brazo hasta que mi carne se puso blanca.

—¿Estás loca? ¿No ves lo que está pasando? Nikolai está *usándote*. —Su frente se frunció y dio un paso atrás.

—No lo está.

—¿Quién nos reunió antes que mataras a tu esposo? ¿Quién te dijo que yo era la princesa? ¿Quién te dijo que enviaras la carta? Él está usándote para algo, Gabby. ¡Usádonos!

Hizo una pausa un momento luego dijo:

—¿Ese es el maldito problema? —Abrí los ojos. Gabby nunca maldecía—. ¿Cuál es el problema si salimos? —No tenía una respuesta para ella. Para Gabby salir era todo, para mí solía serlo y ahora era... era un dolor en mi pecho.

—Lucía esta de nuestro lado —dijo Gabby simplemente—. Quiere ayudarnos. Debía saber sobre las fotos. Nikolai dice que ella *tiene* que saber quién es tu madre. —Hice una pausa ante sus palabras. ¿Mi madre? ¿Era posible que la mujer allá fuera estuviera *viva*?

Entonces me congelé.

Yo ya tenía una madre.

—Esto está pasando demasiado rápido. —Me giré—. Incluso si contemplo la idea que soy alguna princesa, no puede solo... solo... —Alguien nos golpeó, acercándose. Unos cuantos mechones dorados del peinado expertamente peinado de Gabby cayeron de su rostro—. ¡Solo comunicándote con el líder de la mafia sin decírmelo!

Su sonrisa cayó.

—Sin ti, todo esto se derrumba.

—Yo... —Con un grito, mis palabras cayeron. Alguien me alcanzó desde atrás, enredando sus manos alrededor de mi cintura y apartándome de Gabby

\*\*\*

—Aquí estas. —Su respiración era caliente contra mi cabello. Aunque su voz baja, cruelmente suave y seductora era inconfundible, la sensación de él al máximo. Reconocí la forma en que sus dedos se extendían contra mi estómago y cómo sus músculos eran como paquetes de piedras contra mi espalda. Mi cuerpo tarareaba por Bestia.

—He estado disfrutando de la fiesta, como has pedido. —*Respondí un poco demasiado rápido?*

—Solo me quedan unos minutos. —Tomándose del brazo, me hizo girar, con una sonrisa en su rostro. Con su mano ahora en mi espalda baja, me miró a los ojos. La pista de baile una vez llena de personas se abrió para nosotros. Solo éramos él y yo, girando y bailando.

Y joder.

Él era un bailarín increíble. Sin embargo, sabía que ya había visto un poco de eso, vi un destello de ello la noche... la noche que Arlo trató de violarme. La forma en que me bajaba era exquisita. La forma que me dirigía en un baile era como dirigía su vida, con fuerza y seguridad. Estaba sin aliento cuando lanzó afuera, mi cabello azotando rápido y furioso.

Éramos una imagen de gracia y equilibrio. Esa noche él vestía un elegante esmoquin, el epítome de clase y sensualidad. En este salón de baile lleno con extraños, llegué a ver su virilidad eléctrica en su hábitat natural. Las mujeres lo miraban descaradamente, incluso ahora mientras bailábamos.

Me giró de iba y vuelta, y fue hermoso.

Pero había una oscura, sucia parte de mí que estaba decepcionada. Pensé que él iba a hacerme algo completamente diferente que bailar, algo porque dejé la pared.

—¿Dónde estabas, Frankie? —susurró contra mi oído cuando me trajo de regreso de un giro. Mis ojos cayeron a su erección contra mi espalda—. Tendría que recordarte lo que significa desobedecerme, pero más tarde. No tengo tiempo para castigarte adecuadamente ahora. —Trague saliva, y me giró hacia afuera de nuevo antes que poder pensar en el cálido hormigueo que se extendía en mis muslos.

El giro fue tan rápido, realmente solo estuve lejos de él por unos segundos, pero fue como si todo se ralentizara. Mechones de mi cabello se apartaron de mi rostro, bailando contra las corrientes de aire. Mi mano se apartó de mí, extendiéndose en el aire. Vi todo. Por un momento, me sentí como Alicia cayendo al País de las Maravillas.

Luego me congelé. Nos congelamos—él con sus dedos sobre los míos, yo inclinaba para completar el giro. Mi dedo se movió y sabía que debíamos descongelarnos pronto. Iba a regresar a la realidad, y me preguntaba cómo había llegado a este desastre.

Podría ser una princesa.

La Bestia controlaba partes de mí que no me atrevía a reconocer.

Si me mantenía cayendo por el agujero, pronto sería demasiado tarde. Sería irrevocable.

¿Pero si solo no volviera a él?

Luego todo me golpeó. Giré de regreso a sus brazos, a su pecho, y me sostuvo, sin aliento. Nuestros ojos se encontraron. Su mirada azul verde clavada en la mía. En ellos vi la locura, la carnalidad que desmentía su elegante exterior. En ellos vi la oscuridad que sabía que él albergaba.

También, una oscuridad que estaba descubriendo que encajaba con partes mías.

Mis labios se apartaron, alguna suplica en mi aliento que incluso no conocía. Me sostuvo apretada y por un momento el mundo desapareció.

—Desearía significar más para ti —susurré la verdad que me estaba rompiendo en dos por casi un mes. *Desearía significar lo que tú significas para mí*, es lo que no podía decir en voz alta, lo que no creía poder decir *nunca* en voz alta.

Nuestro baile se aquietó. Sus ojos suavizados aun intensificados bajo su ceño fruncido, y lo sentí en todo el camino hasta a mi centro. Con mis labios entreabiertos, lo miré a los ojos, vi la fiebre en ellos que pensé que coincidía con la fiebre en mí, y pensé que tal vez iba a darme algún tipo de verdad para aferrarme.

Pero me dejó caer.

DE NUEVO.

Esta vez estaba preparada y no caí en mi maldito culo. La Bestia se alejó de mí sin una palabra. Con una mano en mi nariz, me pellizqué el puente. Solía hacer eso cuando llegaba a casa y descubría que *Papa* había ido a mi “habitación” y gastó el poco dinero que tenía en... bueno, la Bestia.

Ahora me pellizcaba la nariz, viendo como Bestia subía al pequeño escenario en el salón de baile. No había nadie en el escenario además de Bestia, y nadie más que yo estaba prestando atención. La música estaba tocando, las bebidas estaban fluyendo. Pasé por las diversas y siniestras razones por las cuales Bestia estaría en el escenario, y luego simplemente me detuve.

Dejé de preocuparme.

Caminé hacia la barra, ansiosa por agregar un poco de licor para mi nueva percepción de la vida, cuando fui interrumpida.

—¿Valeria? —Jadeó una mujer.

\*\*\*

—¡Valeria! —La mujer dijo otra vez, esta vez su palabra fue una exclamación, no una pregunta. Me detuve, parecía muy emocionada. Su cabello gris estaba recogido, sin un cabello fuera de lugar. Sus arrugas aumentadas, rejuvenecidas y retraídas. Era hermosa, con un poco demasiado de cirugía plástica para mi gusto.

—Disculpe. —Me reí nerviosamente—. Creo que tiene a la persona equivocada.

—Oh, por supuesto querida. Quise decir que *simplemente* te pareces a Valeria. Pero no puede ser. —Hizo una pausa, mirándome como si pudiera ver algo detrás de mis ojos. Me moví nerviosamente—. Hubo rumores, pero *siempre* hay rumores. —Me sostuvo del brazo con fuerza—. ¿Cuál es tu nombre querida?

—Yo... —Me reí nerviosamente de nuevo—. Tengo que irme. —Traté de moverme, pero no me soltó. Las campanas de alarma estaban sonando en mi cabeza. Este *no* era el tipo de conversación que tendría con Bestia en las proximidades.

Luego ella dijo:

—¿Eres la esclava? —Entré en pánico. Mis ojos se agrandaron. Miré a la izquierda y derecha. Nikolai y Gabby hablaron de fanáticos dentro de la mafia, y estaba segura de que estaba mirando a los ojos color avellana de uno.

»Eres la esclava. —Sus ojos se abrieron y disminuyó su agarre, retrocediendo como para examinarme—. Dios mío, los rumores son ciertos.

—Mire. —Baje mi voz, tratando de sonar amenazadora—. Necesita dejarme ir. Ahora. Mismo. —Su mano inmediatamente dejó mi brazo y la pasé, poniendo tanta distancia entre nosotras como podía. Cuando estaba muy lejos, me agaché. Mi pecho se sentía apretado, mis brazos agitados. Era como si no pudiera respirar.

Oh, Dios, ella me *conoce*.

Me llamó Valeria... como esa chica en el diario.

Oh, Dios.

Puse mi brazo contra la pared, buscando apoyo. La mujer no estaba a la vista. Las personas cerraron los huecos que había hecho con telas negras, blanco, doradas y rojo. Sonrieron, brindaron, e inclinaron la cabeza hacia atrás y rieron. Tantos sonidos se mezclaron en el fuerte rugido en mi oído.

Miré alrededor, sintiéndome de repente como si estuviera sola en un mar de personas, pero ahogándome en ellas. Coloqué mi mano en mi pecho.

Nunca había tenido un ataque que pánico antes.

¿Este era uno?

¿O estaba muriendo?

—Vic está en la despensa —susurro Gabby en mi oído.

Salté, aparte el brazo de la pared, y grité:

—Bueno espero que encuentre algo sabroso allí. —Me alejé, empujando furiosamente a las personas como si estuviera en un concierto. Usé mis codos y escuché gritos de indignación mientras avanzaba penosamente.

—¡Frankie! —susurró Gabby a mi espalda mientras codeaba a través de otro grupo—. Algo está sucediendo esta noche. No sé qué, pero Emilio está aquí y *nunca* está en los eventos, y la prensa está hablando con él y...

—¡No me importa! —Me giré—. No sé quién es Emilio y no me importa porque ya no me importa nada de eso.

Gabby frunció el ceño.

—Emilio es mi hermano y *debería* importarte porque él... —Señalo al hombre que vi en la fiesta de nochebuena, el mismo con el que Vic estuvo hablando antes—, es peso muerto. La única razón por la que Bestia lo querría es como algún tipo de mascota. —Por un momento me volví. No tenía idea de que Gabby tenía un hermano. Ella y Emilio no se parecían en *nada*. Donde Gabby tenía cabello rubio, ojos marrones, y pecas, Emilio tenía cabello marrón y ojos azul cristal.

—Tenía más hermanos? ¿Para qué quería Bestia a Emilio? Negué con la cabeza. *No. Estoy saliendo de este mundo.*

Baje mi voz, inclinándome más cerca de ella.

—No quiero ¿está bien? No quiero nada de esto. Voy a salir de aquí.

—Qu... —Gabby meneó su cabeza como si cambiara de táctica—. Eres la *única* esperanza que tenemos —imploró Gabby. Me detuve, miré atrás. Ella había extendido la palabra “única” y ahora estaba mirando hacia el techo. Seguí su mirada, preguntándome si vería lo que ella veía. Todo lo que vi fue el techo. Gabby abrió la boca para decir algo más, pero en cambio cruzó los brazos, arrugando el satén de su vestido. Me miró en silencio, y tuve la impresión de que me estaba reevaluando. Gabby era hermosa. Había algo en ella. No era una belleza “tradicional”. Sus caderas eran un poco demasiado anchas, sus pechos pequeños, su cintura tal vez demasiado pequeña, pero la mirabas, te impactaba. Te hacia dar una doble toma.

El vestido que usaba gritaba elegancia con sus mangas largas, profunda V, hendidura en el costado y un discreto cinturón. Mientras nos mirábamos una a la otra, traté de mencionar cualquier hecho concreto que tuviera de sobre Gabby, ningún *sentimiento*. ¿Qué sabía sobre ella? ¿Sus cosas favoritas?

Sabía que fue abusada. Que era hija de Sofía. Y *ahora* que tenía un hermano. Que estaba enamorada de un nombre de nombre Levi, y que amarlo la estaba desgarrando. Sabía que asesinó a su marido.

Sabía que era peligrosamente ingenua y ferozmente leal... una lealtad que actualmente estaba dirigida hacia mí.

Entonces, ¿qué vio en mí? ¿Qué vieron *algunos* de ellos en mí... además de un puto rumor?

El dolor en mi pecho se hizo más fuerte.

—No puedo respirar —dije... bueno, más como respirando con dificultad—. Las personas están llamándome Valeria y los guapos hombres asiáticos están prometiéndome sus reinos. ¡Esta no es mi vida! ¡Solo soy alguna chica de Jersey!

—¿Quién te llamó Valeria? —Gabby miró alrededor, emocionada.

—Deja de estar tan emocionada —ladré, a través de mis manos—. Esto no es emocionante, es aterrador.

—Ven. —Gabby suavemente tomó mi brazo, me sacó del centro del salón de baile a un lado. Esperó hasta que recuperé algo de control de mi respiración y dijó—: Nunca fuiste solo alguna chica de Jersey. *Siempre* fuiste una princesa. —Hablabía como si fuera absurdo para mí tratar de cuestionarlo.

—Tú eres princesa —dije—. Serías buena en ello.

Se apoyó contra la pared con una sonrisa irónica en su rostro.

—No puedes elegir en dónde naces.

Me burlé.

—Esto es América, Gabby, eso es exactamente lo que tienes que hacer.

Ella se rio.

—Eres una princesa, Frankie. Seguirás siendo una princesa si te escapas, solo serás una princesa sin reino. —Sus palabras me recorrieron el cuerpo haciéndome estremecer.

—Yo solo... no puedo... —Me alejé de la pared, corriendo a través de las personas hasta que estuve segura de que no podía verme.

\*\*\*

Yo no era una princesa.

No podía serlo.

Tropecé contra la pared, poniendo mi cabeza en mis manos.

*Nunca fuiste una chica de Jersey. Siempre fuiste una princesa.*

Me sostuve de la pared, tratando de sacar la voz de Gabby de mi cabeza. Esto no era mi vida. No quería esto. La música se detuvo y todos miraron hacia el escenario mientras los tenedores golpeaban contra los finos cristales, haciendo eco en la habitación como miles de campanillas de viento. Era hermoso, etéreo.

Lo odiaba.

No quería esto. Quería regresar a ser Frankie Notte, mirando imágenes en la pared y sin realmente verlas. El sonido del tintineo se hizo más alto, fuerte y urgente, como cigarras que invadieron el salón de baile. Entonces fue silencioso, tan mortalmente.

El gobernador Dubois se acercó al micrófono y comenzó a hablar. Dijo algunas cosas sobre la fiesta, aligeró el estado de ánimo, pero vi más allá de eso. Había algo más profundo, algo más oscuro. Apreté mi mandíbula ante la voz ronca en mi cabeza que sonaba demasiado parecido a Gabby.

Todos estaban demasiado ocupados mirando el escenario para notarme caer al suelo. Mis piernas eran demasiado pesadas, mi pecho demasiado apretado. Mi vestido rojo se agrupó alrededor de mis pies como rubí derretido. Miré el satén, la forma en que captó la luz me recordó a la sangre. Sería sangriento si continuaba jugando a la princesa. Cuando cambié mi vida, no había pensado en lo que significaría. Lo había hecho, porque eso es lo que haces por las personas que amas. Si ves que están a punto de morir, te sumerges frente a ese maldito tren. ¿Pero el mes pasado? Había sido como bucear frente al tren una y otra vez.

No podría soportar a Bestia. Saber que me veía como nada fue la peor tortura. Él dirigía partes de mí, las controlaba por completo, pero no quería tener nada que ver con ellas. Me había quitado cosas sin mi consentimiento. Si continuaba, él tomaría mi corazón. Lo sabía. Tenía que salir antes de que sucediera eso, pero jugar a la princesa prolongaría la tortura. Hubiera preferido la tortura tradicional, ya sabes, los brotes de bambú en las uñas, el submarino.

*Lo odio por lo que me ha hecho.*

*Lo odio.*

—¿Frankie? —Dirigí mis ojos a la voz, inmediatamente reconociéndolo. Era una reacción carnal, como si él sostuviera una cuerda que pudiera tirar y yo la agarraría—. ¿Qué pasa? —Miré de Bestia al escenario, recordando cómo me había dejado caer sobre mi trasero para caminar hasta allí, justo después de haberle dado otra pieza de mí. Suspiré con aspereza. Él tiró de mi mentón hacia él, mirándome a los ojos, tratando de ver más allá, tratando de atraer más de mí hacia él.

*No. No más.*

Sacudí mi barbilla, pero él me levantó y me envolvió con sus brazos.

¿Por qué se sentía tan bien? ¿Por qué no podría sentirse mal?

—Pensé que se suponía que estarías en el escenario —murmuré contra su pecho—. ¿No tienes deberes que atender?

—No —dijo simplemente. Sus dedos recorrieron mi cabello, acariciándome incluso con mimos. Cerré los ojos, apoyándome en su pecho, perdiéndome en su olor. Por un momento me dejé hundir en el sentimiento, en la mentira.

Pero luego abrí los ojos. Lo primero que vi fue a su amigo, el malvado que me había llamado un perro, Loco A. Su mirada era dura y me miró como si estuviera haciendo algo mal. Me miró de la manera que yo sabía que *debería* sentir, diciéndome todo lo que me mantenía negando a reconocer, que Bestia nunca me amaría.

Tragué saliva e intenté alejarme, rompiendo el hechizo entre nosotros. Los sonidos regresaron rápidamente. Sonidos de baja música, conversaciones silenciosas y la voz del gobernador Dubois en el escenario. Noté a todos a nuestro alrededor. Bestia solo me miraba.

—Estoy encantado de anunciar —dijo el gobernador Dubois en el micrófono—, el nombramiento temporal de Emilio De Luca para senado...

—¡Maldito hijo de puta! —Todos movieron sus cabezas hacia la nueva voz, incluso Bestia. Un hombre, desaliñado en apariencia, con una arrugada corbata roja que le colgaba del cuello y un traje manchado, entró corriendo en la habitación. En la parte superior de las escaleras, señaló hacia abajo.

Era el senador Hatch, pero no se parecía en nada al hombre al que crecí viendo. El senador Hatch había estado en el cargo mientras yo había estado viva. Con cabello salpicado, un rostro perfectamente bronceado y pocas arrugas, probablemente debido a una buena relación con un cirujano plástico, no era solo un ícono de Nueva York, era prominente en el mundo. Hatch fue uno de los senadores más veteranos y amigo de la élite de Hollywood.

Por eso fue una sorpresa, tan horrible cuando Gabby me contó la noticia.

Sin embargo, él no señalaba al gobernador Dubois. Él estaba señalando a Bestia.

—¡Hijo de puta! —continuó—. Mi vida está *arruinada*. Prometiste. ¡Dijiste que si retrocedía no lo harías! —La seguridad estaba entrando, pero el senador continuó corriendo por las escaleras, parecía enloquecido—. ¡Esos hombres son mentirosos! —gritó el senador Hatch—. ¡Hicieron un trato conmigo y me mintieron! —Trató de seguir hacia donde él estaba apuntando ahora, pero sus movimientos eran demasiado enloquecidos—. El gobernador Dubois está aliado con la mafia y este nuevo senador es solo una *mariquita*. ¡Todo este lugar está corrupto!

Los flashes de la cámara se apagaban tan rápido que todo el lugar estaba iluminado. La charla emocionada estalló a nuestro alrededor, y cuando la mano de Hatch finalmente se asentó, aterrizó en Bestia.

En *nosotros*, porque Bestia aún no me había dejado ir.

La seguridad entró corriendo a la habitación, agarrando a Hatch por los brazos. El senador siguió gritando mientras lo sacaban de la habitación, pero ya era demasiado tarde. Todo lo que Hatch había dicho había sido grabado por la prensa e impreso en las mentes de los asistentes a la fiesta. Mi mirada se movió hacia donde se encontraba Loco A, sintiendo como si me estuviera mirando. Gran O, Pequeño O y Chico Bonito se habían unido a él. Todas sus miradas estaban en mí, y me miraron como si hubiera causado esto.

Parecía que había habido algún tipo de trato entre Hatch y Bestia, y aparentemente ese trato se había ido al sur. Tenía sentido al menos... en la fea manera que estaba empezando a entender era la *verdadera* forma del mundo, no el mundo en el que había crecido creyendo que era el senador Hatch y su cara y bonitas palabras, sino el mundo de Bestia. Los cuatro me miraban como si yo hubiera arruinado todo. Aparté la vista, pero las palabras de Gabby se enraizaron dentro de mí.

*Seguirás siendo una princesa si te escapas, solo serás una princesa sin un reino.*

Sabía que algo acababa de pasar. Algo de lo que nunca podría escaparme.

Algo irrevocable.

# Capítulo 20

—El gobernador Dubois está ligado con la mafia y este nuevo senador es solo una marioneta. ¡Todo este lugar es corrupto! —Anteros apretó a Frankie, sus dedos se enroscaron alrededor de su antebrazo mientras los flashes se activaban. El senador Hatch finalmente fue arrastrado, pero el daño ya estaba hecho. Las miradas de sus Lobos eran calientes en su cuello, como fuego marcándolo, un abrasador recuerdo de su incompetencia.

Todo el trabajo que había hecho con Rhys en los últimos meses fue en vano. Podía sobornar a algunos periodistas, pero no a todos; siempre estaba el noble. Cuando Hatch fue arrastrado a la esquina, el agarre de Anteros sobre Frankie se tensó momentáneamente y luego se aflojó antes de apartarla y buscar a Rhys. Era tiempo para el control de daños.

—Espera —llamó ella, y se detuvo como si la cadencia de su voz lo dirigiera—. Los reporteros están viendo hacia mí. ¿Qué hago? ¿Qué digo? —Con un frustrado gruñido, se dio vuelta. Esto era solo otro recordatorio de su cagada. Nadie debería saber sobre ella. Era su maldita esclava. ¿En qué negocio la vistió y la llevó a eventos como este?

Agarrándola del brazo, la arrastró fuera de la pista de baile. Frankie tropezó detrás de él, luchando por seguir su ritmo. La casa de Lucio Pavoni era norme y las antesalas se alineaban en todo el salón de baile. Nadie entraba a las habitaciones, la mayoría estaba vacía desde el día que Lucio compró el lugar, que era exactamente el motivo por el cual se dirigía hacia ellas. Cuando llegó a una, envolvió con los dedos el picaporte y la abrió, empujando a Frankie hacia la habitación vacía. Mientras cerraba la puerta, su indignada voz lo detuvo una vez más.

—¿Vas a dejarme aquí? —le gritó—. ¿Por cuánto tiempo? —Hizo una pausa a la altura del picaporte de porcelana. La miró y sus ojos se encontraron. Su mirada de cristal estaba asustada, insegura y no quería nada más que apresurarse y tomarla en sus brazos. En cambio, cerró la puerta sin una respuesta. La pista de baile todavía estaba llena de prensa y excitada charla. La banda no estaba tocando ninguna música.

¿Cómo demonios había sucedido esto? ¿Cómo no lo había visto venir? Esto debería haber sido una gran noche. Anteros debería haber estado deleitándose. Después de años de planificación, meses de rigurosas líneas de tiempo, finalmente, había colocado a un hombre en el gobierno, pero ahora todo estaba jodido. Sus ojos

escanearon la habitación, buscando a Rhys, pero en su lugar atraparon la mirada de Loco A.

Loco A no pareció sorprendido por los eventos; parecía saberlo. Tomando un sorbo de su bebida, la mirada dura y clínica de Loco A nunca vaciló en Anteros. Arrugando su mirada, Anteros buscó el hombre que pretendía encontrar, finalmente, lo hizo unos segundos después. Rhys estaba parado al lado de los escalones, sudando y frotando un pañuelo sobre su cabeza calva. Anteros se empujó a través de la muchedumbre riéndose nerviosamente, apartándoles a codazos, ignorando los gritos.

—¿Cómo *diablos* sucedió esto? —exigió, agarrando a Rhys por el cuello.

—Yo, eh, lo intenté —balbuceó Rhys—. Intenté decírtelo. Te dije que él estaba molesto y que estaba preocupado por el control de daños.

—No lo has intentado lo suficiente —dijo Anteros, dejando ir a Rhys. Se tambaleó hacia atrás y frotó el pañuelo aún más rápido sobre su cabeza calva. Anteros lo miró fijamente, preguntándose qué le había pasado al hombre que le había apuntado con su arma en el callejón. Era como si hubiera agotado todas sus fuerzas en ese momento hace años.

—Todavía es senador —señaló Rhys débilmente.

—No tiene sentido si no es reelegido. —Anteros hablaba principalmente para sí mismo. Sabía que esto no era culpa de Rhys, era su culpa, y eso era lo que lo hacía tan horrible. Nunca antes había cometido un error tan catastrófico, nunca cometió un error. Sus ojos vagaron hacia la puerta que acababa de cerrar. Había estado planeando quedarse en el escenario con Emilio, pero su atención se había desviado, sus ojos vagando hacia la mujer con perfectos rizos marrones y llamativos ojos azules.

Frankie.

Había estado en el suelo, triste y desolada, y tenía que saber por qué. Eso terminó siendo otro error en lo que era una corriente interminable de ellos. Era como una presión dentro de él, el deseo, y solo era saciado cuando estaba cerca de ella. Sabía que Loco A y sus Lobos tenían razón. Nada de esto hubiera sucedido si Frankie no hubiera estado en su vida. Incluso después de todo, sin embargo, quería ir a ella. Quería abrir esa puerta.

Con un gruñido frustrado, se pasó los dedos por los rizos oscuros y eludió la mirada desde la puerta. Al otro lado del salón de baile, sus Lobos lo observaban. A diferencia de Loco A, sus expresiones eran una mezcla de todo lo que sentía por

dentro. Anteros se agarró a la barandilla y se apartó de ellos, de Rhys, de toda la maldita cosa, y luego subió las escaleras.

Lo había jodido.

Por primera vez en años, lo había jodido.

\*\*\*

El frenesí estaba apagado, los sonidos ensordecidos. En esta sala de la muerte, Anteros podía olvidar lo que acababa de suceder por un momento. El hombre en la cama respiraba con dificultad mientras intentaba pasar rocas por sus pulmones. Lentamente, Anteros caminó hacia la cama y se sentó al lado de Lucio. Estaba empeorando cada vez más, su color amarillento. Habían pasado solo unas pocas semanas desde la última visita de Anteros, y su condición había empeorado astronómicamente.

Cuando Lucio comenzó a mostrar síntomas, al principio fue lento. Un tropiezo aquí, un viaje allí. El arrastrar de palabras ocasionalmente. Luego en una reunión, se desmayó. Después de eso, la roca rodó colina abajo. Ni siquiera había transcurrido un año desde que su enfermedad había aflorado, una enfermedad que los doctores aún tenían que diagnosticar más allá de la demencia, pero obviamente lo iba a matar.

Anteros le tomó la mano y lo miró a la cara. No se sorprendería si Lucio estuviera muerto para el final de la semana. Este era el hombre que lo tomó en Venecia, que le dio una nueva vida. Lucio no era amable y muchas veces le recordaba el hecho de que él no era un Pavoni, pero había cosas mucho peores que las de un extraño.

—Apuesto a que te sientes bien contigo mismo. —Anteros alzó la cabeza para ver a Dario reír detrás de él. Apartando su mano de la de Lucio, Anteros se volvió hacia el concejal, manteniendo su cara en blanco. De pie como una sombra en la entrada, Cuck miró a Anteros con una mirada de pura satisfacción y una bebida en la mano.

—¿Hay algo en tu mente, Cuck? —preguntó Anteros. Dario frunció el ceño ante el poco amigable apodo y caminó más allá adentro de la habitación.

—Me preguntaba qué estarías haciendo con Emilio todos estos meses. Ahora lo sé —dijo Dario—. Absolutamente nada. —Dario se rio de nuevo, su cuerpo rodando con el movimiento. Anteros entrecerró los ojos por un momento y luego respondió riendo también. Su risa era alegre y fría, amenazante en su estruendo.

Dario podía reír todo lo que quisiera; en menos de una semana, estaría muerto.

Anteros se puso de pie y se acercó, dando palmaditas en el hombro al concejal. Mantuvo su mano sobre el hombro de Dario un poco más de lo necesario para que Dario tuviera que deslizarse debajo de él. Con disgusto, Dario se abrió paso a trompicones desde el masivo agarre de Anteros. Luego, Dario se dirigió a la cama, dejó su bebida y se sentó al lado de Lucio, poniendo la mano húmeda entre las suyas.

—Nunca sabré lo que pensó este hombre trayéndote a la Familia —dijo Dario, mirando a Lucio a la cara. *Tengo la misma pregunta sobre ti*, pensó Anteros, pero se encogió de hombros y salió de la habitación. No tuvo nada de combate con Dario. Cuck era un hombre viejo y amargado sin nada que ofrecerle al mundo.

Cuando entró al salón de baile, la prensa había sido eliminada y la banda había vuelto a tocar. Todo el mundo estaba bailando, bebiendo y mezclándose como si no hubiera estado un senador ridiculizado en la sala. Solo las miradas escandalizadas en los rostros de los invitados revelaban algo.

Anteros vio a sus Lobos cerca de una pila de exhibiciones falsas en una de las muchas mesas de cóctel apoyadas cerca de las paredes. Loco A se había unido al grupo y vio a Anteros acercarse con ojos pequeños y curiosos. Cuando Anteros se acercó sigilosamente a la mesa, todos esperaron a que dijera algo... cualquier cosa.

Pasaron unos minutos, apareció una camarera y Anteros pidió un trago. Todavía nada se había dicho. Cuando llegó su bebida, Anteros tomó un sorbo, la quemadura cubrió su garganta. Terminó su bebida y dejó el vaso vacío sobre la mesa. Mientras sus Lobos lo miraban con ansias, aunque preocupadas miradas, la mirada de Loco A era algo completamente diferente. Era presumida. Amarga.

Después de lo que parecieron otros diez minutos, Gran O preguntó:

—¿Dónde está la esclava?

Anteros se encogió de hombros.

—La tiré en una de las antesalas. No puedo recordar cuál. —Eso era una mentira. Anteros recordaba la habitación exacta y deseaba saber exactamente lo que Frankie estaba haciendo. ¿Estaba sentada en un sofá? ¿Mirando a la puerta? ¿Se había quitado los pequeños tacones negros que la hacían tropezar?

En la mentira, sus Lobos soltaron un suspiro colectivo, todos excepto Loco A. Mientras los demás comenzaron a reír y hablar, la mirada del Loco A nunca vaciló.

—Esta noche fue una orgía —dijo Pequeño O—. No he tenido una de esas en mucho tiempo.

—Nunca —enmendó Gran O.

—No es verdad. ¿Recuerdas julio de 2000? —preguntó Chico Bonito. Gran O se rio ante el recuerdo, lo que hizo que Pequeño O empezara a reírse mientras lo recordaba. Los tres sacaron de su memoria, hablando del épico fracaso que fue julio, el trabajo que había llevado a Bestia siendo puesto a cargo de todas las entregas al Instituto.

Anteros inclinó la cabeza, el fantasma de una sonrisa apareció en su rostro. Gran O casi perdió su cuenta con El Instituto, pero aquí estaban. Pensó en Frankie en la habitación. Tal vez las cosas no estaban tan mal... Entonces la insensible voz de Loco A hizo que su cabeza volviera a asomarse.

—Eso no fue nada comparado con esto —dijo Loco A—. Pero nunca hemos tenido un trabajo yendo al sur con Anteros a cargo. —Sus miradas se encontraron y Anteros apretó los puños a su lado. Había usado su nombre de nuevo, esta vez enfrente de los Lobos.

—Uh, sí... —Chico Bonito tomó un trago de su bebida—. Primera vez para todo.

—Y la última —dijo Loco A.

—Sí —respondió Anteros. Se inclinó hacia adelante. No debería dejar que Loco A lo alcance, pero maldita sea que estaba desquiciado—. Podría haber una última vez para muchas cosas.

—De repente necesito una recarga —dijo Pequeño O.

—Pero tenemos bebidas aquí —dijo Gran O, sin entender la indirecta. Chico Bonito lo agarró del brazo y lo jaló de la mesa. Anteros no los vio marcharse, miraba fijamente a Loco A.

—Noté que la esclava estaba hablando con una de las mujeres más viejas de De Luca —dijo Loco A inocentemente cuando se habían ido.

—¿Y? —preguntó Anteros. Loco A se encogió de hombros, pero fue despectivo e insolente. Su silencio lo dijo todo—. Solo déjalo ir. Deja que se vaya hombre. Esto no es como fue contigo —continuó Anteros, la frustración se derramaba como una olla dejada en la estufa demasiado tiempo. Loco A se inclinó hacia adelante, encontrándose con Anteros en el medio. Anteros apretó el puño con más fuerza, mirando fijamente a los fríos e implacables ojos de Loco A.

—Lo dejaré pasar cuando la sangre se drene de su cuerpo —respondió Loco A, su tono impasible ahora helado. Anteros miró a Loco A a los ojos. Pensó que

habían superado el pasado, o al menos lo habían dejado atrás, pero su tono amargo lo traicionó. Esto era mucho más que deshacerse de una amenaza. Él quería vengarse. Pasó un segundo más y luego Anteros golpeó su bebida en la barra y se giró.

Mientras se alejaba de la mesa, la risa de Loco A flotaba sobre su hombro.

\*\*\*

Cuando Anteros regresó por Frankie, la fiesta estaba menguando y solo quedaban borrachos y camareros. Emilio se había ido cuando Dubois se marchó, horas antes, pero todo estaba arruinado. Loco A había desaparecido después del enfrentamiento en la mesa y Anteros se quedó para ver a sus Lobos escoger su presa para la noche. Incluso hizo tomó algunos tragos con ellos, así que cuando llegó a Frankie estaba un poco achispado.

Frankie estaba acostada en un sofá. La habitación estaba oscura, pero la luz que entraba por las cortinas corridas convertía la oscuridad en azul marino. Todos los colores fueron silenciados, su vestido rojo tenue y apagado. La moldura de oro parecía bronceada, como si la ausencia de luz lo hubiera capeado y deteriorado. Puntos de la luz de la ciudad de Nueva York se colaban justo debajo del borde de la cortina, como rebelde alegría.

—¿Frankie? —preguntó Anteros, preguntándose si estaría dormida.

—Estoy cansada —respondió, inmóvil. Anteros avanzó hacia ella. Eran casi las tres de la madrugada y la fiesta fuera de la habitación apenas había terminado. Frankie se veía tan pequeña y frágil en el sofá que su mente regresó a cuando le dio de comer. Más específicamente, pensó en lo que ella había compartido con él. En ese instante, su mente hojeó todas las veces que parecía cansada, frágil y pálida. Un pensamiento breve y horrible lo invadió.

Al instante lo apagó.

—Es tarde... —murmuró, arrastrando una mano a lo largo de su espalda. Ella se sentó ante eso, su rostro atrapando la luz de la luna. Se veía hermosa, etérea. Se sentó junto a ella en el sofá victoriano de satén, tocando un mechón de su cabello rizado. Ella se alejó de él, el rizo cayendo de su agarre.

—Por favor... —susurró ella—. Por favor, no esta noche. —Sus hombros se encorvaron, su respiración era inestable mientras mantenía su barbilla hacia abajo, interesada en un lugar en el piso. Su palma cayó sobre su hombro, agarrando el satén rojo de su vestido y luego deslizándose hasta que cayó sobre la piel expuesta de su clavícula.

Ella se estremeció.

Su mano se extendió, extendiéndose sobre su cuello.

Aún así ella no se volvió. Su mano agarró su cuello, obligándola a girar y luego sus ojos se encontraron con los de él. Su mirada cristalina lo quemaba como la congelación, caliente, fría, desigual, enojada, pero lujuriosa.

—Me *dejaste*.

—¿Recuerdas lo que te dije mientras estábamos bailando? —Su mirada se transformó, anticipación y algo más, algo primitivo que llenaba los orbes azules. Asintió lentamente—. ¿Qué te dije, Frankie? —Anteros bajó su mano en su vestido, capturando la punta de su pezón en un fuerte pellizco.

Ella jadeó, inclinándose hacia él.

—Que no tenías tiempo para castigarme adecuadamente. —Anteros la retorció y su boca se abrió de par en par. Retorció más fuerte y ella preguntó con un grito ahogado—, ¿tienes tiempo ahora? —El auto iba a llegar allí pronto. Realmente no tenía tiempo, pero lo logaría.

Ella necesitaba ser castigada. Por todo. Por esta noche, durante este mes pasado, por todo lo que le hizo a él.

—Quítate el vestido. —Podía ver la guerra que se desencadenaba dentro de su cerebro cuando él le ordenaba. Parte quería ponerse de pie y abofetearlo, marcharse, pero había una parte de ella que lo llamaba, lo sabía, porque había una parte de él que respondía. Lentamente se levantó y desabrochó la cremallera a su costado, su vestido cayendo en un montón de tela de raso a sus pies.

—Has sido muy buena hasta ahora, Frankie, así que te daré una opción. —Se levantó, pasando su pulgar por su mandíbula—. Puedes terminar tu castigo ahora mismo y caminar hacia el auto, o suplicarme que sea más suave contigo.

—¿Así? —Sus ojos explotaron—. Estoy *desnuda*. Hay personas allí afuera.

Él se encogió de hombros.

—No muchas.

Ella sacó su mentón.

—Nunca te suplicaré. —Ante sus palabras, Anteros hizo un gesto hacia la puerta. Frankie miró hacia la puerta, hacia él, y luego hacia la puerta. Con un

aliento audaz, ella dio un paso y la abrió. Su rostro se transformó cuando se dio cuenta de cuántas personas todavía estaban allí afuera. El sonido de la música persistente y los asistentes a la fiesta entraron y Frankie cerró la puerta rápidamente.

Se volvió.

—Bien —espetó ella—. Oh, Bestia, te quiero *tan* mal. Te lo ruego. —La mejilla de él se curvó, pero no dijo nada. Se reclinó en el sofá, se cubrió los costados con los brazos y la estudió. En la oscuridad, ella no era menos radiante, pero podía decir que el silencio la estaba incomodando. Ella se frotó el suave brazo, mirando a su alrededor.

Todo se amplificó en la habitación oscura y silenciosa. El roce de su traje contra el sofá. Sus respiraciones superficiales y nerviosas. Cuando *Have Your Self A Merry Little Christmas* comenzó a sonar, incluso la canción apagada fue como un grito.

—Ven aquí. —Estiró un brazo, haciendo un gesto con la mano para que ella se le acercara. Lentamente ella se acercó de puntillas, como si reconsiderara cada paso. Cuando estuvo a su alcance, la agarró del brazo, obligándola a perder el equilibrio y a su regazo. Ella jadeó, sus brazos tirando de sus solapas. Esa cosa entre ellos chisporroteó y explotó. Era lo que él estaba esperando. Esa conexión. Ese pulso.

—¿Te gusta esto? —gruñó contra su oreja—. ¿Te gusta que te *haga* cosas, Frankie? —Ella dijo algo, pero fue tan bajo que no lo entendió. Sus dedos vagaron por su cuerpo, recorriendo toda su piel. Donde se encontró con su carne, su piel se levantó y su piel de gallina, pero se aseguró de evitar las partes más sensibles de ella.

Se arqueó hacia él, como si tratara de forzar su mano, pero evitó cuidadosamente las partes que quería que tocara. Ella hizo un gemido agravado. Anteros envolvió sus dedos alrededor de su cuello y apretó su agarre, obligándola a mirarlo. Su rostro se enrojeció, su boca se abrió y sus ojos se agrandaron, pero luego se aflojó como si esperara.

—No puedo oírte —gruñó. Aun así ella no dijo nada. Anteros apretó su agarre en su cuello y la atrajo hacia sí para que sus labios estuvieran contra su oreja—. Suplícame o te irás a casa con un dolor entre los muslos—. Soltó su agarre y ella tragó aire con avidez. Mientras hablaba, ligeramente espolvoreó sus dedos entre sus muslos, sobre su carne sensible. Ella se resistió contra él, sus manos agarrando los hombros de él.

Pero Anteros la dejó ir, porque todavía no había suplicado.

M.D

Mary  
Catherine  
Gebhard

—Espera. —Agarró la tela de su traje, evitando que se fuera. Alzó una ceja, observando mientras ella tiraba de su labio entre sus dientes, con los ojos saltando de él al piso. Podía ver las palabras atrapadas en su garganta, subiendo y bajando, pero no iba a servir.

—El auto está aquí —ofreció—. Quizás hayas reconsiderado esa opción.

—*Por favor* —dijo, pareciendo dolorida. Sus uñas le cubrieron sus hombros.

—Buena chica —murmuró, y la empujó hacia el sofá.

# Capítulo 21

—¿Te divertiste? —preguntó, con el rostro plantado en el asiento de cuero de la limusina, una limusina esta vez, no un automóvil ejecutivo. Estaba estirado en el lado opuesto, pero esos pocos centímetros de distancia no eran suficientes. *¿Me divertí?*, me preguntó con una sonrisa irónica en su rostro, una sonrisa que me hizo saber que participaría en todas las formas de libertinaje posible esa noche y que no habría remordimiento, solo jolgorio.

Me desgarró, y yo estaba simultáneamente entumecida y gritando. Mintiendo en esa habitación, estaba deprimida, abyecta, totalmente rota porque una vez más me recordó que no era *nada* para él. Me dejó allí durante horas, lo que me dio horas para pensar cómo no quería esta vida. Esto no era lo que había soñado. No quería ponerme sobre un manto de sombras, asesinatos y sangre. Ni siquiera un mes con Bestia y podía sentirme cambiando irrevocablemente. ¿Qué pasaría si me convirtiera en la princesa? ¿Quién sería?

Y luego él entró en la habitación, ardiente, deseoso, como el fuego, y pisado los pedazos rotos de mí, recordándome de la peor manera posible que no se trataba de mis deseos. Me recordó que mi fuerza de voluntad era solo una cortina de humo. Él me poseía. Podría hacerme mover, hacerme gemir a pesar mío.

Podría hacerme *rogar*.

Porque mis deseos eran sus deseos.

De alguna manera, comencé a *anhelarlo*; se convirtió en mi droga.

Si no lo tenía, comenzaba a temblar y estremecerme.

¿Cómo podría ser una jodida princesa si el tipo que se suponía usurpaba era dueño de mi mundo, *mi* dueño, la esencia misma de mí?

Uno de sus brazos colgaba sin fuerzas sobre el asiento. Su traje estaba torcido, la corbata de cien dólares que llevaba desabrochada. Su camisa estaba desabotonada, mostrando los planos de su musculoso pecho ligeramente cubierto de vello. Estrechando mis ojos, lo miré un poco más, dándome cuenta de que estaba borracho. Esta era solo la segunda vez que lo había visto borracho.

—Fue genial —le respondí, tratando de mantener mi tono cálido. Él asintió, su cabeza cayendo más profundo en el cuero—. Pero —agregué, girando suavemente mi mirada por la ventana—. No me gustó cómo siguieron reproduciendo *Blue Christmas* una y otra vez. La banda se sintió un poco floja. —Deseaba desesperadamente dar vuelta y ver cuál era su reacción, pero mantuve mi mirada fijamente afuera en la imagen negra y ondulante.

No estaba segura de cuál era el significado de *Blue Christmas* para él, solo que dolía. Quería que le doliera mucho, quería que sintiera un poco de lo que estaba sintiendo en ese momento.

Oí el crujir de cuero y supe que se había sentado.

—No escuché esa canción. —Su tono cálido como el licor se había vuelto frío, y eso me hizo sentir bien.

Me encogí de hombros y seguí mirando por la ventana. Mujeres con chaquetas forradas con pieles y botas hasta las rodillas caminaban de la mano con hombres con trajes y bonitos abrigos de lana en ventanas decoradas por la temporada navideña. Las ventanas eran brillantes, deslumbrantes, iluminando la falsa y mullida nieve. Hombres maravillosamente vestidos besaron a otros hombres maravillosamente vestidos bajo las luces deslumbrantes. Las personas y sus zapatos se estrellaron contra la nieve real. La nieve fea. La nieve se volvió gris por la realidad.

—Tal vez estabas ocupado —dije.

\*\*\*

Unas horas después de que Nikolai me dejara en mi habitación y caminara una Bestia tambaleante hacia la suya, saqué el diario, demasiado agotada emocionalmente para dormir. ¿Ya sabes, cuándo estás cansado y no puedes dormir? Estás exhausta, fatigada y tu cuerpo *necesita* dormir, pero has alcanzado el punto de no retorno. Esa era yo, pero en lugar de dormir, eran mis sentimientos.

*¿Por qué sigo dejando que esto me pase?*

• *¿Por qué sigo cediendo partes de mí misma a este hombre? Era como personas que antropomorfizan animales. Solo tienen la culpa de que el perro muerda una pierna. Está en la naturaleza del perro. En primer lugar, somos los psicópatas que trajeron lobos a nuestros hogares. El perro no se siente culpable; solo queremos ver culpabilidad en esos grandes ojos redondos. Queremos un motivo para toda la locura.*

Una razón por la cual nuestras piernas duelen todo el tiempo.

Cogiendo el desgastado diario de cuero, caminé hacia el punto ciego. Tiré dos mantas de felpa sobre mis piernas y envolví otra alrededor de mi cuerpo. Antes de abrir el diario, mi mirada se desvió hacia la ventana. El sol comenzaba a elevarse, el mundo blanco despertando. Frío. Gris. La nieve se había posado en el alféizar, la luz, como el polvo, declarando cuán intacta estaba.

Miré afuera mientras la nieve caía y maravillaba. El sol quemaba un blanco tan brillante, me preguntaba si el cielo se había incendiado y la nieve en realidad era ceniza. Mis dedos se movieron hacia el sur, bajo el fino satén de mi ropa interior. Las almohadillas de mis dedos se sentían a lo largo del vello recién crecido, suave pero espinoso, como empujar contra los extremos de una pluma, otro recordatorio de que, a pesar de lo que sentía, el tiempo no se detenía aquí. Mi vello estaba creciendo más allá de la cera brasileña.

Me preguntaba qué pensaría Bestia de mi vello.

Antes de ser tomada, era lo único que me permitía a mí misma, el único lujo en mi vida barata. Me depilaba religiosamente. Piernas, brazos, vagina—todo se depilaba. Me depilaba tanto y con tanta frecuencia que el vello volvió a crecer cada vez menos. Había estado depilándome desde la escuela secundaria, desde el día en que Alex Wesley señaló mis piernas sin afeitar y dijo:

—Asqueroso.

Entre yeso desprendiéndose de *Papa*, era un lujo que me permití.

Bestia probablemente pague por la depilación láser. Suspirando, volví al diario. Recordé que Sofía había querido escaparse con Alessio, antes de que Emilio empezara a joder las cosas.

De todos modos, aunque sabía que nunca sucedió (¿cómo podría hacerlo, con Gabby viva y coleando?), no pude evitar desear que Sofía me contara una historia diferente, como si pudiera abrir el diario y su pluma entintada de alguna manera eludiera la historia. Deslicé mi dedo en el diario, volteando para continuar dónde me quedé al último.

Solo había una línea en la página.

• Una sola línea.

• *Cuando no le doy a Emilio lo que quiere, lo toma.*

Había manchas mojadas en la página. Pasé los dedos sobre el fruncimiento del papel, imaginando las lágrimas de Sofía. La ira que corría a través de mí me sorprendió. Recordé lo que Gabby me había dicho: si Emilio era el hermano de

Gabby, eso significaba que también era el hijo de Sofía. *¿Por qué iba a nombrar a su hijo después de Emilio?*

Con el dedo todavía sobre el papel ondulado, escuché el casi inexistente crujido del entarimado, haciéndome saber que tenía un visitante acercándose.

Mi cabeza se dirigió hacia la puerta.

No hubo tiempo suficiente para dejar el diario completamente fuera. Rápidamente lo metí debajo de la pila de mantas y corrí hacia la cama, lanzándome bajo las sábanas. Justo cuando me ponía las mantas hasta la barbilla, la puerta se abrió, revelando lentamente el cuerpo de la persona en la entrada.

Desnudo.

Familiar.

Necesitado.

—Estás despierta. —Ya no estaba borracho.

\*\*\*

Me moví contra la cabecera. No podría hacerlo por segunda vez esa noche, no podría superarlo otra vez. Ya estaba tambaleándome al borde de la cordura.

—Por favor, vete —susurré—. He terminado por la noche. Estoy tan cansada.

Imperturbable, Bestia se acercó y arrojó las sábanas. Me agarró por los tobillos, tirando de mí hasta el borde de la cama. Sus dedos se clavaron en mi cabello, haciendo un nudo doloroso y apretado, y luego me acercó a su rostro.

—No terminaste hasta que te diga que terminaste —susurró contra mi mejilla. Antes de que pudiera responder, me arrojó de vuelta al colchón. Sus dedos me lastimaron los muslos, abriéndome, y luego su palma cayó sobre mí. Sobre las bragas de satén que acompañaban al estúpido camisón que tenía que ponerme, me presionó.

Palméandome.

Frotándome.

Trabajó en mí con un método delirante, burlón y lento, su otra mano manteniéndome extendida y clavada. Presioné mi rostro contra el colchón. No me

gustaría esto. La cordura exigía que no me gustara. Él continuó trabajando conmigo, sin molestarse en quitar las bragas. Mordí las sábanas.

—¿Sientes eso? —preguntó, frotándose—. Porque puedo *verlo*. Puedo verte jodidamente arruinado estas bragas. —Ante eso me soltó y suspiré, esperando que todo hubiera terminado. Luego, me arrancó el satén y me dio la vuelta, así que estaba boca arriba. Mi aliento se detuvo; estaba tan abierta de esta manera. En el borde de la cama con él entre mis muslos, traté de mantener mis piernas lo más cerradas posible pero él se inclinó, golpeándome con sus manos otra vez.

—Ya terminaste? —preguntó. Su mirada se desgarró en mí. Distantemente me pregunté si alguna vez podría acostumbrarme.

—Yo... —Me detuve. Ojos azules verdes lavaron dentro de mí, el aire lamió mis labios, haciéndome sentir aún más expuesta—. Sí. Terminé. —Sabía que era una pregunta capciosa, pero no me importaba. Sin apartar los ojos de los míos, me clavó un dedo dentro de mí. Grité. Mi cuello se arqueó fuera de la cama y luego los dientes, sus dientes, estaban sobre mí. Duros, demasiado, mordiscos suaves o dulces, pero marcando profundamente contra mi carne como si estuviera reclamando algo, marcándolo con su mordisco.

Él presionó contra mí. Dos dedos ahora, quizás tres, entraron en mí. Me perdí en las sensaciones, en la sensación de su calor contra mí, en el sudor que se acumulaba a lo largo de mis brazos, piernas y cuello en un delicioso hormigueo. Su polla era de hierro contra mi muslo, duro, pesado. De repente deseé no tener el camisón para poder sentirlo directamente, sentir su carne presionar contra la mía. Sentir sus músculos, los duros remaches de él presionan mi suave piel.

Deslizó sus dedos fuera de mí y gemoteé, pero ese quejido se transformó en un gemido cuando se sumergió dentro de mí. Por completo. Grueso, bombeando. Extendí la mano, necesitaba tocarlo, para anclarlo, pero empujó mis brazos hacia abajo. Con una mano, atrapó mis brazos sobre mi cabeza. Con su otro brazo estiró el camisón, exponiendo mis pechos. Mientras golpeaba contra mí, mantuvo una mano enganchada en la camisa que había estirado, la otra manteniéndome inmovilizada. Su mirada se deslizó sobre mí, mirándome con inquebrantable intensidad. Era salvaje, como un animal que acaba de atrapar a su presa.

—Ya terminaste? —preguntó, deslizándose y luego entrando con ferocidad—.  
—Lo hiciste?

—No he terminado hasta que digas que he terminado —respondí. Mi voz sonaba drogada en mis oídos. Su polla se movió dentro y fuera, golpeando con salvaje y feroz abandono. Esto era lo que había imaginado que sería el sexo con una Bestia, lo que temía desde la noche en que me tomó. En ese momento, no tenía

miedo, sin embargo. En ese momento había algo profundo dentro de mí, algo curvándose, retorciéndose y *anhelando* por más.

• *Ya no sé nada más.*

*Hay un dolor dentro de mí. Un dolor que él creó. Un gran y enorme dolor. Él tomó una pala para mi alma, y cavó con abandono, sin preocuparse por las grietas y agujeros irreparables que se crearían. Es un dolor punzante. Un dolor profundo en el alma que duele, llora y está visceralmente vivo con su dolor. Tiene cuerdas, se mueve para él; hace que mi dolor baile como una marioneta.*

*Y yo lloro para que corte las cuerdas.*

*Pero cuando corta las cuerdas, sangro, y creo que podría morir.*

Mi cabeza se inclina hacia un lado cuando libera el camisón. El camisón estaba totalmente, completamente estirado. Suspiré, sintiéndome deliciosamente agotada, sin importarme que estuviera desnuda y en exhibición. Con su mano libre, Bestia agarró mi barbilla.

—¿Ya terminaste? —preguntó. Asentí. *Terminé*, pero no por la razón que había dicho antes, no por la razón que lo había llevado a esto. Mi cuerpo y mis piernas eran gelatina. Estaba positivamente satisfecha. Podría dormir por días. Prácticamente podía sentir la sonrisa de *Cheshire* en mi rostro.

Una fuerte picadura vibró contra mi mejilla y mis ojos se abrieron de par en par. ¡Él me *abofeteó*! El aguijón rebotó en mi cuerpo y luego se convirtió en un dolor sordo y delicioso como si revitalizara todas las partes de mí que habían caído en su comodidad saciada.

—No terminaste hasta que digo que terminaste —gruñó. Asentí y me bombeó de nuevo. Pude sentir que mi cuerpo volvía a funcionar. Su mirada azul verde se calentó, ardió, como un bosque en llamas. Aparté la vista de él.

Hubo un dolor dentro de mí, un dolor que *él* creó.

Pero él era el único que podía hacer que desapareciera. Él era el único que podía arreglarme ahora.

• Su toque cauterizaba mi piel y suavizaba la herida.

Sus besos desollaron mis labios y cosieron la carne.

• Su longitud desgarró mis entrañas y tejió satisfacción pecaminosa.

Él era el dios de mi dolor, pero su toque era mi religión.

Se retiró, aún duro, y preguntó:

—¿Ya terminaste?

—¿Ya terminé? —le pregunté, mirándolo.

—Sí, *mio cuore*. —Me alisó el cabello del rostro, mirándome intensamente a los ojos—. Has terminado. —Me levantó de la cama, jalándome hacia su pecho, y luego se acostó de nuevo, abrazándome.

No existía sin él.

Él era mi universo.

Yo era *Galileo* mirando al sol, dándome cuenta de que no era *nada*, y entonces el bastardo me cegó. Él era el sol, y ni siquiera podía cerrar los ojos.

\*\*\*

Un brazo pesado acorralaba mi cuerpo. No tenía que preguntarme qué significaba, Bestia durmiendo conmigo. En la naturaleza, cuando un animal se duerme al lado de otro animal, significa que se sienten seguros. La respiración constante de Bestia contra mi espalda, los tirones profundos, la calidez que emanaba, todo eso, era la peor cosa que él me había hecho alguna vez.

Más allá de la tortura mental.

Más allá de nada de eso.

Porque en ese momento, mientras me acurrucaba contra él como un gorrión herido, me robó mi voluntad para irme. Intenté pensar en la última vez que había dormido. Mis ojos se sentían pegajosos por la fatiga, mirando sin parpadear la blanca y borrosa pared gris de la oscuridad.

No podía dormir.

Todo estaba encendido con un ardiente dolor. Mi alma estaba ardiendo. Se suponía que era en blanco y negro. Bestia era el malo. Bestia amenazaba con matar a mi padre, él me tomó, no era bueno, pero cada minuto que me acostaba con él me absorbió más profundamente en el gris. *Tic*. Me preguntaba cómo sería amarlo. *Toc*. Me preguntaba cómo sería ser amada por él. *Tic. Toc. Tic. Toc.*

Necesitaba moverme.

No podía moverme.

Su brazo se flexionó, atrayéndome más profundamente en su abrazo. Olía tan bien, como el pino de invierno, humo de almizcle y de cigarro, y algo más, también, algo picante. Algo que me hacía cosquillas en la nariz.

O tal vez ese era el olor de mi alma ardiendo en cenizas.

La borrosa pared gris comenzó a difuminarse. Mis párpados cayeron.

*Mierda.*

Necesitaba levantarme. Necesitaba salir del abrazo. Si no lo hacía, me hundiría en la deliciosa y cálida sensación de ser retenida. De ser consolada. De estar cálida y...

No amada.

Agarré las sábanas, tirando lentamente hacia el borde y fuera de debajo de su brazo. Bestia gimió, y me detuve. El latido de mi corazón rugió en mis oídos. Cuando el rugido disminuyó y la respiración de Bestia volvió a la normalidad, continué mi escape, tirando y tirando lentamente hacia el borde, tratando de deslizarme debajo de él como si fuera el ídolo de oro de *Indiana Jones* y él era la potencial roca.

Llegué al borde, las puntas de sus dedos todavía me rozaban la espalda. Con menos gracia, me deslicé, las rodillas y las manos se unieron al piso con un ruido sordo. Me detuve a cuatro patas, esperando que se despertara y me trajera a la cama. Un latido del corazón, miré al suelo, la forma en que mis manos se apoyaban en la felpuda alfombra blanca. Dos latidos del corazón, la forma en que mi cabello hacía una cortina contra de todo lo que no quería reconocer. Tres latidos del corazón...

Me puse de pie.

Todavía dormido, la musculatura cincelada de su pecho era demasiado visible ahora que no estaba allí para bloquearla. Incluso dormido, sus facciones eran hermosas. Intenso. Injusto.

Siguiendo el tema de *Indiana Jones*, puse una almohada donde solía estar mi cuerpo. Bestia no se la tomó, sino que se volvió y miró en la otra dirección.

Lo que sea.

Mientras no se despierte.

Fui de puntillas al baño y me incliné hacia adelante, mis dedos agarraron la fría porcelana. Miré fijamente mi reflejo, me obligué a mirar a la persona que me devolvía la mirada.

Ella era apenas alguien a quien reconocía.

Ella había sido cambiada por el hombre en esa cama, cambiada irrevocablemente. No había regreso de esto. Te guste o no, el hombre en esa cama ahora poseía una parte de mí.

Si eso era correcto, justo o incluso tenía sentido, era lo que era.

Bestia poseía una parte de mí.

Una parte de mí cantaba para él, una parte de mí lo llamaba.

Recordé cómo esos hechos me habían hecho golpear mi puño en el vidrio antes. No estaba preparada para aceptarlo, incluso para comenzar a reconocerlo. Incluso podía ver una tenue línea de pegamento donde el espejo había sido reemplazado. Esta vez, sin embargo, no iba a romper el espejo.

Si no hubiera estado segura antes, ahora lo estaba. Había estado tambaleándome por mi destino, había estado maldiciéndolo antes, pero ahora estaba segura. Bestia tenía demasiado poder sobre mí. Necesitaba tomar algo del suyo.

Y solo había una forma en que sabía cómo hacer eso.

Así que esta vez me hice una promesa.

\*\*\*

Salí de la habitación. No me preparé para vestirme por miedo a que la acción lo despertara. Además, por primera vez desde que me tomó, mi desnudez no me molestó. Cuando mi dedo del pie colisionó con la madera dura fría, no sentí nada. El aire caliente de los respiraderos de arriba callaba como un susurro contra mi piel desnuda, pero no sentí la necesidad de cruzar los brazos y cubrirme. Esa parte de mí misma, la parte modesta, la que decía que la carne desnuda estaba *mal*, estaba muerta, o tomada, al menos. Ya no me pertenecía.

Me apresuré por el pasillo, observando a lo lejos cuán espeluznantes parecían las decoraciones navideñas en la oscuridad. Mi plan era encontrar a Nikolai. Él estuvo trabajando desde que llegué, y finalmente iba a ceder ante el maestro de las marionetas. Cuando llegué a la parte central del penthouse, ¿era un vestíbulo? Me congelé. Me di cuenta de que no tenía ni idea de dónde dormía Nikolai, o si incluso

dormía en la casa. Solo había supuesto que lo hacía. ¿Qué pasa si él se fue a casa por la noche?

Me detuve. Estaba en el corazón de la casa. Era donde estaba el ascensor y también era el lugar que conectaba todas las habitaciones. Podía ver el pasillo que bajaba a los dormitorios y la escalera hasta el estudio. No podía ver nada más allá, probablemente cadáveres. Podía ver la cocina, la biblioteca, el comedor donde Gabby había tenido la peor cena de todos los tiempos. Básicamente podía ver todo. Este lugar fue también el lugar donde yo tuve la peor cena de todos los tiempos, cuando Arlo intentó violarme.

Me estremecí. Suficiente estancamiento. ¿Dónde diablos dormía Nikolai? Miré hacia arriba, luego miré por el pasillo hacia la cocina. Nunca había explorado completamente allí abajo. El lugar era un laberinto. Eché un vistazo por el pasillo del que venía. De alguna manera parecía más oscuro, como si las sombras se lo tragaran todo. No podría volver todavía.

Nikolai era mi única esperanza.

—Nikolai —sisé, caminando de puntillas por el pasillo con la cocina—. Nikolai. —Si no encontraba a Nikolai, Bestia vería esto de todos modos. Nikolai era el único que borraba las cintas; no tenía idea de cómo hacerlo.

*Oh, Dios.*

*Oh, Dios.*

Esa opresión en mi pecho estaba volviendo.

—Nikolai —sisé, un poco más fuerte. Fue como explorar un nuevo continente. Cuanto más avanzaba por el pasillo, más amplios se ponían mis ojos. Nunca había visto nada en esta parte de la casa. Todo el arte en las paredes era nuevo para mí. Había algunas puertas, pero no estaba segura de cuál abrir. Grité el nombre de Nikolai de nuevo.

Se abrió una puerta y fui arrastrada adentro, la puerta cerrándose rápidamente detrás de mí. Nikolai de pie, con el cabello rubio y rizado despeinado. Sus ojos estaban retorcidos de rabia.

—¿Qué mierda estás haciendo? —susurró Nikolai en voz baja—. Él podría despertarse en cualquier momento. Borrar sus cintas no es fácil, ¿sabes? ¿Estás jodidamente loca? —La habitación en la que estábamos era muy pequeña, recordándome mi vieja “habitación”. No podía haber sido mucho más grande que un armario y el techo estaba inclinado como el mío. Aun así, tenía espacio para una cama y una cómoda.

M.D

Mary  
Catherine  
Gebhard

En mi armario no tenía espacio para una cómoda.

Esa noche, mientras Bestia me había hecho inclinarme ante él con todo lo que yo era, todo lo que Gabby había estado tratando de hacer para que yo viera finalmente sonaba a casa. Podría quedarme en este mundo como una esclava.

Una esclava de un hombre que me veía como nada.

Una esclava de mis emociones por ese hombre.

O podría ser una princesa.

Y quería ser una jodida princesa.

Nikolai abrió su boca para amonestarme más, pero lo corté con mi mano.

—Estoy lista.

Hate Story I  
**Beast**  
The Beginning

# Capítulo 22

Anteros miró por la ventana hacia la fría ciudad azul. Era tan temprano en la mañana que todo estaba literalmente congelado. El sol no se había levantado lo suficiente como para derretir el hielo o la nieve, pero estaba lo suficientemente alto como para iluminar las gotas y el aire helado. Había sido tan temprano cuando se levantó de la cama, a las cinco de la mañana, y después de la noche anterior, esperaba que Frankie estuviera exhausta.

Pero estaba despierta. Y tarareando.

—Sus guardias han sido pagados —dijo Gran O detrás de él.

—Tenemos acceso a los videos de seguridad —continuó Chico Bonito.

—Algunos de nosotros deseamos *no* tener acceso —agregó Gran O secamente—. Cuando has visto un viejo culo arrugado, has visto suficiente.

—Nadie te pidió que miraras eso —respondió Chico Bonito.

—Fuiste extrañamente insistente —señaló Pequeño O.

—¡Se llama reconocimiento, hijos de puta!

—¿Todavía es reconocimiento cuando tu polla está afuera? —preguntó Pequeño O con curiosidad. Discutieron en broma y sus voces se desvanecieron ante Anteros. Los Lobos estaban discutiendo los detalles finales del golpe contra El Consejo, las últimas piezas de un rompecabezas que él había dedicado toda su vida a la elaboración para poder armarlo.

Pero no estaba interesado. Su mente estaba en Frankie, en la canción que estaba tarareando.

—Todo lo que queda es cortarles la cabeza. —Pequeño O se rio detrás de

• Anteros.

• —¿Y la esclava? —preguntó Gran O, algo incómodo. Anteros se frotó la barbillla, viendo la ciudad derretirse, sintiendo los agudos picos de su vello facial apenas saliendo. Había dejado a Frankie para ir a los muelles, pero no antes de abrazarla.

—Si estamos siendo totalmente honestos aquí —dijo Pequeño O—, espero que Bestia *no* lo haga. Me encantaría serpentejar en una matanza de Loco A. Mi mes ha sido jodidamente aburrido. —Loco A no se había presentado esa mañana, otra vez. Anteros sabía que los Lobos habían notado la tensión entre ellos en la fiesta y su ausencia comenzaba a sentirse, como una presión que se eleva lentamente. Incluso si no lo dijeran en voz alta, solo había tantas reuniones que los Lobos podían perder sin razón, sin ser abordados.

Él y sus Lobos habían pasado una década en armonía, evitando las trampas comunes que muchos en la mafia enfrentan: traición por la espalda, rivalidad, eventualmente la muerte. Ahora la discordia se filtraba y Anteros se preguntaba a lo lejos si serían como todos los demás.

—¿Tan aburrido que quieres morir? —preguntó Chico Bonito.

—Vería eso —dijo Gran O.

—Eh —cedió Chico Bonito—. Yo también. —Pequeño O se lanzó a una diatriba de indignación, diciendo que podía tomar a Loco A fácilmente. Gran O y Chico Bonito compararon las estadísticas de Loco A y Pequeño O como si fueran cartas de *Pokémon*. ¿Quién tuvo más resistencia? ¿Quién tuvo la mayor agilidad? ¿Quién podría manejar pistolas o cuchillos mejor?

Anteros se distrajo de nuevo, centrándose en cómo la ciudad cobraba vida. El sol brillaba como un diamante resplandeciente entre los rascacielos. Los rascacielos grises congelados se convirtieron en barras de plata mientras el río helado y opaco brillaba con la luz dorada del sol.

Esa mañana Frankie había estado desnuda, mirando por la ventana hacia la ciudad aún oscura y helada. Anteros se deslizó fuera de la cama y fue hacia ella, envolviendo su cuerpo desnudo alrededor de ella, acercándola a él, carne a carne. La colocó contra él, y fue entonces cuando notó que había estado tarareando para sí misma.

Sus zumbidos resonaron contra su cuerpo, la melodía obvia y deslumbrante, una melodía que nunca olvidaría.

—¿Alguna vez les conté sobre mis padres? —reflexionó Anteros, interrumpiendo las bromas como una bala en una fiesta de cumpleaños. La habitación quedó en silencio. Todavía mirando hacia la ventana, continuó—: Mi padre solía cantar *Blue Christmas* a mi madre. Era la única canción que sabía en inglés, prácticamente las únicas palabras que sabía en inglés. Le gustaba la melodía, tal vez... No me puedo imaginar que supiera lo que significaban las palabras. Después de golpearla hasta casi la muerte, la cantaba mientras limpiaba la sangre

en el piso. Cuando ella recuperaba la conciencia, vendría a buscarme. Pero ella fue más amable en su abuso.

El silencio continuó, los Lobos inseguros de qué decir a raíz de la confesión de Anteros. A medida que pasaban los minutos, Anteros tarareó la melodía, observando cómo el mundo se derretía.

\*\*\*

Citando negocios con Rhys en el penthouse, Anteros cortó la reunión con sus Lobos y se fue a casa. Lo que les había dicho que no era una completa mentira, de todos modos, había dejado de lado el hecho de que su reunión con Rhys era horas después. Tenía que salir de allí. Ni siquiera podía esperar a Nikolai, por lo que tomó un taxi; cuanto antes llegara a casa, mejor. Había pasado más de una década con sus Lobos sin contarles nada sobre su pasado. Era mejor así. Menos débil.

Después de ser dejado, Anteros entró a su edificio a través de la entrada pública y se dirigió directamente a los ascensores. La frustración se derramó sobre sí mismo y Anteros presionó el botón para subir, luego lo presionó de nuevo, luego otra vez, y otra vez. Todavía no estaba seguro de lo que lo había obligado a contarles *ahora*.

No, eso no era cierto.

Él sabía lo que pasaba, simplemente no quería admitirlo.

—¿Día difícil? —preguntó alguien a su izquierda. Anteros curvó su puño, listo para apagar su frustración justo cuando el ascensor sonó. Deshaciendo los puños, Anteros entró. El hombre hizo un movimiento para unirse a él y Anteros con calma empujó al hombre hacia el vestíbulo del edificio. Presionó cerrar el ascensor, amortiguando las protestas del hombre, luego colocó su mano contra la pared. Se inclinó hacia adelante, pensando.

Mientras el ascensor se elevaba, pensó en la chica que lo esperaba en su penthouse. La chica que había estado ignorando sus reglas desde el primer día, la chica que había estado arruinando su vida por casi un mes. Sobre todo, pensó en cómo se lo estaba permitiendo. Frankie estaba causando una fractura masiva en su vida, y de alguna manera no podía encontrarlo en él para hacer algo. Cuando las puertas se abrieron, Anteros mantuvo su mano contra la pared, con la cabeza gacha, hasta que su voz la hizo levantarla.

—¿Me ibas a decir? —suplicó. Anteros levantó la cabeza y parpadeó, mirando a la chica que tenía delante. Cuando dejó de Frankie esa mañana, ella había estado serena, un poco apagada, pero tranquila. Ahora sus ojos eran como fuego, tanto en color como ferocidad. Sus párpados estaban enrojecidos como si hubiera estado

llorando, pero su mirada casi escupía chispas. Sus rizos eran salvajes e indomables, con los brazos cruzados y la mandíbula apretada.

Nikolai apareció junto a ella, con una expresión en su rostro como si él no supiera qué hacer con ella. El miedo grabado en sus rasgos juveniles, sus ojos de jade dispararon desde ella a Bestia. Él no castigaría a Nikolai por su desobediencia. Si él mismo apenas podía manejar a Frankie, no era justo esperar que Nikolai lo hiciera. El ascensor zumbó con enojo por haberse mantenido abierto durante tanto tiempo y Anteros salió.

—¿Lo harías? —preguntó de nuevo. Él levantó una ceja, quitándose el abrigo para que Nikolai lo tomara y le hizo un gesto para que se fuera—. ¿Me ibas a decir que estabas *vendiendo* a Gabriella a un tipo al azar en *Africa*? —preguntó ella. *Ah*. Allí estaba. Había estado tan ocupado que había olvidado por completo a Gabriella. Rhys estaba finalizando los planes y estaba lista para ir a África justo después del año nuevo. Al menos eso no se había ido a la mierda.

Por otra parte... Frankie estaba destinada a morir en algún momento antes del año nuevo, por lo que realmente no importaba. No tenía sentido hablar con ella, no tenía sentido en nada. Ella iba a morir. Frotándose las manos sobre la frente, suspiró y se empujó más allá de ella. No quería tratar con ella, con lo que le estaba sucediendo, con nada de eso.

—¿La jodida *Africa*? —le dijo a su espalda. Anteros hizo una pausa y luego se volvió. El odio fluía como un río rápido, lavándose sobre él, sacudiéndolo, derribándolo bajo donde el dolor de ella recaía. Sus cejas se estrecharon y él se acercó más, el aliento acalorado de ella le azotó su mandíbula.

Ella levantó una mano, cortando el aire como para darle una bofetada. La atrapó rápidamente, agarrándola por la muñeca, sosteniéndola allí, y tembló con fuerza, o tal vez con emoción. La recorrió con la mirada, realmente reconociéndola. Llevaba una camiseta blanca fina y *jeans*, y sus pies estaban completamente desnudos.

¿De dónde había sacado los *jeans*?

Era como sí apenas se hubiera molestado en vestirse. Por primera vez desde que se vendió a sí misma, se parecía a la chica que él tomó. En lugar de enojarlo, hizo que quisiera tirar de ella al suelo.

Sin embargo, se le ocurrió un pensamiento.

—¿Cómo te enteraste de Gabriella?

—Algún idiota calvo estaba hablando por teléfono acerca de embarcarla — espetó. Rhys. Anteros alzó la mirada hacia el piso de arriba. ¿Por qué estaba Rhys tan temprano?

—¿Debes quitarme *todo*? —Su voz se había vuelto ronca de odio, y cuando hizo la pregunta, él hizo una pausa. El odio en su voz era tan devastador, era como el humo curando su alma. Sus ojos se encontraron, los ojos de ella eran brillantes estaban húmedos pero feroces, como el resplandor azul en el hielo glacial. Siempre pasaban muchas cosas debajo de la superficie con ella. Él ladeó la cabeza, pensando en su declaración.

—No —respondió, dejando caer el brazo de ella—. Tomo solo lo que das.

Lo fulminó con la mirada y apartó la mirada, con los ojos fijos en la delgada alfombra de piel de animal bajo sus pies.

—Tú estás... estás delirando.

—¿Lo estoy? —Dio un paso hacia ella, cerrando la pequeña distancia entre ellos—. Te ofreciste a mí, no te tomé. —Antes de que ella pudiera responder, Anteros desabrochó el botón de sus jeans, desgarrándolos por debajo de su trasero.

Desnudo.

Al menos eso era lo mismo. Piel contra piel, la agarró por el culo, apretado, dejando huellas de manos blancas en su piel, y la extendió. Luego la liberó, dándole una nalgada con fuerza, dejando huellas de manos rojas. Deslizó sus dedos dentro de ella, profundamente en su raja. Con la otra mano, frotó los pliegues hinchados, burlándose de ella, de la manera que hacía que sus pulmones se aprieten y...

*Jadeo.*

Como eso. Mojado contra su palma, su cuerpo se movió contra él. Su boca se separó. Ella extendió la mano hacia él y Anteros la dejó ir, levantándose.

Le tomó un momento a Frankie regresar, darse cuenta de lo que había pasado. Solo fueron unos segundos, pero por esos pocos segundos ella lo miró, completamente abierta, esperando. Ojos borrosos y borrachos para él, sin importarle que sus pantalones cayeran alrededor de sus muslos y que su coño estuviera expuesto para él.

Ella era hermosa.

Luego parpadeó, mirando a Anteros y a ella misma. Rápidamente jalo sus pantalones. Inhalando a través de sus fosas nasales, espetó:

—Lo retuerces todo.

—He sido paciente contigo —respondió Anteros—, pero me cansé de esto.

—Si esta es tu paciencia, no creo que quiera verte impetuoso —dijo.

Extendió la mano y la agarró por la mandíbula, atrayéndola su mirada a la de él.

—No, no creo que lo hagas. —Sus ojos se bloquearon y la mirada de ella se suavizó en tristeza.

—¿Al menos puedo ver a Gabriella por última vez antes de venderla? —susurró con los labios temblorosos—. Ella era mi única amiga. —Lo miró, sus ojos de alguna manera parecían más grandes, envueltos bajo unas pestañas increíblemente gruesas y largas. Anteros extendió su mano sobre su rostro, manoseando la mejilla.

Era completamente sin sentido; su vida había terminado.

—Lo consideraré —dijo al fin.

—Oh, gracias. —Frankie le echó los brazos al cuello, pero inmediatamente retrocedió, parecía censurada. Con la otra mano, Anteros la agarró del brazo y la sostuvo contra su cuello antes de que pudiera separarse completamente de él. Aunque sus ojos estaban húmedos, ella no lloraba. El agua ondulaba contra sus párpados, listo para caer. Con su pulgar, tocó el lugar debajo de su parpado, listo para atraparla.

\*\*\*

—¿Qué pasa? —preguntó Anteros—. Nuestra reunión es hasta dentro de cuatro horas. —Anteros tomó asiento detrás del escritorio. Rhys le lanzó una mirada en blanco—. Suéltalo. —Anteros agitó su mano con impaciencia. Cualesquiera que fueran las malas noticias que causaron que Rhys apareciera temprano (suponía que tenía algo que ver con esa fiesta de navidad), podía manejarlo. Sin embargo, Anteros no tenía paciencia con aquellos que andaban con malas noticias. No era de los que mataban al mensajero y si algo iba mal, doblando y alabeando no lo hacía menos terrible.

—Nikolai me informó que estabas preparado para mí, señor Drago —dijo Rhys lentamente, frunciendo el ceño. Anteros frunció el ceño. Nikolai no era de los que cometen errores. Cuando Anteros trajo a Nikolai por primera vez como pupilo, se había encargado de eso. La cicatriz en su rostro era un recordatorio del último error que había cometido.

Nikolai no era el chico con cara de ángel que parecía ser; de hecho, él era todo lo que quedaba de la mafia rusa después de que Anteros los mutiló hasta la extinción hace algunos años. Algunos lo llamaron tonto por no terminar la vida del niño junto con su familia. Tal vez lo fue. Nikolai tenía la edad que tenía Anteros cuando Lucio lo había llevado a Estados Unidos.

Se había guardado esa información para sí mismo.

Un año después de que Anteros tomara a Nikolai bajo su protección, lo encontró buscando en sus archivos privados. La respuesta adecuada hubiera sido la muerte, pero en cambio Anteros le dio una advertencia: la cicatriz. Desde entonces, Nikolai había sido el esclavo perfecto. Aunque Anteros nunca lo admitiría, se había encariñado con el niño, incluso yendo tan lejos como para darle un día libre cada año y permitiéndole artículos personales. Tales libertades eran desconocidas en su mundo.

—Voy a tener que hablar con el chico. —Anteros se volvió hacia Rhys—. Esa es la última vez que me llamarás así. —Anteros le había dado libertad a Rhys con formalidades, dado el hecho de que él no era de la vida y que *técnicamente* no era el Jefe, pero ahora las cosas estaban cambiando. Si Rhys quisiera continuar aconsejando a Anteros, lo llamaría Jefe.

O él moriría.

—Disculpe, Jefe —corrigió.

—Estás aquí ahora, de todos modos —dijo Anteros, inclinándose hacia delante justo cuando un destello de movimiento en el monitor llamó su atención. Gabby había entrado en su habitación. Frankie se volvió en su cama, sorprendida de ver a Gabby. Parecía asustada, incluso, como si Gabby no estuviera allí. Eso tenía sentido. Después de que Anteros envió a Gabby allí, no le había informado a Frankie de su decisión. Anteros tampoco estaba seguro. Frankie no tenía idea de que justo antes de entrar a su oficina, había enviado por Gabby.

—¿Emilio? —cuestionó Anteros.

—Hay pocas posibilidades de reelección —respondió Rhys y la mirada de Anteros regresó al monitor. Gabby estaba sentada en el borde de la cama, con una pierna cruzada, una colgando, y Frankie inclinada hacia delante, agarrando las mantas.

Hablaban animadamente, riendo a veces.

—Eso es lo esperado —dijo Anteros distraídamente.

—Pero con África —continuó Rhys—. Pronto ganarás lo suficiente como para que todo este problema no parezca nada. Sin embargo, ha habido algunos problemas... —Mientras Rhys continuaba, Anteros se centró en el monitor. Por un segundo, Frankie miró directamente a la cámara, directamente, su mirada fija y sabía. Era como si estuviera viendo a Anteros con los ojos. Luego se volvió hacia Gabby y se rio.

Gabby se levantó minutos después, según lo programado. Anteros solo había planeado una visita de quince minutos. Cuando Gabby salió por la puerta, la alegría de Frankie se atenuó como una bombilla que se apaga lentamente.

Anteros se levantó de su escritorio, declarando que había terminado la reunión.

Los ojos de Rhys se abrieron de par en par y balbuceó incrédulo.

—Perdóneme, señor Drago, eh, Jefe, pero aún hay mucho por discutir. No estoy seguro de que me escuchó completamente antes. Está el asunto con Lucia y...

Ignorándolo, Anteros salió de la oficina, empujando a Rhys junto con él.

—Lucia está muriendo en Italia y no creo en los fantasmas. —Lucia solía agitar el bote de Sicilia, pero no era una amenaza real para él ni para nadie. Era mayor que Lucio, una mujer soltera sin hijos, y atrapada en Sicilia. Lo máximo que podía hacer era quejarse.

—Pero... —comenzó Rhys.

—Estoy seguro de que todo lo que tengas que decir puede esperar. —Anteros miró a Rhys con ojos duros, indicando que no estaba en debate.

—Sí, Jefe. —Rhys bajó la cabeza—. Puede esperar.

—Nikolai puede mostrarte la salida. —Anteros hizo un gesto a Nikolai, que estaba esperando por las escaleras, y luego caminó más allá de él. Podría castigar a Nikolai más tarde, lidiar con lo que Rhys estaba preocupado en otro momento. Recorrió el pasillo hacia la habitación con determinación y abrió la puerta. Frankie se levantó de un salto, sin soltar las sábanas contra su pecho. Él merodeó hacia ella.

—Creo que me debes —le gruñó al oído.

—Por favor... —susurró ella—. Estoy en mi periodo.

\*\*\*

Frankie se escabulló en una esquina contra el lado opuesto de la ducha, la espalda prácticamente fusionándose con la pared de rocas y piedra. Su ducha era lo suficientemente grande como para dos, cómodamente podían encajar cinco y las tuvo, en ocasiones. Su aparente necesidad de espacio era obvia, pero no se estaba escondiendo de él. Donde sus pequeñas manos solían moverse de inmediato para cubrir sus pequeños senos y hendidura, ahora simplemente colgaban a los costados.

Progreso.

Un fantasma de sonrisa apareció en sus labios, pero igual de rápido, Anteros apretó la mandíbula. No importa. Nada de eso importaba. Dentro de unos días él tendría que matarla.

Esto era solo un rasguño en la picazón.

—Nunca he visto tu baño —comentó, interrumpiendo su tren de pensamientos. Miró alrededor de la ducha, jalándose el labio con los dientes—. Esto es bonito. Más ostentoso que el mío. No pensé que eso fuera posible. —Apartó la vista, se llevó un brazo al pecho de ella y jaló el otro brazo hacia ella.

Estaba nerviosa.

Anteros hizo un gesto con la mano.

—Ven. —Frankie se mordió el labio, pero no contratacó, al menos, no del todo. Dio un paso adelante, pero no llegó hasta el final. Hizo una pausa, mirando hacia arriba, donde estaba directamente debajo de dos cabezales.

Ella miró hacia él.

—¿Vas a encender la ducha o...

—Se encenderá cuando yo lo diga —dijo lacónicamente.

—Oh. —Se movió, tirando de su brazo otra vez—. Cómo de ciencia ficción. —Anteros cerró la mano en un puño y luego lo liberó. Su presencia allí era enloquecedora. Era como una gota de heroína en su sangre, lo suficiente como para agarrarlo, atarlo y provocarlo, pero no lo suficiente como para llevarlo a la salvación. Cementó con amarga certeza cómo se sentiría la muerte de ella, recordándole lo que tendría que hacer antes de eso.

No había mucho tiempo que se dejó ir con ella; tendría que consumir cada parte de ella hasta que no fuera más que una cáscara, hasta que su sangre estuviera tan saturada de ella que no importaría que se hubiera ido.

—No voy a hacer nada que no quieras —declaró, con voz ronca. Sus ojos brillaron, pero ella solo se mordió el labio con más fuerza, esos labios llenos, color rubí.

»Frankie —dijo Anteros, decidiendo cerrar la distancia él mismo—. Encender ducha —dijo Anteros con autoridad, con los ojos fijos en ella. Una bruma de agua tibia cayó. La niebla se convirtió en un rocío, que luego se convirtió en una corriente constante. Parpadeó hacia él, las gotas se pegaban a sus pestañas como rocío sobre la hierba.

Dios, ella era hermosa bajo el agua, su piel de miel brillaba. El agua le pegó el cabello al rostro y se lo puso detrás de la oreja.

—Eres malditamente hermosa —gruñó Anteros, aplastando sus labios contra los de ella. Empujó a Frankie contra la pared, con las manos extendidas a los lados, sintiendo las crestas del azulejo. Luego, pasó sus dedos sobre su culo mojado mientras el agua se deslizaba como una cascada. Redondo, brillante, la agarró con fuerza.

Giró su mandíbula para poder ver su rostro, besar su cuello, besar su mandíbula. Sus dedos bajaron y la abrieron de par en par. Sus manos se extendieron arriba y abajo de los brazos de él, pasando alrededor de su cuello y luego a su espalda, como frenéticos en su pasión.

Frankie dejó escapar un gemido que se transformó en un sonido de lloriqueo y gemido mientras Anteros deslizaba su rígida longitud arriba y abajo contra ella, moviéndose con los íntimos pliegues de ella. Agarrando con fuerza sus hombros, sus uñas cavaron profundamente, como si pudiera forzar una parte de él dentro de ella. Y *joder*, realmente quería estar dentro de ella. Quería cada parte de ella marcada por él para que no hubiera dudas a quién pertenecía.

Usando sus manos, Anteros extendió su culo de par en par, y le envolvió la pierna alrededor de la suya. Deslizó su polla dura contra ella, presionando contra su protuberancia. Ella gimió y lo agarró más fuerte. Anteros pudo ver que Frankie estaba lista por la forma en que gemía y lo sostenía. Podía tomarla y hacer que se retorciera en éxtasis, pero había algo que estaba presionándolo, algo que lo había *estado* presionando desde el día en que cocinó y le dio de comer.

Había intentado alejarlo, pero estaba en el fondo de su mente. Se preguntó por los días que ella parecía más pálida, se preguntaba si estaba cansada no por haberse quedado despierta hasta tarde, se lo preguntaba siempre.

Con un gemido frustrado, Anteros la dejó ir.

—¿Puede regresar?

—¿Q-qué? —Frankie sonaba perdida, su tartamudeo entrecortado calentó como atrapado en el vapor. Se desplazó sobre el sonido del agua que salpicaba las baldosas a sus pies. Ella lo miró, sin entender completamente lo que estaba diciendo.

Él siseó. Ella debe ser un ángel, o una súcubo, húmeda, hinchada y jodidamente irresistible. Su pecho subía y bajaba en respiraciones pesadas, sus pezones apuntando. Lo miró como si estuviera bajo un hechizo, ojos azules de alguna manera más brillantes en el agua nebulizada.

—Tu enfermedad —aclaró él—. ¿Puede volver? —Anteros había estado alejando los pensamientos de su enfermedad porque era tan inútil. De cualquier manera, ella estaba muerta, entonces ¿por qué molestarse? Si seguía cavando, experimentando con la necesidad de saber, no conduciría a nada bueno. Aun así, era como una flecha en su costado.

Ella parpadeó, dándose cuenta de lo que se refería.

—No. Quiero decir, tal vez. Los médicos dicen que ahora soy normal, pero no me siento normal. Realmente no confío en ellos... los doctores.

Eso realmente no mitigó sus preocupaciones.

—¿Puedes morir?

Negó con la cabeza.

—Ese nunca fue el problema. La mayoría de los días, deseé poder morir. —Ella terminó en un susurro, como cohibida o avergonzada. Sin embargo, lo que acababa de revelar hizo exactamente lo contrario: era una revelación. Finalmente, él comprendió por qué cuando miraba a sus profundidades de cristal, una guerrera le devolvía la mirada. Anteros la miró a los ojos mientras el agua corría sobre ellos, caliente y resbaladiza.

Algo le estaba pasando a él. Lo que había logrado ignorar, retroceder, y negar desde el día en que ella le había dicho que la tomara era innegable.

Iba a malditamente arruinarlo.

Si él quería sobrevivir, debería cerrar el grifo y salir corriendo.

—Lo sabía... —Ella retrocedió un paso—. Crees que estoy jodidamente rota...

Anteros no estaba seguro de lo que agarró primero: su cabello, su cintura, cadera, rostro, mandíbula, solo que tocó todo en cuestión de segundos. En el mismo momento en que capturó sus labios con su suspiro, él entró en ella.

Anteros rompió el beso, presionando su frente contra la de ella.

—*Sei divina il mio cuore.* —Se retiró, preparándose para sumergirse de nuevo, cuando notó algo. Su frente se frunció contra ella, las líneas en su frente cada vez más y más profundas al darse cuenta.

—Mentiste —dijo contra sus labios, con la frente aún presionada. Ella lo miró con una neblina de lujuria sobre sus ojos, sin comprenderlo del todo—. Supongo que esperabas que si me dijeras que estabas sangrando, no te tocaría.

El reconocimiento apareció en sus rasgos.

—Yo... —tartamudeó Frankie, deslizándose contra la piedra cuando Anteros se apartó. Se enfrentaron uno al otro, el agua cayendo, su cabello cayendo sobre su rostro. Ella cerró la boca, sin ofrecer más explicaciones, y entonces sus rasgos se volvieron de piedra.

Lo que sea que haya pasado entre ellos estaba enterrado.

Anteros salió de la ducha, sin molestarse en apagarla.

# Capítulo 23

Agarré el acero helado del banco, mirando cómo la melena rubia de Gabby se alejaba cada vez más y más hasta que desaparecía por completo del parque. Sabía que lo que estaba haciendo tenía que hacerse. Lo sabía.

No lo hacía más fácil.

Diciembre estaba llegando a su fin y debería haber estado agradecida. El mes casi había terminado y sería libre, pero mi garganta se oprimió al pensarlo. Nunca volver a ver a Bestia, nunca dormir en su cama, era casi insondable. En algún momento durante el mes me había atado, pero eso era exactamente por qué tenía que pasar. Estar atada a un hombre que veía esa cuerda como algo más para jalar era peor que atada al cuello, era peor que cortarla por completo.

Cuando hablé con Nikolai esa noche en su habitación, derribé el último dominó. Lo que sea que necesitaran de mí, cualquier cosa, lo haría. Solo necesitaba alejarme de él. Llámame la maldita reina, no me importaba. Cuanto más tiempo estaba con él, más cerca estaba del olvido. Podía sentirlo.

La noche anterior simplemente lo había reafirmado. Cuando estaba a solas con Bestia, cambiaba. Me convertía en alguien que no era, alguien que mendigaba y lo ansiaba. Lo quería desesperadamente dentro de mí. Incluso ahora, sentada en el banco, estaba vacía sin él. Nunca regresó a la ducha, y me dejó pensando cómo una vez más tomó todas mis cartas, dejándome sin poder y sola.

Y eso no estaba bien.

Para mi sorpresa, Nikolai había dicho que no al principio. No creía que yo estuviera “en ello” al cien por ciento. Recordé haber tropezado un poco cuando dijo eso. ¿Lo sabía? ¿Podría ver la guerra dentro de mí? La lucha contra la pequeña facción en mi cerebro que me decía: *No solo loquieres, lo necesitas.*

Pero no, él no pudo.

Nikolai supuso que temía al dolor que Bestia podía infligir, estaba preocupado de que el miedo me mutilaría o paralizaría. Realmente era todo lo contrario. Estaba mutilada por un estado constante de caos, lujuria, placer y... y...

Tragando saliva, me puse de pie y tomé mi bolso *Hermès* color naranja quemado del banco. No había nadie más en el parque ahora que Gabby se había ido. Era privado, el mismo en el que nos habíamos encontrado cuando planeaba matar a su marido. Esperé a que desapareciera entre la multitud y luego aparté la mirada, hacia el parque, a los árboles desnudos cubiertos solo de nieve.

Nikolai me dijo que Gabby estaba siendo vendida a algún idiota en África para, estoy segura, manipularme aún más. Por fuera, parecía que intentaba mostrarme que no era solo por mi mierda, que otras personas también tenían cartas en el juego. Vi a través de eso. Ahora, sin importar qué, *tenía* que seguir adelante porque si lo arruinaba, Gabby se iba a la *jodida* África para casarse con alguien peor que Giovani. Hablando de presión.

Nikolai no había esperado que lo mencionara a Bestia y, por las miradas que me estaba dando, estaba enojado porque lo hice. Sin embargo, me había sorprendido tanto. Una parte de mí pensó que quizás Bestia iba a decir que no era cierto y confirmar mis sospechas de que Nikolai no era más que un mentiroso manipulador. Todo en Bestia confirmó que tenía que seguir adelante con el plan.

Todo el asunto era jodidamente loco. El plan, Gabby, Vic, Nikolai, era una locura, pero un plan loco era mejor que enloquecer. Si continuaba como estaba, cayendo por el agujero del conejo con Bestia, sabía que no me volvería loca. Yo desaparecería.

Miré a través de las tablillas de hierro de la valla del parque. Nikolai aún no había vuelto con el auto, aparentemente todavía estaba haciendo artimañas en su lado del trabajo con Vic. Suspiré, agarrando mi bolso.

Esto...

Esto iba a cambiar todo.

Pero eso era algo bueno.

Era algo bueno.

Me decía a mí misma que las cosas que hice en la noche eran todo para promover el plan, pero incluso yo sabía que eso era una mentira.

Sacudiendo la cabeza, decidí abandonar el parque o al menos esperar afuera. No podía seguir de pie sola en un parque vacío; empezaba a sentirme como una estatua. Cuando salí por la puerta, alguien se paró frente a mí. Los dedos se enroscaron alrededor de mis brazos y me arrastraron hacia un lado. Mi primer pensamiento fue que *me atraparon*.

Y me sentí aliviada.

—¿Qué tan jodidamente enfermo es eso? —Anhelar ser capturada y retenida por la persona de la que estás tratando de escapar? Sin embargo, era demasiado frío en el mundo real en comparación con la guarida de Bestia. La nieve se derritió a través de mi abrigo y se filtró en mi piel. No me di cuenta de lo entumecida que estaba antes de Bestia. Pensé que sentía antes, pensé que vivía antes, pero podía sentir mi alma ya anestesiada. Era un entumecimiento familiar, una anestesia que una vez fue mi único método de supervivencia, cuando la única forma en que sobreviví fue a través de las imágenes de otra persona.

La guarida de Bestia era fuego puro. Estaba ardiendo e incendiaba cosas dentro de mí. Algunas de esas cosas que deseaba no tener que sentir, como autodesprecio, odio y desesperación, pero sabía que no podía sentir nada sin ellas, como el yin y el yang. Era tan brillante. Tan real. Tan crudo.

Y era completamente adicta.

Pero ser adicto es estar lisiado e impotente.

Me había pasado la mitad de mi vida lisiada e impotente, a merced de los médicos y de la voluntad de mi cuerpo.

No lo haría nunca más.

Miré hacia la mano que me agarraba. La mano no pertenecía a Bestia; la suya estaba grabada en mi memoria. Las manos de Bestia eran como la virilidad refinada, grandes con venas fuertes que prometían un agarre que podría sostener mi alma tan fácilmente como mi cuerpo. Reconocía esta mano, al igual que reconocía al hombre al que pertenecía: Levi, el policía del funeral y el amante de Gabby. Me miraba fervientemente.

—Puedo sacarte —dijo, soltando su agarre de mi brazo, pero mirando y hablando no menos fervientemente—. Puedo conseguirte un refugio seguro. Hay buenos policías en esta ciudad, personas que ayudarán. —Lo miré. Su largo cabello estaba recogido en un moño desordenado, no el elegante moño de hombre visto por todos los hípsters y aspirantes en Nueva York, sino una apariencia desesperada en un hombre desesperado.

—¿Gabby sabe que estás aquí? —pregunté, desviando su oferta. Ya sabía la respuesta. Cuando Gabby descubrió el secreto de Levi, ella lo cortó, no por despecho, sino por amor.

Los ojos de Levi destellaron un momento.

—Ella no devuelve mis llamadas. —*Bien*. Al ver el auto negro que se acercaba a la acera, me alejé de Levi hacia Nikolai.

—Sé que están planeando algo —me gritó a la espalda—. Tú y Gabby. Hay una razón por la que ella me está evitando y no es porque no esté contenta con nosotros. Somos *buenos* juntos. —Me giré y caminé de regreso, los tacones de mis zapatos haciendo un eco solitario en el pavimento. Me elevé en su rostro.

—No *perteneces a este mundo*, Levi —dije, como si yo lo hiciera.

—¿Y tú y Gabby sí? —preguntó Levi. Casi me opuse, sintiendo que mi mente había sido invadida. Él agarró mi brazo otra vez, y miré sus dedos. Solo me sostuvieron ligeramente. Fueron gentiles. Sus palabras me exigían, pero sus dedos no. Debajo de su mano era invisible. Era grande, cubierta de venas gruesas, y había subvertido mi propia conciencia y ser. Había entrado en mi sistema muscular, se había deslizado en mi sangre. Me había cambiado.

Me liberé de Levi sin responder y me fui, haciendo caso omiso de sus gritos cuando entré por la puerta que Nikolai tenía abierta para mí.

\*\*\*

Nikolai condujo de vuelta al penthouse y yo miraba por la ventana, pensando en lo que Gabby y yo habíamos cementado en acción. Afuera, la imagen apenas cambió. Estaba segura de que había cosas que no podía ver, más allá de las luces centelleantes y la nieve que caía.

—¿Nikolai? —llamé, girándome de la ventana. Sus ojos se encontraron con los míos en el espejo retrovisor—. ¿Me dirías algo sobre ti? Algo que Bestia no sabe. —*Algo que me permita conocer tus verdaderos motivos*.

Sus ojos volvieron a la carretera.

—No creo que sea inteligente. —Uniendo mis labios ligeramente, mi mirada se movió de regreso a la ventana. Solo quería algo, no importa cuán pequeño, además de Bestia. Algo para recordarme que habría una vida más allá de esta vida manchada. Algo más que él a lo que podría agarrarme.

—Todos tenemos nuestras partes para interpretar, señora —dijo Nikolai, arrastrando mi mirada de regreso a la suya en el espejo retrovisor—. Si te rompes antes de que termine la obra, entonces te arriesgas a permitir que la audiencia entre. —Mi ceño frunció, mis ojos aún bloqueados con los de Nikolai en el espejo. Lentamente, su mirada se movió cuando llegamos al tráfico y redirigí la mía a mi regazo.

Todavía no sabía su apellido. Básicamente iba a la guerra con este tipo, pero no sabía nada sustancial.

Los colores rubí de los faros y las luces de las calles arrojaban un resplandor sobre mis manos mientras jugueteaba con mis pantalones. Me preguntaba si estaba en mi cabeza, y no era la primera vez que lo hacía. Desde que me intercambié a Bestia, había estado flotando en una tormenta. Sin embargo, nunca me imaginé esto, interpretando un papel como princesa para derrotar a un Jefe de la mafia.

Una parte que borraría a la chica que una vez fui.

Miré por la ventana mientras el automóvil recuperaba velocidad. Apenas podía recordar quién era, lo que solía hacer. Frankie Notte... ella tenía sueños. Quería viajar por el mundo. Pegaba fotos en su pared de lugares para ver, una lista de cosas que hacer, desde ver Tokio hasta Times Square en año nuevo. Quería encontrar el amor verdadero, como la mayoría de las personas lo hace, esa persona que te iguala de manera inequívoca. Esa persona que es tanto tu mitad que una vez que la encuentras se vuelve cruda, dolorosamente real, cuán incompleto eres sin ella. Sin ella, sería como tratar de andar en bicicleta sin ruedas.

De repente, la vida simplemente no funciona.

Yo quería eso.

Con un suspiro irregular, clavé una uña en la palma de mi mano, tratando de estilizar los pensamientos de Bestia que fluían a través de mi corazón ante el pensamiento de amor. La oscuridad se instaló en el auto cuando Nikolai entró al garaje. *Todos tenemos nuestras partes para interpretar*, dijo. Yo sabía mi parte. Era el papel principal, y el más importante. En la secundaria me enloquecía, porque realmente quería el protagonista en el musical antes de que me enfermara demasiado para la audición.

Ahora no solo deseaba que me pudieran cambiar el elenco, realmente deseaba poder abandonar la obra, ir a casa y jugar al fútbol o algo por el estilo. Sabía en lo profundo de mi médula que una vez que comencé a interpretar esta parte, nunca volvería a ser Frankie Notte. Una vez que entré en la obra, la única forma en que cayera el telón era con la muerte.

Nikolai salió del auto y lo vi caminar hacia mi puerta a través del cristal tintado. Mi rostro se calentó y agarré la suave tela de mi abrigo. Siempre pensé que cuando muriera sería obvio, como el tipo de funeral de ataúd, no esta cosa ambigua, este Alzheimer del alma donde no solo me veía obligada a verme morir sino ser una participante activa, donde tomaba la daga y la sumergí en el alma de Frankie Notte para poder interpretar el papel de princesa.

Nikolai abrió la puerta. Exhalé profundamente, sonriendo para no llorar, y salí. Justo cuando salí del auto, Nikolai me agarró. Con un agarre sorprendentemente firme, me mantuvo en su lugar. Lo miré, esperando.

—Ahora que?

—No debes dejar que te rompa —susurró contra mi oreja—. Conviértete en lo que sea o lo que sea necesario, incluso si es la antítesis de lo que eres ahora. Arroja tu piel y ponte otra, mientras sobrevivas, y recuerda esto último: no importa lo que hagas, pase lo que pase, él es quien prendió el fuego que te forzó a renacerte.

\*\*\*

Horas después, miraba el fuego en la biblioteca, pensando en lo que Nikolai me dijo.

Hablando sobre una excelente táctica.

Fue reconfortante en cierto modo, pero sentí que Nikolai lo decía más sobre él mismo que sobre mí. ¿Qué pasa si ya *había* renacido? Suspirando, volví a mi libro. Una copia de *Nudos Náuticos* escrita por un oscuro escritor británico estaba en mi regazo con un señuelo a mi lado. Tenía que dominar un nudo muy complicado en menos de dos días y como no tenía acceso a Internet, esta era la manera de hacerlo.

—*Nudos náuticos*. —Escuché su baja y sensual voz antes que cualquier otra cosa. Se coló dentro de mi sangre, vibrando a través de mis venas y mi cuerpo. Ni siquiera oí sus pisadas o el crujido del suelo. Al siguiente segundo estaba a mi lado, un mechón de cabello casi negro cayendo sobre un intenso ojo azul verdoso. Alzando una ceja, Bestia se inclinó y recogió el libro que tenía a mi lado.

—Ni siquiera me hagas comenzar a pensar en lo que pensé que era. —Levanté el libro señuelo, desviándome—. Realmente necesitas un sistema aquí. —Por suerte, Bestia mordió el anzuelo, dejando caer el libro acerca de nudos que había estado leyendo y yendo en cambio a *Shakespeare*.

—*Romeo y Julieta* —comentó—. Mi único amor surgió de mi único odio. —Sonrió con ironía y mi aliento se contrajo, mi corazón latió tartamudeando, antes de darme cuenta de que estaba citando la obra. Miré sus labios curvos, recordando el verso en mi cabeza.

• *Mi único amor surgió de mi único odio*

*Demasiado pronto se ve desconocido, ¡y se sabe demasiado tarde!*

*Prodigioso nacimiento de amor es para mí,*

*Que debo amar a un enemigo despreciado.*

Suspiré. Eran solo más trucos de la mente. Levantando una ceja, tomé el libro lentamente.

—Pensé que ninguno de estos te pertenecía. —Ojos astutos, esperé. La copia de *Romeo y Julieta* que sostenía estaba desgastada, golpeada, obviamente leída, y a menudo también. Sin embargo supuse que era porque se lo habían dado.

Mientras estudiaba a Bestia, esperando su respuesta, ya había llegado a mi propia conclusión. A pesar de lo que él me había dicho al principio, cada libro de esta biblioteca era suyo. Debería haberme dado cuenta antes. Después de todo, fue *Shakespeare* quien escribió que el sabio se hacía el tonto, y Bestia conocía al poeta tan bien que me lo citaba de memoria.

Otro truco más por lo que me había enamorado.

Pero no me enamoraría de otro nunca más.

Sacudió la cabeza.

—Lo has olvidado, Frankie. Dije que *algunos* lo eran.

Me reí con frialdad.

—Ah, claro. —Apretó su mano sobre la mía, tirando de mí suavemente desde la silla a sus brazos. Esperé, respirando. Apenas me había hablado desde la noche anterior, ya que le había mentido. Su profunda mirada era completamente ilegible. Me preguntaba si me castigaría.

Luego me puso el cabello detrás de la oreja.

—Eres hermosa.

—Yo... —tartamudeé, la mirada parpadeando desde él hacia el fuego. ¿Qué está pasando? Había estado esperando el castigo, algún tipo de enojo por parte de él después de mentir acerca de mi período, pero esto no era eso. Bestia presionó su rostro contra mi cuello, los labios contra la piel. Sentí la conexión profundamente dentro de mí, los escalofríos recorrieron todo mi cuerpo, y mis dientes hormigueaban como si hubiera comido demasiada azúcar.

—¿Los hombres te lo decían todo el tiempo? —preguntó, con la voz caliente en mi cuello—. ¿Alguna vez elogiaron tu mente? Es como un laberinto, retorcido e incierto, lleno de trampas que caerían en manos de un hombre inferior. Pero también hay recompensas, e imagino que una vez que alcances el centro, el tesoro

no tiene paralelo. —Ante sus palabras, fue como si un gong me golpeara en el estómago. Un solo pensamiento resonó en mi cuerpo. *Qué injusto que el hombre que me borró por completo sea el único que me haya conocido tan completamente.*

Me lamió dejando un rastro desde el cuello hasta el lóbulo de mi oreja. Agarré sus hombros. Mordió y tiró de él, tirando de la piel entre sus dientes.

—¿Cuáles son tus planes para año nuevo? —susurró la pregunta justo debajo de mi lóbulo de la oreja.

—Oh, no sé —le dije, odiando lo jadeante que estaba—. Probablemente salir con algunos amigos. —Se rio, un sonido áspero en su pecho como si no se consiguiera a menudo. Como encender un fuego en una chimenea después de años sin uso. Su mano serpenteó en mi cabello y me tiró ligeramente hacia atrás así podía ver sus ojos.

Entonces me besó.

Me devoró.

Reclamó mi boca en segundos. Era excitante, rápido y terminó demasiado pronto.

Me dejó ir y lo miré, esperando.

—Cuando llegue a casa estarás dormida en mi cama —dijo, y luego me soltó por completo. Bestia salió de la biblioteca y esperé a que doblara la esquina. Cuando estaba segura de que se marchó, caí en la silla. Mis extremidades eran como gelatina, estaba excitada, sin aliento, y muy confundida.

\*\*\*

Dijo que durmiera en su cama, pero cuando se marchó, era solo la tarde. Con la ayuda de Nikolai, supe que Bestia no volvería hasta muy tarde. Terminé de estudiar *Nudos Náuticos* y salí de la biblioteca.

Me desvíe en la cocina para buscar cámaras y puntos ciegos. Había algo que necesitaba de la cocina, algo que era esencial para mi plan. Noté algunos bichos negros y brillantes, pero había al menos una forma de obtener lo que necesitaba

Sintiéndome con poder, me dirigí a mi habitación para leer un poco del diario de Sofía. Ahora que estaba asumiendo este papel, me sentía aún más obligada a leer su vida, como si ella pudiera enseñarme cosas, prepararme para el papel en el que estaba a punto de interpretar. Faltaban algunas páginas después de la última que

leí, acerca de Emilio, y esperaba que no fuera demasiado confusa. Con mi dedo en el delgado y almidonado papel, leí.

• *Cuando me reuní a Alessio, me confirmó lo que susurros de mamá y papá me hicieron adivinar: una guerra ha comenzado.*

Mis ojos se ensancharon en la primera línea. ¿Una guerra? Con un respiro, continué.

*La muerte de Lucio Senior hace que los hijos Pavoni luchen por el patriarcado, y todos vamos a pagar el precio. Ya sé que esto será diferente a la Noche de las Coronas Sangrantes. Puedo sentirlo. Incluso esta noche, Alessio no ha dicho nada sobre que nos vayamos. Lo mencioné, pero él simplemente cambia de tema, dice que no es el momento adecuado.*

*Sostengo mi vientre, temerosa por mi hijo por nacer, sin saber cómo decirle ahora.*

*¿Cómo le digo que estoy embarazada? ¿Cómo? ¿Con todo lo que está pasando?*

*Cuando Lucio Pavoni Senior y mi abuelo, Massimo De Luca, se casaron con la familia Marchesi, era diferente. Fue solo una noche. La historia cuenta que la familia Marchesi era la familia más rica de su pequeña ciudad italiana. No era ningún secreto entonces que los Marchesi eran una mafia. A cambio de sus dos hijas, Lucio Senior y Massimo vendrían a trabajar para él.*

*En cambio, lo mataron. En lo que se conoce como La Noche de las Coronas Sangrantes, Massimo y Lucio Senior entraron a la casa de su nuevo padre y le quitaron la cabeza. Apenas tuvieron que escabullirse, ya que él les había dado la bienvenida. Le quitaron la cabeza y la colgaron fuera del palacio, declarando el nuevo régimen. Es después de eso las historias cambian.*

*Está es la historia oficial, y está es la historia que escuché. La historia que todos crecimos escuchando es que mi abuelo creía tan profundamente en los Pavoni que no se atrevió a tomar el reinado por sí mismo.*

*Pero escuché otra. Oí al abuelo Massimo hablando un día. Dijo que vio la sangre vertida en la cama de Marchesi y que si intentaba tomar el reinado de Lucio Senior, vería su propia sangre algún día. Continuó diciendo que sabía que nadie podía usar una corona sin que le pinchara la sangre de la cabeza que la usaba. Como la abuela ya estaba embarazada, él no quería arriesgarse.*

• *Lucio Pavoni se convirtió en el Jefe, y mi abuelo en su mano derecha.*

*Eso fue solo una noche. Sé que esto será diferente, porque esto es guerra. Todos sangraremos, incluso aquellos sin coronas. Si solo Alessio huyera conmigo mientras aún podamos.*

M.D

Mary  
Catherine  
Gebhard

Baje el diario, incapaz de continuar. Mis dedos descansaban sobre el papel y miré hacia adelante, sin mirar realmente nada mientras las palabras de Sofía resonaban en mi cráneo. *Todos sangraremos, incluso aquellos sin coronas.*

Hate Story I  
**Beast**  
The Beginning

# Capítulo 24

Las cabezas ensangrentadas y cortadas del Consejo colgaban del balcón, como si estuvieran clavadas en algún castillo medieval. Todos estaban allí, excepto Dario, a quien Anteros reservó para el final. Cada una de sus caras estaba retorcida en un último suspiro, la cara de su último momento mortal. Era chillona e indigna, nada como los hombres que habían profesado ser sus vidas enteras. Eran caras de sorpresa e indignación, de cobardía cuando se enfrentaban a una pérdida de privilegio acerado.

La sangre goteaba lentamente, a diferencia del momento de su muerte, cuando se había derramado rápidamente y con un propósito, pintando la barandilla de rojo y violencia. Ahora era letárgica y calculada, formando una lágrima bulbosa que caía con un goteo en una piscina grande en el suelo.

Anteros se ajustó las mangas enrolladas completamente empapadas en sangre. Tal vez fue ostentoso, pero nadie lo cuestionaría. La sangre de los cuerpos se juntaba alrededor de sus zapatos; donde las personas usualmente se emborrachaban, bebían y bailaban, ahora un líquido rojo negruzco presionaba contra sus plantas. Brillaba incluso en la oscuridad.

Solo unas pocas bombillas tenues iluminaban la habitación y la luz amarilla y sucia borroneaba las líneas. Incluso los cuerpos parecían descoloridos en la oscuridad.

—No te he visto tan sangriento en años —comentó Pequeño O. Anteros se apartó de las cabezas cercenadas, sonriendo a Pequeño O. Junto a los pies de Pequeño O, cuatro trajes sin cabeza se empapaban lentamente de sangre, sus cuellos expulsándola.

—Es por una buena causa. Termina aquí. —Anteros levantó el cuchillo en su mano para señalar los cuerpos decapitados en el suelo. El cuchillo brillaba como si estuviera satisfecho con un trabajo bien hecho. Cuando Pequeño O comenzó a preparar los cuerpos para el equipo de limpieza, Anteros se dirigió a las escaleras, con los zapatos chirriando de sangre.

Había pasado un tiempo desde que Anteros se sintió feliz, si eso era lo que era. No estaba seguro de si alguna vez había sentido la emoción, incluso. Subiendo las escaleras, pensó que debía ser eso. Sus miembros se sentían más ligeros, y había un fantasma de sonrisa en su rostro. Antes en la biblioteca con Frankie, le había

golpeado, como el zumbido del licor realmente bueno. Las noticias de los secuestros de los concejales ya le habían llegado y todo iba según lo previsto. El golpe iba a funcionar.

No quedaba nadie para oponerse a él.

Eso *debe* ser felicidad. Belleza, la droga que vendían en el almacén, prometía la sensación por cuarenta dólares la dosis. No es de extrañar que las personas se rompieran. Su mano estaba resbaladiza contra la barandilla, la sangre deslizándose contra la madera pulida. No importaba; todo el almacén sería limpiado por la mañana, y cuando llegaran los limpiadores, ellos correrían la voz. Verían las cabezas y todos lo sabrían.

El Consejo había terminado. Las columnas desmoronadas que habían estado apuntalando con la espalda de Anteros, finalmente habían sido derribadas. Incluso si odiaras a Bestia, tendrías que seguirlo.

Anteros entró a la oficina. Chico Bonito y Gran O tenían a Dario de rodillas, con las manos en cada hombro. Contra la pared, Loco A se inclinaba. Incluso si no hubiera estado presente para la planificación, al menos había aparecido para el final. Dario luchaba contra el agarre, pero estaba claro que no iba a salir.

—Si crees que puedes salirte con la tuya con un asesinato no autorizado de un miembro del consejo... —Dario hizo una pausa para reír, mirando a Chico Bonito y Gran O y luego a Anteros—, eres más estúpido de lo que pensaba. —Anteros avanzó lentamente hacia Dario, inclinándose hasta que estuvo a la altura de los ojos.

—*No hay consejo.* —Anteros agarró a Dario por las solapas, jalándolo para levantararlo. Aun sosteniéndolo por las solapas, Anteros empujó a Dario fuera de la habitación, haciéndolo tropezar por las escaleras del almacén hasta que estuvo en el medio de la habitación. Sosteniéndolo para que pudiera ver con claridad, Anteros dirigió la atención de Dario hasta la barandilla donde estaban las cabezas cercenadas del antiguo consejo.

Los ojos de Dario se agrandaron. Anteros pensó que era la única vez que había visto a Dario realmente aturdido. Incluso un destello de miedo pasó por la cara del hombre. Dario siempre fue un hombre imperturbable e impasible, sin mostrar nunca sus cartas, el perfecto jugador de póquer. Al ver las cabezas de los concejales le había hecho tropezar, desviar momentáneamente su mano.

—Eres el siguiente —dijo Gran O desde detrás de Anteros.

—Obviamente —dijo Pequeño O un momento después.

—Estaba implícito —agregó Chico Bonito con exasperación. Ignorándolos, Anteros empujó a Dario de rodillas. Cayendo en el suelo ensangrentado, el traje a medida del hombre estaba empapado de rojo en las rodillas. Cualquier miedo o sorpresa que hubiera estado en su rostro antes desapareció. Mientras miraba a Anteros, él era una vez más la imagen de la impasibilidad.

Anteros podría respetar a Dario en su muerte, al menos. Enfrentado con la parca, él no se opuso. A diferencia de los otros miembros del Consejo que habían suplicado y rogado por sus vidas, Dario lo enfrentó con una mirada acerada, con la barba de chivo apretada alrededor de una delgada línea sin emociones.

—¿Últimas palabras? —preguntó Anteros.

—Puedes matar a toda la familia —dijo Dario—. Todavía no serás un Pavoni. —Anteros entrecerró los ojos mientras el hombre continuaba. La impasibilidad de Dario estalló con una amarga sonrisa cuando dijo—: Tu sangre es basura. Nunca serás reconocido como un verdadero Jefe de esta Familia.

Apretando su mandíbula, Anteros levantó el cuchillo y cortó el cuello del concejal con un movimiento rápido. Rodó limpio de su cuerpo, aterrizando en el suelo con un ruido sordo. Segundos después, el cuerpo decapitado de Dario perdió la capacidad de mantenerse en pie, aterrizando en el piso también.

Agarrando con fuerza el cuchillo, Anteros miró la cabeza del último concejal. La cabeza cortada de Dario era diferente de las otras: cruel e impasible, burlona incluso en la muerte. Con una exhalación profunda y escarpada, Anteros se giró y se enfrentó a sus Lobos.

Uno por uno, se arrodillaron en el suelo empapado de sangre.

Pequeño O bajó la cabeza.

—Jefe.

Gran O lo siguió, inclinando su propia cabeza.

—Jefe.

Chico Bonito continuó, inclinando la cabeza en sucesión.

—Jefe. —Mantuvieron sus cabezas inclinadas por un momento mientras una sensación desconocida llenaba el pecho de Anteros, ¿eso era validación? ¿Orgullo? El momento continuó hasta que Pequeño O levantó la cabeza y miró a Loco A, que estaba apoyado contra la pared, con los brazos cruzados. Gran O y Chico Bonito levantaron la cabeza al lado, mirando a Loco A.

Él se encogió de hombros y dijo:

—Jefe.

De repente, todos se pusieron de pie.

—Bueno, eso fue culminante —dijo Pequeño O, sacudiendo los hombros.

—¿Tenemos que pegar ese también allá arriba? —preguntó Pequeño O, haciendo un gesto hacia la cabeza cortada de Dario—. Creo que cuatro es bonito, ya sabes, intimidante. —Anteros le disparó a Pequeño O una mirada que indicaba que sí, que la cabeza tenía que subir al balcón—. Haz que Loco A lo haga, él no ha hecho nada —gimió Pequeño O.

Loco A dio un paso adelante.

—No.

—Pero... —comenzó Pequeño O.

—Solo vine —interrumpió Loco A—, para decirle a Bestia cómo voy a matar a la chica.

\*\*\*

—¿Aún no la has matado? —Chico Bonito frunció el ceño.

—Se te acabó el tiempo. —Técnicamente, la fecha límite había pasado. Debería haber matado a Frankie antes de la muerte del Consejo, pero un maldito día más no importaría.

—Lo haré mañana por la noche —gruñó Anteros, empujando a Chico Bonito para llegar a las escaleras. La sangre comenzaba a secarse, haciendo que su ropa se volviera rígida y almidonada. Conservaba un conjunto de ropa extra en la oficina, todos lo hacían. Subió las escaleras, las pisadas del resto de los Lobos ardían detrás de él.

Cuando llegó a la oficina, ya se estaba desabrochando la camisa.

—Entonces no te importará si te cuento cómo voy a hacerlo. —La voz impasible, ligeramente divertida de Loco A se desplazó hacia él desde atrás. Anteros hizo una pausa, los dedos en los botones con costras de sangre de su camisa.

—Dime cómo vas a hacerlo —dijo Anteros, continuando arrojando su ropa—. Me importa una mierda, pero estás perdiendo el tiempo porque *yo* voy a matarla. —Anteros se quitó su camisa ensangrentada, sin molestarte en terminar de desabrocharla. La arrojó sobre una lona de plástico en el piso y miró hacia la habitación. Los otros Lobos habían entrado en la habitación y comenzaron a hacer lo mismo, desabotonándose las camisas y los pantalones, arrojándolos a la pila en el suelo.

—Estaba pensando en hacerte dispararle —dijo Loco A, con la voz ligera y aireada, despreocupada. Sin embargo, tenía un borde afilado, como la punta de una aguja... tan fina que no podías verlo, pero era letal y maligno. Anteros hizo una pausa. Sabía lo que implicaba Loco A, la historia a la que aludía. Ignorándolo, Anteros continuó desvistiéndose.

Gran O y Pequeño O se detuvieron e intercambiaron miradas. Chico Bonito se detuvo con un brazo en una manga, luego lentamente continuó poniéndose la camisa.

—Está bien... —dijo Pequeño O.

—Buena suerte con eso —dijo Chico Bonito, encogiendo el resto de la nueva camiseta sobre su cuerpo. Anteros abrió su escritorio y sacó una camisa sellada al vacío, arrojando el cuadro de plástico sobre su escritorio.

—Como dije, lo haré mañana por la noche. —Anteros miró fijamente a Loco A, con la nueva camisa intacta. La energía era salvaje y cruda. Con su pecho desnudo y Loco A cubierto de sangre, era como dos animales por la noche.

—Qué manera de comenzar el año nuevo —dijo Chico Bonito, hundiéndose en el sofá. Con los brazos en la parte superior, parecía completamente relajado.

—Desearía tener una chica para matar por año nuevo —respondió Pequeño O con melancolía, uniéndose a Chico Bonito en el sofá.

—Deberíamos comenzar esa tradición —proclamó Gran O, sonando emocionado.

—Estoy deprimido —respondió Pequeño O—. Podríamos hacerlo bien cuando la pelota se caiga.

—Llamaré al Instituto —dijo Chico Bonito.

—A la mierda. Eso —dijo Gran O con énfasis, apretado en el sofá—. No desperdices dinero en la clase alta, solo encontraré a alguien en la calle.

—Y aquí estaba preocupado de que no tuviera nada que hacer este año nuevo —dijo Chico Bonito. Mientras resolvían los detalles, Loco A continuaba mirando implacablemente a Anteros. Se apoyó contra la pared, con los ojos clavados en Anteros, como si estuviera listo para instalarse en la noche. Con un gruñido, Anteros agarró la camisa empacada al vacío del escritorio y se dirigió hacia la puerta.

—Tic, tac —dijo Loco A, a su espalda. Anteros se detuvo, sujetando el marco de la puerta con tanta fuerza que sus nudillos se volvieron blancos.

—Mañana por la noche —gruñó Anteros, sin molestarse en darse la vuelta.

—¡Feliz Año Nuevo! —gritaron Pequeño O, Gran O y Chico Bonito alegremente desde el sofá.

\*\*\*

Cuando Anteros llegó a casa, Frankie estaba en su cama, tal como le había dicho que fuera. Su cabello castaño se extendía sobre la almohada y su brazo estaba extendido sobre su cama como si buscara algo. Aunque había hecho que la otra habitación se hiciera con ella en mente, algo sobre tenerla aquí, en su cama, era correcto.

La necesidad de meterse en las sábanas y tirar de ella hacia él lo venció. Una necesidad de su piel. Para oler su aroma femenino y fresco. Para consumirla. Apretó su puño, sintiendo el plástico de la camisa empacada al vacío. La sangre le formó una costra en la piel y se escamó en sus vellos. Mojaba el dobladillo de sus pantalones, salpicado en sus rodillas y muslos. Con una última mirada a su rostro dormido, fue a la ducha.

—Encender ducha —dijo Anteros, entrando al baño. El vapor llenó el grande, caliente y bochornoso espacio. Se quitó las últimas prendas y las echó a un rincón. El azulejo estaba caliente debajo de sus pies cuando entró en la ducha.

El agua caliente le golpeó la espalda y gimió. Anteros vio como el agua corría roja, desapareciendo en espiral por el desagüe. El color era afrutado, como un ponche. No podía evitar recordar la última vez que había estado en la ducha, con Frankie.

Debería haber sido rojo entonces.

Pero ella había mentido.

Se inclinó hacia adelante, con la frente hacia el azulejo, mirando el agua roja que se volvía clara lentamente. Su cabello negro estaba mojado contra su frente,

cubriendo sus ojos. El agua le corría por el rostro, la nariz y los labios. Apoyó su mano sobre el azulejo, con los dedos extendidos. El agua pasó de rosa, a rosada, a teñida, a completamente clara.

Por unos momentos, continuó mirando el agua clara correr por el desagüe. El azulejo onduló con incertidumbre debajo de la corriente mientras el agua salpicaba sobre sus pies en un patrón continuo.

Ella había temido su toque entonces, le temía.

Como debería.

Anteros apagó la ducha y regresó al dormitorio. Frankie todavía estaba profundamente dormida, ajena a que el depredador se secaba a unos metros de distancia. Llevaba solo un pequeño top sin mangas y una tanga, no se parecía en nada a lo que había estado usando el mes anterior, apenas los negligés y la ropa interior que Anteros le había ordenado usar. Era una reminiscencia de los jeans y la camisa de franela, de alguna manera totalmente Frankie.

Anteros arrojó la toalla húmeda al suelo. Tenía el cabello mojado, las olas caían sobre sus ojos y le impedían ver a Frankie. Sacudió su cabeza, sacudiendo el cabello húmedo hacia atrás. Debería hacerlo ahora, mientras ella dormía.

Eso sería una misericordia.

Pero no podía, y por primera vez en semanas, reconoció la mentira a sí mismo: nunca lo haría. Pensó en los rostros del Consejo, cada una amalgama de sorpresa e indignación, de los años que ellos tuvieron que esperar, pero se dio cuenta de que lo que perderían en ese solo segundo, de la furia al darse cuenta de que fue Anteros quien lo tomó de ellos.

Esa sería la cara de Frankie.

Miró hacia la ducha, pensando en lo que Frankie le había revelado ese día. Al principio, cuando la había tomado por primera vez, podía luchar contra la emoción, como tratar de luchar contra un invasor. Cada vez que aparecía dentro de él, lo tiraba a un lado, lo reclamaba como algo más. Incluso en la ducha, cuando la emoción realmente había echado raíces, era extraña y desconocida.

Ahora era como si Frankie estuviera completamente dentro de él.

Ya fuera amor o su destrucción, ya no quería pelear más.

Con una exhalación baja, Anteros se deslizó a su lado, tirando de ella en sus brazos. Ella se acercó a él, su piel se encontró con la suya, cálida y suave. Enterró su nariz en su cuello, apretando su agarre sobre ella.

\*\*\*

Anteros gimió. Estaba teniendo un sueño, uno malditamente muy bueno. No podía recordar la última vez que había soñado. Usualmente tenía el sueño ligero, para poder despertar en el momento en que sentía alarma. En este sueño, su polla estaba dura y alguien lo estaba frotando.

Gimió de nuevo, arqueándose hacia la ilusión, y en ese momento, el sueño se partió por la mitad y recuperó el sentido. La brumosa niebla del sueño fue absorbida y la realidad se abrió paso. Se sentó en la cama, esperando una amenaza.

Frankie estaba encima de él, todavía llevaba solo la camiseta sin mangas y la tanga. Miró hacia un lado para ver la hora: las tres de la mañana. Quedan 21 horas antes de que los Lobos se den cuenta de lo que no hizo, antes de que el Loco A viniera por ella, y antes de que realmente tenga que elegir.

Sus pequeñas manos lo recorrían a lo largo, poniéndolo dolorosamente duro, lo que hacía que no se pudiera enfocar.

—¿Qué es esto? —le preguntó, agarrando su mano y deteniendo sus atenciones.

—No puedo dormir. —Apartó la vista—. Te quiero dentro de mí. —Anteros no creía en los cuentos de hadas o felices para siempre; después de todo este tiempo, ¿ahora? ¿Ahora estaba empezando a quererlo? No tenía sentido. La agarró por la barbilla, atrayendo su mirada hacia la de él. Ella se mordió el labio, mirándolo a los ojos. Su lengua salió para humedecer sus labios.

—¿Es así? —preguntó.

—Mira, no importa. —Intentó apartarse de él, pero Anteros le dio un tirón y la inmovilizó contra la cama. Su pecho desnudo creaba fricción contra su camiseta sin mangas, provocando que se levantara y dejara al descubierto la piel de su estómago. En un solo movimiento, introdujo su mano en sus delgadas bragas y la encontró empapada.

—Oh... —exhaló ella, sus ojos se abrieron y luego se agitó cuando hundió un dígito dentro de ella.

—¿Qué tan mal loquieres? —le preguntó, curvando el dedo dentro de ella.

—Mal... —susurró, con voz ronca. Anteros sonrió. Se inclinó para besarla, pero ella apartó la cabeza. Levantó una ceja y deslizó el dedo hacia afuera. Podía tomarla, pero luego, después de hacer lo que siempre hacía cuando la pasión la abandonaba, se vería asustada de sí misma, de lo que había hecho, y se volvería fría.

La había hecho gemir antes, ella lo había agarrado antes. Podía hacerla gemir hasta que perdiera la voz. Ese no era el problema. La quería completamente.

Toda ella.

Con un gemido frustrado, Anteros la dejó ir. Ante eso, ella se movió contra su mano, como si tratara de atraparlo dentro.

—Te quiero *dentro* de mí —jadeó.

—¿Pero no quieres besarme? —La duda y el escepticismo eran calientes en su lengua. Lentamente ella giró su cabeza de regreso, sus ojos se bloquearon con los suyos. Su mano era ligera como la pluma a lo largo de su brazo, susurrando contra la piel a través de sus anchos hombros hasta rozar su barbilla, a lo largo del rasguño de su barba perfectamente cultivada.

Ella se inclinó, yendo por un beso, pero él no la encontró. Anteros la hizo recorrer toda la distancia. Le hizo introducir los labios, y aunque en el momento en que los suaves labios de Frankie hicieron contacto, quería empujarla hacia el colchón, Anteros esperó a que ella chupara sus labios, trazar su lengua contra la de él, esperó hasta que sintió sus cálidos jadeos contra su boca.

Luego la devoró. Apartó sus bragas a un lado, estirando la tela hasta que fue inútil. Empujando dos dedos dentro de ella, su pulgar se frotó contra sus pliegues, ligeramente contra su clítoris. Y, joder, ella estaba tan excitada y húmeda. Simplemente perfecta. Él chupó su labio inferior hasta que la sensación fue tal que ella tuvo que alejarse y recuperar el aliento.

Él movió su boca hacia abajo y sobre la delgada camiseta sin mangas, tirando de un pezón erecto en su boca. El algodón era una barrera que mitigaba su asalto al pico sensible. Su ataque era salvaje, no podía contenerse en ese momento. Su necesidad lo había vencido. Anteros succionó con tanta fuerza que el algodón se mojó. Abrió la boca, devorando la mayor parte de su pecho en su hambrienta boca.

Ella jadeó, agarrándole el cabello, instándolo a chupar más fuerte. Con un gruñido frustrado, se sentó ligeramente, tirando de ella con él, y le tiró la camisa por encima de la cabeza. Luego la regresó al colchón. Frankie inmediatamente levantó sus brazos hacia él y Anteros se acercó a ella cuando hizo una pausa.

No era la primera vez que la había visto desnuda, no casi, pero ella nunca había sido así... buscándolo. Bucles marrones alrededor de la almohada en desorden, mechones de cabello enredados y revueltos con pasión. Sus mejillas rojas, labios hinchados de besos.

Los ojos de ella...

Estaban atascados en los de él, mendigando, suplicando, tan feroces en su deseo. Las profundidades del cristal ahogaban su interior. Anteros se dio cuenta de que *él* era el esclavo y siempre lo había sido.

Un esclavo en su deseo.

Un esclavo en su necesidad.

Un esclavo en su amor.

Él cerró la distancia, carne encontrándose con carne. Deslizó su mano debajo de su cuello, enroscándola en sus mechones. Tirando de ella, arqueó su cuello para poder ver su rostro cuando entró en ella. Anteros hundió su polla profundamente con un impulso fuerte y significativo. El aliento de Frankie se detuvo, sus ojos se abrieron de par en par y luego se encapucharon, y su lengua rosa se lanzó hacia afuera para lamer sus labios. Ella se agarró a sus hombros, clavando las uñas en los músculos mientras él se retiraba y empujaba hacia adentro otra vez. Él soltó su cráneo y su cabeza cayó en un jadeo.

—Mira mi pene dentro de ti —exigió Anteros—. Mira lo profundo que estoy.— Ella abrió sus ojos soñadoramente, siguiendo su mirada para ver dónde eran como una persona, su polla tan dentro de ella.

»¿Te gusta eso, Frankie? —preguntó. Ella asintió con furia. Él volvió a la acción, saliendo y entrando con un movimiento lento, cuidadoso y contundente. Sus manos viajaron a lo largo de ella, sintiendo la forma en que fluía con él, la forma en que su cuerpo lo llevaba dentro de ella y la forma en que lo ansiaba. Ella le besó el hombro, sujetándose con fuerza, su suspiro se convirtió en un gemido.

Pero no fue suficiente. Él quería que ella gritara su nombre.

—Di mi nombre, *mio cuore*, dilo. —Anteros le apartó el sudoroso cabello de la frente, mirándola a los penetrantes ojos aciano.

—Bestia —susurró ella.

—No —corrigió—. Anteros. —Si solo dijera su nombre, dale una razón para el infierno que estaba a punto de llover sobre sí mismo.

M.D

Mary  
Catherine  
Gebhard

—¿Qué? —Frunció el ceño—. ¿Qué es eso?

—Es mi nombre —presionó Anteros—. Dilo.

Frankie parecía sorprendida, pero sonrió un segundo después.

—Anteros.

Hate Story I  
**Beast**  
The Beginning

# Capítulo 25

*Anteros.*

Me salpique agua fría en el rostro. *Apégate al jodido plan.*

*Anteros.*

Toqué mis labios, aún podía sentir su nombre en ellos, sentirlo en ellos. Él confiaba en mí. Una cosa era que me durmiera en su cama (lo había estado haciendo desde el principio y desde el momento en que llegué), pero me había dicho su maldito nombre. La Bestia tenía un *nombre*. No sabía por qué me sorprendió tanto; por supuesto que tenía un nombre. No nació como una bestia bebé con extraños mamelucos con monogramas. Debe haber sido tan impactante porque había estado buscando cualquier grieta en su armadura desde que llegué, y su nombre era una vulnerabilidad.

*Anteros.*

La noche anterior, traté de matarlo. Fue estúpido e imprudente, pero durmiendo junto a él no podía seguir haciéndolo. El plan era estúpido y jodidamente loco: un sueño lunar. Sabía lo que tenía que hacer y cuándo, pero seguía siendo un acto de equilibrio. Todo dependía de que ciertas cosas se unieran en el momento correcto. Cuanto más tiempo estaba con él, más perdía de mí misma.

*Al que amo no me ama.*

*Romeo y Julieta volaron a través de mí y recordé el día en la biblioteca. Recordé su sonrisa irritantemente hermosa, arrogante e irónica. Era como si supiera que no tenía control de mis emociones. Su sonrisa confesaba todos mis temores: solo unos pocos días más y sería completamente suya, lo quisiera o no. Agarré el lavabo, respirando pesadamente, tratando de no llorar.*

Pero Bestia, *Anteros*, dormía justo a mi lado, y yo había controlado la almohada en mi jodida mano. Pude haberlo terminado todo. Mientras estaba dormido, agarré una almohada, la puse sobre su cabeza y me preparé para quitarle la vida. Luego se movió. La arrojé al suelo y comencé a frotar su polla porque eso fue lo primero que se me vino a la mente.

*Mierda.*

Agarré el borde del lavabo, mirando profundamente a mis ojos azul claro. Hubo un momento anoche, un momento en que no me sentí como una víctima, cuando olvidé odiarlo. En ese momento, lo que había estado luchando finalmente sucedió y el amor me tragó por completo.

Con mucho gusto tomaría una lobotomía para recordar ese momento.

*Al que amo no me ama.*

—No puedo seguir haciendo esto —susurré, cayendo al suelo, con las manos agarrando el lavabo. Estaba siendo despedazada. Mañana no podría llegar lo suficientemente rápido, necesitaba salir.

—¿Frankie?

*Mierda. Está despierto.* Me puse de pie rápidamente y me eché más agua en el rostro para esconder las lágrimas y luego le respondí:

—Estoy aquí.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó, entrando al baño. Lo miré en el espejo. Se quedó en la puerta, apoyado contra el marco. Le sonréí, enmascarando la confusión y el odio a mí misma que su presencia causaba. ¿Tenía que ser tan malditamente perfecto?

Largo y delgado, tenía el cuerpo de un nadador, pero era un gran nadador. Lo llamaron Bestia por una razón, incluso tenía que agacharse en la puerta. Al mirar su cabeza ladeada, me di cuenta de que sabía muy poco sobre él. Él *podría* haber sido un nadador por lo que yo sabía. Anchos hombros, cintura delgada, muslos musculosos, su paquete de ocho intrincadamente cortado como si alguien hubiera usado un cincel en el mármol bajo su piel suave y resplandeciente. También se apoyaba tan despreocupadamente contra el marco, con una sonrisa irónica en su rostro, y eso me molestó aún más.

No sabía por qué me molestaba. Debería haber sabido que nada lo humillaba, ni siquiera su belleza. Incluso tenía un hermoso pene. Nunca pensé mucho sobre los penes hasta que Anteros apareció con uno grandioso. Gloriosamente grueso y venoso, descansando como una barra de acero contra su muslo, fue todo lo que pude hacer para no apurarlo en ese momento.

Y me odié por eso.

Recordé haber leído que el truco más grande que el diablo había logrado era convencer al mundo de que no existía. Me preguntaba si lo hizo creando belleza.

Anteros extendió su mano, gesticulándose.

—Ven. —Me giré, poniendo mis manos en el lavabo detrás de mí. Me tragué mis emociones con una sonrisa hasta que se acomodaron en mis entrañas con la sensación familiar de ardor que me había atormentado durante el mes anterior, y caminé hacia su abrazo.

\*\*\*

Segundos en el abrazo, Anteros se giró y me empujó contra la pared justo afuera de su baño. Presionó su nariz contra mi cuello, los labios rozando la piel.

—Tienes que prepararte —dijo, su voz era un zumbido bajo contra la piel—. Solo tenemos unas pocas horas más.

—¿Vas a tener otra fiesta? —pregunté, tratando de mantener la voz firme mientras Anteros me presionaba contra la pared del dormitorio—. ¿Cómo la de navidad?

—Algo así. —Se inclinó más contra mí, colocándose a ambos lados. Me congelé, insegura de lo que él iba a hacer, luego me besó en la mejilla—. Usa cualquier cosa que quieras, pero prepárate en unas horas. —Toqué mi mejilla, quedándome congelada hasta mucho después de que él hubiera salido de su habitación.

Lentamente me despegué de la pared, mirando hacia donde él había ido. Se había ido, todavía desnudo, y salió al pasillo. Estaba actuando de manera tan extraña. No era la parte desnuda, Anteros no era exactamente tímido, era todo lo demás. La gentileza de cómo me tocó, el beso en la mejilla, diciéndome que “use lo que sea que yo quiera”.

Mordiéndome el labio, seguí el fantasma de sus pasos hacia el pasillo y hacia mi habitación.

Era la víspera de año nuevo, definitivamente una noche de gala, lo que significaba que la mierda regular de diseñador no iba a ser suficiente. Hace un año hubiera matado para tener el armario que tenía ahora. Diseñador, alta costura y etiquetas vintage, realmente era el sueño húmedo de una fashionista. Sin embargo, todo venía con un precio, y el mío era Bestia.

Oficialmente había sobrevivido un mes. Era la víspera de año nuevo y la noche en que Nikolai, Gabby, Vic y cualquier otra persona a la que Nikolai hubiera atado, no había sido muy comunicativo, iba a hacer su movimiento.

No podría haber llegado en mejor momento porque un día más en este lugar y no estaba segura de poder seguir adelante con el plan.

No estaba segura de querer irme.

Llegué a mi puerta, mi mano sentía la madera finamente pintada. La piel de gallina me picaba en la piel en el momento en que la empujé para abrirla, y me dirigí directamente al armario. Cada vestido era precioso, así que no podía equivocarme con ninguno de ellos. Sin embargo, había un vestido que me detuvo en seco, un *Paolo Sebastian*. Recordé la primera vez que usé un *Paolo Sebastian*, cómo me lo arrancaron de mi cuerpo, cómo había roto la pequeña fantasía que me quedaba.

Lo saqué y lo examiné. Era maravilloso, tal vez incluso más que el primer vestido.

No podría usar ropa interior con él. El vestido era más allá de fino, era absolutamente transparente. La única manera en que se detenía la imaginación era mediante delicados abalorios. Me lo puse y parecía que los cristales y el hilo eran uno con mi piel, como si ni siquiera llevara un vestido. El vestido caía al suelo, se acumulaba como líquido alrededor de mis pies. Como el agua, era claro, y se podía ver cada centímetro y detalle de mis piernas, el único indicio de tela era la ondulación y la costura de las flores, como si estuvieran flotando en un río.

Presioné mi mano sobre la tela sorprendentemente suave, sintiendo la red en mi abdomen, y dándome la vuelta para mirarme en el espejo. Todo en el vestido era una obra de arte, desde las hojas azul hielo en el busto hasta el arco de flores en mi pelvis. Estaba tratando de encontrar la forma de abotonar la delgada línea de perlas en la parte posterior cuando un sonido me atrapó. Sonó como un golpe. Asumiendo que era Nikolai, le grité que entrara. ¿Algo salió mal con el plan?

Cuando levanté la vista, Anteros estaba en la puerta del armario. Estaba aturdida. ¿Había llamado a la puerta? Bestia, *Anteros*, nunca llamaba a la puerta. Sin embargo, antes de que pudiera pensar en ello, se abrió camino más adentro.

Bueno, no empujado, pero se sintió así.

Parecía que con cada paso que daba, el aire se movía con él. Cada vez que daba un paso, yo retrocedía, hasta que estaba justo contra los zapatos, con los brazos extendidos detrás de mí. No pensé que alguna vez me acostumbraría a él. Cada

momento con Anteros era vida o muerte. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Qué horrores había planeado para mí esta vez?

Tenía una mano detrás de su espalda y tragué saliva. Eso no podría ser bueno. ¿Qué tenía allí atrás? ¿Qué instrumento de tortura me trajo esta vez? Mis manos se aferraron a la pequeña estantería detrás de mí mientras esperaba que me mostrara. Lentamente reveló su mano.

—Te ves como un ángel. —Su voz era ronca. Parpadeé, tratando de controlar mis facultades mientras sostenía un pequeño collar de diamantes con forma de rosa. Jadeé. Recordaba esa rosa, recordaba cómo me la arrancó de mi cuello. Era el mismo collar de rosas que llevaba un mes atrás, en mi primera noche aquí. Con cuidado, extendí la mano, pero luego negó con la cabeza. Me dio la vuelta, las manos moviendo mi cabello de mi espalda a mi hombro con cuidado lento y gentil. Me estremecí al toque, se me puso la piel de gallina.

Él lo abrochó.

Esperé a que me diera vuelta, pero luego comenzó a abotonar el vestido. Sus dedos se deslizaron debajo de la tela, uniéndose con mi piel. Contuve el aliento, el diafragma absorbía cada botón. Me mordí el labio, centrándome en estabilizar mi respiración. Cuando terminó, su palma presionó contra los botones. Desde la base de mi cuello hasta la pendiente en mi espalda, deslizó su palma hacia abajo, alisándola lentamente, con cuidado. Entonces sus manos descansaron en mis caderas. Esperé a que me agarrara, que me agarrara, que me exigiera.

—¿Estás lista? —preguntó, su voz baja.

Tragué.

—¿Qué? —pregunté, pero no estaba realmente segura de lo que dije. Mi cerebro estaba tratando de ponerse al día. Con un ligero aumento en la presión, me hizo girar para poder ver sus ojos.

—Para salir. Es hora de irse. —Asentí. La esquina de su boca se crispó y soltó mis caderas. Extendió su mano, primero la palma. Mis ojos se movieron hacia ella, luego a su rostro, insegura. Levantó una ceja y yo estreché mi mano en la suya, asegurándome de agarrar mi bolso, y juntos salimos de mi habitación. Eché un vistazo hacia la puerta, una puerta a la que él había tocado. Negué con la cabeza, girando hacia adelante.

Probablemente un golpe de suerte.

Un elegante auto negro nos esperaba en la acera pero, como estaba previsto, Nikolai no era el conductor. Distantemente me pregunté qué excusa había usado

Nikolai para salir de eso. Anteros bajó y una vez más extendió su mano hacia mí. Cautelosamente, la tomé.

El tráfico era ridículo. Anteros no me había dicho a dónde íbamos, no es que esperara que lo hiciera. Aunque tenía una pequeña idea. El plan había tenido en cuenta algunos escenarios. Miré por la ventana al tráfico detenido. Todos menos yo probablemente querían estar en algún lado. Este plan iba a cambiar todo, y no estaba segura de querer que las cosas cambien.

Sabía que *pensar* así significaba que tenía que salir corriendo de Dodge, pero la forma en que él me había sostenido la noche anterior hizo que mi mente se tambaleara.

Podía sentir su mirada sobre mí, como el sol al mediodía. Me froté el cuello, sintiéndome sudorosa. Mi mente parpadeó con sus manos en mi espalda, apretando mis botones.

—¿Dónde está Nikolai? —pregunté, manteniendo mi mirada fija en la creciente multitud afuera.

—Siempre tiene un día de descanso al año —respondió Anteros—. Este año lo solicitó hoy. —Nos detuvimos frente a un hotel de aspecto agradable. Después de que el nuevo conductor abrió la puerta a Anteros, esperé lo mismo. Cuando finalmente se abrió mi puerta, no era el conductor. Anteros extendió su mano hacia mí. Tragué saliva, tomando su mano, y sintiendo que la cuerda floja con la que estaba caminando estaba a punto de romperse.

Mi mano en la suya, entramos, eludimos la recepción y fuimos al ascensor. Escaneó su llave y ascendimos. Examiné los bordes de su perfil, el arco perfecto de su nariz, el corte de su mandíbula. Me miró y yo contuve el aliento. El peso de su mirada se clavó en mí, pero luego se abrieron las puertas y la distracción me salvó. Entré primero, necesitaba aire, esperando escapar al furor de la fiesta. Estaba...vacío.

—¿Dónde es la fiesta? —pregunté, dando vueltas.

—Esta es la fiesta, Frankie —dijo, humor en su voz.

Giré en la habitación vacía del hotel.

—Los chicos geniales no te devolvieron la llamada?

Anteros alzó una ceja en una sonrisa fría ante mi ocurrencia.

—Yo soy el chico genial. —Puse los ojos en blanco al mirar la suite. Era agradable, pero por supuesto que sí. Eso no era sorprendente. Sin embargo, todo era extraño. Decididamente íntimo. Pétalos de rosa estaban en el piso y la cama, el champán se estaba enfriando sobre la mesa.

Raro no era bueno. Íntimo no era bueno. Algo estaba mal, y cuando algo no funcionaba, generalmente yo pagaba el precio.

Se acercó a mí y me acarició el costado de mi rostro.

—Me gustaría saber lo que estás pensando. —*¿Que te han robado el cuerpo?*

—No. —Me aparté un poco de su abrazo—. No te gustaría. —Frunció el ceño, pero no presionó. Con su mano libre, alcanzó la mía.

—Ven conmigo, Frankie. —Tomé su mano, pies aplastando los pétalos de rosas negras debajo de mis *Manolo Blahniks* mientras salíamos al patio. Afuera había más champán, una variedad de alimentos como cerezas y fresas cubiertas de chocolate, y algún tipo de bebida caliente, pero esa no era la parte más sorprendente.

—Guau. —La palabra dejó mis labios en un jadeo. Teníamos una vista perfecta de Times Square. La Pelota estaba justo frente a nosotros, y debajo de nosotros la calle estaba tan abarrotada que no se podía ver nada excepto cabezas redondas y sombreros de espuma. La música estaba sonando fuerte, y prometía una actuación en vivo pronto.

Me agarré al balcón, inclinándome sobre el borde, tratando de absorberlo todo.

—Esto está en tu lista, ¿sí? —preguntó.

Aparté mi mirada de la juerga, mirando a Anteros.

—*¿Mi lista?*

—Tienes una lista completa de lugares y cosas que hacer. Uno de ellos es estar en Times Square para Año Nuevo. —Anteros miró a las personas, sacudiendo la cabeza—. No quieres estar ahí abajo. Esto es mejor.

—*¿Cómo sabes sobre eso?* —Me crucé de brazos, pero no porque la nieve comenzara a caer. Un instante después los tiré a los costados, dándome cuenta de *cómo* podía saber eso—. *¿Viste mi dormitorio?* —le pregunté. Esperé, contemplé a Anteros, esperando que me diera cualquier cosa, que me dijera eran sus verdaderas intenciones: un tic, un encogimiento de hombros, algo. Simplemente me miró fijamente, con la mirada acerada azul verde como siempre.

“I Put A Spell On You” de Annie Lennox, se reproducía en la suite por algunos altavoces que no podía ver. La música era baja y conmovedora con un ritmo que podía sentir dentro de mi cuerpo. Me moví incómoda, mirando hacia otro lado y volviendo a las personas abajo.

Lo sentí más que escucharlo. Sus brazos se envolvieron alrededor de mi cuerpo, acercándose y moviéndonos al ritmo. Intenté con todas mis fuerzas enfocarme en las personas abajo, en las centelleantes luces, en el camino en el que la nieve cayendo distorsionaba las luces de neón. Me esforcé por enfocarme en los músicos famosos que tocaban debajo y no en la canción reproduciéndose en nuestra pequeña burbuja.

—Puedo llevarte a cualquier parte, Frankie —me susurró al oído y me hizo girar—. Puedo llevarte a Islandia o Egipto. —Parpadeé, sus nudillos me recorrieron la mejilla—. Te llevaré a cada ciudad en cada maldito continente. Solo sé mía. —Coloco mis brazos alrededor de su cuello.

Fruncí los labios y cejas, la preocupación goteaba de mis poros. ¿Cómo había llegado dentro de mí? ¿Cómo había encontrado esa parte especial de mí que mantenía oculta? *¿Cómo?*

Presionó sus labios en el hueco de mi garganta. Con su boca en mi cuello, pude ver por encima de su cabeza, ver mi reflejo en las puertas de vidrio, pero estaba demasiado oscuro como para hacer algo. Era solo una gran sombra, una combinación suya y mía.

Anteros me recogió, alejándose de la comida que no habíamos comido, del champán que no habíamos bebido y de todas las personas abajo.

—Nos perderemos que caiga la bola. —Apoyé mi cabeza contra su pecho, viendo como el mundo se hacía más pequeño.

—Puedes atraparlo nuevamente el próximo año —gruñó, cerrando el cristal de golpe. Esperaba que me tirara a la cama como lo había hecho tantas veces antes, pero en vez de eso, me dejó caer suavemente. Me apoyé contra el cristal, mirando cautelosamente mientras desataba lentamente su corbata. Este era un territorio nuevo para nosotros.

»*¿Sabes lo que quiero de ti, Frankie?* —Tiró la corbata al suelo. Lo seguí, notando cómo serpenteaba y curvaba, el satén gris capturaba las luces del exterior—. Frankie. —Giré mi cabeza hacia la suya.

Dijo que *me* quería.

—Sí. Lo hago.

Anteros se me acercó y me hizo girar.

—No creo que lo hagas, *mio cuore*. —¿Qué prueba era esta? ¿Qué quería él? Mientras mentalmente repasaba todo lo que sucedió ese día, sus dedos agarraron la tela de mi vestido.

»Amor. —Desgarró mi vestido, los hermosos botones de perlas volando en todas direcciones.

\*\*\*

No había nada bello o dulce en la forma en que me besó. Era doloroso, roto y totalmente alucinante. A través de sus labios lo sentí a él, realmente lo sentí *a él*, Anteros, finalmente. Era exigente, tortuoso, cruelmente horrible, y yo anhelaba cada minuto. Me controlaba con sus labios. Anteros gruñó y pude sentir las reverberaciones hasta los dedos de mis pies. Tomó mi labio inferior, chupando al principio antes de morder, mordiendo lo suficiente como para extraer sangre. Grité por el dolor, pero regresé por más, hambrienta.

Me giró, empujándome contra el vidrio. Sus labios succionaron y mordieron mi cuello. Una mano serpenteó a través de la parte posterior de mi vestido rasgado, agarrando mi pecho de una manera brutal y agonizante. Su otra mano levantó la tela, buscando carne. Estaba duro como el acero contra mi culo y sabía que entraría en mí pronto.

—Jooooder —maldijo y mi boca se abrió, con la mandíbula floja. Juntos nos detuvimos por un breve y pequeño segundo mientras nos sentíamos. Luego se movió dentro de mí, profundo, tan dolorosamente lento y meticuloso. Se movió en un ritmo que estaba tan en sintonía con mi cuerpo.

Contra el cristal mi mente se bifurcaba entre el pasado y el presente, entre el principio y este momento, un momento de una pasión tan exquisita, espantosa y aterradora que casi me había dividido en dos y ahora, placer.

Un placer tan divino que estaba segura de que finalmente lo tenía.

Afueras, colores borrosos como en una acuarela fundida. Pensé que tal vez las luces de neón estaban tratando de decirme algo, el brillante y exigente reloj que indicaba el inminente año nuevo, los rostros brillantes y ansiosos de los juerguistas contando el tiempo, pero el placer deslumbró mi cerebro, oscureció mi mente.

Me golpeó más fuerte contra el cristal. Una de sus manos estaba sobre mi cadera, agarrándome, la otra contra el vidrio, y me aferré a ese brazo mientras me follaba. Me aferré a él cuando me corrí. El mundo estaba cediendo debajo de mí y él era la única ancla que tenía.

—Mírame. —Anteros agarró mi mandíbula, torciendo mi cuello para poder ver sus ojos—. Mírame cuando te corras, *mio cuore*. —Nuestros ojos se bloquearon justo cuando me golpeó y me perdí en sus profundidades fervientes y exigentes.

Me corrí lentamente, como un virus o parásito de placer que muta rápidamente. Comenzó en mi palpítante núcleo, extendiéndose lentamente hacia afuera, zarcillos de placer en mis extremidades y brazos. Lentamente, mis muslos hormigueaban y entumecían. Mis brazos se gelatinaron. Mi mandíbula vibró de placer.

Era como caramelo derretido en mi cuerpo, o mantequilla caliente y líquida.

Pero incluso eso no era lo correcto, no era lo suficientemente delicioso o adictivo, porque cuanto más se extendía dentro de mí, más me cambiaba. Hubo un momento en que me di cuenta de que haría cualquier cosa,ería cualquier cosa, siempre y cuando pudiera sentirme así. Debajo de la dulzura derretida estaba la heroína, filtrándose en mis venas, drogándome. Luego se congeló, la heroína se convirtió en hielo dentro de mí.

Con un fuerte crujido, el hielo se hizo añicos. Me arqueé del cristal, en su pecho mientras miles de millones de fragmentos de heroína se disparaban por mis venas. Cuando todo terminó, estaba jadeando y mi núcleo palpitaba por él, palpitando.

Lo que quedaba era una necesidad cruda y dolorosa, como un yonqui sin solución.

Me apartó el cabello del rostro y murmuró algo que no pude entender, sonaba italiano. Parpadeé, apartando la mirada de él y de los cristales brumosos y sudorosos. Cuando presioné mi cabeza contra ello pude ver que la pelota acababa de caer. El confeti estaba cayendo.

*Esto* era lo que temía, de lo que había estado reteniéndome. Él me había dado un orgasmo antes, había sentido los espasmos en mi núcleo, no había nada que pudiera hacer al respecto, pero nada era *así*.

Nunca me correría por él.

Nunca dejé ir por completo mi mente.

Desde el principio, me hizo mirar por encima del borde. Cada vez que me tocaba, mis pies eran empujados más cerca del acantilado. Casi había caído, incluso colgado del precipicio, pero ahora que no estaba cayendo, estaba catapultando directamente hacia las rocas dentadas.

Mi cuerpo lloraba placer. Mi mente se estaba fracturando.

Nunca volvería a ser la misma. Sabía que cuando me volvieran a juntar, partes de mí lo incluirían.

\*\*\*

Revisé el reloj. El resplandor azul leía las cuatro de la mañana. Me quedaba una hora, una hora antes de encontrar a Gabby. Balanceando mis piernas desnudas sobre la cama, de puntillas rozando la suave alfombra, miré hacia la ciudad. Las personas se había ido y a su paso había basura, colorida, cubierta de confeti.

Recostándome en la cama, estudié a mi bestia. Anteros.

Podía sentirlo dentro de mí; más allá de lo físico, él estaba dentro de mi alma. Sabía que sería así para siempre.

Caminé hacia donde estaban sus pantalones y metí la mano en su bolsillo para encontrar el dispositivo cuadrado y metálico. El resplandor azul y brillante del teléfono iluminó mi rostro. Había pasado un mes desde que tuve un teléfono, tenía acceso al mundo exterior.

Respiré y luego marqué.

—Sí. Tenías razón, era el segundo. Estamos en algún hotel de Times Square, en el último piso. —Colgué, borré el registro de llamadas y volví a meter el teléfono. Abrí la mesita de noche y recogí la Biblia. Miré dentro, tragué saliva y luego me volví hacia Anteros, que seguía durmiendo profundamente.

La Biblia contenía un artículo, una parte integral del plan: el plan oficial de la princesa. Yo debía usarlo, salir y correr. Estarían esperándome ahora que los había llamado y confirmado, y hasta ahora todo había salido según lo planeado. Todo, claro, excepto una cosa. No debería haber dejado entrar a Anteros en mi alma.

Eso no cambiaba nada, sin embargo.

Al menos, no cambió *mi* plan.

El plan no oficial de Frankie.

Había una parte de mí que aún no había terminado, una parte que había estado esperando esto desde el primer día. Cerré la Biblia, la coloqué con cuidado en la mesita de noche y luego cerré el cajón lentamente para que no emitiera ningún sonido.

Subí a la cama y me arrastré lentamente por la cama, como un gato, hasta que estuve encima de él. Se despertó al instante. Anteros era así; no tomaba mucho para despertarlo. Estaba segura de que siempre estaba medio despierto. Me estudió por un momento, la sospecha en sus ojos, luego su rostro se conformó con el contenido.

—¿Podemos jugar un juego? —ronroneé.

—¿Qué tipo de juego? —Sonrió Anteros, alzando la ceja. Sonreí, haciendo mi mejor intento de recato. Todavía era la chica inocente que él había tomado.

—El tipo divertido... —Llevé mi labio inferior entre mis dientes.

Me tocó suavemente la barbilla.

—Frankie... —Lo miré a los ojos mientras levantaba mi mentón. Era suave, como el océano al amanecer. En ese momento, quería fruncir el ceño, quería gritar, quería alejarlo y salir corriendo.

Todavía no estaba preparada para esto.

No estaba preparada para cuando Bestia envainó sus garras y me invitaba a su guarida. Deseaba tanto poder reemplazar la parte de mí que había robado, la parte que ahora poseía. Lo había tomado sin consentimiento, y podía sentirlo dentro de él como mi propia carne. Había una parte de mí ahora que se aferraba y suplicaba por él. Aullaba dentro de mí, necesitando estar cerca de él siempre, dolorido cuando se marchaba, furioso cuando elegí dejarlo.

Pero no podía remendarme o repararme yo sola. Tomó lo irreemplazable. Esa parte de mí se perdió para siempre, quedó pegada dentro de él así que tenía que sentir el doloroso *latido* dentro de mi pecho.

Así que iba a tomar algo de él.

Me incliné y lo besé.

—De espaldas —susurré contra sus labios. Sus ojos se estrecharon momentáneamente y por un momento temí que viera a través de mí, pero luego se acostó. Respiré tartamudeando y me trepé encima de él. Alcanzando mi bolso, saqué el primer artículo. Inmediatamente agarró la muñeca que lo sostenía. Me quedé quieta, esperando su respuesta. Si Anteros miraba más de cerca mi bolso, vería lo que había planeado.

Se relajó y preguntó:

—¿Cuerda? —Con una ceja levantada.

En *realidad* no era cuerda. No tenía acceso a la cuerda, y si le hubiera pedido a Nikolai que me diera cuerda, entonces habría sospechado, se habría preguntado si me estaba desviando del plan oficial. Era solo una pieza larga y resistente de una pañoleta de mi ropa.

Era lo mejor que podía hacer, y rezaba para que aguantara.

Le expliqué lo que era y le dije:

—Déjame estar arriba por un tiempo, por favor, *Jefe*. —Me incliné hasta que estaba justo debajo de su barbilla, lo suficientemente cerca como para prácticamente sentir la barba. Ronroneé el nombre con el que todos sus peones lo llamaban. En eso, su agarre se relajó aún más, aunque su polla se hizo más dura.

Até cada nudo, asegurándome de que estuvieran apretados. Había pasado horas los últimos días estudiando los nudos en la biblioteca, asegurándome de que no había forma de escapar de ellos, tratando de no ser atrapada. Estas no eran el tipo de cosas con las que atas un regalo, amigos.

—¿Puedes moverte? —pregunté después de apretar el último nudo.

—Creo que estoy bien apretado —murmuró, sacudiendo la cabecera.

Sonréí.

—Bueno, ¿qué hago contigo ahora? —Quería que se sintiera seguro. Lo quería feliz, porque quería ser quien le arrancara eso. Lo chupé, besé, lo hice gemir, y lo acerqué más y más. Tiró de sus restricciones, moviéndose hacia mis labios y mis manos. Pasé mis uñas por su piel, actuando así sería el único castigo que recibiría.

Moviéndome a sus labios, introduce su lengua en mi boca y luego deslice mi mano alrededor de su polla y la froté. Me incliné, sintiéndolo caliente contra mí. Me burlé de él, su aroma único y picante. Aunque estaba arriba, decidiendo nuestros movimientos y acciones, su lengua era exigente, labios dominantes y despiadados. Casi me derrito hacia él, lo que le permitía reclamarme y conquistarme.

Me froté contra él, perdiéndome... perdiendo la cabeza. Me estaba perdiendo en una sensación excitante y nebulosa que se extendía desde mi núcleo hasta mis extremidades.

—Frankie... —Anteros gimió mi nombre, voz ronca. Parpadeé, saliendo de él, y retrocedí. Lo miré, tratando de regresar, respirando profundamente. Era como tratar de respirar con claridad en la contaminación, en algún tipo de smog sensual. Casi había pasado otra vez, casi me había perdido en cualquier miasma carnal que

el hombre exudara. Todo mi cuerpo palpitaba y dolía, llamando por él. La parte de mí que existía dentro de él ahora tiraba y jalaba para ser completada, furiosa e indignada por haber roto la conexión.

Negando con la cabeza, metí la mano en mi bolso y saqué la segunda parte del plan. Seguí frotando su pene hasta que estuvo cerca, manteniéndolo en el borde, distraído. Luego solté mi mano y me senté, todavía sobre su pecho.

—Solo mis amigos me llaman Frankie —le dije, repitiendo lo que le había dicho el primer día. Lo vi salir de su lujurioso delirio, enfocándose lentamente en el objeto que tenía en las manos. Supuse que lucharía contra eso, pensé que trataría de romper las restricciones, pero nunca lo hizo. Eso era más aterrador, porque simplemente se sentó allí.

Esperando.

Por mí.

Como si me estuviera diciendo que esperaba esto.

Cambié de posición, nerviosa. Esperaba chillidos, gritos, maldiciones, no esto, este silencio calmado y estrecho. Tragué saliva y ajusté el agarre del objeto en mi mano. Esto no era parte del plan oficial de la princesa.

No es el plan que me hizo encontrar a Nikolai en el medio de la noche.

No es el plan que hizo que Gabby me encontrara en el parque y me diera un resumen acerca de ser princesa.

No era el plan que me tenía llamando a Nikolai antes de que Anteros despertara para que pudieran encontrarme en el auto de escape.

No era el plan que tenía Nikolai o Vic o *quienquiera* que dejara viales de algún tipo de sedante en Biblias en todo Nueva York en hoteles donde *podríamos* pasar la noche.

No era el plan que debía haber sido al drogar a Anteros y salir, en silencio, antes de que despertara.

No *ese* plan.

No, este era *mi* plan. Este era el plan de Frankie. Era frío metal en mi palma. Era venganza.

Agarré el cuchillo que había robado de la cocina y tragué saliva. No sabía lo que Anteros pensaba que estaba jugando al estar en silencio, pero no iba a ceder. Había llegado hasta aquí. Mariposas del tamaño de murciélagos revoloteaban en mi estómago amenazantes y furiosas. Mi mano tembló, mis palmas se pusieron sudorosas.

Pero en toda mi vida, nunca había deseado nada más.

Necesitaba esto.

\*\*\*

Eché hacia atrás su cabeza y le puse el cuchillo en su garganta. No hizo ningún sonido cuando el metal tocó su piel, a pesar de que debía haber estado frío o al menos incómodo. Cuando elegí el cuchillo, me aseguré de encontrar el más afilado. Era más pequeño de lo que quería, solo un poco más largo que mi dedo, pero era tan filoso como el pecado. Me detuve justo antes de que el acero le rompiera la piel y lo miré profundamente a los ojos.

Ni siquiera estaba preocupado.

De hecho, parecía entretenido.

*Lo que sea.*

Nunca antes lo había tenido a mi merced como esto, y quería expresar mi punto de vista.

—No puedes tomar más de mí —susurré—. Tengo que tomarte. —No dijo nada, solo me miró con la misma expresión divertida—. ¿Crees que esto es gracioso? —le pregunté—. Tengo un cuchillo en tu garganta. Voy a matarte. —Su mejilla se curvó aún más y su pecho se movió debajo de mí, como si se estuviera riendo silenciosamente. Mi mandíbula se apretó, pero me detuve, sintiendo que mi fuerza flaqueaba. El cuchillo se sacudió en mis manos.

»¡Esto no es jodidamente justo! —Me recosté, mirando el cuchillo en mi mano. Mi agarre se aflojó aún más y me concentré en eso, en la forma en que el metal se veía tan poderoso y desalentador contra su piel, pero solo parecía cojo en mi palma. Mi mirada se dirigió a Anteros, donde yacía pacientemente. Estaba en silencio, ni siquiera había intentado liberarse, y su escrutadora y divertida mirada se clavó en mí.

Recordé el momento en la biblioteca y me susurré a mí misma:

—No es justo que el hombre que me arruinó sea el único que me conozca. —Se rio, gritando, sonando tan entretenido por mí y por mi dolor.

»¿Qué? —Prácticamente grité las palabras cuando volví a él, llena de rabia, y le puse el cuchillo en la garganta.

—*Mio cuore...* —dijo de manera pareja, con dulzura—. Esa es la *única* forma en que puede ser. No es amor verdadero a menos que la persona pueda destruirte por completo. —Mi ceño se frunció. De mala gana retrocedí, el cuchillo justo en su clavícula ahora. ¿Amor verdadero? ¿De qué demonios estaba hablando? Él no me amaba.

Lo miré, a las hermosas cicatrices que se enroscaban a lo largo del pecho que respiraban tan estable y fácil. Hubo un tirón en mi pecho que gritaba irrevocabilidad. Era como si cada vez que lo miraba, mi alma cantara en armonía, y cada vez que estábamos separados, lloraba. Cuando volví a mirar, la misma intensa mirada azul verde me estudió. Sus palabras me afectaron, se asentaron en mi pecho como una piedra dura cuando mis ojos se pusieron calientes y húmedos. Negué con la cabeza.

Esto no era amor verdadero.

Esto era odio. Puro. Visceral. ODIO.

Empujé el cuchillo contra su garganta. Con una mano temblorosa, evité su mirada oscura. ¿*Me amas?* Parpadeé mis ojos de regreso a los suyos. Las palabras estaban en la punta de mi lengua. Como si él pudiera sentir lo que estaba sucediendo, sus propios ojos se estrecharon, recordándome que solo me tomó una mirada para sondarme y desarmarme por completo. Tenía un puto *cuchillo* y estaba atado, pero de alguna manera todavía estaba completamente a su merced. Con un aliento inestable, intenté recuperar el poder.

—Bueno, voy a empezar a destruirte —le dije, centrándome en mantener mi voz firme—. Justo como tú me destruiste. En este momento. —Parecía que quería decir algo, pero no lo hizo. Su mirada era más dura que las palabras, como fuego en mi piel. No era enojo; era saber. Fue él quien profundizó en mi propósito, y eso era mucho peor. Era como si pudiera ver algo en mí que no podía, y sus labios estaban retorcidos como si estuviera *disfrutando* de esto. Parpadeando, intenté volver a mi tarea, pero no pude enfocarme. Mi visión se nubló y todo lo que quería saber fue la respuesta a mi pregunta.

»No me amas —dije, mi voz apenas más que un susurro. Podía escuchar la puerta abrirse detrás de mí y sabía que nuestro tiempo estaba llegando a su fin. Empujé el cuchillo hasta que vi sangre gotear. Quien viniera no sabría apreciar por qué tenía que hacer esto. Tenía que terminar esto ahora... pero luego levanté la

mirada, atrapado su mirada. De repente, estaba menos interesada en terminar esto y más interesada en saber. Mi agarre vaciló.

»¿Verdad? —pregunté, y oí que la puerta golpeaba contra la pared. Hubo una breve pausa que siguió, medio segundo donde lo miré fijamente, sus ojos, sus labios, tratando de encontrar un tic. Estaba buscando algo que pudiera revelar una respuesta.

—*Mio cuore...* —comenzó.

—¡Oh, Dios mío! —gritó Gabby detrás de mí. Su voz rompió el hechizo, interrumpiendo a Anteros y catalizando mi causa. *Juegos mentales*, me recordé a mí misma. Esto era solo un juego mental. Aun así, no podía continuar. Mi mano estaba fuera de control con su temblor y podía sentir el impulso desaparecer de mí. Sabía que eran juegos mentales, pero estaban funcionando. Mi adrenalina estaba agotándose.

»¡Tenemos que irnos! —gritó Gabby.

—Solo un segundo —dije por encima de mi hombro. Iba a quedar sorda por el sonido de los latidos de mi corazón. Mi sangre corría tan rápido que podía sentirla en todas partes, hormigueando, amenazando con tirar de mí. Los puntos estaban llenando mi vista. La mirada de Anteros era de hierro, hurgando en mi alma como si estuviera *desafiándome* a hacer algo con el cuchillo.

Exhalé, sentándome.

No podía hacerlo. No podría matarlo.

Pero tampoco podría irme sin tomar *algo*. Después de todo lo que sucedió, tenía que dejarlo con algo. La voz de Gabby era apresurada y ansiosa en mi oído, pero le quité el cuchillo de la garganta y se lo puse en el pecho. Apuntándolo a la piel, comencé a tallar su carne. La adrenalina era como electricidad en mis venas. Bombeando y caliente. Peligroso y emocionante. Mis dedos palidecieron por el esfuerzo, mi piel se puso sudorosa en el mango. Mi mano tembló.

Todo el tiempo, lo miré.

Apenas parecía molesto por lo que estaba haciendo, excepto por sus ojos. Los iris de color verde azulado estaban sombreados por una frente espesa, abrasando y quemando sus intenciones en mi cerebro. Tragué. Recordaría esa mirada: pura lujuria.

Cuando terminé, me recosté. Mis entrañas se voltearon y me quedé boquiabierta con la F que acababa de tallar en su pecho. Su rostro tenía la misma

expresión exasperantemente divertida. Esperaba enojo y furia, no esto... esta hambre carnal. Esperaba que esto nos alejara, pero debajo de su lujuria estaba la satisfacción. Era como si estuviera *feliz* de que lo hice, como si yo, tallando en él, no nos separara, pero aseguráramos nuestro vínculo aún más.

Ahora estábamos en nuestro propio mundo, la voz de Gabby había sido completamente ahogada por el latir de mi corazón. Me incliné más cerca, tocando la sangrienta F en su pecho. Las piezas de él dentro de mí clamaban, se regocijaban. Me di cuenta de que yo también era feliz. Estaba feliz de saber que una vez que me fuera, había una parte de mí pegada a él para siempre. Anteros había cimentado su lugar dentro de mí, estaría siempre en mi cuerpo, mi mente, mi alma. Al menos ahora estábamos un poco más cerca de igualarnos. Mis dedos continuaron acariciando la F e hizo un sonido bajo en su garganta, pero no era de ira. Sonaba... satisfecho. Levanté la vista justo a tiempo para escucharlo hablar.

—Sí —dijo. Mis ojos se agrandaron, mi pecho se tensó. ¿Eso significaba lo que pensé que significaba?

—¡Ahora! —Gabby agarró mi hombro, tirando de mí de la cama, y dejé caer mi mano como si me hubieran quemado. Sin darle otra mirada a Anteros, salí tambaleándome de la puerta.

# Epílogo

Corrimos por la escalera de la salida de emergencia, tomándolos de dos en dos. No se sentía real. Después de un mes, me pareció un sueño correr hacia la libertad. Casi no podía procesarlo. Mi corazón dio un fuerte golpe en mi pecho con miedo y adrenalina y me repetía a mí misma que siguiera corriendo, seguía andando detrás de Gabby.

Eso fue todo lo que pude hacer para evitar regresar corriendo.

—¿Dónde está Vic? —Jadeé, usando la barandilla para saltar más escalones—. ¿O Nikolai?

—¿Dónde está Vic o Nikolai? —gritó Gabby, lanzándose una mirada por encima del hombro—. Están donde se supone que deben estar, con un auto en el estacionamiento de servicio. —Hicimos una pausa para recuperar el aliento y me empujó. Luego me empujó de nuevo. Me tambaleé hacia atrás, casi tropezando con las escaleras y cayendo.

—¿Qué diablos? —grité, mi voz atrapada en la escalera e hizo eco de la sorpresa.

—Exactamente. —Gabby me empujó de nuevo— ¡Casi arruinaste todo! ¿Sabes lo que arriesgué para comprobarlo? —Ella tragó saliva—. Debías solo inyectarlo y estaría muerto ahora.

—Él estaría *¿qué?* —le pregunté. *¿Muerto?* *¿Estaría muerto?* Nadie me había dicho que su plan terminaba con la muerte. Al mencionar su muerte, mi estómago se revolvió y pareció como si todo se hubiera detenido. *Miedo*. Miedo por *su* muerte. No debería haber importado. Casi lo había matado la noche anterior con una almohada. Acababa de tener un cuchillo en su garganta. La muerte era el final del juego con nosotros.

Como princesa, estaba tomando la corona de Bestia, también conocido como Anteros.

Anteros estaba muerto.

No había otro final para nuestra historia.

—Ahora está vivo y *muy* enojado. —Gabby se pasó las manos por el rostro y luego por el cabello—. ¿Que estabas pensando? ¿Qué estabas *haciendo*? —Apreté mis nudillos, la palma viscosa con su sangre. Estaba pensando que tallé una parte de él. Siempre. Estaba pensando que al menos tendría una idea de lo que era perder partes de ti en alguien más. Estaba pensando que estaba un paso más cerca de allanar los lados.

Pensé en la mirada en sus ojos. No estaba enojado, pero no iba a decirle a Gabby que hubiera sido mejor si lo hubiese estado.

*No es amor verdadero a menos que la persona pueda destruirte por completo.*

Negué con la cabeza, liberándome de la idea. No había forma de que pudiera explicárselo.

Ella levantó sus manos.

—Debías encontrarte conmigo en las escaleras. ¡Esperé! ¡Esperé y esperé! ¿Sabes a qué me arriesgué a ir en esa habitación?

—Entonces, ¿por qué lo hiciste? —espeté.

Sus cejas se levantaron, como sorprendidas por la pregunta. Toda la frustración y la ira se disiparon de sus rasgos y ella preguntó:

—¿Por qué piensas?

Miré fijamente su serio rostro color miel, sonrojado por el esfuerzo, las pecas oscuras contrastaban con el rojo. Su cabello dorado estaba amontonado sobre su cabeza y llevaba algún tipo de ropa de ejercicio. Pensé que tendría que salir del infierno sola, pero entonces Gabby había venido. Ella era una mujer que había estado en el infierno más que yo, que habría tenido todo el derecho de sacar el primer boleto sin hacer preguntas. Ahora allí estaba ella, diciendo que regresaría, arriesgaría su vida por mí.

En algún lugar del infierno, había encontrado una hermana.

Un golpe sonó sobre nuestras cabezas y Gabby y yo levantamos nuestras cabezas, mirando entre las filas de escaleras. Sin más conversación nos desviamos, sin parar, hasta que llegamos al fondo. Dos pesadas puertas de metal marcaban la salida al estacionamiento.

Libertad.

M.D

Mary  
Catherine  
Gebhard

Empujamos las puertas con nuestros hombros. La brillante y cegadora luz del estacionamiento me golpeó primero, y no pude ver nada, solo blanco. Cuando mis ojos se ajustaron lentamente, busqué a Nikolai y Vic... pero solo había una persona allí.

Una mujer mayor estaba parada al lado de un automóvil plateado, irradiando elegancia y equilibrio mortal. Usando un largo abrigo cruzado que era como un vestido, de alguna manera resaltaba sus pechos de una manera obvia pero recatada. Grandes gafas enmarcan un rostro debajo del cabello plateado muy rizado. Este no era el tipo de mujer que dirías que *solía* ser hermosa; este era el tipo de mujer que envejecía mejor de lo que parecía cuando aún tenía veinte años. Era el tipo de mujer que veía cuando hojeaba revistas.

Había una confianza en ella que decía que también lo sabía.

—¿Dónde están Vic y Nikolai? —pregunté, volviéndome hacia Gabby—. ¿Quién es esa?

—Esa es... —Gabby tragó saliva, sonando asombrada—. Esa es Lucia Pavoni.

La mujer sonrió.

—Hola, nieta.

Hate Story I  
**Beast**  
The Beginning

M.D

Mary  
Catherine  
Gebhard

# Sobre la autora

Mary Catherine Gebhard muerde más de lo que puede masticar. Ha vivido todo su vida en la ciudad de Salt Lake, Utha, pero ocasionalmente se va de vacaciones de la realidad. No te preocupes, envía postales.

Hate Story I  
**Beast**  
The Beginning

M.D

Mary  
Catherine  
Gebhard



Realizado sin fines de lucro para promover la lectura. Apoyemos a los autores comprando el original.

Hate Story I  
**Beast**  
The Beginning